

A person with long dark hair and a dark top is holding a large, ornate gold frame. Inside this frame is a photograph of a person in a red and blue jacket standing in a park with autumn foliage. Overlaid on the photograph is a smaller, ornate gold frame containing a tan-colored rectangle with the text "Dos Manzanas para Eva".

Dos
Manzanas
para
Eva

ANDI C♥R

A person with long dark hair is holding a large, ornate, gold-colored picture frame. Inside this frame is a photograph of a person in a red and blue jacket standing in a park with autumn foliage. Overlaid on this photograph is a smaller, highly decorative, antique-style frame. Inside this smaller frame is a tan-colored rectangle containing the text "Dos Manzanas para Eva".

Dos
Manzanas
para
Eva

ANDI C♥R

DOS MANZANAS PARA EVA

ANDI COR

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

Título original: Dos Manzanas Para Eva

©ANDI COR, 2013

Diseño de portada: ANDI COR

Encuadernación: ANDI COR

A Andrea y Diego

Planes

Hay un montón de gente esperando en el pasillo. Estamos en plena época de exámenes y las tutorías van que vuelan. Todo el mundo tiene dudas de última hora y espera su turno, tirado de cualquier manera, en los pasillos adyacentes a los despachos de los profesores. Ellos como siempre tomándose las cosas con calma. ¡Qué más da si son casi las seis y todavía hay diez o cien alumnos más esperando en mi puerta! Y, por si esto fuera poco, se ríen y pierden el tiempo hablando con los otros profesores o conversando por teléfono. Y parece que no les importe ni

una mierda que todos estos chicos desesperados, es decir, sus pobres alumnos, suspendan el examen de mañana. Y lo peor de todo, cuando al fin te llega el turno, como si esto no fuera suficiente suplicio, encima tienes que aguantar la bronca por dejarte el estudiar para el último día. Por favor, cómo si se pudiera estudiar algún otro día, ¿están locos o qué?

Yo también estoy aquí, esperando mi turno como todos los demás *pringaos*. Tengo examen de literatura mañana, y para ser sincera, ni pajolera idea de quién cojones es el Arcipreste de Hita.

—Eva, ¿has visto al sustituto del Jaimito? —comenta Jessica.

—Joder, Jessica, si es un viejo —
respondo mirándola con indiferencia.

—¡Qué dices, tía! Está como un
queso —me corrige, haciendo un
simpático gesto con los ojos—. Estoy
harta de tanto niñato de mierda. Este año
prometo no liarme con ningún crío,
mínimo veinte para arriba.

La miro divertida. Jessica y los
chicos. Los chicos y Jessica.

—Sí, pero el queso que sea de
Cabrales[\[1\]](#) —puntualizo soltando una
risita—. ¡Madre mía, lo qué hay que oír!
Ese tío es un viejo, además ¿está un
poco cojo o me lo parece a mí? —la
provoco un poco.

Jessica me mira entrecerrando los
párpados y suelta en tono altivo— desde

luego bonita, que no tienes ni idea de lo que es un hombre.

—Ah, ¿no? ¿Y tú sí, claro? —protesto en broma—. Perdona pero es que no me había dado cuenta de que estaba hablando con una autentica y genuina devora hombres.

En ese momento, se abre la puerta del despacho y casi caemos de culo al perder el apoyo de la espalda. En el interior puedo ver como el Jaimito, así es como llamamos al profesor de literatura, está explicando no sé qué rollo a la engreída de Julia, una compañera insoportable de clase, y a juzgar por su cara más funesta que un entierro parece que la cosa va para largo.

—Perdonad, ¿me dejáis pasar? —
nos pide amablemente un chico mientras
cierra la puerta tras él y pasa con una
larga zancada entre las dos.

—Míralo bien, está buenísimo —
me indica Jessica señalándome al chico
que acaba de salir del despacho.

El chico se acerca a la máquina de
los refrescos y comienza a rebuscar unas
monedas en los bolsillos, se le cae una
al suelo y rueda caprichosa hacia
nuestros pies. La sigue con la mirada y
se aproxima a nosotras para recogerla.
Jessica la atrapa y se la alarga cuando
llega a nuestra posición.

—Gracias —dice con una sonrisa
que deja a la vista unos dientes
blanquísimos perfectamente alineados,

como un equipo de fútbol al principio de un partido.

—De nada.

Se aleja y yo no lo pierdo de vista un tanto perpleja.

—¿Ese es el sustituto del Jaimito?
Asiente.

Lo escaneo mientras saca un bote de la máquina. ¡Madre mía! ¡Pedazo cuerpo!

Jessica, por supuesto, que es muy lista cuando de hombres se trata, me caza la mirada al vuelo y no puede reprimir hacer un jocoso comentario— ¡oh, sí, sí, qué viejo es! ¡Madre mía, qué horror, pero si está cojo! Ja, ja, sí, sí, claro, claro y yo me lo creo.

—¿Qué dices?! Anda calla que te

va a oír.

Eso o a lo de cojo habrá que añadir que está más sordo que mi abuelo, conocido en el pueblo como el Tapias, y no es casualidad pues el mote lo tiene ganado a pulso. Entre nosotras y el Sustituto sólo hay una pequeña separación de tres metros y el volumen de mi amiga no es ni mucho menos discreto. Es casi imposible no escucharla a pesar del barullo que reina en el pasillo. Y, además, tampoco se da la casualidad de que el Sustituto esté sordo como mi abuelo y la oye, pues claro que la oye. De hecho mientras se agacha a recoger el cambio lo veo girar el rostro hacia nosotras y esbozar una sonrisa descarada que me deja muerta.

¿Cómo es posible que un tío de por lo menos treinta años esté así de cañón? Ni el Cañón del Colorado. ¡Madre mía! No hay derecho. La mayoría de los chicos de mi clase no le llega a la suela de los zapatos. ¡Qué digo suela! ¡No le llega ni a la mugre de la suela de los zapatos!

El Sustituto se queda de pie al lado de la máquina de refrescos. Abre la lata y nos hace una exhibición supersexy de cómo apurar una lata de Coca-Cola sin que una sola gota se derrame fuera de su boca. El anuncio de la tele se queda en agua de borrajas a su lado. Ambas nos quedamos mirándolo con la boca abierta, deseosas de ser Coca-Cola en este momento para entrar en su cuerpo y saciar su sed. Y de buena gana me

quedaría aquí observándole el resto de mi vida, pero tenemos muchas cosas que hacer y poco tiempo, así que le hago saber a Jessica, mientras mis ojos siguen clavados en el Sustituto:

—Estoy harta de esperar, ¿nos vamos?

—Pero, tía, que el examen es mañana y no tenemos ni idea de nada — protesta, todavía medio patidifusa por el momento anuncio que acabamos de presenciar.

—Sabes una cosa: quedarnos aquí tampoco nos va a servir de nada, así que ¿por qué no nos vamos a mi casa a estudiar un rato? —propongo.

— V a l e —responde casi automáticamente, y agrega con mayor

celeridad si cabe— ¿estará tu hermano?

Jessica de inmediato activa el modo *readytoligue*. Suele ocurrirle siempre que algún tío anda a menos de diez metros de distancia. Y, sinceramente, creo que no lo puede evitar. Es algo superior a su propia voluntad. Mi amiga Jessica, que por cierto también es mi mejor amiga, podría describirse como una mujer *hombrieriega*. Esta palabra creo que no existe, pero si así es alguien debería inventarla, ¡pero ya!, pues en su lugar las mujeres tenemos que soportar todo tipo de calificativos mucho peores, como: pendón, golfa, guarra, puta, fulana, furcia y un largo etcétera de palabras feas y malsonantes, y que para nada tenemos merecido. Sin embargo, en

defensa de mi amiga diré que ella no es ninguna de estas cosas, sino sólo un poco *hombrieriega*. Porque vamos a ver, ¿qué hay de malo en que a una chica le gusten los chicos? Y a Jessica le gustan, mucho, no lo voy a negar, sería negar lo impepinablemente innegable. Y no estoy por la labor de malgastar saliva. Es prácticamente imposible pillarla sola, pues cambia de chico como el año cambia de mes. Sin embargo, estoy casi convencida de que abandonaría su faceta trotatíos si Pablo le pidiera salir.

¿Y quién es Pablo? Fácil pregunta. Fácil respuesta. Pues resumiendo: Pablo es mi hermano mayor, veintidós años, guapo de los pies a la cabeza y listo de la cabeza a los pies. Está en cuarto de

arquitectura. ¿Puedes imaginar algo más aburrido que eso? ¿Sí? Pues yo no, la verdad. Me dejó petrificada el día que me contó cuáles eran sus intenciones.

Fue más o menos así. Lo saludé cariñosa, como siempre, soy muy cariñosa yo, plantándole un enorme beso en su cabezota rizada.

—¿Qué haces? —pregunté.

Y va y me contesta— estoy relleno la matrícula para el primer curso de arquitectura.

¡H a l a ! Así, de sopetón, sin anestesia ni nada. De eso hace ya más de cuatro años. Yo, la verdad, sospechaba que le gustaba todo ese rollo de la construcción, porque siempre estaba haciendo dibujos, planos y complicadas

maquetas de edificios, pero pensaba que sólo era una especie de hobby. No sé, no me imaginaba ni por un momento que lo tuviera tan claro y que pensara que eso pudiera ser su profesión en un futuro.

Y es que la vida es así de dura. Tienes trece años y no tienes que plantearte nada de nada: casa, comida y dinero, todo está ahí, sin sufrimiento. Papa dame esto. Mama dame aquello. Pero un buen día las cosas cambian, llegas a una edad en la que de repente tus padres empiezan a darte la paliza; que si tienes que estudiar para ser alguien el día de mañana, que si no puedes seguir siendo una vaga, que si tienes que pensar qué te gustaría hacer o acabarás mendigando debajo de un

puede. ¿Y no me dirás que una con diecisiete años está para pensar en semejantes cosas? ¡Pues no! ¡La verdad! Hasta hace poco lo único que quería saber yo era ¿si me compraría esas botas tan chulas que vi en Zara?, o ¿qué me pondría el sábado por la tarde para ir al pub?, o ¿si al fin Toni se decidiría a pedirme salir? Pero, desde luego, nunca, nunca, me había planteado que tuviera que tomar decisiones tan importantes a largo plazo, y que implicasen, así como si nada, decidir mi vida, toda mi futura vida en un «plis». Porque ¡joooder!, estamos hablando de algo serio, es mi futuro, y creo que tengo perfecto derecho a pensar con calma lo que quiero hacer para ganarme la vida,

¿o no?

El caso es que estaba tan sorprendida por su respuesta, que le pregunté— ¿estás seguro de que quieres estudiar arquitectura?

Pablo me contestó —pues claro, me encanta, es lo que siempre he querido hacer.

Fue extraño, porque ese concepto de siempre yo no lo tenía nada claro, así que insistí— ¿siempre?, y ¿desde cuándo es siempre?

Pablo comenzó a impacientarse por el tercer grado al que lo estaba sometiendo, pero respondió con amabilidad— pues no sé, Eva, me gusta y lo tengo claro. Ya sé que crees que es un rollo, lo sé. Eso es lo piensas ahora,

pero ya verás como cambias de opinión dentro de unos años cuando te diseñe la casa de tus sueños.

Entonces fue cuando me asaltó la gran pregunta, y como no tenía la respuesta se la hice a él— Pablo, ¿cuándo tendré que decidir yo qué estudiar?

Se rascó la barbilla con expresión seria, haciendo ver que lo estaba meditando y contestó— pues no sé, pero no te preocupes, todavía tienes mucho tiempo para pensarlo. Sólo tienes trece años, Eva. Lo sabrás cuando llegue el momento, ya verás cómo sí.

Luego me empujó para que me levantara de su regazo y me apremió— ¡y vete ya, que tengo que terminar esto

antes de que venga Silvia!

¡Puaj! La insoportable Silvia. Hay que ver cómo la odiaba.

Y ese es mi hermano: más mayor que yo, más listo que yo, más guapo que yo, más ligón que yo, y todo más que yo, pero aun así lo adoro y no soy la única. La mitad de la población femenina del pueblo está loca por él, y no es porque sea mi hermano, pero es que está de muerte. Jessica por supuesto coincide con la gran mayoría. La estadística es una ciencia que no falla. Y, sospecho, aunque me duela un poco reconocerlo, que es uno de los motivos por el que a día de hoy sigue siendo mi mejor amiga. En fin, la vida es dura, nunca me cansaré de repetirlo

—Pues no sé si estará Pablo. Él también va muy liado con los parciales y muchas tardes se queda en la biblioteca del Poli[2]. De todas formas, está saliendo con Ángela —contesto a la vez que la cojo del brazo obligándola a ponerse en marcha.

Actualmente, la afortunada se llama Ángela, antes de ella estuvo Marisa, y antes de Marisa hubo una tal Yolanda, y antes de Yolanda hubo otra... y otra y otra hasta llegar a Silvia. La insoportable Silvia. En fin, una larga lista de nombres que me sería imposible recordar ahora mismo, porque es más larga que la lista de la compra de los Bradgenlinos.

—¡Ángela! Esa tía es una paaava —

protesta Jessica—. A tu hermanito, lo que realmente le conviene es una chica como yo.

Me da la risa ante su comentario.

—Pues ten cuidado con ella, porque es una loba y lo controla que no veas. Siempre lo está llamando al móvil, enviando mensajes: ¿dónde estás?, ¿qué haces?, ¿dónde vas?, pero es guapísima y tiene dos pedazo tetas, así que a pesar de ser una pava lo tiene en el bote — explico arqueando las cejas significativamente.

—Lástima que los tíos sean tan tontos de no ver más allá de dos tetas — se queja poniendo cara de pena.

Asiento tristemente, dándole la razón. De todas formas no sé de qué se

lamenta ella. Sus tetas nada tienen que envidiar a las de Ángela, ni siquiera a las de Angelina Jolie, que ya es decir.

—¿Habéis dicho tetas? —una voz que conozco a la perfección nos interrumpe.

—¡Joder, Toni, eres un salido! Tienes más hambre que un perro — protesta Jessica de inmediato.

Yo suelto una estrepitosa carcajada, pero cuando me vuelvo y lo miró, enmudezco en el acto. Ahí está él. ¡Madre mía, está guapo, no, guapísimo! ¿Cómo se puede tener unos ojos tan increíblemente verdes en contraste con una piel tan fina y blanca como la porcelana? Y es que no lo puedo evitar, es que me tiene coladísima hasta las

uñas de los pies.

Estoy hablando evidentemente de mi amor platónico: Toni. Me enamoré perdidamente de él el primer día que lo vi, hace cosa ya de once años. Tenía yo por aquel entonces seis añitos y era el primer día de curso. Estaba superfeliz en el aula charlando con mi amiga Soraya, que por supuesto ahora odio a muerte. Era pura inocencia pues todavía vivía inmersa en la gran mentira. De repente, alguien me tiró de la coleta. ¡Joder!, lo hizo tan fuerte que me hizo un lifting facial que todavía me dura. Le estaré eternamente agradecida por ello. Me volví rápidamente dispuesta a arrearle un guantazo al idiota que lo hubiera hecho, pero no pude. Me quedé

petrificada por la impresión, en serio, como la Estatua de la Libertad, pero sin la antorcha. Era él: TONÍN. Claro que como ahora ha crecido, ¡y no veas de qué manera!, ya no es Tonín sino Toni. Ya entonces era guapísimo. No me dio tiempo a reaccionar y encima me gritó al oído «¡fea!». ¡La madre que lo parió! Encima de insultarme me dejaba sorda. Me quedé parada, sin decir ni hacer nada. Lógicamente él pensó que yo era tonta del culo. Desde entonces, me puso el mote de Eva la Fea, y no es que yo sea muy guapa, pero fea, lo que se dice fea, fea, pues tampoco soy. ¡Oye, para qué vamos a mentir!

—¿Dónde vais? —pregunta Toni.

—A casa de Eva a estudiar para el

examen de literatura, ¿te vienes? —le informa Jessica.

—¿A casa de Eva la Fea? —bromea con una sonrisa tremendamente sexy en los labios que me descoloca. Lo miro con cara de «qué te jodan gilipollas», pero a él le da igual, me tira de la coleta y agrega— pues sí, vale. ¿Me esperáis aquí mientras voy a la cafetería a por mi mochila?

Y entonces me mira directamente a los ojos. ¡Madre mía!, como vulgarmente se suele decir se me hace el chocho[3] Pepsi-Cola, pero ¿quién puede resistirse a esos ojos verdes? Yo no, la verdad. Luego se larga corriendo en dirección a la cafetería y yo lo sigo con la mirada hasta perderlo de vista.

Jessica me mira y dice sonriente—
vaya suerte chica, servidito en bandeja.

—Mierda, Jessica —refunfuño—.
Toni nunca me querrá como yo lo
quiero. Él no me ve como yo lo veo. Soy
invisible para él.

—¿Qué dices? Toni está loco por ti,
¿es qué no te acuerdas cuando se puso
pedo[4] y te dio un beso en *t o* los
morros?

—Claro que me acuerdo y por eso
mismo lo digo. Sueño todos los días con
ese momento, pero hace ya más de un
año y nunca ha vuelto a pasar nada.

—Es que el chico... pues no ha
tenido oportunidades —dice Jessica
tratando de consolarme, pero no lo
consigue porque yo sé la triste verdad.

—¡Ah, no! ¿Y qué me dices de la cena de clase en la que al final os fuisteis todos, nos quedamos solos, y se largó con Julia? ¡Con Julia! —exclamo, abriendo los ojos como platos—. ¿O la tarde en tu casa que jugamos a la botella, le toqué yo y prefirió pagar prenda? ¡Vamos Jessica! ¡Por favor! ¡Está claro que más que oportunidades lo que le faltan son ganas! —protesto indignada y añado con voz y cara de resignación— pues nada, que no le gusto y ya está. Lo asumo y punto. Me lo tendré que quitar de la cabeza como sea.

—Amor con amor se cura. Hasta que encuentres otro que te guste más —asegura Jessica con convencimiento y acto seguido me pasa el brazo por

encima de los hombros intentado animarme.

Ese lema a Jessica le funciona de lo lindo. Lo sé, soy su amiga y casi convivo con ella pegada al teléfono. Lo practica a destajo, sin ningún problema, siempre que puede. Pero en mi persona dudo mucho que ni siquiera logre arrancar, porque si algo tengo claro en esta vida es que estoy predestinada a estar irreversiblemente locamente enamorada de Toni González. Y mis hijos, por narices, se llamarán González Lino de apellido.

De repente, alguien me tira de la coleta. ¡Joooder!, tan fuerte que me convierto por un segundo en la doble de Demi Moore, pero sin su cuerpazo. Me

giro rápidamente con el fin de darle un guantazo pero no puedo. Otra vez me quedo petrificada, sus increíbles ojos verdes son mi perdición.

—¿De quién estáis hablando? — pregunta Toni curioso.

—De tu madre, idiota —contesto desdeñosa.

Y le doy un puñetazo suave en el hombro. Se encoge por el vientre como si le hubiera causado un gran dolor, guiñándome un ojo burlón al mismo tiempo. Y yo me lo quiero comer.

Mi casa, o mejor dicho, el piso de mis padres, es más bien normalito: noventa metros bien distribuidos con

decoración típica de los ochenta; muebles garrulillos lacados en negro en el comedor y de melamina en las habitaciones. Como ya he dicho: nada del otro mundo.

Mi habitación no es muy grande, ni tampoco la de Pablo, por lo que a menudo estudiamos los dos en la salita. Y eso a Jessica es lo que más le gusta, pues le da la oportunidad de acampar a sus anchas. Porque, vamos a ver, estamos en plena expansión sexual y alboroto hormonal, y a mi amiga se le está notando por días, por lo menos usa ya la talla noventa y cinco de sujetador. Yo, sin embargo, sigo con mi ridícula ochenta y cinco. ¡Gracias a Dios existe un milagro llamado relleno!, pero la

plasta de mi madre no me deja usarlo más que los fines de semana. Así que por su culpa, a diario, yo soy una pobre tabla, más plana que Castellón[\[5\]](#), y es que, ¡jooodeeer!, no tengo más que dos pellizquines, y eso no puede resultar atractivo nunca jamás en la vida a ningún chico. En cambio, Jessica está en todo lo suyo, y encima recientemente se ha hecho un corte de pelo muy modernillo, como todas las guapas de la tele, y tengo que reconocer que está bastante mona.

Al vernos entrar en la salita, Pablo se levanta y viene directo hacia nosotros.

¡Por favor, no me lo puedo creer!
¡Esto es para mear y no echar gota!

¿Desde cuándo sale Pablo a recibirnos? Jamás de los jamases. Y es que ya lo dice el sabio dicho que tiran más dos tetas que dos carretas.

Hace el típico saludo gilipollas de los puñitos, coditos y palmaditas con Toni, y pienso «ah, claro, no se ha levantado por nosotras, lo ha hecho por Toni». Pero no, ¿sabes?, no me equivocaba, de repente se vuelve hacia nosotras, bueno en realidad hacia Jessica, la mira fijamente, se acerca y la agarra con decisión por la cintura, para finalmente plantarle dos potentes besos en las mejillas, y dice— hola, Jessica, cuánto tiempo sin verte por aquí, ¿has estado fuera?

Jessica parece sorprendida por el

excesivo interés de Pablo hacia su persona pero no se aparta y responde con desparpajo— en realidad no, he estado aquí mismito todos los días. A lo mejor... ¿eres tú al que no se le ha visto el pelo?

—Sí, bueno, he estado un poco liado con las prácticas y... todo eso, en fin que... no he parado mucho por aquí, pero nada interesante—vacila, pero luego vuelve a mirarla con interés y comenta— no sé... hummmmmm, te noto diferente, ¿te has hecho alguna cosa nueva? No sé, te noto más volumen en... —curva los labios dibujando una sonrisilla traviesa, un ápice maliciosa, ñam, para comérselo. Y es que ya lo he dicho; es un bombón. So pena que sea

mi *tete*[\[6\]](#). Y dice al fin— ...en el pelo, tal vez?

Sin embargo, al decir esto, el muy fresco no le está mirando el pelo sino más bien el lugar donde el escote deja de llamarse así y pasa a ser las tetas. Claro que a Jessica eso no parece molestarle en absoluto, sino más bien todo lo contrario, porque justo en ese momento se endereza, como un pequeño perro de las praderas acechando el horizonte, y dirige con gran maestría sus dos tetazas talla noventa y cinco hacia Pablo, respondiendo con descaro:

— Pues sí, me ha crecido mucho últimamente, así que... decidí ir a la pelu, ¿te gusta?—. Y comienza a balancear su melena a los lados,

enseñándole cómo su rubio y largo cabello ondea como una bandera al viento. ¡Será paaaava!

—Sí, creo que te queda muy bien, quizás le diga a Ángela que se haga el mismo corte —responde Pablo con retintín.

Y dicho esto, el muy cabrito, se vuelve a su silla y se sienta de nuevo, pero antes de hacerlo añade con desdén dirigiéndose a Toni:

—Chaval, pasa de estas dos lechuguinas y ven conmigo.

Jessica y yo nos sentamos al otro lado de la mesa, enfrente de ellos, y sacamos los libros. ¡Madre mía, son las seis y media de la tarde y todavía no hemos empezado a estudiar! Es más que

probable que suspendamos el examen, pero a mí me da igual. ¿A quién le importa un absurdo examen de literatura cuando tengo ante mí dos horas de ensueño para deleitarme la vista con Toni?

Pero el tiempo vuela y el muy desgraciado no me hace ningún caso. Se pasa toda la santa tarde hablando con mi hermano de fútbol, ¡puaj!, que si el Valencia va fatal, que si ganará el Barça la liga, que si el Real Madrid ha fichado a no sé quién. ¿Y a quién le interesa el dichoso fútbol? Veintidós hombres con la huevera llenita de pelos corriendo tras un balón, de verdad, qué rollo. Mientras tanto, Jessica y yo leemos sin parar todos esos datos aburridísimos de

autores muertos, intentando ignorar todas y cada una de sus estupideces de chicos. No hay tiempo para nada más y la esperanza de que algo de aquello quede grabado en la única neurona que no tengo dedicada a Toni es nula.

—Eva, Eva. ¡Joder, Eva, estás durmiendo! ¡Despierta!

Oigo a Jessica gritando en mi oído mientras me zarandea bruscamente tirándome del brazo. Durmiendo no, pero sí soñando. ¡Pero qué plasta es mi amiga, de verdad!

—¡Eh!, ¿qué pasa? —digo con voz somnolienta.

—Que son las ocho y media y me tengo que ir a casa, ¿me acompañas?

—Sí, claro, vamos —respondo

desperezándome, saliendo por fin del trance hipnótico.

La acompaño hasta la puerta. Siempre lo hago. Nos gusta aprovechar hasta el último momento del día para estar juntas y seguir charlando como cotorras.

En el rellano, mientras esperamos el ascensor, me sondea — ¿has notado cómo me miraba Pablo?

—Perdona Jessica pero no me he dado cuenta —miento, pues la verdad es que sí que me he percatado de que mi hermanito se ha pasado toda la santa tarde lanzándole miraditas bastante descaradas.

—Tenemos que trazar un plan para librarnos de Ángela la Loba.

—Sí, claro, claro —respondo no muy convencida, porque en fin, Jessica es mi mejor amiga y la quiero mucho, pero de ahí a ser familia—. Bueno, no sé, ya pensaremos algo —añado para que deje el tema tranquilo por hoy.

—Hasta mañana Eva, nos vemos donde siempre.

Aún no se ha cerrado la puerta del ascensor cuando aparece Toni en el recibidor, por lo visto también ha decidido largarse pues lleva puesto su plumas.

—¿Cómo lo llevas? —pregunta.

—Pues mal. La verdad es que no he estudiado nada durante la evaluación y poco podía hacer en una tarde. Mañana esperaré a que la Virgen se me siente al

lado y me apunte las respuestas — explico—. ¿Y tú? ¿Crees que aprobarás?

—Sí, me lo sé bastante bien — responde, y tras vacilar medio segundo añade— quizás yo podría ayudarte...

Yo sí que te ayudaría a ti. Te haría un favorcito bien hecho.

—Ah, ¿sí?, ¿cómo? —me intereso, intentando que mi voz suene seductora. Aunque mucho me temo que lo de seducir no es lo mío.

—Pues podría pasarte las respuestas durante el examen, si te sientas detrás de mí como siempre no tendremos problemas. Además el Jaimito cada día está más cegato, ni siquiera se dará cuenta.

—Ya, el problema es que mañana posiblemente esté también su sustituto —le advierto—. De todas formas podríamos intentarlo, ¿lo harías por mí?

—Bueno sí... a cambio de un favor —carraspea—, algo que tú tendrías que hacer por mí.

—Ah, ¿sí?, ¿qué cosa?

Vaya, vaya, vaya. Esto se pone interesante. Resulta que ahora Toni quiere algo de mí. ¡Por favor que sea mi cuerpo y mi alma!

—Algo importante... para mí —dice con la voz ronca. Carraspea de nuevo para aclararse la garganta y añade— algo en lo que llevo pensando varias semanas, uf,... pero que no me atrevo a hacer —prosigue, pero otra vez

enmudece. Sea lo que sea parece que le resulta difícil soltarlo—. Se trata de una tía que conozco desde hace tiempo... y la verdad siempre la he visto como una amiga... pero ahora... —Toni continúa hablando pero yo dejo de escucharlo. Mi cuerpo sigue físicamente allí con él pero mi mente ha volado a cien mil kilómetros de altura y está dando brincos de alegría sobre las nubes. No puede ser; se me está declarando por fin. ¡Sí, sí y mil veces sí! ¡Madre mía! Ya me veo de blanco, en una iglesia repleta de rosas rojas, camino del altar. Toni al fondo, guapísimo, esperando con un traje de chaqueta también blanco, hasta que, ups, creo escuchar un nombre que no encaja demasiado bien con mis

planes de boda. A no ser que su función sea estrictamente el de dama de honor.

—¿Perdona? —pregunto, porque me parece increíble lo que acabo de oír y debo estar en un terrible error.

—Sí, bueno. Me gustaría que le dijeras a Jessica que si le gustaría ir conmigo al cine este sábado por la tarde —suelta de un tirón, como si las palabras le quemasen la lengua y tuviera que escupirlas a toda velocidad.

Me gustaría decirle «¡no, no y mil veces no! ¡Serás cabrito!», pero en lugar de eso dejo escapar un débil— claro, ¿por qué no? Pero ¿por qué no se lo preguntas tú mismo?—. «¡Pedazo de cabrón!».

—Pues porque... tú eres su mejor

amiga, y ella te hace siempre caso en todo. Si tú le dijeras que es buena idea, ella seguro diría que sí. Además podrías venir también, claro, y yo podría llevar un amigo, para que no estuvieras sola.

¡Oh, mierda! ¡No puede ser! ¡Cabrito, cabrito, más que cabrito! Encima me está arreglando el plan. Estoy muy ofendida, ¿cómo se atreve ni siquiera a proponérmelo?

¡Por supuesto que no!

Me tomo mi tiempo antes de responder, porque siento que una furia incontrolable va a estallar dentro de mí, y lo único que me apetece en este preciso instante es hacerle una operación gamba, es decir arrancarle la cabeza de cuajo. Respiro hondo y digo

al fin— vale, se lo diré.

¡Idiota! Siempre igual. Siempre la misma historia.

—Muchas gracias, eres una buena amiga —me agradece Toni, pero no parece muy contento con el resultado obtenido.

¿Una buena amiga? Sí, una buena amiga, desde luego, pero idiota de remate.

Me da un fuerte abrazo. Sus brazos me rodean la cintura pero sin apretar. Siento que mi cuerpo se pierde entre el suyo y comienzo a levitar entre las plumas de su chaqueta. Mis brazos instintivamente le rodean el cuello. Permanecemos abrazados durante unos segundos. Su cuello huele sutilmente a

frutas, a una fragancia entre mandarina y menta que aviva instantáneamente mis sentidos. Es un olor tan rico y dulzón que me dan ganas de lamerlo como un polo. Su cuello tan solo está a un centímetro de mis labios y si sacara sólo la puntita de la lengua podría darle un lengüetazo y degustar su piel. Me contengo, muy a mi pesar, pero la verdad es que no me atrevo ni siquiera a respirar.

De repente se abre la puerta del ascensor y aparece mi padre. Se queda junto a la puerta plantado mirándonos con la boca abierta por el impacto. La verdad es que no está acostumbrado a ver a su hija pegada a un hombre en plan Loctite.

Toni se separa rápidamente alejándose de un salto a más de dos metros de distancia. Tiene la cara más roja que un tomate y empieza a balbucear como un bebé— buenas noches, Se... ñor Lino, yo es...tatata...ba estudiando aquí... con con su hija, ...pepero ya me iba, bueno ya me voy. Adiós.

Y sin añadir una palabra más, desaparece de mi vista por el agujero de la escalera. Se larga corriendo, sin ni siquiera despedirse de mí. Y yo me quedo allí, compuesta y sin novio. Peor aún, descompuesta y con un padre muy cabreado, a juzgar por su entrecejo arrugado y su mirada ceñuda que anuncia claramente tormenta a la vista.

¡Vaya mierda! Qué injusta es la vida, para una vez que tengo a Toni entre mis brazos, viene mi padre y lo fastidia todo. Y lo peor de todo es que la bronca me la voy a llevar igual.

—¿Desde cuándo se llama estudiar a magrearse en la escalera con un chico? —me reprende con la cara muy seria.

—No, no es lo tú crees. Pero mira que eres mal pensado—. Ojalá—. Sólo es un amigo. Me estaba dando las gracias por un favor.

—¿Un favor?, espero que no sea ese tipo de favores que no me gustan ni un pelo.

—Que no papi —niego poniendo mi voz más melosa, pues quiero ganarme su perdón enseguida.

—Eva, ya sabes que no me gusta el rollo este de los amiguetes con derecho a nada. Eres muy joven, y tienes mucho tiempo por delante para hacer todas esas cosas.

Y bla, bla, bla... bla, bla, bla. El rollo de siempre. Es que los padres no se cansan de decir siempre lo mismo.

—Pero, papi, que ya te he dicho que no ha pasado nada—. ¡Qué más quisiera yo!—. Además, no tengo intención por el momento de echarme novio ni nada de eso. Si yo ya sé que soy muy joven, y la verdad tengo muchos planes que ningún novio me va a fastidiar...

—¿Ah, sí? Muchos planes de qué —me interrumpe interesado.

—Pues de futuro, ya sabes...

—Pues no, no sé. Es la primera noticia que tengo de ello. A ver, cuéntame qué planes son esos que tienes de futuro.

¡Bien!, por fin he conseguido desviar su atención a otro tema. Aunque éste no es ni de lejos menos peliagudo que el anterior y tendré que sudar sangre como un rinoceronte si quiero salirme con la mía.

—¿Por qué no me cuentas? —insiste, adoptando una expresión de gran atención.

—Vale, pues... ya he decidido que voy a hacer con mi vida —me detengo un momento para tomar aire antes de decírselo, a lo bruto, sin anestesia ni nada—, voy a ser actriz, ¡tachan!—. Y

para dar un mejor golpe de efecto levanto los brazos como un mago cutre que acaba de hacer un truco de magia más cutre aún—, ¿qué te parece?

La noticia lo deja ojiplático.

Desde aquella conversación con Pablo nunca más volví a hacerme la gran pregunta, hasta que a principios de este curso un día mi padre se me acercó y me dijo «bueno Eva, ¿qué piensas estudiar cuando salgas del instituto?». ¡Mierda!, fue horrible porque yo no había pensado nada. Era mi último curso y no tenía ningún plan de futuro. Me quedé muda, sin respuesta, pero justo en aquel instante de gran incertidumbre y muchos nervios, porque lo pasé muy mal, ¿sabes?, como un concursante que se

queda en blanco ante la pregunta más idiota y pierde el coche, el apartamento en la playa y la vuelta al mundo, decidí que tendría una respuesta antes de que acabase el año. Y así ha sido, tras varios meses de presión psicológica he tomado una decisión. No ha sido nada fácil, porque lo sencillo quizá hubiera sido decidirme por la típica carrera convencional con futuro asegurado, aunque hoy en día tal y como va el país, seguro, seguro, no hay nada. En fin, estudiar un montón de años para acabar trabajando en un curro tremendamente aburrido, cosa que por otra parte no me apetece nada. Así que finalmente tras mucho exprimir mi cerebro una idea fue madurando en mi cabeza. Y lo que al

principio parecía una gran insensatez, poco a poco, se fue convertido en una decisión firme y clara. ¿Por qué no? Siempre me ha gustado lo de interpretar, y todo el mundo dice que lo hago muy bien, pero claro de ahí a convertir una afición en mi profesión pues hay mucho camino. Pero es lo que ha hecho Pablo, ¿no? Y, además, le está funcionando, ¿por qué en mí iba a ser diferente? Sin embargo, no sé por qué pensaba que esta decisión no les iba a gustar nada a mis padres, y que seguramente me dirían que era un plan absurdo y que lo de ser actriz no tenía futuro, y ese tipo de cosas que se suelen decir. Pero estaba equivocada, al contrario de lo que yo pudiera pensar, mi padre, ese señor de

sesenta y un años de pelo cano y profundas arrugas en los ojos y la frente, lo encaja bastante bien. En lugar de desmayarse o empezar a despotricar como un poseso se limita a decirme con voz tranquila:

—Pues no sé, Eva, no es tan fácil como tú piensas. Para ser actriz hay que estudiar arte dramático, y, además el simple hecho de tener el título no te convierte en actriz. Luego muchos acaban haciendo otras cosas porque no encuentran trabajo de lo suyo—. Hace una pausa, y se rasca el cogote, antes de continuar— no sé, Eva, yo había pensado que hicieras otro tipo de carrera más normal, como empresariales o derecho, cosas con salida profesional

y que te garanticen un trabajo en el futuro. Piensa que nosotros no vamos a estar siempre aquí para solventarte la vida y pronto tendrás que volar del nido y valerte por ti misma.

Siempre con los mismos rollos. ¡Joder, papa, que ya soy mayor!

—Pero, papi, a mí todo eso no me va —me quejo con ñoñería—. Me moriría de tristeza encerrada entre cuatro paredes, cara a un ordenador y envuelta de papelotes. Tú no lo verías, ni siquiera te darías cuenta, pero yo estaría seca por dentro, como un junco sin vida. No quiero acabar así. Quiero dedicarme a algo que me satisfaga y sé que lo de interpretar es lo mío. Es lo único que me hace sentir llena de vida.

Y sé que tengo riesgo de no llegar, pero para mí es mucho peor no arriesgar y quedarme siempre con la incertidumbre de lo que pudo ser. Es lo que quiero ser, lo tengo claro. Es una decisión muy meditada. En serio —explico adoptando un tono tan grave que creo que hasta mi padre se lo cree.

—No sé, puede que tengas razón, desde luego drama le echas al asunto.

¡Ah, pues no!

—Entonces, ¿qué te parece?

—Arriesgado, pero si es lo que deseas, entonces tienes todo mi apoyo.

—Gracias papi—. Le echo los brazos al cuello y le beso la arrugada y morena mejilla—. De momento he pensando apuntarme al grupo de teatro

del instituto. Mañana son las inscripciones para participar en la obra de este curso. Son unos *pringaos* pero desde luego puede ser una buena forma de empezar. Nunca he actuado delante de tanta de gente y esa es la mejor forma de ver si puedo hacerlo y comprobar si realmente me gusta tanto como para invertir los próximos años de mi vida en ello. Será mi prueba personal antes de tomar la decisión final.

—Pues me parece una buena idea —comenta, y alarga una mano para tirar de mí y abrazarme de nuevo. Dejo que me acune de camino a la salita. De repente su semblante se vuelve sombrío —. Ah, por cierto; lo de magrearse en la puerta de casa, dentro de casa, fuera de

casa, en la calle o en ningún lugar de esta galaxia se acabó, ¿está claro?

—Sí, sí, claro que sí—. ¡Qué pesado!—. Te quiero papi—. Le doy un sonoro beso en la mejilla y me zafo rápidamente de sus brazos, pues nada me apetece menos que discutir mi vida sexual con mi padre en este momento, ni en ningún otro.

El Sustituto

Como todos los días, Jessica y yo nos encontramos en la esquina de mi calle. A ambas nos viene de paso de camino al instituto. Son las ocho menos cuarto de una mañana de diciembre y hace un frío asesino, pero Jessica por lo visto no tiene miedo a la muerte, pues lleva puesta su minifalda más corta.

—¡Qué piernas tiene la cabrita!— farfullo mientras la veo llegar.

No es justo, de verdad, las dos tenemos casi la misma edad. Siempre hemos sido casi igual de altas y usado la misma talla de sujetador. Pero en el último año, ella ha entrado en un cruel maratón de ver quién se hace más

explosiva, y la muy cabrita me ha dejado en la línea de salida. Hasta su nombre es mucho mejor que el mío. A mí tuvieron que ponerme Eva, el nombre de la primera mujer sobre la faz de la Tierra. Una idiota rematada que no supo tener la boca cerrada y por su culpa todas las demás tenemos la regla y estamos condenadas a parir con un dolor insoportable, al menos eso dice mi madre. Pero no, ella se llama Jessica, como Jessica Alba o Jessica Biel. Sólo escucharlo ya es preludio de tía buena a la vista. Cuando vamos juntas, cosa que suele ocurrir con mucha frecuencia, ¡a veces parezco hasta invisible! ¡Y eso que mido un metro setenta y cinco!, pero los chicos, gracias a un horrible efecto

óptico ocasionado por el reflejo de los haces luminosos en sus prismas pectorales, solamente la ven a ella. No es que yo sea un adefesio ni nada de eso, en realidad soy bastante mona, pero es que estoy como un insecto palo y por lo visto si no hay chicha no hay salchicha. Mi madre me dice que lo mío es una gran ventaja, y que ya tendré tiempo de sobra para engordar, pero para mí, de momento, es un motivo de angustia perpetua, y no le veo la ventaja por ninguna parte.

Cuando la alcanzo en la esquina me saluda alegremente y yo le respondo con acritud— hola Jessica, parece que hoy hace más frío que nunca, ¿no?

—Pues yo, la verdad, no tengo nada

de frío, deben ser las hormonas que me bullen dentro —contesta sin perder el tono alegre ni por un segundo—. ¿Qué tal ayer con Toni? ¿Pasó algo después?

Si tú supieras. ¡Cabrita! ¡Robanovios! ¡Bruja! ¡Loba!

—Pues no, se fue enseguida de irte tú. Y no me dijo nada —respondo, no sin cierta rabia en la voz.

—Vaya, ¡qué lástima!, otra vez será —comenta con un falso tono afectado.

¡Sí, seguro que lo sientes muchísimo!

Decido que es mejor cambiar de tema ahora mismo, si no quiero engancharla por los pelos y dejarla calva a tirones.

—Ya le he dicho a mis padres lo de

ser actriz —dejo caer.

—Ah, qué bien —sonríe—, ¿y qué les ha parecido?

—Se lo han tomado bastante bien, aunque preferirían que hiciera cualquier otra cosa, claro. Pero soy yo la que tiene que vivir mi vida y, después de todo, de mis decisiones de hoy depende mi felicidad del mañana—. Suspiro hondo y añado —me he pasado los últimos meses pensando lo que iba a hacer cuando acabase el instituto, y, por más que le diese vueltas y más vueltas, pensando posibilidades, sólo imaginarme en un aburrido despacho me llenaba de una inmensa tristeza y creía morirme. Y sin embargo la idea de ser actriz me hacía feliz, pero yo siempre la

apartaba como si fuera una chorrada, cuando en realidad era la única opción que realmente me emocionaba.

Jessica me mira en silencio, escuchando cautivada mi discurso, o eso parece.

—Vaya, Eva. Estoy impresionada —dice en tono de burla.

La miro enfadada, porque no estoy bromeando, se da cuenta por mi gesto de que me ha molestado su comentario y añade— no, en serio, creo que estás en lo cierto. Es la primera vez que te escucho hablar de esta forma tan apasionada y por supuesto que no tienes que renunciar a tus sueños.

—He decidido apuntarme al grupo de teatro del instituto.

Jessica se detiene y se vuelve lentamente hacia mí. Se apoya las manos en la barriga y se dobla por la cintura hacia delante estallando en una sonora carcajada. Varias personas que andan cerca de nosotras se quedan mirándola con desaprobación, y, una de ellas, la que está más próxima da un respingo del susto. Pero a ella le da igual cómo y quién la mire y continúa riéndose de mí en mi propia cara.

—¡Pero qué morro tienes tía! Desde luego eres una actriz impresionante. Me lo había creído todo —dice todavía riéndose.

—¿Pero qué dices? ¿te pinchas o qué? —pregunto sorprendida y molesta pues no tengo ni idea de qué narices está

hablando.

—Sí, sí, yo me pincho, pero tú le has echado bien el ojo al Sustituto — comenta burlona.

—Te equivocas —respondo ofendida por su absurda insinuación—, no tiene nada que ver con el Sustituto, de verdad.

Y es la verdad, el Sustituto no se me ha pasado por la cabeza en ningún momento.

—Sí, claro, qué casualidad. ¡Ja! y yo me chupo el dedo —dice desconfiada—. Nunca te ha gustado eso del grupo de teatro, y ahora que cambian al profesor decides de la noche a la mañana que te vas a apuntar al grupo. ¡Por favor, Eva, que no nació ayer!

—Nunca me ha gustado porque son muy patéticos, pero ahora estoy desesperada, y necesito actuar en un escenario de verdad antes de que acabe el curso y asegurarme de que realmente no sólo me gusta sino que además puedo hacerlo. ¿No crees que sería una pena que después de todo fuese incapaz de actuar delante de la gente? Es una prueba de fuego, ¿entiendes?

—Sí, la verdad es que tienes razón. Sería una pena que a la hora de la verdad te rajaras y quedases muda por la impresión.

—Claro, y además no sabemos quién se hará cargo del grupo de teatro. A lo mejor es la Bufo —sugiero sin mucha convicción—. Todavía no se

sabe, pero da igual, te aseguro que mi decisión nada tiene que ver con el Sustituto. Es mi única opción.

—Vale chica, si tú lo dices—. Me abraza y me da un beso—. Te creo y tienes todo mi apoyo. Es más creo que me voy a apuntar contigo, puede que hasta resulte divertido.

¡Será cabrita! Encima, ahora se quiere ligar al Sustituto.

—Claro, me parece una gran idea —comento.

Falta poco para llegar al instituto. Acabamos de entrar en el parque y el centro se encuentra al final del camino que seguimos. Me encanta cruzar el parque cada día porque me permite seguir la evolución de las estaciones.

Ahora mismo, la mayoría de los árboles están pelados y las ramas huesudas muestran su desnudez descaradamente. No hay ninguna flor, así que a mi alrededor todo está teñido de marrones, amarillos y verdes apagados. Los colores del invierno. Pero lo mejor de todo es el aire que se respira aquí. Sobre todo si la tierra está recién mojada. Comienzo a respirar profundamente intentado llenarme de ese aroma maravilloso que me envuelve hasta que me saturó y se me congelan los pulmones, y ya no puedo más y comienzo a toser como una tuberculosa.

Un poco más adelante se cruza otro camino. Desde donde estamos nosotras es imposible ver si alguien pasea por

allí, porque está flanqueado por una hilera de setos de la altura de casi una persona. Jessica y yo de pequeñas, es decir, hace apenas cuatro años, solíamos escondernos detrás y dar sustos a los que paseaban tranquilamente. Era divertidísimo ver sus caras espantadas, más blancas que la cera por el susto, y luego salir corriendo escuchando sus insultos.

—¡Hola, tías! —saluda Toni apareciendo de la nada delante de nosotras.

—Eh, Toni —responde Jessica sonriente.

Para mi asombro mi amiga empieza a enroscarse un mechón de cabello en el dedo índice mientras lo observa

detenidamente. Me lo parece a mí ¿o está tonteando un poco? No, Eva, no. No pienses mal. No puedes juzgar mal cada cosa que haga o diga Jessica.

Jessica es tu amiga. Jessica es tu amiga. Jessica es tu amiga. Trato de concentrarme en estas palabras.

—¡Hola, Eva! —me saluda Diego apareciendo de repente a mi lado.

—¡Hola, Diego! No te había visto —digo sin mucho afán. No lo había visto, esa es la verdad. No sé por qué pero mi mirada siempre traspasa la carne de Diego. Sin embargo, no puedo dejar de observar alucinada lo que está ocurriendo ante mis propios ojos.

Me repito: Jessica es tu amiga. Jessica es tu amiga.

No me lo puedo creer, le está tocando el proyecto de bíceps. ¡Pero será presumida!

—¿Sí? ¿Perdona? ¿Qué me decías Diego?

—Pues que ¿cómo llevas el examen de hoy?

—Ah, pues... fatal. No me ha dado tiempo de estudiar nada —contesto mientras intento girar el rostro con disimulo para ver qué hacen esos dos. Se han quedado rezagados aposta.

Jessica es una bruja. Jessica es una bruja.

—¿Pero qué quiere este pesado?

—Perdona, ¿qué has dicho?

Ups. No me lo puedo creer, ¿lo he dicho en voz alta? Seguro que me ha

oído. Ah, no. Está sonriendo. Pobre Diego, él no tiene la culpa de que mi amiga sea una coqueta incorregible.

—No, nada, Diego, sólo estaba pensando en voz alta—. Y le ofrezco mi mejor sonrisa, tratando de parecer encantadora, encantadoramente inocente—. ¿Y tú, qué tal lo llevas?—. Vaya pregunta más idiota. Sé que bien. Posiblemente sea el chico más listo de la clase, pero tengo que tratar de ser sociable y mantener conversación amigable.

—Bien, aunque la literatura clásica no me va nada. Yo prefiero los autores contemporáneos, escritores como Vladimir Nabokov o Truman Capote me encantan...

Bla, bla, bla... bla, bla, bla... pero ... vamos a ver, ¿cómo se puede ser tan paliza? ¿Quién es ese Novocof o el tal Capota? La verdad es que no entiendo nada de lo que dice Diego. Es tan listo que no tiene absolutamente ningún atractivo para mí. Cero absoluto.

—¿Has visto alguna peli buena últimamente? —pregunto, intentando cambiar de tema. El cine me encanta. En eso sí intento estar bien informada.

—Pues no, pero había pensado ir a ver una película que vi anunciada en la televisión—. Aparta la mirada y añade —Eva, ¿te gustaría venir conmigo?

Esta vez, veo claramente como Jessica se ha colgado del brazo de Toni y le sonríe seductoramente. Contesto sin

pensar— me encantaría.

—Genial, ¿qué te parece el sábado por la tarde? ¿Paso a recogerte?

—Podemos quedar en la puerta del cine, ¿si quieres?

—¿No prefieres que pase con la moto a por ti?

La palabra «moto» actúa como una especie de resorte en mi cerebro. Hace «clic» y de repente me doy cuenta de lo que está ocurriendo en realidad. ¡Madre mía! Acabo de aceptar una cita con el paliza de Diego. Aún así le sigo el rollo y pregunto— ¿desde cuándo tienes moto?

Nunca lo he visto montado en ella, y para nada puedo imaginármelo motorizado. Las motos únicamente sólo

deberían ser aptas para tíos cañonazo.

—Hace un par de semanas — responde sonriendo.

—Ah, bien —suelto distraída mirando hacia atrás.

¡Mierda! Lo he vuelto a ver. Toni la ha cogido por la cintura.

—¡Será cabrito! ¡Mierda, mierda y más mierda!

—¿Qué dices? —pregunta Diego, mirándome extrañado. A estas alturas debe pensar que estoy más loca que una cabra con Alzheimer.

—No, nada, sólo pensaba en voz alta.

—¿Te pasa mucho? —indaga con una media sonrisa.

—¿El qué?

—Eso de pensar en voz alta.

—Sí, desgraciadamente mucho, más de lo que me gustaría.

Diego sigue sonriendo y yo me pregunto «¿por qué?». Por cierto tiene una sonrisa muy bonita, con todos esos dientes tan blanquitos y bien colocados. Qué raro, nunca me había dado cuenta de este detalle, aunque la verdad tampoco es que le preste demasiada atención. Le digo— te noto diferente.

—¿Sí? —pregunta sin dejar de sonreír.

¿Y por qué sonríe tanto?

—¿Te has hecho algo... —escruto su rostro— en la cara?

—¿Sí?

¿Sí? ¿Sí? ¿Es idiota o qué?

Se queda callado esperando a que yo diga algo. Cuando se da cuenta de que no voy a decir ni *mu*, me revela orgulloso— pues sí, me han quitado el aparato.

¡Anda, pues es verdad!

Me viene a la cabeza una imagen borrosa de Diego con un aparato horrible de esos superortopédicos con hierros que salen de la boca. Esos aparatos siempre me han dado un pánico terrible desde que vi en una película que a un niño lo engullía su propia ortodoncia. Supongo que éste es el principal motivo por el que nunca Diego ha sido objeto de mis miradas: me daba miedo que fuera a devorarme con sus dientes de alicate.

—Oh, vaya, eso es genial, genial, de verdad —trato de sonar entusiasta, aunque no puedo disimular el poco interés que me produce el asunto.

—Bueno, entonces tenemos una cita el sábado, ¿qué tal a las cuatro y media?

¡¿Cita?! ¡¿A las cuatro y media?! Por favor, ¿está loco o qué?

Calculo rápidamente aunque las mates no son lo mío. Vamos a ver: eso significa que entraremos al cine a las cinco, y a las siete ya estaremos fuera, con lo cual quedará tiempo de sobra para merendar. Y no me quedarán más remedio que hacerlo con él, claro. Es decir, no me libraré de Diego hasta la nueve por lo menos. ¡Puaj!, nada puede sonar más aburrido para una tarde de

sábado.

¿Cómo puedo haber sido tan idiota? ¿Cómo he dicho que sí? Pero si yo pienso que Diego es el tío más aburrido de toda la galaxia. Y ahora tengo que sufrirlo durante una tarde entera. ¡Y encima la del sábado! Todo el fin de semana echado a perder por mis estúpidos celos.

—¿Por qué no vamos a la sesión de las siete y media? ¿Y quedamos a las siete en mi casa? —le propongo.

—Verás, es que el sábado juega el Valencia y me gustaría ver el partido. Es por la tarde y...

Es mi superoportunidad de librarme de él, ahora o nunca. Diego sigue hablando de lo importante que es ese

partido. Y a mí qué me importa eso, como si te quieres hacer astronauta y largarte en un cohete a Plutón. En ese preciso momento, Jessica y Toni se sitúan a nuestra altura. Todavía siguen entrelazados por el brazo, y encima para más colmo están cuchicheando, y riéndose los muy cabritos.

—¿Sabes qué? —hace una pausa para imprimir suspense—, Toni dice que también se va a apuntar con nosotras al grupo de teatro. ¿A que es genial? —comenta Jessica sonriendo sin soltar a Toni del brazo, a la vez que me guiña un ojo burlona.

—Genial —farfallo.

Genial sería hacer una obra de teatro sobre la revolución francesa y que

tú hicieras de María Antonieta. ¡Eso sí sería genial y maravilloso! Visualizo en mi mente el momento justo en el que le cortan la cabeza en la guillotina. Su cabeza envuelta en una enorme y ensortijada peluca blanca empieza a rodar a toda velocidad sobre la hierba verde. Entonces veintidós jugadores de fútbol entran en el campo de juego. Pero lo mejor de todo es que utilizan su cabeza como balón. Pin, pan, pin, pan, se la van pasando. Uno de ellos le da una patada con todas sus fuerzas, acertando de lleno en su nariz de patata y se la revienta y comienza a chorrear sangre y...

—¡Gooooooooool! —grito y levanto los brazos, festejando la jugada.

Los tres me miran como si estuviera loca. Tal vez lo estoy. En este preciso momento desearía que la tierra me tragase. Empiezan a reírse y aunque me dé mucha rabia ser el blanco de sus risas reconozco que tiene bastante gracia, así que yo también me echo a reír.

—¿En qué estarías pensando?, no quiero ni imaginármelo —dice Jessica entre risas.

Mejor no lo hagas. Se te cortaría la regla de repente.

—Ha sido un lapsus —explico encogiéndome de hombros.

No puedo dejar de pensar en que primero Toni me ha pedido que le diga a

Jessica que si quiere ir al cine con él. Lo que significa sin la menor duda que a Toni le gusta Jessica.

¡Qué horror, ni en mi peor pesadilla!

Me pellizco el brazo, porque me gustaría que todo esto fuese un mal sueño y quisiera despertar ya. ¡Ay, qué daño! No, por desgracia no estoy soñando, estoy bien despierta y viviendo una autentica pesadilla.

Luego ella se presenta esta mañana con su minifalda más corta. ¿Por qué, por qué y por qué? Hace más frío que en el polo norte, y por fuerza debe tener el chocho congelado. ¡Vamos!, estoy casi segura de que si mea hasta le salen estalactitas. Encima ha estado tonteando

descaradamente con Toni todo el camino. Lo he visto con mis propios ojos. ¿Acaso a ella también le gusta Toni? Claro, eso es y no me lo ha dicho porque sabe que él a mí me gusta desde hace siglos, y claro... pues... ¿no quiere hacerme daño? Claro, eso es, y lo demuestra... ¿cómo?... ¿tonteando con él? ¡Será cabrita! No puedo dejar de darle vueltas al asunto.

Miro a Jessica. Está sentada a mi lado, tan pancha, como si nada, mirando atentamente a la pizarra, con su melena rubia *de bote*, aunque ella diga que no, cayéndole sobre los hombros. Es mona sí, pero tampoco es para tanto. Salta a la vista que tiene más tetas que yo, pero ¿acaso es eso tan importante? Yo tengo

otros atributos, por ejemplo soy más alta, aunque sólo cinco centímetros, y más delgada, aunque está claro que los tíos prefieren la chicha. ¡Mierda! ¡Qué no valgo nada, soy una autentico insecto palo! ¿Pero qué dices Eva? No te rayes. Claro que sí gustas a los tíos. Para muestra un botón. Sin ir más lejos, este mismo sábado tengo una cita con uno de ellos. ¡No, por favor! Casi lo había olvidado. Este sábado tengo una cita con el paliza de Diego. ¡Qué horror! ¡Prefiero la muerte súbita!

El Sustituto entra en el aula como si fuera Chris Evans, más chulo que un ocho. El Jaimito lo sigue de cerca y cierra la puerta. Este hombre como suele

ocurrir en señores entraditos en años, salvo excepciones evidentes como es el caso de Brad Pitt y Gerard Butler presenta un atractivo cero absoluto. Pero el Jaimito lejos de parecerse a ninguna de estas dos maravillas del séptimo arte es más bien un híbrido entre dos personajes de ficción: Shrek y Pumba del Rey León, lo cual no es ningún punto a su favor. Su apodo viene de la prehistoria, lleva más de treinta años dando clases en el insti, y tiene algo que ver con un tío chaparro que hacía pelis de cachondeo hace muchos años. Y la verdad es que lo de Jaimito le va como anillo al dedo, porque tiene una pinta de chiste que no se la acaba. Sin embargo es muy buen profesor y de lo más

simpático. Típico, ¿no?

—Hola a todos —saluda el Jaimito con una sonrisa de oreja a oreja que deja al descubierto una dentadura que sería un reto para cualquier ortodontista—. Ya sabéis que el resto del curso no podré estar con vosotros, así que el profesor Giner me sustituirá de ahora en adelante. Espero que os portéis bien con él —explica en tono divertido examinando a la clase a través de las lupas.

Yo, como todas las demás compañeras, no puedo dejar de mirar a ese «hombre». Se entiende que, por supuesto, hablo del Sustituto, no del Jaimito.

—Ahora, chicos y chicas, vamos a

comenzar con el control. Espero que hayáis estudiado mucho. Todo el mundo en silencio, por favor.

El Sustituto empieza a repartir las preguntas del examen. De primeras, le había echado unos treinta años, pero ahora que lo veo bien pienso que debe rondar los veinticinco. Bajo los ojos y observo con detenimiento el horrible dibujo que ilustra mi mesa, fruto de una soporífera clase de historia del arte. Poco a poco, se va acercando a mí. Cuando llega a mi altura se detiene, y allí se queda plantado. Seguro que me ha reconocido. Sí, soy yo, la idiota que babeaba junto a la máquina de los refrescos. Lo miro tímidamente, esperando encontrar sus ojos clavados

en mí, pero entonces compruebo, muy a mi pesar, que no es a mí a quien observa. Está mirando hacia la ventana. Sigo la trayectoria de su mirada y entonces descubro qué lo tiene tan embelesado.

En las pistas de atletismo hay un grupo de alumnos haciendo deporte, algunos corren por las pistas, otros están calentando, y en medio de todos ellos, emergiendo como una sirena, está Supergirl. Supergirl es, ni más ni menos, la profe cachondona de educación física. Según todos los tíos del instituto es un pivón, y no me extraña nada, la verdad, la tía tiene un cuerpazo de infarto. Allí en medio del patio, con el pelo rubio platino recogido en una coleta de

caballo y su chándal de lycra azul eléctrico, parece más Supergirl que nunca.

El Sustituto sigue hechizado y me sabe mal joderle la panorámica, pero tengo que hacer el examen, así que no me queda más remedio que romper su encantamiento.

—Perdone, profesor Giner, ¿me entrega las preguntas? —le pido levantando un poco la voz para hacerme oír.

Sacude un poco la cabeza para despejarse. Y ahora sí, ahora sí que me mira a mí. Se muerde el labio inferior, en un gesto que a mí me parece terriblemente sexy, y me sonríe ampliamente.

—Toma —me entrega una hoja y añade— puedes llamarme Álex. Si tienes alguna pregunta, no dudes en pedirme ayuda. Buena suerte.

—Gracias.

—De nada, es un placer ayudarte.

Álex, el «hombre por definición» se llama Álex. No sólo está de muerte, sino que además es simpático, educado y amable. Desde luego, no parece una combinación muy probable en un hombre de carne y hueso, pero es real, ante mis ojos está la prueba fehaciente de su existencia, y, ¡Madre mía!, resulta explosivo.

Empiezo a leer las preguntas. Me parece que este examen va a ser un cate seguro. El Sustituto se va a llevar una

impresión horrible sobre mí. Prometo, que a partir de hoy estudiaré mucho más. Voy a ser su mejor alumna. Sacaré notables y sobresalientes. Se va a enamorar perdidamente de mi inteligencia y cuando acabe el instituto seremos novios y nos casaremos.

¡Por favor, a quién voy a engañar con toda esta perorata idiota! ¿A mí misma? Se me escapa una risita. Jessica me mira extrañada y pone los ojos en blanco. Está claro que piensa que estoy de atar.

Trascurridos veinte minutos, una hoja cae sobre mí mesa. ¡Ostras! No me acordaba. Toni me iba a pasar las respuestas. Gracias Toni, eres un cabrito pero te quiero. Cojo la hoja con

disimulo y compruebo con gran alegría que, en efecto, son las respuestas del control.

A partir de entonces el examen transcurre deprisa y sin problemas. Consigo copiar casi todas las respuestas. Eso sí, tengo algo de decencia y pongo algo de mi parte, cambiando expresiones y algunas palabras, aquí y allá, es decir, le doy mi propio puntillo para que no se note demasiado el plagio.

Tras sonar el timbre, el Sustituto pasa a recoger rápidamente los exámenes. El Jaimito mientras tanto aprovecha para despedirse de nosotros.

—Como ya sabéis, estoy a cargo del grupo de teatro. Dado que no estaré

por aquí me va a ser imposible preparar la obra de final de curso. Había pensado disolver el grupo hasta el curso que viene.

¡Mierda! Ahora que había decidido apuntarme yo. Miro a Jessica con cara de desesperación. Ésta a su vez me mira y se encoge de hombros, como diciendo «mala suerte chica».

—Muy amablemente, el profesor Giner también se ha ofrecido a sustituirme en esta tarea —añade felizmente—. Así que será él quien prepare la obra este año. Los ensayos serán en el salón de actos y con el mismo horario de siempre. Buena suerte chicos y hasta la vista.

¡Gracias Dios! ¡Gracias por todo!

¡Qué suerte la mía!

Toni se gira y dice en voz baja — gracias, Eva. Ya me ha dicho Diego que habéis quedado el sábado para ir al cine. Mucho mejor. Así Jessica no pensará que esto ha sido cosa mía. Eres un genio.

—Gracias a ti por pasarme las respuestas. Me has salvado de una muerte segura.

—Un favor es un favor.

Jessica se acerca a nosotros. Ya ha recogido todas sus cosas y se ha puesto el chaquetón. Por extraño que parezca está sonriendo en plan «¿estarás contenta?». Y yo no entiendo nada. ¿Tengo que estar contenta? Mi amor platónico quiere salir con mi mejor

amiga y yo encima haciendo de alcahueta. El plan no puede ser peor.

—¿Qué tal el examen? —pregunta Jessica.

—Bien, mejor de lo que esperaba.

—¿En serio?, pero si no tenías ni idea —comenta poniendo cara de sorpresa.

—Sí... ya... pero he tenido una especie de inspiración divina —explico sin querer entrar demasiado en detalles.

—Vaya, pues me alegro. Yo la verdad fatal. Seguro que suspendo —dice con cara de pena—. Lástima, que yo no haya tenido ninguna inspiración —se queja mientras sus ojos observan atentamente la espalda de Toni, que ya se ha dado la vuelta y empezado a

recoger.

Guardo despacio mis cosas y arreglo cuidadosamente el contenido de mi mochila. Jessica empieza a mirarme con desespero. Sé que mi parsimonia la pone enferma y hoy disfruto más que nunca martirizándola. El aula se va quedando vacía. Me pongo el abrigo con gran lentitud, abrochándome los botones muy muy despacio. Llegado a este punto, Jessica está que se sube por las paredes. Cuando cree que ya estoy lista para marchar se dirige rápidamente hacia la puerta, indicándome con un gesto de la cabeza que me dé prisa. La sigo leeeentaaaameeente.

Está a punto de abandonar el aula cuando de súbito en la puerta alguien la

embiste con fuerza. La colisión es tremenda, y la pobre Jessica del impacto se cae de culo, con las piernas para arriba, y allí se queda, tirada en el suelo, completamente despatarrada. Al principio me asusto al ver que no se pone en pie, pero luego no puedo evitar partirme de risa al verla allí con su tanga morado al aire. Quiero ayudarla a levantarse, pero al ver esa expresión de vergüenza dibujada en su rostro me entra de nuevo otro fuerte ataque de risa. El Sustituto se queda parado. No sabe qué hacer y mucho menos dónde mirar. El espectáculo que ofrecen los violáceos bajos de Jessica no es para menos. Está serio y su cara más colorida que el tanga de Jessica. Me mira desconcertado,

esperando que yo haga algo. Pero tras comprobar que lo único que yo hago es desternillarme de risa reprime una sonrisa. Parece que pasa una eternidad sin que ninguno se mueva. La pobre Jessica sigue en el suelo. Finalmente el Sustituto le ofrece la mano, Jessica la acepta y se pone en pie.

—Perdona, ¿te has hecho daño? —se disculpa el Sustituto educadamente.

—No, no ha sido nada —contesta Jessica molesta, mientras se recompone la ropa.

—Pensaba que ya no quedaba nadie en el aula y se me habían olvidado las gafas, por eso venía corriendo —se explica el Sustituto con cara seria—. Lo siento mucho.

Jessica al fin, ya reubicada, pero todavía más roja que el culo de un mandril, levanta los ojos y lo mira decidida.

—Espero que tengas en cuenta este pequeño percance y sirva para que valores positivamente mi examen— expresa con gravedad.

¡Pero qué morro tiene la niña!

—Es posible que lo considere... por daños y perjuicios —comenta divertido el Sustituto, reprimiendo una risa—. ¿Cómo os llamáis? Yo Álex —se presenta, ofreciéndonos la mano.

—Ella Eva y yo Jessica —responde Jessica.

—Nos hemos conocido antes en clase —digo tímidamente, mientras le

estrecho la mano.

—Ah, sí, ya me acuerdo—. Me mira divertido mientras asiente con la cabeza—. ¿Supongo que tú no necesitarás que valore positivamente tu examen? —comenta en tono suspicaz.

—Pues no,... gracias —respondo un tanto desconcertada.

—No, porque claro tú ya cuentas con otro tipo de ayuda, ¿verdad? —dice poniendo énfasis en cada palabra que va pronunciando.

¿Qué trata de insinuar? ¡Madre mía! Seguro que me ha visto copiar. Estoy perdida. Mejor probar la táctica del disimulo, así que digo:

—No sé a qué se refiere.

—Bueno, pues ya lo sabrás.

—¿Es una amenaza? —se me escapa.

Me mira fijamente y dice— ya veremos.

Lo miro seria haciéndole ver que no me da ningún miedo. Me sostiene la mirada en señal de desafío durante un instante que me parece larguísimo. Gracias a Dios, Jessica nos interrumpe, porque no sé cuánto tiempo hubiera podido mantener este intenso contacto visual.

—¿Sabes Álex? Eva y yo somos del grupo de teatro —comenta en tono coqueto.

—Ah, qué bien, entonces nos veremos esta tarde —señala el Sustituto, pero sus ojos continúan clavados en mí.

—Sí, allí estaremos —asegura Jessica—. ¿Verdad, Eva?

—Sí, claro, allí nos veremos—. La miro, asintiendo con la cabeza, librándome al fin del embrujo de los ojos azules del Sustituto.

—Bueno, me tengo que ir. Hasta la tarde entonces —se despide de nosotras.

El Sustituto se acerca a la mesa del profesor, donde sus gafas han quedado abandonadas, y nosotras salimos del aula. Al fin puedo respirar. Me parece haber contenido el aliento durante una eternidad.

—Gracias por ayudarme, *amiga* —me reprocha Jessica en tono enfadado.

—Perdóname, es que me ha hecho mucha gracia.

—¿Te hacía gracia verme en el suelo tirada?

—Sí —contesto sin poder evitar soltar una carcajada— ...tirada con el culo al aire.

—¿Se ha visto mucho? —pregunta preocupada.

—Yo diría que exactamente... pues... hasta la campanilla más o menos—. Canturreo feliz y comienzo otra vez a reír—. Por cierto, las bragas moradas... no tienen desperdicio, tía... —sigo riéndome—... parecen de Semana Santa.

—Ya está bien —me empuja—, no te rías más o me enfado.

—Es que no lo puedo evitar. Tendrías que haber visto tu cara era...

era para morirse—. Me tapo la boca para reprimir otra carcajada.

—Bueno ya está bien. Además no sé por qué te burlas: los tangas morados son muy sexy.

—¿Dónde? ¿En putilandia?

Jessica frunce el ceño.

—Vale, bien. No me río más.

Nos quedamos calladas. La observo de reojo mientras andamos una junto a la otra. Sigue seria. Le doy un codazo suave para animarla a hablar. Me mira y sonríe, pero no dice nada. De pronto me suelta— oye, ¿de qué iba todo ese rollo con el Sustituto? ¿Hay algo que yo me haya perdido? ¿Qué está pasando entre vosotros dos?

Me quedo atónita ante el rápido

interrogatorio.

—Tía, ¿pues qué va a pasar? Nada de nada —respondo encogiéndome de hombros.

—Pues yo he notado cierto *feeling* entre vosotros.

—No, lo que pasa es que supongo que me ha pillado copiando.

—¿Copiando? ¿Tú? —se extraña.

—Sí.

—¿De quién?

—De Toni.

—¿De Toni?, pero ¿cómo?

—Pues copiando.

—Eh, no te hagas la lista conmigo —me reprende levantando el índice hacia mí en plan amenazador.

—No me hago la lista —me

defiendo—. Toni me ha pasado las respuestas del examen, y yo agradecida he aceptado su gentil ayuda.

—Uy, uy, uy —entona—. Esto me huele a rollito —sentencia, y comienza a cantar— *Toni te quiere, Toni te desea, Toni quiere hincarte el rabo...*

—¿Qué dices? —la callo exasperada, porque sé que la realidad es muy diferente.

—Eh, ¿por qué te enfadas conmigo? Sólo estaba bromeando.

—Pues no me hagas ese tipo de bromas —le advierto seria.

—Tía, de verdad, creo que le gustas, nunca bromearía con algo así.

—Pues te equivocas.

—Todas las señales me dicen que

le gustas. Rara vez me equivoco. Lo percibo —me hace saber, colocándose los dedos sobre las sienes, como si fuera una vidente.

—Pues deberías revisar tus sensores Iker[\[7\]](#). Están KO. No aciertas ni una.

—¡Qué sí, qué sí! —grita haciendo el paripé mientras agita las manos—. Me llegan vibraciones del más allá. ¡Oh, sí! ¡sí! ¡sí!

—¡Ooooooh, sí! —aúllo, siguiéndole el rollo y balanceo la cabeza exageradamente hacia los lados—. ¡Ooooooooooh, sí, sí, sí y... sí! —sigo gimiendo mientras comienzo a sacudir frenéticamente las caderas al ritmo de un orgasmo

imaginario.

Empezamos a reír. Es una cabrita robanovios, pero al menos tiene la habilidad de hacerme reír siempre que quiere.

—¿Practicando para las clases de interpretación?

Una voz nos interrumpe y las dos paramos en seco de reír.

—Sí, me encanta cuando Sally encontró a Harry —replico rápidamente, plantándole cara al Sustituto.

—Sí, a mí también me encanta cuando *Harry encontró a Sally* —contraataca el Sustituto matizando el título correcto de la película.

Dejo escapar una risilla rabiosa porque no sé qué responder. Cosa rara,

pues rara es la vez me quedo sin palabras. Le doy la espalda y levanto la mano mientras canturreo alegremente— adiós, profesor Giner.

Nos largamos de allí con un petardo encendido en el culo.

—Me parece que este año nos vamos a divertir mucho en literatura — comenta Jessica suspicaz.

—Sí, yo también lo creo. Estoy deseando que llegue esta tarde.

Aquello me trae a la cabeza un tema pendiente entre las dos.

—¿Es verdad que Toni se va a apuntar al grupo de teatro?

Jessica agacha la cabeza y evita mi mirada. Es extraño pero parece disgustada, pero ¿por qué?

—Bueno, eso me ha dicho. Y creo que Diego también. Por cierto, ¿qué es eso de que tú has quedado con Diego el sábado?

—Ya ves. Me lo ha pedido y le he dicho que sí.

—Pero si no lo soportas.

—Yo no diría tanto, ¡bruta! —replico, levantando el brazo exageradamente—. En realidad creo que es muy buen chico —añado no muy convencida.

—Mentirosa, no lo soportas —insiste y se introduce los dedos en la boca haciendo ademán de vomitar—, siempre lo llamas Terminator.

—Oye, y a ti qué te importa —replico molesta—. Además, ya no lleva

aparato.

—No si a mí me da igual, pero no me parece adecuado que salgas con él si el que te gusta en verdad es su amigo. A no ser que... —se detiene a pensar mientras se rasca la barbilla—. ¡Tía eres un genio! ¿Quieres darle celos?

—Qué aguda eres colega —digo con ironía y añadido— Jessica, tienes que ayudarme.

—Claro, ¿cómo? —responde con entusiasmo.

Pero otra vez rehuye mi mirada.

—Viniendo al cine con nosotros. Tú y Toni.

—Ah, no, no. Yo paso.

—¿Por qué?

—Pues... porque no me cae bien

Toni.

No me parece nada convincente. Además, empiezo a tener la sospecha de que le cae algo mejor que bien.

—No me ha dado esa sensación esta mañana cuando te has pegado a su brazo como una babosa.

—¿Qué dices? ¡Era él! —protesta con vehemencia.

Entonces hago la pregunta del millón. Tengo que hacerlo si quiero que nuestra amistad perdure para siempre— ¿te gusta Toni?

Se pone seria pero esta vez no desvía la mirada y me mira directamente a los ojos.

—¿La verdad?

No me gusta el tono de su voz. Me

temo que su respuesta aún me va a gustar menos.

—Sí, la verdad, por favor —la invito a responder.

Mira al suelo tristemente, antes de contestar— sí que me gusta, me gusta mucho, hace tiempo. Lo siento, Eva, de verdad. Nunca te he dicho nada porque sé que estás loca por él desde primaria —. ¡Mierda!, me lo estaba temiendo. Yo sí que lo siento—. Lo siento mucho, de verdad. No lo he podido evitar —vuelve a disculparse con voz apesadumbrada.

La creo. Realmente parece sincera.

—Creo que tú también le gustas a él. Bueno, creo no, estoy segura. Él mismo me lo dijo ayer —me sorprende a mí misma revelándole.

—¿En serio? —me pregunta con el rostro iluminado.

¿Estoy loca o qué? Ahora sí la he cagado ¿Por qué se lo he dicho? ¡Eva, mantén tu boca cerrada!

—Sí, muy en serio, que más me gustaría a mí que todo fuera un sueño.

Más que un sueño una pesadilla.

—¿Y qué vamos a hacer? — pregunta.

¿Tirarme por un barranco?

—Yo nada, todo depende de ti.

—¿De mí?

—Claro, ¿de quién si no?

Se detiene y me mira fijamente.

—Por favor, prométeme que seguiremos siendo amigas pase lo que pase —me pide mirándome con cara de

súplica.

Si se lo prometo entonces perderé a Toni para siempre. ¡Qué más da! De todas formas nunca ha sido mío. Miro a Jessica que sigue suplicándome con ojos de cordero degollado.

—Claro, amigas hasta la muerte — me resigno y luego la abrazo.

¡Qué le voy a hacer, es mi amiga y la quiero!

—¡Eres la mejor amiga del mundo! —exclama Jessica devolviéndome con energía el abrazo.

Nos mantenemos abrazadas durante un peligroso minuto, a riesgo de que todo el mundo a nuestro alrededor piense que somos dos jóvenes lesbianas iniciándose en el apasionante mundo de

las tijeritas.

No sé por qué, pero no me importa que ellos dos salgan juntos, me doy cuenta por primera vez en mi vida de que me estoy haciendo mayor. Estoy madurando y ya no soy una cría llorona que patalea cuando no consigue lo que quiere. Nunca me hubiera imaginado afrontando con tanta entereza mi gran derrota. Siempre he querido a Toni. Siempre he soñado con él. Siempre había pensado que si al final no lo conseguía me moriría de tristeza. Pero ¿sabes?, no me siento así. Todo lo contrario, estoy contenta por mi amiga. Y de una forma que todavía no acabo de comprender, también estoy contenta por mí. Es como si al fin me hubiera

liberado del embrujo de los ojos verdes
de Toni.

Hombre-osito

Es jueves por la tarde y toca grupo de teatro. Aunque lo de llamarlo grupo es por decir algo. En realidad son una cuadrilla de idiotas que con suerte son capaces de recitar el abecedario sin equivocarse cinco veces. No bromeo, para entrar en el grupo no es necesario tener ninguna cualidad especial, ni siquiera una que yo considero de vital importancia, saber leer. En lugar de eso basta con estar matriculado en el instituto. Durante los cinco años que llevo asistiendo nunca me ha interesado en lo más mínimo el grupo. Siempre he pensado que eran un atajo de *pringaos* y no hablemos de la función anual, cada

año un poco más patética que la del año anterior. La mayoría de las veces las obras terminaron con una lluvia de papeles, pelotillas de plata, compresas, tampones y demás artefactos susceptibles de ser lanzados. Yo misma he sido la culpable, aunque me dé un poco de vergüenza confesarlo, de algún que otro ojo morado.

Pero este año va a ser diferente, ya que ahora yo formo parte del grupo. La obra será un completo éxito, y si no... ¿me convertiré en el hazmerreír de todo instituto? Un escalofrío me recorre el espinazo sólo de pensar en la vergüenza que esto me produciría, pero yo no voy a permitir que suceda algo así. Eso no entra dentro de mis planes de futuro.

Este año vamos a triunfar más que la Coca-Cola.

Son las seis y cinco. Llegamos un poco tarde. Es un mal comienzo. La puerta del salón de actos está cerrada. Seguramente ya están todos los del grupo allí dentro. Abro la puerta y veo congregadas encima del escenario a unas quince personas. El Sustituto está en medio del grupo hablando animado. De momento todavía nadie se ha percatado de nuestra presencia.

Jessica y yo permanecemos en la puerta. Miro a Jessica. La noto un poco nerviosa. Todavía estamos a tiempo de echarnos atrás. Me mira y me hace un rápido movimiento con la cabeza indicándome que nos larguemos.

—¡Eh, hola! ¡Venid! —nos grita el Sustituto desde el escenario.

Demasiado tarde para escabullirnos. Treinta ojos se clavan en nosotras como pequeñas flechas. Empezamos a andar con lentitud por el pasillo central hacia el escenario arrastradas por una invisible y tensa cuerda que tira con fuerza de nosotras hacia el grupo.

Allí hay alumnos de todos los cursos. A la mayoría los conozco de verlos por los pasillos. Ninguno me parece un *pringao*, así, a simple vista.

—Hola —saludo tímidamente al subir al escenario.

—Os estábamos esperando —nos dice el Sustituto—. A ver, ¿falta

alguien? —pregunta repasando con la mirada al grupo presente.

—En principio no —responde un chico pelirrojo con dientes de conejo—. Aunque nunca se sabe... estas dos es la primera vez que vienen y...

El Sustituto nos mira extrañado a la vez que divertido. El pelirrojo sigue hablando sobre lo extraño que es el aumento de gente en el grupo de teatro desde el cambio de profesor. Especialmente del sexo femenino, puntualiza el muy idiota. Menos mal que en ese mismo momento alguien irrumpe estrepitosamente en el salón de actos. Siempre hay gente a la que le gusta destacar a cualquier precio. Todos miramos hacia la puerta, que se ha

abierto de par en par golpeando con fuerza la pared. Corriendo por el pasillo en dirección al escenario vienen Toni y Diego.

—Nosotros también queremos entrar en el grupo —resopla Toni cuando se reúnen con nosotros.

—Bien, cuantos más seamos mejor —comenta el Sustituto—. ¿De qué curso sois?

—De segundo de... —toma aire —...de bachiller.

—Y... ¿sois?

—Toni —responde apoyándose la mano sobre el pecho —y Diego —añade señalando con el pulgar a Diego, que se encuentra a su lado.

—Bien. Yo soy Álex —se presenta

el Sustituto tendiéndoles la mano—. Vamos a empezar. En primer lugar deberíamos elegir la obra que nos gustaría representar este año, ¿alguna idea? —pregunta sin dirigirse a nadie en concreto.

—El año pasado hicimos *La importancia de llamarse Ernesto*. No tuvimos mucho éxito —comenta el pelirrojo—, quizá este año podríamos probar con algo más divertido... —sugiere.

El pelirrojo es un idiota, pero en eso tiene razón. La obra del año pasado resultó ser un autentico coñazo de esos insufribles, a pesar de tratarse de una comedia.

—Sí, algo que la gente conozca más

—sugiere una chica morena, precisamente a la que le puse el ojo morado.

—Sí, algo muy conocido que guste mucho a todo el mundo. Es mejor ir sobre seguro —comenta otra chica. Esta tiene la cara llena de pecas, pero resulta muy graciosa.

—A mí me encanta *Grease* —apuntamos Diego y yo al mismo tiempo.

Nuestras miradas se encuentran. Los dos hemos tenido la misma idea. Le sonrío y asiento agradecida de compartir los gustos con alguien.

—Es genial —se oyen varias voces que secundan la sugerencia.

—Podría ser divertido —tercia Toni—. Probablemente vendrá todo el

instituto con tal de vernos hacer el ridículo.

—Ja, ja, muy gracioso. Haremos play-back, me niego a cantar en público —digo.

—Claro, mucho mejor, si no sería muy complicado de preparar. Bastante difícil será preparar aun así la coreografía —comenta un chico de primero.

—¿Tendremos que bailar? —pregunta alguien.

—Claro, si no le quitaríamos la gracia a la obra —responde otro.

Se produce un pequeño caos en el que todos opinan sobre la idea de representar *Grease*.

—Pues parece que lo tenéis

bastante claro —dice el Sustituto alzando la voz y poniendo fin a nuestros comentarios—. Entonces queréis hacer *Grease*. Me parece una buena idea. Es muy divertida y tiene mucho gancho. Pero os aseguro que no será nada fácil de preparar. Vamos a tener que trabajar muy duro si queremos sacarla adelante. ¿Estáis dispuestos a trabajar duro? —pregunta alzando un poco la voz.

—Sí —contestamos algunos.

—No os oigo —replica burlón, pero en tono todavía más alto—. ¿Estáis dispuestos a trabajar muy duro? —repite más apremiante, como si fuese un sargento yanqui con muy mala leche.

—Sí —respondemos todos con más ahínco.

—Vale. Entonces estamos todos de acuerdo, ¿no? A ver, ¿votos a favor?

Casi todos los que estamos allí levantamos el brazo en señal de conformidad. Yo estoy encantada de la vida. *Grease* es una de mis pelis favoritas, y ahora se me está brindando la posibilidad de participar en ella. A esto lo llamó yo: empezar con buen pie.

—Bien, pues parece que está decidido —comenta el Sustituto al ver nuestra respuesta unánime—. Lo primero que tenemos que hacer es conseguir la película...

—Tengo el DVD —digo tímidamente, levantando el dedo—. También la banda sonora —añado.

El Sustituto me mira con curiosidad.

—Muy bien, pues lo siguiente es hacer un guión abreviado. La película es demasiado larga para representarla aquí. Además de los actos están los entreactos. Tenemos que reducirla a una hora máximo. En total contando las pausas entre hora y media, dos horas.

—También habrá que suprimir algunas escenas —señala el pelirrojo—. Algunos escenarios no los podemos construir.

—Tienes razón. Eso es algo que tenemos que decidir entre todos. ¿Qué os parece si el martes que viene nos reunimos en la sala de audiovisuales para visionar la película y repartir el tra-bajo?—. Se para a mirar el reloj y continúa hablando— de todas formas,

como aún tenemos tiempo, estaría bien que nos fuéramos conociendo... —hace una pausa y me mira fijamente durante un instante. ¡Juro por Dios que me mira a mí!— ...mejor. Supongo que la mayoría de nosotros ha visto la película y conoce los personajes —añade—. ¿Qué os parece si hacemos un listado con los personajes más importantes?

Se detiene un momento a pensar. Sus ojos mientras tanto buscan un punto fijo por encima de su cabeza. Y por un segundo se queda un poco bizco. Me hace gracia ese gesto, es delicioso, como un bollito de chocolate acabado de salir del horno, *ñam*, para comérselo.

—A ver, están Sandy y Danny Zuko... Rizzo y Kenickie, tres amigas y

tres amigos más, en total seis, ocho, diez y... —dice mientras cuenta con los dedos personajes que desfilan por su cabeza—. En total cinco chicos y cinco chicas, además de la directora y la subdirectora, el entrenador, el cara cráter, su novia, el deportista... No sé si me olvido de alguien importante. Pero más o menos eso es todo, ¿no?

Mientras habla, su cara va adoptando un sin fin de expresiones encantadoras. No es muy alto, pero tampoco resulta bajo, alrededor de un metro setenta y cinco. Pelo castaño claro con destellos dorados. El corte es moderno, corto por los lados y largo en la nuca y parte superior, pero sin resultar *lolailo*. Lo lleva peinado hacia

atrás con gomina, pero no chafado, sino de punta un tanto desgredado. Los ojos son de color indefinido entre verde y azul. El leve surco en la barbilla resulta sexy, es decir, no se semeja en absoluto a un culo de gallina como suele ocurrir en estos casos. Sus rasgos no son excesivamente llamativos, pero en conjunto es una autentica monada. Sigue hablando de los personajes de *Grease* al tiempo que circula entre nosotros. Su porte es ligeramente encorvado pero con talante chulete. Se explica gesticulando con las manos y enfatiza cada palabra con movimientos bruscos de cabeza. Este es, sin duda, un autentico y genuino ejemplar de hombre-oso. Es decir, uno de esos que meterías en tu cama sin

dudarlo ni por un instante y abrazarías tooodiiiiiiiita la noche.

—Unos quince o dieseis personajes máximo —concluye al fin el Sustituto.

—Y nosotros somos dieciocho —aprecia alguien.

—No importa —dice el Sustituto—. Lo importante es participar, aunque sea detrás del escenario, necesitaremos mucha gente para los decorados, música, luces, vestuario, etcétera.

Además, es un tío muy simpático, nada que ver con el resto de profesores del instituto. La mayoría de ellos puede entrar sin problema en la categoría de carga y algunos incluso saltar directamente al rango de momia. El Sustituto, sin embargo, es divertido y

joven, mucho más que el resto de profesores. Este tipo de gente es lo que hace falta en la enseñanza actual y no los neardentales con plaza fija que no saben nada de la juventud de hoy en día.

El Sustituto baja del escenario y se sienta en una butaca de la primera fila, coge un bloc y comienza a escribir algo, nos mira y dice— me gustaría que todos os sentéis aquí abajo—. Señala con la mano las butacas de la primera fila—. Uno por uno subiréis al escenario, os presentaréis y contaréis a los demás qué personaje os gustaría interpretar y por qué, ¿de acuerdo? Empieza tú —apunta con el boli al dientes de conejo.

El pelirrojo sube rápidamente al escenario. Lo vi actuar el año pasado y

la verdad es que no lo hacía mal del todo, a pesar de ser un poco repelente.

—Soy Fran, tengo quince años y estoy en cuarto. Llevo en el grupo desde el año pasado. Me gusta mucho ir al cine, leer y escribir. El personaje que más me gusta es Doody... —bla, bla, bla... bla bla bla—...creo que es muy divertido, yo lo podría hacer bien. Se me da bien hacer el tonto.

Y qué lo digas.

El Sustituto toma notas al tiempo que Fran habla.

—Bien, ¿algo más que quieras añadir?

—No, eso es todo.

—Bien, pues entonces ya puedes sentarte—. El Sustituto mira a Jessica y

dice— ahora tú, Jessica.

Jessica sube lentamente al escenario. Se ha apuntado a esto por mí y ahora se da cuenta de que la cosa va en serio, pero no se amilana y haciendo gala de sus mejores dotes interpretativas, empieza a representar un fragmento de la película. Para mi sorpresa, hace varios papeles a la vez: Frenchy, Sandy y Rizzo, pues es la escena esa en la que Sandy cuenta que se ha enamorado de un chico ese verano y las demás se dan cuenta de que se trata de Danny Suko, y se ríen de ella. Lo está haciendo bastante bien.

Miro a Toni. Está fascinado viendo su representación. Siento mucha envidia. Cuando termina, aplaude divertido.

—Ahora sube tú, esto... Eva —me ordena el Sustituto sin ni siquiera mirarme.

Asiento y lleno mis pulmones de aire, luego lo suelto con una fuerte exhalación. Ups. Ya me toca, la hora de la verdad. ¿Qué voy a decir?, no se me ocurre nada. Tengo que demostrar lo que valgo si me quiero dedicar a esto. Subo pesadamente los escalones, mientras siento que mi pulso se acelera y mi respiración se entrecorta. Nunca he actuado delante de desconocidos y me da un poco de vergüenza. No sé qué voy a hacer. Me da un repentino ataque de pánico y siento necesidad de salir corriendo. ¡Relájate! Se supone que esta es mi vocación, tengo que ser capaz de

improvisar. Avanzo despacio hasta llegar al centro del escenario, al tiempo que intento controlar el ritmo de la respiración y relajarme. Respiro hondo cinco veces seguidas y de pronto me siento mucho mejor. El aire empieza a fluir cómodamente por mis vías respiratorias. Me doy la vuelta para mirar a mi público y sólo veo oscuridad. De pronto siento una inmensa tranquilidad, y ya no temo nada. Aspiro profundamente por la nariz, llenando completamente los pulmones de aire y comienzo a cantar *Hopelessly devoted to you*. No sé por qué. Sólo sé que me apetece hacerlo, así que lo hago sin más. Comienzo en voz baja, tímidamente, pero poco a poco voy aumentando el

volumen a medida que gano confianza en mí misma. Me dejo llevar y empiezo a deslizarme por el escenario acompañando mi canción con una danza etérea. No sé qué me ocurre, pero me siento flotar como una nube, muy ligera. Sigo cantando hasta el final. Cuando termino me quedo callada, allí en medio de mi nube, sin decir nada. El silencio es absoluto, no se oye ni un alma. De pronto, alguien empieza a aplaudir, luego otros lo siguen y finalmente el silencio se convierte en una gran ovación. No quepo en mí de contento, lo he conseguido, he triunfado. Me dirijo hacia la escalera dispuesta a recibir las felicitaciones, los ramos de rosas y los bombones. Sin embargo, la voz del

Sustituto me trae bruscamente de nuevo a la realidad.

—Deberías presentarte antes de bajar.

—Ah, sí, perdón, se me había olvidado con la emoción del momento —me disculpo, a la vez que se me escapa una risilla nerviosa, y añado— soy Eva y me gustaría hacer de Sandy.

—Buena actuación. Lo tendré en cuenta —comenta el Sustituto—. A ver, silencio, que suba el siguiente —señala a la chica de las pecas.

Uno tras otro, todos mis compañeros van subiendo al escenario. Hay gente para todos los gustos. Algunos son bastante buenos. Otros por el contrario no valen ni para extras de

maniqué. Sin embargo, no presto demasiada atención a mis compañeros, todavía sigo entusiasmo por mi propia actuación. Ha sido todo un éxito, y eso que ni siquiera había ensayado un poco. Está claro que tengo un don innato. Estoy convencida de que el Sustituto me dará el papel de Sandy. No cabe duda que mi interpretación ha sido la mejor. No tengo rival. Ya me veo el día de la función, me cortaré el flequillo a propósito e iré a la playa para tener un bronceado maravilloso, que quedará de miedo con el vestido blanco de la escena del baile. ¿Quién hará de Danny Succo? Toni no lo ha hecho mal del todo, y su físico es el adecuado: castaño de ojos verdes. Además baila bastante

bien. Después de todo, se trata de un musical y todos tendremos que bailar.

¡Madre mía, yo también tendré que bailar delante de todo el mundo!

—Muy bien todos —comenta el Sustituto aplaudiendo con fuerza.

Los demás lo seguimos contagiados por su entusiasmo.

—De verdad ha estado muy bien. Creo que va ser estupendo trabajar con vosotros... —comenta levantando el tono para hacerse oír por encima de nuestros aplausos. Dejamos de aplaudir—, pero todavía no tengo claro el reparto de papeles. Lo pensaré este fin de semana y el próximo martes os comunicaré mi decisión. Sin embargo, mientras tanto estoy abierto a vuestras sugerencias.

Muchas gracias a todos.

Empieza a recoger sus cosas, guardándolas cuidadosamente en una cartera de piel marrón chocolate. Se pone en pie y entonces ocurre lo que tenía que ocurrir: se le cae un bolígrafo al suelo. Mis ojos no pueden evitar seguir la trayectoria de su espalda al inclinarse a recogerlo. ¡Dios! ¡Pedazo culo! No sé cómo explicarlo pero tengo ante mis ojos el culo perfecto por definición. Un pelín respingón sin llegar a gordo y que se ajusta perfecto a los chinos. Me quedo embobaba admirando su trasero hasta que Jessica, tan oportuna como siempre, me arrea un codazo con tal brutalidad que me hace gritar de dolor.

—Jo, tía, estás en las nubes, ¡despierta!

—No es para menos, ¿has visto qué pedazo culo? —pregunto bajando la voz mientras señalo al Sustituto que ya se ha incorporado pero sigue de espaldas a nosotras.

—Sí, es de infarto. El tío está cañón —dice sin un ápice de sentimiento en la voz, como si fuera una autómatas, y me estira con fuerza del brazo—. Vamos, estos dos nos están esperando fuera.

—¿Quiénes?

—Toni y Diego.

—Ah, no, no, no, no, no. Por ahí no paso. Vale que trague que tú salgas con Toni, pero de ahí a que me encajes a Terminator. De eso nada monada —

protesto, y con razón, no es para menos, la veo venir a un kilómetro.

—Pero si has sido tú la que ha querido quedar con él —replica airada.

—Ya te he dicho que ha sido un lapsus. Estaba distraída pensando en otras cosas y mirando dónde narices teníais las manos metidas vosotros dos. Me ha pillado desprevenida. Por favor, Jessica, ¿tienes que ayudarme a librarme de él? —suplico juntando las palmas de las manos.

—Tía, hazlo por mí. Será mi primera cita con Toni. Estaría bien que fuésemos los cuatro juntos.

—Eres una egoísta de mierda. ¿Cuándo piensas en mí?

—Por favor, haré lo que tú quieras,

seré tu esclava durante un día entero si así lo deseas —me ruega poniendo ojillos de cordero degollado. Son su especialidad.

—Está bien. Tú lo has dicho. Lo que yo quiera. ¿Lo prometes?

—Sí, lo prometo —me asegura, y lo ratifica formando una cruz con los índices de ambas manos—. Por ésta —dice besándose los dedos.

El Sustituto me llama. Me giro. Está justo detrás de nosotras. Mi corazón de repente, y sin motivo aparente, salta dentro de mi pecho y comienza a galopar como un caballo desbocado.

Jessica se marcha y nos quedamos solos.

—Me ha gustado mucho tu

actuación, Eva.

—Gracias —digo bajando la mirada, pues sus ojos me intimidan una barbaridad—. No sé lo que me ha pasado, me he sentido liberada. En serio, ha sido increíble, nunca me había pasado algo así —intento explicarle la emoción que me ha embargado al subir al escenario y que me ha transportado a un universo paralelo en el que soy una artista sensacional.

—Ha estado muy bien. Te lo digo en serio. Has conseguido transmitirme la emoción que sentías. Creo que tienes posibilidades.

Me sonrío ampliamente.

—Entonces ¿me dará el papel? —pregunto, levantando los ojos

tímidamente.

—Es posible. Tengo dudas entre tú y Kristen Steward.

—Lo entiendo, es comprensible — le sigo la broma y añado— espero que decida lo más adecuado. No me gustaría que una chupasangres me robara el papel.

Nos quedamos en silencio un instante. Mi ritmo cardiaco se acelera al máximo y siento vértigo en la barriga. Es una especie de temor que no tengo controlado y necesito salir huyendo.

—Chao, me tengo que ir. Hasta mañana profesor —me despido aceleradamente.

Y salgo por piernas. Estos me están esperando fuera junto a la salida. Toni y

Jessica se están diciendo cosas al oído, y resultan de lo más vomitivo. Me guste o no, tendré que acostumbrarme a ello. El *pobre* Diego está apartado. Me da un poco de pena. Me acerco a él. Cuando me ve se le ilumina la cara y me dedica una amplia sonrisa. Por segunda vez en el día de hoy no lo veo tan mal. Me estoy ablandando, sin duda. Miro hacia la puerta del salón de actos, el Sustituto la está cerrando en ese momento con llave. Gira el rostro hacia nuestro grupo y levanta levemente la barbilla en señal de saludo. Yo le respondo alzando la mano. Me vuelvo otra vez hacia Diego. Éste me está observando con detenimiento, pero al captar mi mirada aparta los ojos rápidamente.

—Lo has hecho muy bien—dice Diego, mirándose los pies, como si le diera vergüenza expresar su opinión.

—¿Tú crees? —pregunto orgullosa.

—Sí, has estado genial —responde, regalándome los oídos, y yo me siento mejor que la reina del baile con el piropo, porque es precisamente lo que quiero oír.

—¿Menos mal que no te gustaba cantar en público? —añade.

—Sí, eso pensaba yo, pero me ha gustado mucho hacerlo.

—Eh, Olivia —nos interrumpe Toni, poniendo voz de chulo. Lo que es —. Aquí está tu John Travolta—. Y se da una vuelta completa con el brazo en alto imitando cómicamente a Danny

Succo. Luego mira a Diego y dice—
¿nos vamos?

Se marchan en dirección al gimnasio y Jessica y yo comenzamos a andar en dirección contraria.

—Oye, ¿qué te ha pasado ahí dentro? —pregunta Jessica.

—Ahí dentro, ¿cuándo?

—¿Cómo que cuándo? Pues cuando has tenido el arrebató ese y te has puesto a cantar como una loca.

—Ah, ¿te ha gustado?—. Me río.

—¿Gustado? ¿Estás loca o qué? Ha sido horrible, la peor experiencia acústica de mi vida.

Pero qué dice, ella sí que está loca. Eso, loca pero de celos.

—Estás de broma, ¿no?

—¿Broma? Eva ha sido mucho peor que Paulina Rubio en vivo y en directo.

—¡Qué dices! ¡Estás envidiosa! — la recrimino ofendida.

Sólo puede ser eso, tanto el Sustituto como Diego me han felicitado. Les ha encantado. Y los dos no pueden estar equivocados. Está claro lo que pasa, Jessica está muerta de envidia, ¿o no? De repente, me temo lo peor, ¿y si está en lo cierto? ¿Y si tiene razón y ha sido una espectáculo horrible? No sería la primera vez que me pasa algo así. Me llevo las manos a la cabeza con gran turbación y un estremecimiento sacude mi cuerpo de los pies a la cabeza. ¡Oh, no! Una imagen perdida golpea mi cerebro intentado proyectarse en el

fondo de mi mente. Entonces lo veo todo con una claridad pasmosa: soy yo en la boda de mi prima el verano pasado.

Por algún motivo que a día de hoy no alcanzo a comprender me subí a bailar encima de un podium durante la fiesta post-convite. Estaba muy emocionada y contenta, y seguramente algo borracha. No contenta con mi repertorio de go-go me puse a cantar a grito pelado el *Corazón partío*. Aquella noche me pareció que lo había hecho muy bien. Todo el mundo me aplaudió, jaleó y pidió otra y otra. Y estuve convencida de que todo había salido estupendamente hasta que trajeron el DVD de la boda. Estaba deseando verlo, mis tíos me habían dicho que al final

había una actuación estelar. Sabía que era la mía. Fui tan idiota que en ningún momento capté el tono irónico de su voz.

La grabación era típica. Mi prima vestida de novia estaba guapísima, y parecía una princesa. Su ya marido no pasaba de ogro, y eso que se suponía que se había esmerado para la ocasión. Durante la cena yo aparecía de vez en cuando por ahí, con mi vestido largo de color turquesa, haciendo tonterías y diciendo bobadas a la cámara. Hasta ahí bien, pero llegó el baile. Aquello parecía una auténtica y genuina verbena de fiestas de pueblo en pleno apogeo. Todo el mundo bailando pasodobles, merengues, Paquito chocolatero,... y demás garrulidades reservadas para las

susodichas ocasiones especiales. No sé a qué santo mi prima Elena y yo decidimos que sería buena idea subir al pódium para animar la fiesta. ¡Cómo si hiciera falta! Pusieron una lenta y los novios empezaron a bailar en medio de la pista. Entonces cogí el micro de la cantante, o mejor dicho, se lo arrebaté casi por la fuerza y empezó la pesadilla. ¡Qué horror! La cotorra de mi tía lo hubiera hecho mejor. Yo sin embargo, no me daba cuenta de nada, todo lo contrario estaba superemocionada. La gente empezó a taparse los oídos y abuchearme, pero yo no les oía, y seguí cantando con voz de carajillera. Era un espectáculo horrible. ¡Mierda! Encima el cabrito del cámara me hizo un primer

plano y enfocó de cerca un asqueroso grano de pus que me había salido en la punta de la nariz, y ¿por qué era verde fosforito?

Me sujeto con fuerza la cabeza con ambas manos. Temo que pueda despegarse de mi cuerpo y caer rodando por el suelo. No puedo mirar al frente. Sólo de pensar en el ridículo que he hecho antes en el salón de actos me entra una migraña insoportable. Miro a Jessica. Me observa con inquietud. Se acerca a mí y me pasa el brazo por encima de los hombros.

—¿Tan horrible ha sido? —le pregunto temiéndome su respuesta.

—Peor —me confirma Jessica sin compasión—. Has perdido por completo

los papeles.

¡Joder, ya podía ser menos sincera, la cabrita!

—Pero el Sustituto me ha dicho que le había gustado mucho.

—Te ha mentido descaradamente —me asegura seria.

—¿Tú crees?

—No, hija, no, lo sé, estaba allí.

—¡Madre mía! ¡Qué vergüenza! —exclamo llevándome otra vez las manos a la cabeza.

Pero qué cabrito

El Sustituto está en la pizarra haciendo un esquema. Debe ser muy interesante lo que está explicando, sea lo que sea, pero a mí no me interesa ni en lo más mínimo. Tengo cosas mucho más importantes en las que pensar. No puedo apartar de mi cabeza el ridículo tan grande que hice ayer por la tarde delante de todo el grupo de teatro. He fracasado antes de estrenarme. Soy un desastre total. ¿Cómo he podido pensar ni por un momento que podía llegar a ser actriz? ¿Cómo podía creermelo que podía hacer de Sandy?, pero si ni siquiera me parezco un poco y además soy una actriz horrible, si es que se me puede llamar

actriz.

¡El Sustituto tiene la culpa! Eso, él tiene la culpa de todo lo que me pasa. Me hizo creer que lo había hecho muy bien. Por su culpa yo me convencí de que el papel iba a ser mío y ahora... ahora que me queda... pues nada porque lo hice fatal. Esa es la realidad. Nunca haré de Sandy. Nunca seré buena actriz. Nunca seré ni siquiera una pésima actriz. Estoy acabada.

La patada de Jessica espanta inesperadamente mis pensamientos. La miro desconcertada y observo con pavor como sus ojos miran atentamente y sin pestañear a... sigo su mirada... el Sustituto. ¡Dios, no! El Sustituto me observa sonriente, y parece que está

esperando algún tipo de reacción por mi parte.

¡Mierda! Creo que me ha hecho una pregunta.

—Perdón, no le he escuchado bien —me excuso, intentando disimular.

Madre mía, que ojos más increíbles, ¿son verdes o azules?

El Sustituto empieza a hablar. Lo oigo pero no lo escucho. Parece el galán de una película de cine mudo hablando a cámara lenta.

—¿Puede repetirlo otra vez? —insisto.

—Claro, pero no lo puedo seguir haciendo por siempre. Tenemos otras cosas que hacer hoy, aparte de repetir como loros las preguntas —comenta en

tono jocoso—. Sería de agradecer que compres un billete de vuelta y regreses del país de nunca jamás, campanilla.

Se oye un murmullo de risas. La estoy cagando. Tengo que hacer algo.

—No, no es eso. Ayer me entró agua en los oídos y me parece que me he quedado un poco sorda.

¡Muy bien Eva! La peor excusa de toda mi vida. Me mira fijamente en busca de una señal que delate que estoy mintiendo. Soporto su mirada pacientemente. Si por un momento bajo la guardia sabrá que le he mentado.

—Bien, te la repetiré por última vez —cede al fin—. ¿En qué siglos se desarrollaron las novelas de caballerías en España?

¡Mierda! Encima no lo sé.

—Pues no lo sé —murmuro.

—C l a r o —dice observándome

serio—, quizá si estuvieras más atenta a la clase te habrías dado cuenta de que la respuesta estaba ante tus propios ojos.

—¿Cómo?

Jessica me susurra— en la pizarra.

Toda la clase estalla en una carcajada, porque está claro que la han oído. Hasta mi abuelo podría escucharla a diez metros de distancia.

¡Oh, no! Y yo que quería causarle una buena impresión. Bajo la mirada avergonzada. El Sustituto me da la espalda y vuelve a la pizarra, para seguir haciendo su maldito esquema. Pero ¡qué cabrito! Lo ha hecho

únicamente para ridiculizarme delante de todos.

La clase de literatura es la última de la mañana y a esas alturas estoy más que harta de tanto prestar atención, tomar apuntes, pensar, y, en general, cualquier cosa relacionada con los estudios. Normalmente, a esta hora, mis tripas empiezan a rugir como leones hambrientos y me es imposible concentrarme. Cosa ya de por sí difícil pues tengo una tendencia desorbitada a divagar. Mi cerebro más que multifuncional se puede describir como *multiimaginativo*.

Por fin termina la clase. Bendito timbre. Por fin ha llegado el fin de semana.

El Sustituto me llama antes de abandonar el aula.

—¿Qué quería? —digo acercándome a su mesa. Todavía sigo molesta con él por lo ocurrido.

—¿Qué ha pasado antes?

—¿Cuándo? ¿Antes o después de dejarme en ridículo delante de la clase? —respondo ásperamente.

—Yo no te he dejado en ridículo —se defiende contrariado.

Por favor, este hombre me va a volver loca.

—Pues entonces ha sido alguien que se le parecía mucho.

Sonríe.

—Sólo tú te has dejado en ridículo —replica.

—Bien. Gracias de todas formas por ayudarme. Es usted muy amable.

Otra vez sonrío.

¡No sé qué narices le hace tanta gracia!

—Deberías estar más centrada en la clase.

Pero ¡bueno! A él qué le importa si yo estoy o no centrada en clase. Es mi problema y no el suyo. Si suspendo soy yo quien se las tendrá que ver con mis padres y no él.

—Ese es mi problema. No el suyo —protesto con insolencia.

Esta vez río abiertamente, lo que todavía hace que me enfurezca más. Lo miro fijamente con el ceño fruncido, e intentando lanzar fuego por los ojos,

para demostrarle que si a él esta conversación le divierte a mí, desde luego, no, y que estoy más que harta de aguantar sus tonterías.

Mira a su alrededor y yo lo imito. Observo que ya se han marchado el resto de mis compañeros. Me dice casi en un susurro— vale, perdona, me he pasado. Tienes razón, no es mi problema. Pero me preocupo por ti, es decir por... vosotros, y si te veo descentrada tengo la obligación de decírtelo.

Me mira serio durante un segundo pero una sonrisa aparece de súbito en sus labios iluminándole completamente el rostro, y entonces añade— pero ya veo que no te sienta bien que te digan las

cosas...

Emplea un cierto tono burlón al decir esto último, como si quisiera provocarme. Pero bueno, ¡ya está bien de rollos! Lo corto airada— no. Se equivoca, no tengo ningún problema en que un profesor me llame la atención si me lo merezco, pero usted me ha hecho quedar como una idiota. En otras circunstancias me hubiera dado igual, pero estoy muy susceptible después de lo de ayer.

—Entiendo—. Otra vez sonrío—. Te pido disculpas de nuevo, Eva.

—Aceptadas—. Lo miro seria y me despido fríamente— hasta el lunes.

Me doy la vuelta y doy un paso dispuesta a largarme de allí cuanto

antes, pero otra vez me llama. Respiro fuerte antes de girarme, pero ¿qué quiere ahora?

—Perdona, por si no es de mi incumbencia pero... ¿qué has querido decir con eso de... después de lo de ayer?

¡Por favor! Este hombre no tiene límites.

—Sabe muy bien a que me refiero. Hice un ridículo espantoso en el ensayo de ayer durante mi presentación.

—A mí no me lo pareció —replica.

—No mienta. Lo sé. Jessica me lo dijo.

—¿Vas a creerla a ella antes que a mí?

—Jessica es mi amiga. Sé que no

me mintió. A usted apenas lo conozco.

—Voy a decirte algo... Eva, te dije que me gustó tu actuación porque realmente me gustó. Nunca miento... y nunca te mentiría en algo así —comenta en tono serio mientras se acerca a mí—. Puede que cantes como un grillo enjaulado —sonríe, y poco a poco observo como su cara se aproxima cada vez más a la mía—, no lo niego, sería mentir y no lo voy a hacer... pero me gustó tu fuerza... Conseguiste llegar a mí —. Sus mejillas están encendidas. Lo miro fascinada, embrujada por sus ojos, no puedo apartar mis pupilas de las suyas. Levanta las manos y lentamente las apoya sobre mis hombros. Me sobresalto por el contacto y mi corazón

se acelera al instante. Por un momento pienso que va a besarme, y sólo el pensamiento hace que me suba la temperatura cinco grados. Sin embargo, sigue hablando mientras me mira fijamente a los ojos—. Estamos hablando de teatro, de interpretar a personajes vivos que tienen sentimientos. Si son felices ríen y si sufren pues entonces lloran. Es muy importante ponerse en la piel de los personajes. Tú me demostraste que te sentías Sandy, que emanabas Sandy por todos los poros de la piel y eso me fascinó—. Se queda callado. Todavía me tiene presa, pero yo no quiero escapar. Quiero zambullirme en la inmensidad de sus ojos verdeazules—.

Eva, eso para mí es mucho más importante que una voz melodiosa y afinada —concluye sin apartarse.

No sé qué decir, ni qué hacer. Si de mí dependiera lo besaría en este mismo instante. Sus labios están a escasos centímetros de los míos. Percibo su aliento cálido chocar contra mi cara. Mi corazón late a cien por hora y la temperatura de mi cuerpo debe estar por encima de los cuarenta grados. Si no me echan agua sufriré una combustión instantánea en pocos segundos.

¡Madre mía, me estoy poniendo a mil!

De repente se oye un rugido. Álex me mira extrañado. Seguimos callados. Otra vez el rugido. Esta vez más fuerte

que el primero.

—Lo siento —empiezo a reír a carcajadas, impulsada tanto por la excitación como por la vergüenza—, son mis tripas. Tengo hambre —aclaro.

Álex aparta las manos de mis hombros y también se echa a reír.

La magia se esfuma rápidamente.

—Menos mal, pensaba que se había escapado un león del zoo —bromea.

Un león no, una pantera, mejor dicho. He estado a un «plis» de lanzarme sobre él como una pantera en celo.

Jessica asoma la cabeza por el agujero de la puerta y grita con desesperación— ¿nos vamos o qué?

—Sí, ya voy —contesto. Miro a

Álex y me despido— hasta el lunes.

—Hasta el lunes, Eva—. Y pronuncia mi nombre tan despacio que tengo la sensación de que el tiempo se ha detenido.

Antes de salir del aula, vuelvo la cabeza. Álex sigue allí de pie mirándome, todavía está sonriendo. Le digo— lo creo.

—Me alegro. Qué disfrutes del fin de semana.

—Lo mismo le digo.

—Eva.

—¿Qué?

—Nada, ya te lo diré otro día.

Sonríó y asiento con la cabeza.

Jessica está fuera esperándome, con ella está Toni. ¡Cómo no! ¡El hombre

pegamento ataca de nuevo! Conforme me ve aparecer por la puerta me regaña— ¡ya era hora, tardona! Ya me contarás que hacías ahí dentro de palique con el profe.

—Nada —respondo sonriendo—. Me ha pedido disculpas.

—¿En serio?

—Sí, bueno... más o menos.

—Ya, y por eso estás tan contenta.

—Bueno, pues sí. Por eso y porque creo que me dará el papel de Sandy.

—¿En serio? Ahora sí que me dejas de piedra. ¿Con qué el papel de Sandy? ¿Te lo ha dicho él?

—No exactamente, pero me ha dicho que le encantó mi actuación.

—Ese tío está loco —interviene

Toni.

—Loco no, pero sí sordo —matiza Jessica.

—¿Por qué? Él ha visto algo en mí que vosotros no sois capaces de ver.

—Yo lo que veo es otra cosa —señala Toni suspicaz.

—¿Y qué ves? —pregunto interesada en conocer su opinión.

—Veo cama —vaticina al tiempo que extiende los brazos a los lados—. Sí, eso es precisamente lo que veo, una cama así de grande.

—Eres un cerdo —replico.

Ya me gustaría a mí que hubiese cama. Bueno, en realidad, esto es un decir. Tengo casi dieciocho años y todavía no me he acostado con ningún

tío. Lo sé. Debo ser una especie rara y en extinción, pues casi todas las chicas que conozco han hecho ya sus pinitos, pero yo todavía sigo impoluta. No es que no me interese el sexo, porque sí me interesa, pero no me hace perder la cabeza como a otras. Así que de momento me mantengo virgen, suena tan ridículo que me da hasta un poco de vergüenza decirlo. «Virgen» Se me llena la boca sólo de pronunciarlo, pero lo soy y la verdad es que tampoco tengo prisa por dejar de serlo. No es que quiera conservarme casta hasta el matrimonio, no soy tan antigua, sólo espero que se presente el momento adecuado. Aunque no por ello vayas a pensar que estoy esperando a ningún

príncipe azul, ni nada de eso, porque soy perfectamente consciente de que príncipe Amadeo solo hay uno y está en Bélgica. Sin embargo, tengo bastante claro que tampoco será con el primero que pase por mi vida con el pito tieso.

Y bueno, también está lo de Toni, que siempre ha sido el amor de mi vida. No es que me estuviese guardando para él, pero albergaba esperanzas de que algún día él se diera cuenta de que no podía vivir sin mí y viniera a buscarme para declararme abiertamente su amor. Llegado ese momento las cosas serían diferentes con él que con los otros chicos. Con Toni sentiría una llamada salvaje, que es como yo llamo al hecho de que algún día sienta unas ansias

irrefrenables de echar un polvo y no pueda soportar ni por un segundo más seguir siendo virgen. Pues eso, que sentiría una llamada tan salvaje que no podría ni querría rechazar, pero ahora viéndole de arrumacos con Jessica tengo la certeza de que siempre he estado equivocada con respecto a él. Y sé que no va a ser mi hombre, ni yo su mujer. Y me pregunto «¿cuándo se acabó?». Y no sé la respuesta exacta, aunque sé con toda seguridad que no fue ayer cuando Jessica me reveló que le gustaba, ni anteayer cuando Toni me dijo que quería salir con ella. Supongo que fue hace más tiempo y yo todavía seguía anclada a una quimera de la que no quería escapar. Es extraño ver, de la noche a la mañana,

como las personas caen bruscamente de los altares a las que los subimos. Lo son todo en tu vida y de repente pasan a ser... nada. Y así es como veo yo a Toni en este preciso instante. Lo miro. Sus ojos siguen siendo verdes pero ya no son increíblemente verdes. Su pelo es castaño pero ya no refleja la luz del sol como antes. Su sonrisa sigue siendo preciosa pero ya no me desarma y su piel ya no es blanca como la porcelana sino más bien tirando a amarillo ictericia. Y ahora que he conseguido escapar, me doy cuenta, con una claridad que deslumbraría hasta a un ciego, que con Toni nunca llegaría a sentir la excitación que he experimentado con Álex hace un

momento en el aula. Cuando Álex me ha tocado, juro por Dios, que una corriente eléctrica me ha recorrido como un rayo todo el cuerpo y hasta el último pelo se me ha puesto de punta. Mientras él me hablaba algo dentro de mi barriga había comenzado a burbujear amenazando salir disparado como el corcho de una botella de champán al menor desajuste de la presión.

Cómo me pones

Esta noche, Jessica y yo, hemos quedado para ir a una fiesta universitaria que organiza la clase de Pablo. No es que mis padres me dejen salir por las noches siempre que quiero, sino más bien todo lo contrario. Siempre tengo que ir buscando excusas, es el cumpleaños de una amiga, tengo una cena de clase, tengo un examen y tenemos que estudiar en grupo, etcétera. Aunque no siempre son excusas, algunas veces son verdades, como es el caso de esta noche. A mis padres no les hace ni puñetera gracia, pero Pablo ha prometido llevarnos y luego traernos de vuelta a casa antes de las cinco. Lo

normal es que me dejen salir sólo hasta las dos y sin salir del pueblo. Siempre me dicen «todavía no tienes edad de salir por la noche, cuando seas mayor de edad podrás hacerlo». Lo mejor de todo es que ese momento va a llegar muy pronto, el veintitrés de enero para ser exactos, y, a pesar de la proximidad de la fecha, yo sigo sin notar ningún cambio en su conducta. ¿Acaso el cambio va a ser tan radical? De la noche a la mañana pasas de tener diecisiete años, y no puedes salir, a dieciocho, y ya puedes. Me parece una autentica gilipollez, con todos mis respetos, pero qué le vamos a hacer, así son los padres. Siempre con sus rollos de todavía no tienes edad.

Estoy en mi habitación

arreglándome y *Yo no lo sabía* suena a tope por los altavoces. Dudo entre ponerme unos vaqueros hiperceñidos, una camiseta negra suelta, y los botines negros que finalmente le he sangrado a mi madre; o un vestido negro ajustado con los mismos botines.

Me pruebo primero los vaqueros, me observo en el espejo y el resultado no me desagrada del todo. Pablo Alborán me sonríe desde la otra esquina y me guiña el ojo provocadoramente. A él siempre le gusto. Es el único que sabe mirarme.

Me dirijo a la habitación de mi hermano Pablo para pedirle consejo.

—¿Qué tal estoy? —le pregunto dando una vuelta sobre mí misma frente

a él.

Pablo me mira y silba.

—Guapa, me gusta cómo te quedan esos vaqueros. Te hacen un tipo increíble.

—¿Tipo increíble? Pero *tete* si estoy más recta que un palo.

—¿Qué dices?, estás genial. Esta noche creo que voy a tener que pelearme con alguien.

—Espera, voy a probarme el vestido y me dices que te gusta más.

Me pongo el vestido. No he vuelto a utilizarlo desde una boda el verano pasado. Me miro en el espejo. ¡Joder, estoy realmente bien! Me gusta la imagen que me devuelve el espejo. Me recojo el pelo en un moño desgredado

que me deja la nuca al descubierto. Sonríó contenta con el resultado. Busco la aprobación de Pablo y le envío un beso con la palma de la mano.

—¿Qué tal éste? —le pregunto a Pablo al entrar de nuevo en su habitación.

Se gira y se queda pasmado, creo que lo he impresionado de verdad, pero niega con la cabeza y dice— no, mejor lo otro.

—¿Por qué? ¿No te gusta cómo me queda el vestido?

—Yo no diría eso exactamente...

—¿Entonces?

—Joder, Eva..., estás guapísima.

¿Me está diciendo que estoy guapa? Guapa, no, guapísima, pero cuando se ha

producido el cambio. Yo no he notado nada.

—Entonces ¿me lo pongo?

—No, si no quieres que acabe en el cuartelillo acusado de agresión por intentar defender tu honra.

Me hace gracia el comentario y le replico burlona— a lo mejor yo ya he perdido mi honra.

Frunce el ceño cómicamente.

—¿Tú ya... has...? —pregunta con la voz entrecortada.

—No —me río—, todavía no.

—Uf, menos mal.

—Menos mal, ¿por qué? Yo tengo mis necesidades igual que tú —protesto.

—Ya lo sé, sólo era una broma, pero me preocupa verte tan guapa y tan...

mayor, hay mucho cabroncete por ahí suelto y tú hermanita mía... eres como una flor hermosa —explica adoptando un tono poético que no le pega nada—. Si te pones ese vestido ten por seguro que esta noche la liaré parda.

Me gusta que me diga eso. Cada vez tengo más claro lo que me voy a poner.

—¿Pablo, tú ya... has...? —pregunto, aunque me imagino la respuesta.

—Tengo veintidós, ¿tú qué crees?

Levanta las cejas expresivamente.

—Pues que sí, claro. ¿Cuántos años tenías la primera vez?

—Diecisiete.

—¡Anda, como yo ahora!

—Sí, pero tú eres muy joven. En las

chicas es diferente —replica.

¡Vamos ya! ¡Ni que fueras mi padre!

—Entonces ¿cuántos años tenía ella?

Se ríe.

—Ya sé por dónde vas. No te lo voy a decir.

Me río. He aquí otro de los grandes misterios de la vida. ¿Por qué los hermanos siempre ven a sus hermanas más pequeñas que a sus novias aunque tengan la misma edad?

Llaman al timbre, seguro que es Jessica. Hemos quedado en mi casa para arreglarnos juntas después de cenar.

—Ya voy yo —le digo a Pablo—. Es Jessica.

—Otra que tal baila —comenta en

tono burlón.

Jessica entra portando sobre sus hombros una gran mochila. ¡Vamos, parece que se va a mudar de casa!

—¿Dónde vas tan cargada?

—Es que no sabía que ponerme y he traído varias cosas para probármelas. Quiero tu más sincera opinión.

—¿Y para qué tanto esfuerzo, si tú ya tienes novio? —la cuestiono con suspicacia.

—Bueno, eso de novio está por ver, todavía no me lo ha pedido. Y mientras tanto, ¿qué hay de malo en que... una chica disfrute de su cuerpo? Esta noche va a ser sensacional, nuestra primera fiesta de universitarios. Nada de niños.

—¿Toni también es un niño? —
pregunto molesta.

No me lo puedo creer. Le he dado luz verde para ligarse al amor de mi vida, porque pienso que la cosa va en serio, y ahora me sale con estas. Pero ¡qué morro!

—No, Toni no es un niño y me gusta mucho —responde seria—, pero todavía no me ha dicho nada. Parece que yo también le gusto y que seguramente acabaremos juntos, pero mientras tanto déjame divertirme. Anda, ¡no seas paliza! Además, puede que esta sea mi última noche de libertad, ¿me entiendes, no?

Claro que la entiendo. ¡Qué cojones! Tiene razón, a lo mejor ésta es

su última noche de soltería en mucho tiempo o de por vida, quien sabe.

—Sí, claro. Pero quiero que sepas y entiendas que lo que está pasando entre Toni y tú es muy fuerte para mí. Si he accedido a lo vuestro es porque pienso que la relación va en serio. No soportaría que sólo estuvieras tonteando.

—Nada de tonto, va en serio —me asegura—. ¿Y tu hermano, por dónde anda?

Me echo a reír. Es una coqueta incorregible.

—En su habitación.

—Oye, por cierto, estás de infarto. ¿Dónde tenías escondido ese cuerpazo so cabrita? ¿Me lo prestas?

—No sé, chica. Ha aparecido por arte de magia, me he puesto el vestido y se ha materializado sin más —bromeo contoneando las caderas.

—¿Vas a ponerte ese vestido?

—Sí, por supuesto.

—Tendré que ponerme a tu altura.

Mira lo que he traído.

Empieza a sacar ropa de la mochila y a esparcirla por encima de la cama.

—Ese vestido estampado es precioso, déjame que me lo pruebe —digo.

Me saco el vestido por la cabeza de un tirón y me quedo en bragas. Jessica se quita el suéter y empieza a bajarse las mallas. La puerta se abre de par en par, sin previo aviso, y mi hermano aparece

en el umbral. Nos pilla a las dos casi en pelotas. Lo peor de todo, es que debe gustarle el panorama que tiene ante los ojos porque en lugar de cerrar automáticamente la puerta se queda apoyado indolente en el marco mirándonos con la boca abierta.

—¡Serás guarro, cierra la puerta!
—grito lanzándole el vestido estampado a la cara.

Pero eso no lo echa para atrás, porque sigue allí divertido observando la escena. Jessica se ha quitado las mallas por completo y está de pie frente a él en tanga tirachinas y sujetador, en pose seductora.

—Tampoco es para tanto. Esto lo veo yo todos los días —se burla riendo,

haciéndose el interesante, pero mirando con descaro a Jessica que sigue allí plantada sin cubrirse.

—Pablo, quieres irte de una vez —le insisto—. Y tú quieres hacer el favor de taparte —le reprocho a Jessica arrojándole el vestido a los brazos.

—Tía, no seas madre —replica Jessica. Mira a Pablo y suelta sin cortarse un pelo— además es verdad que no es para tanto, en la playa se ve más, ¿verdad Pablo?

—Sí, claro, sobre todo si es nudista —replico—, pero no estamos en verano y además esto no es la Malvarrosa. Así que tápate y tú sal de aquí ahora mismo —le ordeno a Pablo, en tono amenazador, señalando la puerta con el

brazo extendido.

Pablo cierra la puerta tras él.

—¿Pero estás loca? —la regaña—.

Si llega a pasar mi madre nos mata.

—Lo siento Eva, pero es que me encanta provocarle. Es tan mono...

—Eres una salida. No sé dónde va a acabar todo esto: primero Toni, mi amor platónico, luego mi hermano del alma, ¿qué será lo próximo?... ¿mi padre? —pregunto con falso enojo.

—Hombre, pues tu padre tampoco está nada mal. Le haría un favorcito con sumo gusto —comenta mofándose.

—¡Vamos ya! ¡Anda calla!

—¿Has visto cómo me miraba? —pregunta mientras se contempla coqueta en el espejo.

—Estabas en pelotas, ¿cómo no iba a mirarte?

Se da la vuelta para verse de espaldas y se contempla entusiasmada por encima del hombro. Sólo le falta besarse su propio culo. Pregunta— ¿qué tal?

—Bien, té queda bien—respondo mostrando poco entusiasmo, aunque la verdad es que está estupenda. Le queda muy bien pero de forma muy diferente a mí. Nuestros cuerpos son completamente distintos. El suyo voluptuoso, con curvas y redondeces. El escote mucho más abultado que el mío, deja ver algo más que el nacimiento del pecho. Yo por el contrario soy muy delgada, casi sin forma y pecho pequeño. Sin embargo, he

de reconocer que mi cuerpo resulta mucho más elegante que el suyo. Me gusta pensar que es esbelto, largo y delicado como el de una bailarina de ballet.

Me pongo su vestido estampado y me acerco al espejo.

—Estás sensacional —me alaba Jessica, mirándome con un poco de envidia.

—¿Cuál quieres ponerte tú?

—Ese —dice señalando el que yo llevo puesto.

—Vale, entonces yo me pondré el mío.

Si sólo el hecho de ponerme el vestido y recogerme el cabello ha supuesto un cambio, cuando termino de

arreglarme he sufrido una autentica metamorfosis. No suelo maquillarme nunca, pero esta noche es algo especial. Vamos a estar con gente mayor y no quiero parecer una cría. Intento copiar el toque ahumado que luce Taylor Swift en el *Cuore* de esta semana. Me pinto la raya y me aplico un poco de sombra gris plata en el párpado inferior, mucha máscara de pestañas, un ligero toque de colorete y mucho brillo en los labios. El resultado es de lo más interesante. Parezco mayor, por lo menos veintidós o veintitrés. Dado que mi altura es considerable, un metro setenta y cinco, con los tacones parezco una jirafa. Soy mucho más alta que cualquier chica de mi edad. Jessica también es alta, aunque

aún así le llevo unos cinco centímetros. Me observo complacida en el espejo contenta con el resultado final.

—Pareces una modelo —comenta Jessica con admiración.

—Gracias, yo también me veo bien —digo mirando hacia su reflejo en el espejo, y exclamo— ¡oye! Tú también estás guapísima. Esta noche ligamos seguro.

—No creo —comenta seria.

—¿Por...? —pregunto, dándome los últimos retoques de maquillaje.

—Bueno, al menos yo no —asegura encogiéndose de hombros—, tú sí. Tu horóscopo decía que este fin de semana es perfecto para enamorarte y vivir una aventura de película. Seguro que esta

noche conoces al amor de tu vida.

—Vaya, qué bien —comento alegre —, ¿y tú no?, ¿por qué?

—No, porque el mío decía que mis relaciones sentimentales atraviesan por un mal momento —explica convencida —. Tía, me han echado el gafe.

—¡Vaaa!

—Sabes que no me equivoco nunca.

—Casi nunca... —la corrijo con sorna.

Y sé perfectamente lo que digo. Alguna que otra vez me he llevado un buen disgusto por hacer caso de sus predicciones astrológicas. Como aquella ocasión en la que me aseguró que si me cortaba el pelo, Toni me pediría salir, y luego no sólo no lo hizo sino que

además tuve que pasarme un mes escondida en casa, porque cada vez que salía a la calle los críos me confundían con Pau Gasol y se me tiraban encima pidiéndome autógrafos.

No sé por qué motivo Jessica cree a pies juntillas lo que puedan decir esos estúpidos horóscopos. Seguro que quien los escribe ni siguiera es un astrólogo titulado, si es que eso es posible. Me parece increíble que Jessica, una chica segura e inteligente, confíe su destino a las chorradas que un tío pueda inventarse mientras está cagando en el váter de su casa. Pero Jessica siempre ha sido así. Lee todos los días su horóscopo y el de sus amigas, para poder hacer predicciones y tomar

decisiones en función de lo que éste le haya aconsejado. Asegura que es un método infalible, pero como ya he dicho yo no acabo de creérmelo. No digo que le vaya mal pero tampoco es como para tirar cohetes.

—Entonces, lo tuyo con Toni se va a ir a la mierda, ¿no?

Resopla nerviosa. Estoy convencida de que realmente piensa que es así y que no va a funcionar. Por su bien espero que se equivoque.

Se oyen unos golpes en la puerta. Es mi hermano. ¡Vaya, ahora sí que llama!

—Pasa, ya estamos listas —lo invito a entrar.

Silba al vernos.

—¡Ah, no! Yo no voy a ningún sitio

con vosotras —bromea levantando los brazos exageradamente.

—¡Venga ya! Si vas a ser la envidia de la fiesta. Anda que no vas a fardar con dos tías así —se jacta Jessica dando una vuelta completa sobre sí misma mostrándole todos sus encantos.

—Por eso mismo lo digo —dice sonriendo mientras la mira con admiración—. Venga vamos, que Dani nos está esperando.

—¿Es que Ángela no viene? —pregunto.

—No, no puede. Tiene un examen el lunes —contesta, y nos ofrece el brazo.

—Oh, qué pena más grande —digo con un falso tono de desconsuelo y me agarro de su brazo derecho.

En realidad, no me da ninguna pena que no pueda venir Ángela. No la puedo ver ni en pintura.

—Oh, qué lástima. No te preocupes, Pablo, no vamos a dejarte solo ni un solo segundo —se guasea Jessica colgándose de su otro brazo.

De eso estoy tan segura como que el Sol saldrá mañana.

La fiesta es en Kalma, una discoteca en el centro de Valencia. Pablo ha quedado en la puerta con sus colegas de clase antes de entrar. Algunos ya están allí cuando nosotros llegamos, pero falta el grupo que ha estado de cena, así que nos quedamos todos fuera esperándoles.

Hay mucho ambiente en la calle,

gente joven, guapa y mayor que nosotras van y vienen todo el tiempo, a pesar de que hace un frío asesino.

Se acerca un grupo numeroso de chicos y chicas. Están a unos cuarenta metros de distancia de nosotros.

¡Madre mía! ¡No puede ser! Aquel parece el Sustituto. Estoy casi segura de que es él. Su forma de andar es inconfundible.

Llamo a Jessica que está detrás de mí ocupada hablando con Pablo. Se me acerca y le señalo con el dedo en dirección al grupo que se aproxima.

—¿Ese que viene por ahí no es el Sustituto?

Jessica mira hacia donde yo le indico.

—¿Cuál? —pregunta forzando los ojos. Es un poco cegata, a pesar de usar lentillas.

—El de la chaqueta gris.

—¿A ver?—. Fuerza un poco más la vista, entrecerrando los morados párpados. Ahora el grupo está a unos veinte metros—. Creo que sí, pero no estoy segura del todo.

Cada vez estoy más convencida de que sí se trata del Sustituto. Él todavía no nos ha visto. Está enfrascado en una conversación con otro chico y no para de gesticular con las manos y la cabeza.

—Ya están aquí —anuncia Pablo, señalando al grupo que se acerca.

El grupo al fin llega hasta nuestra posición. Álex sigue sin vernos.

Comienza a saludar al grupo de mi hermano. Jessica y yo permanecemos apartadas. Está guapísimo, se ha cambiado de ropa, lleva puesto unos vaqueros desgastados ajustados, un suéter negro de punto con cuello de pico y una casaca gris estilo militar. Se ha peinado el cabello mucho más informal que por la mañana. Me gusta todavía más. Lo hace más joven. Me pregunto qué edad tendrá en realidad. Saluda con entusiasmo a Pablo.

—¡Madre mía, conoce a mi hermano! —exclamo, y sin darme cuenta le arreo un codazo a Jessica, que protesta ante mi brutalidad.

Comienzan a charlar animadamente. Vaya, y al parecer hasta se llevan

bien.

Jessica y yo seguimos observándoles a una prudente distancia. Mi hermano gira el rostro hacia nosotras y nos señala. Álex y su amigo también se vuelven.

Veo como la cara de Álex va cambiando de expresión en cuestión de segundos. Su mirada primero recae en Jessica, cómo no, la más jamona de las dos. Sonríe pero de pronto su rostro muestra un gran desconcierto. Supongo que acaba de reconocer en la macizota a una de sus alumnas del instituto. Inmediatamente después me mira a mí y frunce el ceño, para finalmente abrir la boca como un pez fuera del agua intentando tragar oxígeno.

Empiezan a andar en nuestra dirección.

—Álex y Javi, ésta es mi hermana Eva y ella su amiga Jessica —nos presenta educadamente Pablo, que no se ha dado cuenta de la cara de pasmo de su amigo.

Mientras el tal Javi me saluda, Álex se acerca a Jessica y se dan dos besos. Ninguno hace ningún comentario. Entonces Álex se vuelve hacia mí. Es la primera vez que vamos a besarnos. Contengo la respiración. Noto la electricidad otra vez fluir por todo mi cuerpo. La mujer circuito ataca de nuevo. Se acerca y aproxima sus labios a mi mejilla. El contacto es eléctrico, pero esta vez en el sentido más literal de

la palabra. Me da una rampa de tres pares de narices. Los dos saltamos hacia atrás por la impresión.

—¡Vaya! ¡Me has dado la corriente!
—exclama riendo.

—Encantada de conocerle, profesor
—lo saludo poniendo mi voz más seductora.

Me mira fijamente a los ojos y yo le sostengo la mirada, pues tampoco soy capaz de dejar de mirarlo.

Mi hermano rompe el hechizo.

—¿Profesor? —dice extrañado.

Miro a Pablo y le explico— sí, bueno es el Sustituto del Jaimito... bueno... —chasqueo con la lengua al darme cuenta de la metedura de pata, después de todo Álex está de muerte

pero no deja de ser uno de *ellos*— ...de Octavio el profesor de literatura.

—¿En serio? ¡Qué casualidad! ¿No? Entonces ya os conocíais, ¿verdad?

—Sí, aunque sólo desde ayer — responde Álex, sin dejar de observarme serio. Muy serio, pero guapísimo.

Mi hermano parece notar cierta tensión en el ambiente y comenta medio en broma, o a lo mejor lo dice en serio — pues entonces este encuentro podría considerarse algo ilegal, ¿no?

Todos empezamos a reír ante la ocurrencia de Pablo, aunque yo no tengo ni puñeteras ganas de reírme. La situación es como mínimo curiosa. Si esta noche hubiera sido la semana

pasada, mi encuentro con Álex habría sido de lo más normal. Dos chicos jóvenes, aunque con algo de diferencia de edad, se conocen y se atraen. Sin embargo, ahora mismo la situación es completamente distinta. Una alumna y su profesor se encuentran en una fiesta, ¿hay rollito?, pues no. No puedo evitar sentirme triste y abatida. Jessica me mira, percibe que me pasa algo. Un escalofrío me estremece de los pies a la cabeza. Jessica se acerca a mí y me coge de la mano.

La discoteca está repleta de gente. Nuestro grupo se dirige directamente al piso superior que está algo más tranquilo.

Una larga y curvilínea barra color

vengué recorre prácticamente todo el perímetro derecho de la sala. Detrás de ella asoman ariscos como gatos los camareros, que bien pensado podrían ser modelos de pasarela. Estos cumplen a la perfección su doble función: adornar y servir copas a la clientela. En el lado izquierdo se ha creado una especie de zona de magreo. Varios sofás rojo sangre serpentean entre la pared y la pista de baile, que de momento, está bastante más despejada que la pista del piso inferior. Por encima de los sofás penden multitud de lámparas esféricas de cristal rojo de diferentes tamaños. Están dispuestas supuestamente de forma aleatoria y a distintas distancias del suelo dándole un toque muy caliente al

ambiente.

Todo el grupo nos dirigimos en bloque al lado derecho, donde está la barra, por supuesto.

—¿Qué te pasa? —pregunta Jessica.

—Creo que me gusta Álex.

—Álex... ¿Álex el Sustituto? ¿Te gusta el Sustituto?—. Se ríe y dice—pero, chica, ¿estás loca?, aunque claro el tío está como un queso. No me extraña nada.

—Pero es imposible. Siempre igual, Jessica, ¿cómo me las apaño para que sólo me gusten tíos imposibles?

—Imposible, ¿imposible por qué? —se extraña—. No creo que para nada sea imposible. Sólo os lleváis unos

pocos años y parece que tú también le gustas. He notado como te mira. Y te digo, que esa mirada no es la que un profesor dirige a su alumna, esa mirada es algo más...

—Sí, ya lo sé, pero aun así no puedo hacer nada: es nuestro profesor.

—Profesor sustituto, recuerda —matiza la inútil diferencia—. Además dentro de un mes serás mayor de edad y podrás hacer lo que te dé la real gana.

—Ya, pero eso no cambiará el hecho de que él siga siendo mi profesor.

—Sólo durante los próximos seis meses, recuerda.

—¿Tanto? ¿Y mientras qué? —gimoteo.

—Mira chica, yo tampoco lo veo

tan complicado —levanta las manos expresivamente—. ¿Alguien vería algo malo si tu hermano y yo nos liásemos? ¿No, verdad? —empieza a reír—, ¿a qué no? Sería perfectamente normal. Nadie pensaría nada raro, pues entonces por qué va ser imposible lo tuyo con Álex. Nada es imposible en esta vida—. Se calla y agrega— y calla, que viene hacia aquí.

Por el rabillo del ojo veo como Álex se acerca con paso decidido hacia nosotras.

—Qué sorpresa encontrarnos aquí, ¿verdad? —dice sonriente una vez se reúne con nosotras.

—Pues sí, mucha casualidad —comenta Jessica con una sonrisa pícaro

en los labios—. Voy a pedir algo a la barra, ¿queréis algo? —pregunta apresuradamente.

Al parecer quiere dejarme el terreno libre a toda velocidad.

—Sí, yo quiero una cerveza —le pido.

Álex saca la cartera de un bolsillo de su casaca y extrae un billete de veinte, se lo entrega a Jessica y dice— para mí otra. Os invito a esta ronda, ¿vale?

—Claro, por mi estupendo. Ahora vuelvo —contesta Jessica y se larga felizmente agitando el billete con la mano.

Nos quedamos callados, no sé qué decir. Me encuentro ante un gran dilema.

Por una parte, deseo con toda mi alma hablar con él y conocerlo más a fondo, pero por otra parte, me da un pánico terrible enamorarme como una obsesa y rendirme a sus pies, jurándole amor eterno hasta el fin de mis días. Cosa nada extraña en mí, dados mis antecedentes. La última vez que me enamoré en serio de un tío me duró once años. No hace falta que yo diga nada, Álex es el primero en romper un largo silencio que empieza a incomodar.

—Sé que no debería decírtelo pero... estás guapísima esta noche. Casi no te reconozco —dice con una nota de pena en la voz.

—Vaya, muchas gracias. Eso quiere decir que de normal estoy hecha un

a d e f e s i o . . . —replico sonriendo, intentando destensar la situación.

—No... —se ríe nervioso— ...no quería decir eso. Quiero decir que... —se detiene y traga saliva—...ya sabes lo que quiero decir, estás preciosa esta noche. Sólo eso.

Respira Eva, respira, es fácil.

—Ya, pues... muchas gracias.

Otra vez volvemos a quedarnos en silencio.

—¿Vienes mucho por aquí?

Suspiro. *¡Moc!* Típica pregunta de ligue.

—No, es la primera vez, ¿y usted?

Lo observo seria, esperando su respuesta. Deja escapar una risilla nerviosa.

—No, tampoco. Sólo he venido un par de veces. Prefiero ir de *pafetos* por el Carmen[8].

—Ah, qué bien.

Me mira intensamente con sus ojos transparentes y mi pulso empieza a acelerarse.

—¿Y tú por dónde te mueves? — pregunta.

—Pues, hummmm... —me siento avergonzada, cómo decirle que mis padres no me dejan venir a Valencia de noche—, pues... normalmente salgo por el pueblo.

—Ah, entiendo.

Mejor que sea antipática, así se irá pronto y me dejará en paz.

—¿De qué conoce a mi hermano?

¡Mierda, Eva! No le des coba.

—Por Javi... —empieza a explicar pero se detiene, en lo que a mí me parece un gesto exquisito, para rascarse detrás de la oreja. Lo contemplo expectante a la espera de que siga hablando—. Tu hermano Pablo es compañero de clase de Javi y Javi es amigo mío de toda la vida, así que más o menos nos conocemos desde hace algo así como dos años. Hemos coincidido varias veces en fiestas y cenas de su clase a las que suelo apuntarme —carraspea—. En fin que nos conocemos bastante, aunque no se puede decir que seamos realmente amigos.

Al terminar su explicación me dedica la sonrisa más seductora que he

visto jamás en toda mi vida, y mis rodillas empiezan a flaquear.

—Entiendo —contesto fríamente intentando controlar los temblores de mis piernas que parecen gelatina.

No quiero que piense ni por un instante que le va a resultar tan fácil conquistarme. Lo miro fijamente a los ojos y siento que voy a caerme al suelo de un momento a otro. Mi corazón ya debe estar al menos a ciento cincuenta pulsaciones. Late a un ritmo desenfrenado como un caballo salvaje galopando por las praderas. Me parece increíble que él no lo oiga. Yo casi no puedo escuchar otra cosa. La música ha enmudecido dando paso a un tambor atronador que resuena dentro de mi

cabeza.

—Mi hermano tiene veintidós y está en cuarto, usted sin embargo ya ha terminado la carrera, ¿cuántos años tiene? —le pregunto, y es que me puede la curiosidad.

Suelta una fuerte carcajada.

No sé que he dicho que sea tan gracioso.

—Por favor, Eva, deja ya de hablarme de usted. No soy tan mayor, sólo tengo veinticinco años.

Intento mirarle lo más serena que me es posible dadas las circunstancias.

—Trato de mantener las distancias —suelto remilgadamente y dejo escapar un suave— profesor—, para dejar suficientemente claro a qué me refiero.

Vuelve a reírse.

Lo miro recelosa porque mi intención no es divertirlo, sino todo lo contrario. Quiero espantarlo para que se largue y me deje en paz de una vez. No sé si mis rodillas van a soportar tanta tensión.

De repente se para en seco, me mira fijamente y dice— pues lo único que consigues es... —vacila con un brillo en los ojos que me funde— ponerme muy cachondo.

Se ruboriza ligeramente. Parece un poco avergonzado por su atrevimiento. Sin embargo, no deja de mirarme fijamente con una sonrisa traviesa dibujada en la comisura de sus labios. Me quedo de piedra, pues no esperaba

que me soltara algo así. Siento un deseo casi incontrolable de lanzarme sobre él y devorar su boca a besos, pero aparto la mirada pues temo que adivine mis pensamientos y estos se hagan realidad.

Empiezo a marearme.

Por favor, Eva, no te desmayes o pensará que eres una cría.

—Aquí están las cervezas. Una para ti —dice Jessica entregándole un botellín a Álex—. Otra para ti—. Y me pone otro a mí en la mano—. Y otra para mí—. Y le da un generoso trago a la suya. Cuando termina de beber dice extrañada ante nuestro silencio— ¿pasa algo?

—No —contesta Álex—. Muchas gracias por la cerveza. Luego nos

vemos.

Y se larga.

—¿Pasa algo? ¿He dicho algo malo?

—Madre mía, necesito apoyarme en algún sitio —le aviso mientras observo a Álex marcharse. Mis rodillas tiemblan a un ritmo frenético y temo caer desplomada.

—¿Qué pasa? Te estás poniendo amarilla.

Jessica se acerca y me sujeta por los hombros.

—Vamos al baño. No te vas a creer lo que me ha pasado—. Doy un largo trago a la cerveza. Necesito emborracharme para digerir bien lo que acaba de ocurrir.

De camino al baño pasamos cerca de Álex. Al pasar por su lado me mira de reojo, pero no dice nada.

—Jessica, no te lo vas a creer.

—¿Qué ha pasado? Pareces un alma en pena.

—Agárrate bien, porque es fuerte.

—¡Venga ya, exagerada, qué no será para tanto!

—Pues dime... —suelto todo el aire contenido en mis pulmones con una fuerte exhalación— ...en una escala de uno a diez... ¿qué puntuación le darías a que tu profesor de literatura te diga que le pones cachondo?—. La miro expectante esperando con interés su reacción.

Jessica se detiene en seco y me

mira con los ojos abiertos como platos. Empieza a agitar frenéticamente las manos y grita— ¡veinte!

—Qué te había dicho, ¿es fuerte o no?

—Fortísimo, ¿es posible que lo hayas entendido mal?

— N o , lo he entendido perfectamente. Estábamos teniendo una conversación de relleno. Yo le hablaba de usted por mantener las distancias, ya sabes, y el muy cabrito me ha dicho que eso lo ponía cachondo.

—¡Joooooder, tía! Y tú... y tú, ¿qué le has dicho? ¿Por qué le habrás dicho algo, supongo?

—Nada tía. Me ha pillado tan de sorpresa que me he quedado muda, ¿qué

podía decirle?

—No sé, quizás algo así como... —
deja de hablar para engolfar la voz y
propone— Álex, por favor, hazme el
amor salvajemente encima de la barra.

Me río ante su ocurrencia. La
verdad es que me hubiera encantado
haber tenido el valor para decir algo así
de descarado.

—De todas formas has llegado tú en
ese momento —suspiro—, uf, menos
mal, porque el ambiente estaba al rojo
vivo. Creía que me iba a dar un
soponcio.

—¡Qué fuerte! ¿Qué vas a hacer?

—Pues nada, Jessica, haré como si
no hubiera pasado nada. Lo peor de todo
es... que cada vez que lo veo me pongo a

cien. ¡Vamos que me tiro encima de él o me muero!, pero... ¡joder!, ¡mierda!, ¡es un profesor!, ¡peor, es MI profesor! No sé si voy a poder resistir verlo todos los días, tenerlo tan cerca y no poder hacer nada.

—¿Cómo que nada? —protesta—, ¿estás loca o qué?, pero si es el amor de tu vida, ¿no te acuerdas de lo qué decía tu horóscopo?

Asiento, enmudecida por la emoción. A lo mejor Jessica tiene razón y Álex es el amor de mi vida y vamos a vivir una historia de película.

Me miro en el espejo. Me gusta el aire enigmático que me devuelve. Estoy *preciosa* esta noche, eso me ha dicho Álex. Como ya sabéis soy muy alta y

delgada. Esto posiblemente puede inducir a más de uno a un gran error y pensar que parezco una modelo, pero nada más lejos de la realidad. En mi caso me semejo más a una escoba con patas que a cualquier otra cosa, sobre todo por mi melena ondulada con gran tendencia a encrespase. Aunque hoy llevo el pelo recogido, suelo lucirla suelta y desaliñada, porque preciso de una a dos horas para dejarla en condiciones y, como podrás entender, no voy a levantarme a las seis de la mañana sólo para peinarla. Su color natural es castaño oscuro pero actualmente he roto el aburrimiento con un combinado de reflejos cobrizos y rubios. Y este detalle aunque parezca una tontería me favorece

bastante y disimula mi cara de panquemao[\[9\]](#). Por lo demás, no tengo ningún rasgo que llame especialmente la atención, aunque en conjunto soy bastante mona. Ni guapa, ni fea, lo que se dice mona. Ojos tamaño medio de color marrón avellana, a los que un poco de pintura de guerra convierte en algo digno de ver. Nariz, dejémoslo en *con personalidad*. Y unos labios tirando a carnosos pero no excesivamente. Los miro atentamente, están bien dibujados y cuando les aplico un poco de brillo adquieren mucho volumen y parecen un corazón palpitante. Se vuelven muy sensuales. De hecho hacen que todo mi rostro se transforme y parezca otra cosa. Nada que ver con la Eva recién

levantada, que puede dar un susto de muerte al más valiente. Sin embargo, esta noche me veo diferente. Esta noche estoy fantástica.

—Oye, déjame ese contorno de labios —le pido a Jessica.

—No, tía. Ya estás superseductora esta noche y no te hace falta nada más.

—Me río. Eso es precisamente lo que quiero esta noche: estar irresistible.

—No seas tonta, déjamelos.

—Tú verás lo que haces —me advierte, tendiéndome el lápiz—. Atente a las consecuencias.

Me perfilo los labios con sumo cuidado de no salirme del contorno. Las voceras no pueden considerarse, por mucho que se empeñen algunas, nada

sexy. Sigo con el brillo. A medida que lo voy aplicando mi boca se vuelve jugosa y muy carnosa. Una vez termino, observo curiosa el resultado en el espejo. El mensaje es claro: bésame tonto.

¿Realmente quiero yo besar a Álex y meterme en este lío de tres pares de narices? Esta situación me desborda, nunca antes me había pasado algo así. No es la primera vez que un tío se me insinúa, pero siempre tíos de mi edad, y a mí no me gustaban, por lo que no he tenido ningún problema en darles puerta rápidamente. Sin embargo, Álex es diferente. Álex es dinamita pura. Álex me pone a cien. Pero, desgraciadamente, Álex también es mi profesor. Aunque...

bien pensado... y como dice Jessica: sólo es profesor sustituto. Además... es muy joven, y no tiene edad ni pinta de ser profesor. ¡Mierda, no es justo!

El grupo de amigos de Pablo es muy simpático, incluso las chicas, y nos integran muy bien. El resto de la noche la pasamos bailando y bebiendo cervezas sin parar. Me pongo bastante ciega, aunque todavía controlo la situación, y no empiezo a beberme los floreros ni me hago íntima amiga de la taza del váter.

De vez en cuando lanzo alguna mirada fugaz hacia donde se encuentra Álex, no por controlar, sólo para ver

qué hace. Siempre está hablando con alguien, curiosamente siempre chicas. Así que se trata de un mujeriego, seguramente tontea con todas. No vuelve a mirarme en toda la noche, quizás está molesto conmigo. No sé qué espera que haga yo: abalanzarme sobre él y morrearlo como una salvaje en medio de la pista. Aunque eso estaría muy bien. Sería genial ver la cara de idiotas que se les quedaba a mi hermano y todos sus amigos observando la escenita.

Miro la gran esfera plateada de mi reloj de pulsera. Son las cuatro y media, y debemos irnos ya si queremos llegar a casa antes de las cinco, tal y como hemos prometido a mis padres.

Mi hermano está junto a mí

hablando animadamente con Jessica, sobre algo relacionado con un edificio de no sé cuantas alturas, que es la caña dice. Jessica lo escucha con gran atención, o eso es al menos lo que parece, a juzgar por su cara de emparramiento absoluto.

Lo toco suavemente en el hombro y le informo— Pablo, son las cuatro y media, tenemos que irnos.

Consulta el reloj para cerciorarse de lo que digo y se queja— ¡vaya, cuando más a gusto estoy!

—Lo siento, lo has prometido a los papas.

—Espera, voy a preguntar si alguien se va ya, a ver si os puede acercar a casa.

Siempre la misma historia. Te dicen «no te preocupes que yo me voy pronto y te acompaño», y luego a la hora de la verdad, no te los puedes llevar ni con una grúa.

Veo a mi hermano deambular entre sus amigos. Hablando con unos y otros. Al final se acerca a Álex y le comenta algo, y para mi horror nos señala. Me temo lo peor. Al poco rato regresa.

—Nada, nadie se quiere ir tan pronto —dice contrariado.

Uf, menos mal, ¿menos mal? ¡Eso significa que no quiere llevarme. Si yo le gustara de verdad habría dicho que sí para poder estar conmigo a solas. Está claro que prefiere quedarse con esa rubia de bote paticorta. Pues a la mierda

con él.

Pablo se marcha en busca de nuestros abrigos y Jessica aprovecha para ir a mear por milésima vez esta noche. Es lo que pasa cuando te hinchas a cervezas, una vez comienza el chorro ya no puedes cerrar el grifo.

Aprovecho el tiempo para despedirme de toda la gente. Bueno, de todos menos de Álex, pues no tengo intención de acercarme a él, y menos ahora que está apartado hablando con Lady Gaga.

¡Cuánta hambre, por Dios!

Me quedo sola en la barra mientras les espero.

Alguien me toca suavemente en el hombro. Antes de darme la vuelta ya sé

que se trata de Álex. Me giro y allí está, a mi lado, sonriéndome con toda naturalidad como si no hubiera pasado nada antes. Sus ojos medio cerrados lo delatan, va un poco pedo. ¡Pero qué morro tiene!

—¿Os vais ya? —pregunta con voz algo ebria.

—Sí, es tarde —respondo tranquila, aunque mi corazón me traiciona acelerándose de repente.

—Pero si sólo son las cuatro...

—Y media —puntualizo.

—De todas formas es pronto...

Claro que sólo eres un bebé, tienes que irte pronto a la camita —se mofa de mí.

—Claro, las chicas jóvenes tenemos que acostarnos pronto —

contesto con aires de suficiencia.

—Pues adiós —dice secamente.

—Chao profesor —lo provoco, quemando mi último cartucho. Sonríe y le guiño un ojo antes de darle la espalda.

—Espera, Eva —me pide al tiempo que me coge del codo.

—¿Sí? —pregunto, volviendo la cara hacia él.

Sonríe y siento que me desarma.

—Sólo quiero disculparme...

—Tiene una forma muy rara de disculparse —lo interrumpo.

Baja la mirada avergonzado.

—Está bien, me lo merezco —reconoce golpeándose con el puño suavemente en el pecho—. Siento lo que

ha pasado antes.

—¿Antes?

—Sí, lo que te he dicho.

Se nota que está arrepentido, pero no puedo evitar mortificarlo un poco más.

—¿Y qué me ha dicho?

—No seas mala. Lo sabes muy bien.

Ha estado fuera de lugar. No debería hablarte así. Eres mi alumna.

Me duelen sus palabras porque no quiero ser su alumna. Y tampoco quiero que lo diga en voz alta, dejando bien clara la condición de relación imposible. Pero sé que es lo mejor. Dejar las cosas como están y no echar más leña al fuego.

—Está bien. Haré como si no

hubiera pasado nada —digo, muy a mi pesar, agachando la cabeza, porque lo que en realidad deseo es comérmelo a besos y si sigue mirándome así no podré resistirme ni un segundo más.

—Gracias Eva —dice con voz apagada.

—Hasta el lunes, Álex.

Entonces sonrío ampliamente y mi corazón se ilumina.

—Has dicho mi nombre —murmura.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Que has dicho mi nombre —repito emocionado.

—Sí, ¿y qué?

—Que... —vacila y añade— te quiero.

Sangre, calor y lluvia

—¿Qué te dijo qué...?—. Los ojos de Jessica están abiertos como paellas por la impresión.

—Te lo juro, me dijo que me quería. Lo oí perfectamente —aseguro.

—Espera, a ver si lo he entendido bien. Tú le dices: adiós Álex, y él te contesta: que has dicho su nombre.

—Sí, vas bien —la animo a continuar, porque me encanta revivir la escena, pero antes matizo— hasta ese momento siempre le había hablado de usted y llamado profesor.

—Vale, lo cual lo ponía... —se calla, sonrío maliciosamente y poniendo voz de golfa, agrega— ... muy, muy

cachondo—. Empieza a reír—. ¿Es o no es así?

Asiento.

—Pues no lo entiendo —dice poniendo cara de estupefacción—. A ver si me aclaro. Si lo llamas de usted, te desea como un poseso, ¿no? Y si lo tuteas, entonces, te quiere. Chica, pues ¿dónde está el problema? Cualquier opción es buena. Yo estaría encantada de la vida de que un hombre así me deseara y amara con locura o sin ella, me da igual, está como un quesito...

—Ya, pero es que yo entonces hice como que no lo había oído bien, ¿sabes?, para que me lo repitiera y él en lugar de decirme: te quiero, me suelta: que... nada. ¡Qué no había dicho nada!

¿Te lo puedes creer?

—¡Será cabrito! —dice con voz de burla y se ríe—. Pues claro boba, está claro que le daba vergüenza volverlo a decir. ¡Chica, es que eres de un exigente! Y bueno, ¿tú qué le dijiste?

—Pues nada. Sabía perfectamente que había dicho que me quería, sin embargo, le había hecho notar que no lo había oído, con lo cual no podía decirle que era un mentiroso porque lo había oído con claridad decirme: te quiero, ya que entonces la mentirosa hubiera sido yo, ¿entiendes?

Jessica me mira con cara de pasmo y dice— si me lo dices así de rápido, desde luego que no.

Me río, la situación es una autentica

locura.

—Joder, Jessica, no le podía decir nada, así que me callé, y él se largó como si le hubieran encendido un petardo en el culo.

—¿Y ya está?

—Sí, ya está, ¿te parece poco?

—La verdad es que entiendo al pobre chico, debe estar cortadísimo. Le ha dicho a una de sus alumnas... —se detiene para enfatizar más la frase que va a pronunciar a continuación— ...a la cual conoce desde hace tan solo dos días, no sólo que le pone muy cachondo... sino que además la quiere—. Pone los ojos en blanco y exclama— ¡jooooder, tía! Ese hombre es una autentica monada, un hombre-oso de

verdad. Lo quiero para mí. ¿Dime dónde puedo conseguir uno?—. Luego agrega bajando la voz— ya están aquí.

No entiendo a qué se refiere, así que suelto con voz tenebrosa— en ocasiones veo muertos.

Me mira como si estuviese loca.

—¿Qué dices, tía? —cabecea a los lados sonriendo y agita la mano a la vez que saluda.

Toni y Diego acaban de entrar en la cafetería. Toni como siempre está guapísimo. Ese suéter azul marino que lleva puesto debe ser nuevo, pues nunca se lo había visto. Le queda genial. Diego sigue igual, en su línea. Es decir, poco menos que pasable. No llevar aparato desde luego le hace ganar algunos

puntos, pero no es suficiente para entrar en el ranking de tíos cañonazo del instituto.

Me pongo en pie con desgana para saludarlos.

Diego viene hacia mí, para... ¡qué horror! ... ¿darme dos besos? Espero que no intente nada en el cine o lo descuartizaré y luego daré de comer con sus pedacitos a los cerdos.

—Hola Eva —me saluda con voz amable, pero no me da ningún beso.

¡Pero qué mal educado!

—Hola Diego —lo saludo secamente.

—¿Qué tal os fue anoche en la fiesta de tu hermano? —pregunta cordial.

¡Serás cotilla! ¿Y a ti qué te importa?

—Bien, estuvo muy divertida, nos gustó mucho la disco, ¿verdad Jessica?

—. Miro hacia donde ésta se supone debe estar, pero la muy cabrita se ha esfumado junto con Toni—. Bueno, da igual... me gustó mucho.

—Yo estuve con Toni hace un mes o así.

—Ah, sí. No lo sabía —digo sin ningún interés.

—Sí, fuimos a una fiesta universitaria también, de un amigo mío del apartamento.

De verdad que sí, valoro todos los esfuerzos que hace este chico por ser agradable y caer simpático, pero es que

es un paliza y no lo soporto. Su conversación me aburre lo mismo que rezar un rosario con mi abuela.

—¿Nos vamos? —pregunta.

—Vale, ¿dónde se han metido éstos?

—Fuera, Toni le estará enseñando la moto —responde—. ¿Qué has tomado?

—Una Coca.

—Te invito —se ofrece amable.

—No, no lo hagas, no tienes por qué hacerlo —me apresuro a decir.

A ver si se cree que me voy a vender por dos cochinos euros.

—Lo sé, pero quiero hacerlo —insiste sonriendo.

—Ya, pero es que yo no quiero que

lo hagas —le aclaro ásperamente.

—Está bien, como quieras.

Le estoy poniendo las cosas difíciles, pero no quiero que se piense ni por un momento que tiene la más mínima oportunidad conmigo. A ver si se cree que porque ahora Jessica y Toni están juntos, él y yo también tenemos que formar pareja. ¡Ni lo sueñes paliza!

Jessica y Toni están en la calle. Jessica se ha subido a la Scooter azul de Toni y charla animadamente con él. El tonto es más que evidente.

—¿Me debes dos euros? —le digo un poco rabiosa de verla tan contenta.

Yo por el contrario no tengo ningún motivo para estar feliz. Mi situación con Álex es totalmente incierta. Al final no

quedó nada claro. Parece que se siente bastante atraído por mí. ¿Qué pensará? Seguramente, creerá que soy una cría idiota que no sabe lo que quiere.

Me subo con desgana a la scooter de Diego, poniendo mucho esmero en no tocar ni un solo centímetro de su espalda. Miro al cielo preocupada mientras me pongo el casco. Grandes nubarrones negros se pasean bajos y amenazan con una tormenta de las gordas.

—Creo que va a llover —comento.

—Sí, eso parece. Vamos a darnos prisa antes de que empiece o nos mojaremos —dice Diego, arrancando la moto.

Lo que me faltaba, encima voy a

pillar una pulmonía.

—¿Tienes frío? —pregunta volviendo la cabeza hacia mí.

¡Pues claro que tengo frío, hace más frío que en Siberia y encima está chispeando!

—Sí, un poco —respondo secamente.

—No te preocupes, enseguida llegamos.

No sé qué me molesta más: el frío o que siga siendo tan amable conmigo.

—A ver si es verdad —replico molesta por su amabilidad.

—¡Oye, qué yo no tengo la culpa de que haya comenzado a llover! —protesta ofendido.

—¡Pues entonces date prisa!

Poco después estamos en las taquillas, bastante secos por cierto.

—¿Cuántas entradas? —nos pregunta la chica.

— C u a t r o —contesta Toni—. ¿Cuánto es cada una? ... —Siete euros. ¡Joodeeer! —Se gira hacia nosotros—. A ver, me tenéis que dar siete euros cada uno—. Y mirando a Jessica dice con una sonrisa nada modesta— tú no, a ti te invito yo.

Diego saca un billete de diez y se lo entrega. A la vista está que a mí no me va a invitar nadie esta tarde, así que abro mi inhóspito monedero y miro con tristeza mi último billete de diez que se va sin decirme adiós.

La película está a punto de empezar cuando entramos. La sala está a oscuras y llena hasta los topes, a pesar de los precios de las entradas. Menos mal que las butacas son numeradas y tenemos nuestros sitios reservados.

Claro está que me tengo que sentar al lado de Diego. Cinco minutos más tarde la película comienza. Los protagonistas no están nada mal, vamos que se les podría hacer algún que otro favorcillo a cualquiera de los dos, o a los dos a la vez. La primera media hora me medio entretengo viendo como luchan con sus fuertes puños, y dando patatas aquí y allá con piruetas acrobáticas imposibles de realizar sin la ayuda de los efectos especiales, pero

cuando lleva una hora estoy más que harta de tanta sangre y vísceras derramadas sin medida, para el alucine y flipe de la multitud de niños violentos que me rodean gritando como posesos todo el tiempo: «¡queremos sangre».

A la hora y media de sesión estoy deseando que se acabe ya de una puñetera vez la película y que destruyan al fin la maldita galaxia paralela. Y es que me estoy poniendo un poco nerviosa con tanto bicho mutado por los gases cósmicos.

Encima, Jessica y Toni están todo el tiempo tonteando, riendo y haciendo manitas, lo cual pues tampoco es que me vuelva loca de alegría, y contribuye a que mi enfado se vea multiplicado por

infinito.

—¿Os ha gustado? —pregunta Jessica cuando, al fin, salimos del cine.

—Sí genial, me ha encantado — responde Diego animado.

—Sí, tío ha estado muy bien, ¿verdad? La batalla final es un flipe — comenta Toni, que era uno de los que más gritaba: ¡queremos sangre!

—A mí me ha parecido un rollo — comento aburrida.

—¿No te ha gustado? —pregunta Diego extrañado. Es la primera vez que se dirige a mí desde el comentario de la lluvia.

Suspiro con resignación. Ya he dicho que no, que necesita este chico para comprender mis palabras: que me

lo escriba en la frente con tinta china. Aún así respondo en tono sereno, o al menos lo intento— no, la verdad es que no me va nada la violencia gratuita.

—¿Y por qué querías verla?

—¿Y por qué no? —digo secamente, zanjando así esta conversación que no me conduce a nada bueno.

Diego capta el mensaje. No vuelve a preguntar nada más. Sé que estoy siendo un poco arisca, pero es que no me apetece hablar con él.

—¿Qué hora es? —pregunta Toni, consultando su reloj—. Uy, las ocho ya, pues lo siento tías pero nos tenemos que ir. El partido empieza a las ocho y media.

¡Increíble! ¡Para mear y no echar gota! Su primera cita con Jessica y ni por esa puede olvidarse del maldito fútbol. No hay quien entienda a estos hombres.

—¿Entonces tenemos que irnos ya?
—pregunta Jessica, poniendo cara de pena.

La muy inocente se piensa que con esa artimaña lo va a convencer.

—Bueno, si me lo pides así, a lo mejor no —contesta Toni.

¡Ah, pues igual sí!

—Es que es muy pronto y me gustaría comerme una McPollo —agrega ella poniendo morritos.

—Vale, me has convencido. No pasa nada porque nos perdamos la

primera parte, ¿verdad Diego? — comenta Toni.

Diego lo mira con gesto ceñudo y mascullo— tío, tú quédate si quieres. Yo me voy.

¡Bien!, menos mal que se larga.

—Eh, ¿por qué no te quedas a tomar algo? —pregunta Toni, dándole un puñetazo en broma en el hombro.

—Pues porque no me apetece nada —responde Diego, apartándole el puño de un manotazo.

Toni lo mira desconcertado, como si no pudiera creerse lo que está diciendo.

—Vale, pues vete si quieres, yo me quedo un poco más —contesta Toni—. ¿Eva tú también te vas?

—No. Yo prefiero quedarme y ver algunas tiendas.

—¿Y cómo te volverás luego? —me pregunta Toni.

—No te preocupes por mí, Toni, cogeré un bus —respondo con suficiencia.

Asiente con la cabeza y vuelve a mirar a Diego.

—Seguro ¿qué te vas?

Asiente con aire taciturno.

—Entonces, ¿nos vemos luego? —le pregunta.

—No salgo esta noche —responde Diego.

—¿Por qué no?

—Pues porque no —dice secamente.

—Pero ¿por qué? —insiste.

Siguen debatiéndose durante unos minutos. Jessica y yo seguimos la conversación como un partido de pin-pon. No sé por qué me parece que Diego está bastante enfadado. Empiezo a pensar que a lo mejor me he pasado un poquitito más de la cuenta con él.

—Ahora vengo tías, voy un momento al parking con Diego —comenta Toni.

Diego se marcha sin ni siquiera despedirse de nosotras.

Los vemos alejarse entre la gente que a esas horas hormiguean por el centro comercial. Cuando miro a Jessica me está observando con el ceño fruncido como si yo fuera una asesina en serie.

— Pero ¿qué te pasa? —me interroga—. Has estado más antipática que en toda tu vida, y mira que eso es difícil.

—Puede ser, creo que me he pasado un poco —reconozco avergonzada.

—¿Un poco? ¿Un poco dices? —me recrimina—. Te has pasado un montón. Llevas toda la puñetera tarde de morros, contestando mal y poniendo malas caras. ¡Joder, la mala de *Crepúsculo* es una santa a tu lado!

Sonrío, pero no me siento contenta conmigo misma. Soy consciente de que he sido muy antipática con Diego, pero no hace falta que me lo eche en cara.

—Tú aceptaste quedar con él —sigue a lo suyo—. Mira, chica, yo no sé

qué te pasa.

—Sabes muy bien por qué acepté, estaba distraída vigilándoos a vosotros. No me di cuenta, fue sin querer —trato de excusarme.

—No me echas a mí la culpa de tus decisiones —replica enfadada—. Estás aquí porque has querido, yo no te he obligado.

—Ah, ¿no?, entonces: no me dejes sola en mi primera cita con Toni, ¿qué es, si no? —silabeo subiendo un poco el tono de voz.

—Es un favor de amiga que me haces, no una obligación —responde ofendida.

Tiene razón y lo sé. Lo sé: soy una bruja.

—Y de todas formas, eso no justifica que te hayas comportado tan mal con Diego. Se notaba que estaba muy dolido —sigue recriminándome.

—Lo sé, me siento muy mal. Si no me habla nunca más lo entenderé.

Es verdad, me he portado como una persona horrible. Normalmente no me comporto así, aunque soy un pelín rancia con la gente que no me cae bien, se me nota, no lo puedo evitar, ¿qué le voy a hacer? Pero es que hoy estoy muy alterada.

Toni regresa y no trae buena cara precisamente.

—¿Se ha ido? —pregunta Jessica.

—Sí —dice, y me echa una mirada tan fría que podría ultracongelar un polo

en el Sahara—. No se encontraba demasiado bien. Algo por lo visto le ha sentado mal.

—¿A lo mejor ha cogido frío? — sugiero intentando calmar los ánimos.

—A lo mejor —sentencia Toni.

Nos quedamos los tres callados.

¿Ahora qué hago yo con estos dos tortolitos?, ¿de farolillo? Nada me apetece menos que soportar el resto de la tarde sus moñadas. Me iré de compras, aunque bien pensado no tengo un duro. Da igual, cualquier cosa es mejor que quedarme con estos dos.

—¿A qué no sabéis a quien he visto? —pregunta Toni.

Odio las adivinanzas.

—No, ¿a quién? —se interesa

Jessica entusiasmada.

A quien al parecer si le gustan.

— A Álex con su novia, que por cierto está buenísima.

—¿Qué Álex? —pregunta Jessica.

—El nuevo profesor.

¿Qué? ¿He oído bien? ¿Mi Álex tiene novia? No puede ser.

—¿Has... has hablado con él? — pregunto intentando no parecer demasiado interesada.

—Sí, un poco.

¡Dime más cabrito! Miro a Jessica suplicante: «por favor, échame un cable». Jessica me mira, captando al instante el mensaje de mi mirada de auxilio.

—¿Te ha dicho donde iba? —

pregunta Jessica haciendo de traductora.

—No, me ha dicho que iba de compras y eso...

—Ah, ¿y hacia dónde se ha ido?

—En dirección a... a...

¡Suéltalo ya idiota!

—La tienda esa de ropa... de chicos y chicas... tan grande que hay nada más entrar... a la derecha —dice al fin con gran esfuerzo.

Por lo visto la neurona hoy no le funciona del todo bien.

—¿H&M? —sugiero.

—Sí, esa.

—¿Han entrado? —pregunta Jessica.

—¡Oye, oye, esto parece un interrogatorio! —se queja Toni.

—¿Han entrado? —fuerzo un poco la voz para sonar agresiva.

—Tranqui tronco —contesta Toni, levantando las manos—. Creo que sí que han entrado allí... pero, puf, no estoy seguro...

¡Ya está! Por fin lo ha soltado. No hay tiempo que perder. Tengo que ir corriendo hasta allí y ver si todavía sigue en la tienda.

—Bueno chicos, yo me voy de compras, ¿queréis venir?

Por favor, por favor, que digan que no.

—Pues... —Jessica me sonrío traviesa— ...no, nosotros nos vamos al McDonald's.

—Pues... chao —me despido

mientras salgo corriendo.

Jessica grita detrás de mí— ¿nos vemos luego?

—¡Vale, llámame al móvil! ¡Chao!
—le grito y agito la mano en alto despidiéndome de ellos.

Entro en la tienda. ¡Joder!, ¿por qué es tan grande? Tengo que revisar rápidamente todas las secciones. A ver, echo un breve vistazo a la derecha. En la sección de chicos no está. A la izquierda está la sección de mujeres, imposible verla completa desde la entrada. Tengo que atravesarla, empiezo por el principio, muchas cabezas asoman por encima de los separadores, pero ninguna

me parece la de Álex. No, por aquí tampoco está. ¡Ay va!, que falda más chula. ¿La cojo o no la cojo? ¿La cojo o no la cojo? La cojo. Un poco más adelante está la sección de complementos. ¡Huy, qué bolso más mono! Me iría de miedo con la falda. ¿Lo cojo o no lo cojo?, hummmmm, vale sí lo cojo. Lo engancho por el asa y me lo cuelgo del hombro. Por aquí tampoco está Álex. Miro hacia los probadores por si estuviera en la cola. ¡Jooodeeer, es más larga que un día sin pan! No, ni rastro de él. En la sección joven tampoco lo veo.

De repente veo asomar lo que me parece su casaca gris por detrás de un separador. Me acerco un poco más para

ver mejor. ¡Mierda!, desde donde estoy no se ve un pijo. Y si le doy la vuelta a las escaleras entonces quedaré al descubierto y él me verá completamente. ¿Qué hago?, hummmmm, me quedó aquí. Aquí estoy segura.

Me asomo un poco por detrás de la columna en la que me he escondido. ¡Será guarro! Está mirando la lencería, pero no hay nadie con él. Ni rastro de la chica. ¿Qué hago? Me acerco y hago cómo que yo también estoy de compras, y entonces ¿qué le digo? Piensa Eva, rápido.

Vuelvo a asomarme para mirar hacia donde está Álex, pero ahora no lo veo. Me asomo un poco más, sin dejar que mi cuerpo se vea por completo

desde su ángulo. Debo mantenerme a cubierto por si las moscas. Estiro el cuello al máximo. No, no está allí, ha desaparecido. Me quedo inmóvil, oculta por la columna, pensando qué hacer. Si me muevo ahora quedaré a la vista y puedo ser descubierta. Tampoco me puedo quedar aquí toda la vida en plan maniquí. Estoy a punto de moverme cuando siento una corriente de aire cálido en mi nuca. Otra vez la corriente. Los pelillos de la nuca se me erizan y me entran cosquillitas. Llevo mi mano hacia el cuello para rascarme y entonces a medio camino tropieza con algo. ¡Mierda! Hay algo, o mejor dicho... alguien, muy, muy cerca de mí. Empiezo a girar la cabeza muy despacio,

temiéndome lo peor.

—¿Ves algo interesante? —me susurra Álex al oído.

Su cálido aliento me produce un cosquilleo al chocar contra mi oreja. Sigo girando la cara hasta que me encuentro con la suya a menos de cinco centímetros. Noto de nuevo su aliento chocar contra mi rostro. No digo nada cautivada por la magia del momento, pero inconscientemente voy girando todo el cuerpo hasta encararme con él.

—¿Qué? —me hago la longuis.

—Ah, claro. Me olvidaba que estás un poco sorda —se burla—. Te lo repetiré de nuevo —alza la voz.

—No hace falta. Te he oído perfectamente —lo corto con altivez.

Está tan cerca de mí que si diera un solo paso lo pisaría. Me tiene aprisionada contra la columna. Entre nosotros no cabe ni un alfiler, pero no hace ademán de moverse.

—¿De compras? —pregunta con una sonrisa picarona.

—Sí, mira —miento, levantando la percha que llevo en la mano.

Mira la falda con aparente interés sin despegarse un solo centímetro y dice— es un poco larga, ¿no?

—Hasta las rodillas —aclaro sonriendo—. Soy una chica decente por si no se había dado cuenta... profesor.

Pronuncio la palabra profesor muy lentamente, reteniendo cada sílaba en la lengua antes de dejarla brotar como una

caricia.

Álex se muerde el labio inferior. Sigo pensando que ese es el gesto más sexy que he visto en toda mi vida. Trago saliva.

—¿Álex? —alguien lo llama.

Miro en dirección de la voz. Allí hay una chica muy mona observándonos.

¡Mierda, su novia! ¿Pero si es su novia por qué parece tan divertida?

Álex se separa sin prisa y me mira sonriendo.

—Eva, esta es mi hermana Carol. Carol está es Eva, una... amiga.

—Hola —me saluda ella.

—Hola Carol.

—Ya he pagado, ¿nos vamos? —dice Carol.

—¡No, por favor, no te vayas! —
grita mi subconsciente.

Álex me mira con cara de sorpresa,
y luego vuelve a mirar a su hermana que
sigue observándonos divertida, y dice—
Carol, espérame en la puerta, ¿quieres?
Voy enseguida—. Entonces vuelve a
dirigir sus ojos hacia mí y me pregunta
con voz acariciante— ¿qué has dicho?

—Nada —respondo turbada.

—Sí, has dicho algo.

—No, no he dicho nada —murmuro
cohibida por su voz y por su fuerte
presencia.

—Sí, has dicho que no.

—Que no, ¿qué?

Se ríe.

—Sí, has dicho que... no me fuera

por favor.

Suelto una risa nerviosa. Es increíble. ¿Lo he dicho en voz alta? Estoy segura de que no.

—No, no lo he dicho, te lo habrá parecido.

—Ah, ya —suelta no muy convencido—. Sabes, Eva, si lo hubieras dicho... —Se detiene e inclina levemente la cabeza a un lado dibujando una sonrisa traviesa en sus labios—. Si existiese la más mínima posibilidad de que lo hubieses dicho... yo entonces pues... me quedaría contigo.

—Pero es que no he dicho nada —replico bajando los ojos.

¡Idiota, eres una idiota integral!

—En ese caso me voy. Adiós Eva

—se despide de mí apartándose e inmediatamente se da la vuelta, dispuesto a marcharse.

—¡Álex! —lo llamo.

Gira la cabeza y se queda callado mirándome, esperando que yo diga algo, pero no me atrevo a pedirle que se quede conmigo, aunque es lo que más deseo en este mundo.

—Chao —me despido.

Levanta levemente la barbilla y sonríe, pero no dice nada.

Se aleja en dirección a la salida. Allí lo está esperando su hermana.

¿Qué hago ahora? ¿Quedarme en la tienda o seguirlo? Todavía no me he probado la falda. Da igual no tengo tiempo ni dinero, ya volveré otro día.

Dejo la falda tirada encima del primer mostrador que encuentro y me dirijo corriendo a la puerta.

La atravieso como una exhalación y en ese mismo momento empieza a sonar una molesta y pituda alarma.

Una fuerza sobrehumana me impide seguir.

Miro hacia mi hombro y observo con espanto como una zarpa enorme me tiene sujeta de ahí. Intento zafarme de ella, pero me retiene con más insistencia.

—¡Suélteme! —le grito al dueño de la manaza.

Pero no hace ademán de soltarme. Me tiene bien presa.

—Le digo que me suelte ahora

mismo o llamo a la policía —le advierto.

¡Qué vergüenza todo el mundo me está mirando!

El segurata me mira con rudeza y no afloja la zarpa ni un ápice, todo lo contrario aprieta mi hombro con más fuerza. Miro asustada su manaza. Es más grande que un guante de boxeo. Sin duda con ella puede partirme en un plis: el brazo, el cuello y las dos piernas.

—¿Me enseña su bolso? —me pide el segurata, soltándome al fin.

Aunque más que una petición es un orden, y cualquiera no hace caso.

—Pero si no llevo... bol...

No termino de pronunciar la frase. Me llevo las manos a la cabeza.

—Lo siento, no me había dado cuenta que todavía lo llevaba colgado —me excuso tratando de sonar sincera, mientras le entrego el maldito bolso con manos temblorosas.

— C l a r o —dice malhumorado, arrebatándomelo de un tirón.

—Me han llamado al móvil unos amigos y me han dicho que tenía que salir corriendo si no quería perder el autobús —miento—. De verdad, se lo juro, que no me acordaba que llevaba el bolso.

Me mira fijamente, impasible, con el ceño fruncido. Y yo me estremezco de los pies a la cabeza. Espero que me crea y no me lleve a un cuartucho oscuro con la intención de cachearme. Nada podría

ser más humillante que un tío así de bárbaro te manosee todo el cuerpo. Bueno sí, que lo haga con las manos sucias. Sin embargo, me absuelve— está bien, puedes irte.

—Gracias, gracias. Muchas gracias. Es usted un santo.

Después de todo el segurata es un bárbaro con buen corazón.

Salgo de la tienda a toda prisa. No puedo quedarme cerca de la puerta, a la vista del segurata, para intentar descubrir en qué dirección se ha marchado Álex. Tampoco puedo ir hacia la derecha, pues es la dirección contraria a la salida. El segurata sigue vigilando mis movimientos desde dentro de la tienda, así que no me queda más

remedio que ir hacia la salida del centro.

En cuestión de segundos la lluvia pasa de ser chispas a torrencial, y yo sin un puñetero paraguas. Marquesina para qué te quiero. En momentos así me arrepiento de no hacerle nunca caso a mamá, que razón tiene la pobre mujer cuando me dice «cuando seas mayor comerás huevos». Es una tontería de dicho, y no parece que tenga mucho sentido, pero lo cierto es que es una verdad tan grande como un templo.

Después de un rato de espera acabo calada hasta los huesos. Desde luego s o y tan desgraciada que hasta las

cebollas se apiadarían de mí. Más sola que la una y encima chopada de la cabeza a los pies.

La parada, poco a poco, se va llenando de gente y nadie tiene el detalle de ofrecerme cobijo bajo su paraguas, pero sí en cambio no tienen ningún problema en sacarme un ojo con las varillas puntiagudas. Encima cuando llega el maldito autobús todos deciden agolparse en la puerta como una manada de elefantes y me pisotean sin piedad mis botines nuevos.

Durante todo el trayecto no me queda más remedio que ir de pie, y puedo elegir entre mirar de frente a una señora cargada de bolsas hasta arriba envuelta de un pestuzo insoportable a

sobaco o un niño malcriado que no tiene más capricho que darme codazos en los riñones. Opto por los codazos, pero en el abdomen, aunque me duelen más que un dolor de regla.

Nada más entrar en casa, Marqués, mi gato, sale a recibirme. Lo engancho por la barriga y lo aprieto con fuerza contra mi pecho. Su cálido cuerpo me alivia al instante.

—Vaya cara traes, hija —se preocupa mamá cuando me ve entrar en la salita.

—Mami, estoy malita —me quejo con vocecita débil, acercándome a ella para besarla.

—Huy, cuánto cuento —se burla mientras alarga las manos y apresa a

Marqués, que sigue acomodado entre mis brazos —. Uf, ¡madre mía!, pero si vienes chopada. Anda quítate toda esa ropa y date una ducha ahora mismo. La mamá te preparará un vaso de leche caliente, ¿vale?

Cuánto valen las madres. Siempre están ahí cuando las necesitas. Mamá es la mejor del mundo sin duda alguna.

Me meto en el baño y comienzo a desnudarme. Bajo la ducha se está de vicio. El agua caliente me recorre el cuerpo reconfortándome, y cada vez siento menos frío. Con suerte no me habré resfriado. Mamá llama a la puerta. La entreabre y deja cuidadosamente mi pijama encima de la tapa del váter.

—¡Gracias mami, eres la mejor! —

grito por encima del repicar del agua.

Me seco con cuidado el cuerpo y luego el cabello. No quiero que quede el menor resto de humedad sobre mí.

Cuando salgo del baño me siento como una persona nueva.

—A ver, déjame que te vea —dice mamá extendiendo los brazos hacia mí.

Me acerco a ella, dispuesta a recibir mimitos. Ella enseguida me acoge entre sus brazos y yo me acoplo a su contorno como un guante. Nos quedamos acurrucadas una al lado de la otra en el sofá.

—Mami, he pasado muchísimo frío esperando el bus —lloriqueo.

—¿Creía que habíais ido con Toni y Diego en moto al cine?

—Sí, pero se fueron antes porque querían ver el fútbol.

—¡Qué asco de fútbol! Tu padre igual. Todavía no ha regresado.

—En realidad sólo se fue Diego. Toni se quedó con nosotras... bueno con... Jessica.

— ¿ C o n Jessica? —pregunta sorprendida—. ¿Es que están saliendo?

—Algo así. Hoy era su primera cita —explico en tono quejumbroso.

—Entiendo—. Me abraza más fuerte—. ¿Y tú cómo estás?

Mamá sabe que Toni ha sido mi amor platónico durante los últimos once años.

—Bien.

—¿Bien? ¿Seguro?

Asiento con la cabeza con cara de pena.

—Pues me alegro que te lo hayas tomado tan positivamente, señal de que ya estás madurando.

Sonríó complacida y le revelo—
ya, es que ahora... me gusta otro chico.

—Ah, no sabía nada de eso. ¿Cómo ha sido? No me habías dicho nada. Pero si hasta hace cuatro días te gustaba Toni...

—Ha sido todo muy rápido. Lo he conocido esta semana y me he enamorado perdidamente de él —la interrumpo.

—Perdidamente enamorada —
murmura entre risas—. Eso son palabras mayores a tu edad.

Ya estamos otra vez con que la abuela fuma. Por qué los padres siempre nos ven pequeños.

—Te lo digo de verdad: ha sido un flechazo de película. Nunca me he sentido tan atraída por ningún chico. Ni siquiera por Toni.

—Vaya —sonríe—, pues si te ha dado fuerte, ¿y quién es?

—Es un chico algo mayor que yo.

—¿Algo mayor? ¿Cuántos años tiene? —pregunta con un cierto matiz de preocupación en la voz.

—Sólo veinticinco.

—Veinticinco, entonces tiene... —hace un rápido cálculo mental— ...ocho años más que tú.

Asiento.

—Bueno, no es mucha diferencia: tu padre y yo nos llevamos dieciséis.

—Sí —ríó aliviada—, comparado con vosotros somos casi igual.

¡Sí, señor! Si alguien entiende en este mundo de amores difíciles: esa es mamá.

—¿Y dónde has conocido a esa maravilla de chico?

—Ese es el problema...

—¿Qué pasa? ¿Todavía no lo conoces?

—No, si sí lo conozco, mami.

—¿Entonces? —pregunta, mirándome curiosa.

—Es profesor mío —confieso bajando la voz y los ojos.

—¡Mierda! —se le escapa. Se tapa

la boca con las dos manos y añade—
perdón.

—En realidad es el nuevo profesor
sustituto de literatura —aclaro, pese a
que esto tampoco cambia mucho las
cosas.

Mamá toma aire y lo deja escapar
entre los labios muy despacio. Parece
que la noticia la ha impresionado.

—Hay algo más que no sabes.

No espero a que diga nada.

—Yo también le gusto a él —suelto
a bocajarro.

—¿Qué? ¿Cómo lo sabes? —me
dice casi gritando por la impresión —.
¿Te lo ha dicho él?

—Tranquila —la calmo—. Hay una
explicación.

En este preciso momento decido tergiversar un poco la historia, al fin y al cabo es mi madre. Confío plenamente en ella pero hay ciertas cosas que es mejor obviar, especialmente los detalles guarros. Le cuento que Álex y yo coincidimos en un pub el fin de semana pasado. Nada más vernos bastó un segundo para que nos sintiésemos atraídos el uno por el otro. En cuestión de minutos él vino hasta mí y se me presentó. Nos pasamos toda la tarde charlando, congeniamos muchísimo y decidimos quedar este fin de semana para vernos. Pero el miércoles se produjo el desastre. No podía creer en mi mala suerte cuando lo vi entrar en el aula con el Jaimito. Él también se quedó

de piedra cuando me vio sentada en la última fila. El sábado anterior no habíamos hablado mucho sobre lo que cada uno hacía en su vida. Así que fue toda una sorpresa encontrarnos de aquella forma. Punto y final, con esta historia parece inevitable que Álex y yo nos sintamos atraídos, aun sabiendo que somos profesor y alumna, puesto que el flechazo es anterior a esta nueva relación imposible.

Mamá me escucha pacientemente sin abrir la boca ni una sola vez, aunque sé por su cara que está deseando opinar. Sin embargo, se aguanta hasta que termino de explicarle lo ocurrido y pregunta— ¿has dicho que habéis quedado este fin de semana?

—Sí, mañana por la tarde —miento.

—No deberías ir, Eva —me

aconseja seria.

No me lo puedo creer. Mamá es una mujer moderna del nuevo milenio. Tiene que estar por encima de todas esas cosas.

—Mami, ¿por qué? —pregunto con voz lastimosa.

—Es una pena y en otras circunstancias no te pediría que no lo vieses —empieza a justificarse, pues sabe que me ha defraudado—. Sabes que yo paso de la diferencia de edad.

Asiento. Conozco de sobras los problemas que ella mismo tuvo por este mismo motivo cuando era joven.

—No te lo digo por eso —añade—.

Pero que sea tu profesor cambia mucho las cosas. Podéis tener muchos problemas si seguís adelante con esta historia.

Esperaba que ella me apoyase y me dijese qué podía hacer, pero también era predecible que dijera algo así. Lo nuestro es algo imposible. Si mamá no ve el lado positivo del asunto es que no hay nada qué hacer.

—Tú decides de todas formas —concluye—. Pronto serás mayor de edad y el año que viene irás a la Escuela de Arte Dramático.

—No sé si podré esperar tanto, estoy loca por él. Es una maravilla. Es muy guapo y muy simpático y muy listo... y sexy. Mami, es que lo tiene todo. Es el

hombre perfecto.

—Lo siento Eva pero no creo que sea una buena idea. Sabes que tengo razón.

—Lo sé, pero no sé si seré capaz de luchar contra mis sentimientos —dramatizo.

—¡Venga ya! —se mofa empujándome levemente con el codo—. Pues claro que podrás. Hasta que te entre otro por el ojo, ya verás.

Otra igual, ni que fuera tan fácil encontrar chicos que le gusten a una. Yo he tardado once años de mi vida en superar mi primer amor.

—Hola —saluda mi padre, que acaba de entrar en la salita—. ¿Cómo están mis mujercitas?

—Estoy malita, papi —me quejo encogiéndome todavía más en el sofá.

—¿No me digas ratita? ¿Qué te ha pasado?

—Me he mojado.

Viene hacia nosotras y se sienta en medio de las dos haciéndose hueco en el sofá a culadas.

—Entonces esta noche no saldrás...

—dice no muy convencido.

—No, ya te he dicho que estoy malita.

—Vaya, pues es más grave de lo que pensaba. ¿Has llamado al hospital, Rosa? —pregunta fingiendo voz de preocupación.

—Todavía no, doctor —responde mamá siguiéndole rápidamente el juego.

Se nota que es una lección que tienen bien aprendida. Supongo que es lo que tienen muchos años de convivencia. ¡Madre mía, no! No quiero pensar en qué momento del día practican este jueguito.

—Pues hazlo rápidamente, esta jovencita necesita urgentemente una inyección—dice mi padre y empieza a hacerme cosquillas debajo de los sobacos.

Comienzo a revolverme. Las cosquillas son algo que nunca he podido soportar.

—Déjalo papá, me duele la cabeza—protesto.

—Vale, está bien—. Me besa en la frente—. Oye, pues parece que sí tienes

algo de fiebre. Rosa mira a ver si la niña está caliente.

Hay cosas que no cambian en la vida. Por mucho que una crezca, para los padres una sigue siendo siempre una niña. Pero en momentos así merece la pena que te traten como tal.

—¿No ha venido Pablo? —pregunta mi padre.

—No, ha llamado antes para decir que se quedaba a cenar en Valencia.

—Bien, entonces ¿cenamos nosotros?

A lo lejos un chimpancé empieza a partirse el culo. Es mi móvil sonando desde mi habitación. No me apetece nada levantarme del sofá pero seguro que es Jessica, que llama para ponerme

al corriente de las últimas novedades.

—¿Sí? —digo mientras me lanzo en plancha encima de la cama.

—¿Qué haces? —me llega la voz de Jessica desde el otro lado de la línea.

—Haciendo *tumbing* en el sofá. Creo que me he resfriado. Tengo algo de fiebre.

—Vaya, significa eso... ¿qué no vas a salir esta noche?

—Pues me temo que no. Y tú, ¿qué harás?

—Pues si tú no sales, a mí tampoco me apetece mucho. Además, hace un tiempo de perros.

Miro por la ventana, todavía llueve. Los cristales se han empezado a empañar por las esquinas a causa del

hielo que está cayendo en la calle, y parecen una especie de tarjeta de Navidad.

—¿No quedas con Toni? —pregunto.

—No, se van a Valencia esta noche.

—Y tú, ¿por qué no vas?

—No me apetece, lo haría si tú salieses.

Qué raro es todo esto.

—¿Qué tal con Toni esta tarde?

—Bien —responde sin demasiado entusiasmo.

—Bien, ¿sólo bien?

—Sólo bien.

—Me sorprende Jessica. Esperaba oír un: muy bien. Os he visto muy acaramelados en el cine.

—Ya.

—¿Qué pasa? —me mosqueo.

Su comportamiento es un poco extraño. Normalmente tras una cita, sea buena o mala, no para de hablar hasta que me cuenta con pelos y señales todo lo que ha pasado, hasta lo que no quiero saber. Y esta noche tengo que sonsacarle las cosas con cucharilla. Algo pasa.

—Si te lo digo, ¿no te enfadas?

¡Ya estamos!

—No —respondo con cautela.

—¿Seguro?

—Seguro... ¿qué pasa tía? Dímelo de una puñetera vez.

—Ves, ya te has enfadado.

—No, no me enfado. Lo que quiero es que me digas ya de una maldita vez lo

qué te pasa —alzo un poco el volumen.

—No me grites —dice con voz llorosa.

Está acabando con mi paciencia y con su saldo.

—¿Me lo dices o qué?

—No me gusta —baja el tono de voz hasta un límite casi inaudible.

—¿Quién?

—Pues Toni, ¿quién va a ser?

—Me cago en tu... —Me muerdo la lengua en el último momento porque su madre no tiene ninguna culpa—. ¿Cómo que no te gusta?

—Cuando te has ido y nos hemos quedado solos, se ha empezado a comportar un poco raro...

—Raro, ¿cómo? —la interrumpo.

—No sé.

—¿Cómo que no sé? ¿Qué ha hecho? ¿Subirse a un árbol e imitar a un chimpancé? ¿Sacarse los mocos y sorberlos con una pajita? ¿Bajarse los pantalones y bailar una Jota? ¿Qué...?

—Peor.

—¿Entonces?

—Pues en el cine muy bien, bueno ya lo has visto. Me hacía mucho caso y eso. Pero tía ha sido irte tú y ha sufrido un cambio completo. Se ha puesto serio, no ha querido ni siquiera merendar en el McDonald's, y además el muy cabrito tampoco me ha invitado. Luego ha empezado a decir que hacía mal tiempo e iba a llover y se ha empeñado en que nos largásemos ya, así que no me ha

dejado ni comerme la hamburguesa tranquila...

—Ya —la animo a continuar.

—Me la he tenido que comer pasada por agua camino a casa. Encima, se ha puesto a llover a cántaros. Yo tenía mucho frío, pero ni siquiera ha sido capaz de llevarme a mi casa. El muy imbécil va y me dice que tenía prisa, que se iba a perder la segunda parte del partido y que mejor me dejaba en la plaza, y ya sabes cómo se pone la plaza de agua, me he mojado las botas hasta arriba—. Jessica comienza a llorar. ¡Ha sido un desastre! —concluye la explicación con un sollozo desgarrado.

—No llores Jessica, no merece la

pena —trato de consolarla.

—Sí, ya lo sé—. La oigo sonarse la nariz—. Ni siquiera me ha dado un beso de despedida... Me dice: adiós, ya nos veremos. ¡Será imbécil!

No sé qué pensar, me limito a decir— ya.

—¿Qué significa eso Eva? —sigue llorando—. No me ha preguntado si nos veíamos esta noche, ni mañana... ni nada.

—No lo sé, Jessica, no sé qué decirte—. La verdad es que no entiendo nada. Estaba convencida de que le gustabas mucho, me lo dijo él. Me pidió que le arreglara una cita contigo. No sé qué narices ha podido pasar para que se comporte así. Espero que no haya sido

por mi culpa.

—Yo sí lo sé —dice seria, se ha calmado un poco y ahora sólo moquea.

—¿Qué?

—Me ha utilizado... —estalla de nuevo en un sollozo—...a mí, me ha utilizado el muy imbécil. ¡Lo odio a muerte!

—¡Venga ya! Debe haber una explicación para todo esto.

—Sí, ya te la he dicho. Me ha utilizado.

Mamá me llama desde la salita. Me sabe fatal dejar a Jessica sola en este estado tan crítico, pero mi padre es muy estricto con los horarios de las comidas. Si no voy dentro en menos de un minuto vendrá aquí y me arrastrará por las

orejas por todo el pasillo.

—Jessica lo siento, tengo que dejarte. Mi madre me llama para cenar. Hablamos mañana, ¿vale? Yo también tengo muchas cosas que contarte.

—Vale. Chao, qué te mejores.

—Eso espero, me encuentro fatal—. La verdad es que me está empezando a doler terrores la cabeza—. ¡Jessica! —la llamo antes de colgar—, pasa de él, es un cerdo.

—No te preocupes por mí. Estoy bien. Un beso. Hasta mañana.

Lechuguino enamorado

Por la noche lo paso fatal, la fiebre me sube por lo menos a cuarenta y sudo tanto que sería capaz de acabar yo sola con la sequía de media África. Tras dar mil y una vueltas en la cama consigo dormirme. Tengo un sueño muy raro sobre monos gigantes con cabeza de rana que me persiguen para robarme los ojos e implantárselos a unas plantas carnívoras que quieren dominar la tierra. Cuando me despierto me encuentro mejor y respiro de alivio tras comprobar que mis ojos siguen en su sitio, aunque las secuelas de la noche de insomnio son evidentes, y las ojeras me llegan al suelo.

—Buenos días, dormilona —saluda mamá, subiendo la persiana para que entre la luz del día en la habitación.

Parpadeo varias veces, tratando de focalizar mis pupilas que siguen medio durmiendo. Observo a través del cristal que todavía sigue lloviendo. Ha estado sin parar toda la noche.

—Toma, bébete el zumo. Si esta tarde te sube otra vez la fiebre iremos a urgencias a que te vean.

—Me encuentro mejor, mami —la tranquilizo incorporándome en la cama. Pero mi cabeza se quiebra al tomar altura y decido volver a apoyarla pesadamente sobre la almohada.

Marqués sale de un brinco de debajo de la manta y escapa corriendo

por el pasillo.

—Sí, ¿a ver... —dice, poniéndome la mano sobre la frente—. Parece que ya no tienes fiebre.

—Qué noche más mala. He tenido una pesadilla horrible —me quejo.

Mira el reloj y pregunta —¿tienes hambre?

—No mucho, ¿por...?

—Es casi la hora de comer.

—¿Tan tarde?

—Hola cuentista, ¿cómo estás? —nos interrumpe Pablo que acaba de entrar en la habitación en pijama y con el pelo revuelto, ¿por qué están los chicos tan guapos acabados de levantar y yo sin embargo tengo pinta de zombi? —. ¿Cómo te encuentras?

—Mejor, pero esta noche he sudado como una cerda.

—Eso es lo que eres, ¿no? —se burla riendo.

Le lanzo un cojín con todas las fuerzas de que soy capaz esta mañana, pero no le doy. Es muy rápido esquivando el proyectil. Se aparta y el cojín pasa de largo acertando de lleno en el panderero de mamá que en ese momento está saliendo de la habitación. Mamá se agacha ágilmente, recoge el cojín del suelo y me lo arroja. Lo cojo en el aire y lo aprieto contra mi cuerpo como si se tratara de un peluche. ¡Madre mía, cómo me duele la cabeza!

—A las dos y media comemos — me avisa antes de abandonar la

habitación.

—Pablo, ¿qué hora es?

Se ha sentado a los pies de mi cama y me observa con detenimiento.

—Las dos. Llevas durmiendo algo así como dieciséis horas seguidas. Un poco más y bates el guinness de marmotas

Se ríe.

—¿Qué tal anoche? —pregunto.

—Bien, estuve en el Carmen con unos colegas...

Me mira serio y se queda callado.

—¿Y?

—Nada, lo de siempre.

Todos los domingos Pablo me cuenta un montón de batallitas de sus salidas nocturnas. Normalmente le pasan

cosas muy divertidas, conoce a mucha gente y va a sitios nuevos. A mí me encanta que lo haga porque de esa forma yo estoy siempre al loro de lo que se cuece en la noche valenciana. Pero esta mañana parece que no tiene ganas de hablar. Permanece callado observándome con el ceño fruncido.

—Me estás asustando, ¿por qué estás tan serio?

—Por nada.

—Algo pasará, ¿no?

—Bueno sí, estaba pensando que ya no eres mi hermana pequeña.

—¿Cómo que no? ¿Entonces qué soy? ¿Un forúnculo en tu culo?

Me río y al hacerlo una punzada de dolor atraviesa como un rayo mi sien.

—Mierda —farfallo, volviendo a apoyar la cabeza en la almohada.

—No —contesta riendo—. Quiero decir que ya no eres... tan pequeña.

—¿Y?

—Nada. Es que el viernes algunos colegas me dijeron que estabas muy buena y eso. Y yo la verdad nunca te había visto de esa forma.

—¿De qué forma? —pregunto curiosa porque me encanta que me regalen los oídos.

—Pues como una tía potencialmente... follable.

¡Hala! ¡Viva la finura!

—¿Qué?

—Ya me entiendes Eva. Eres mi hermana pequeña y nunca me había

fijado en ti de esa forma... como mujer, ya me entiendes.

—Bueno en mí no, pero sí en mis amigas ¿eh? —le guiño el ojo con complicidad. A mis amigas les has hecho varios escaneos sin problema de edades.

—Bueno sí, pero es que algunas de tus amigas están riquísimas. Especialmente Jessica. Tiene un polvo impresionante.

—¡Eh, no te pases un pelo! —le advierto levantando un dedo.

—Es verdad. No sé lo qué pasa con las tías de tu generación, pero es que os crecen las tetas antes que los dientes — comenta divertido.

—Sí, a todas menos a mí —

murmuro y miro allí donde se supone que están mis pechos. Están ahí, lo sé, aunque sólo sean visibles usando una lupa de gran aumento.

—Bueno, a decir verdad... tú estás un poco plana, pero hay tíos a los que les molan pequeñas. La teta que en la mano quepa —recita divertido.

—Gracias por animarme. Eres único en eso.

—Bueno, tú tampoco estás nada mal. A ver... quiero decir que eres guapa y estás bien...

—La estás cagando guapito.

—No, te lo digo en serio. El viernes me quedé flipado porque... joder, hay que ver lo bien que te estás poniendo. Algunos de mis amigos

alucinaron contigo... Mira por ejemplo, mi colega Javi me dijo cuando te vio: ¿nano, esa es tu hermana? Está buenísima. Y luego su amigo Álex lo mismo. Y luego todos esos tíos que no paraban de tirarte los trastos. No te creas que no me di cuenta...

—¿Eh, espera, espera! ¿Álex? ¿Álex, mi profe? —lo interrumpo sorprendida—. ¿Mi profesor te dijo que estaba buena? ¿A ti?

—Sí, joder, encima es que es tu profesor. ¿Es que ya no hay moralidad? —se queja en tono ofendido—. Eva, y yo soy tu hermano mayor, tengo que defenderte de tíos chungos. Me entiendes, ¿no?

—¿Es Álex un tío chungo? —

pregunto con cautela.

—¡Qué va! Álex es un tío cojonudo.

¡Uf! Menos mal que no es un psicópata

—Te lo agradezco, *tete*, pero no tienes que defenderme de nadie, sé cuidarme bien yo solita.

—Ya, el caso es que hay algo más...

—¿Qué pasa?

—Anoche me encontré con ellos otra vez... con Javi y Álex. Y todavía sigo un poco mosqueado...

—¿Por qué? —pregunto ansiosa.

—Pues porque Álex, *tu profe*, se pasó todo el tiempo hablando de ti.

¡Madre mía! Qué alegría más grande me acaba dar, pero contengo mis

ganas de sonreír y saltar como un canguro encima de la cama. No quiero que Pablo se dé cuenta de nada, y además no podría hacerlo sin riesgo de quedarme medio muerta por el esfuerzo.

—Ah, sí, ¿y qué te dijo? —pregunto intentado adoptar un tono de indiferencia, que estoy a varios kilómetros de sentir. Todo lo que tiene que ver con Álex me interesa y mucho. Muchísimo.

—Era tarde ya, e iba un poco ciego, pero no va y viene el colega y me dice que está loco por ti.

¡Qué! ¿Qué?

—¿Qué? —exclamo.

—Sí, eso mismo dije yo.

Lo miro expectante

—¿Y qué más te dijo?

—Que había sido un flechazo, que lo sentía mucho, y que no lo podía evitar —dice componiendo una cara de pasmo que deforma su bonita cara.

—¿Y tú qué le dijiste?

—Pues que se estaba pasando tres pueblos, que estaba hablando de mi hermana pequeña y que se callase si no quería liarla.

—¡Idiota! —grita mi subconsciente.

—¿Me has dicho idiota? —pregunta extrañado.

—No... —farfullo, aunque no estoy del todo segura. Últimamente digo más cosas en voz alta de las que me gustaría.

—Sí, lo has hecho —insiste asintiendo con la cabeza y mirándome

divertido.

—Qué no, te digo.

¡Madre mía! Tengo que empezar a controlar estos lapsus. Cada vez es peor. No puedo seguir pensando en voz alta. Va a ser mi perdición.

—Vaaale —cede—. Entonces me pidió perdón otra vez... por haberse enamorado de ti, y me pidió permiso para salir contigo.

—¿Enamorado? ¿Te dijo que estaba enamorado de mí? ¿Con esas palabras? —exclamo asombrada.

—Sí, ¿no crees que es muy fuerte que un tío vaya diciendo ese tipo de cursiladas por ahí? Será lechuguino —se burla.

—¿Y tú qué... qué le dijiste?

—Pues que la esclavitud se abolió en el siglo XIX y que lo del derecho de pernada ya no se llevaba.

—¿En serio?

—¡Qué no, tonta!—. Se ríe—. Le dije que yo no era quien tenía que darle permiso, que el permiso te lo debía pedir a ti —explica enarcando las cejas—. Entonces el tío me abrazó. Ya te digo que iba un poco ciego. Me dio las gracias y me pidió tu móvil.

—¿Se lo diste?

—No, claro que no.

—¿Por qué?

—Pues porque no sabía si tú querías que se lo diera.

—Ah, claro. Muy bien hecho.

—De todas formas es tu profesor —

se mofa—. Lo verás mañana en el instituto. Si quiere saber tu teléfono pues que te lo pregunte en un examen—. Suelta una fuerte carcajada.

—¡Qué gracioso eres! —digo mientras le golpeo con el cojín en la cara.

Para de reír en el acto.

—Y bueno... dime —se pone rígido y adopta una postura más seria—. ¿Hay algo que tú quieras contarme?

¡Vaya! Me gustaría contarle que lo de Álex es recíproco, y que yo estoy enamorada hasta las uñas de los pies, pero es demasiado pronto para decírselo. Todavía no.

—No, nada.

—Entonces ¿a ti no te gusta?

Me reservo unos segundos antes de contestar porque no quiero mentirle, no me gusta tener que hacerlo, pero me interrumpe antes de que pueda decir nada.

—Mejor, ¿sabes? No te conviene un tío tan mayor, búscate mejor uno de tu edad.

—Bueno, tampoco es tan mayor. Sólo tiene un par de años más que tú —replico.

—Por eso mismo te lo digo. Los tíos, bueno... —carraspea para aclararse la garganta y adoptar un matiz vanidoso —...hombres de mi edad esperamos algo más que unos besitos de las chicas.

¡Pero bueno, en qué mundo vive! La capacidad de pensar únicamente con el

pene no es un privilegio que se adquiriera a partir de los veinte años. Conozco un montón de tíos de mi edad que parece que en lugar de cerebro tengan el miembro viril comprimido dentro del cráneo.

—En realidad estás muy equivocado —digo con suficiencia— Todos los tíos a partir de los catorce esperan algo más que unos besitos. En eso no sois tan diferentes los hombres, como tú dices, de los jovencitos de mi edad.

Por la tarde mi salud empeora, a partir de las siete la fiebre me vuelve a subir y mamá decide llevarme a

urgencias.

El médico, un tío bastante enrollado, pero con una halitosis capaz de tumbar a un elefante de un soplido, me diagnostica, tras examinar durante cinco minutos de reloj mi enrojecida y áspera garganta, una faringitis estreptocócica, que suena de narices pero que no es nada guay. Según dice tengo unas placas de pus tan grandes que pueden servir de pista de aterrizaje a un Boeing 747. Me receta un montón de basura y me manda reposo una semana entera.

—¿Por qué? ¿Por qué? ¿Qué he hecho yo para merecer esto? —me lamento en la consulta.

A lo mejor es una señal divina. A lo

mejor Dios trata de decirme que lo mío con Álex no es una buena idea. A lo mejor Dios sabe que pienso ir a saco con él y me está advirtiéndome de antemano.

¿Pero qué dices Eva? ¿Estás loca o qué?

Pero lo que más me fastidia de todo este asunto de estar enferma es que esta semana se van a tomar decisiones importantes en el grupo de teatro, y yo, ¡mierda!, me lo voy a perder todo. A lo mejor Álex le da el papel de Sandy a otra y yo no voy a estar ahí para quejarme. ¡Madre mía, estoy desesperada! No sé qué haré si no me da el papel. Lo necesito. Es mi oportunidad de demostrar a todos que valgo para ser

actriz. Y sobre todo, es mi oportunidad de demostrarme a mí misma que puedo ser actriz.

Llaman al móvil. Es Jessica. Pobre Jessica, lo debe estar pasando fatal por lo de Toni. Menudo cretino.

—Hola Jessica —saludo.

—¿Qué tal? ¿Te encuentras mejor?

—No, estoy fatal. Acabo de volver del médico, y me ha recetado un montón de medicinas y encima no voy a poder ir a clase en toda la semana.

—¿Y qué tiene eso de malo? —pregunta inocentemente.

—Pues que no voy a ver a Álex y necesito verlo. Han pasado muchas cosas que tú no sabes.

Le cuento todo lo que pasó en la

tienda de ropa, bueno, todo excepto el incidente del bolso con el de seguridad.

—De verdad Jessica, cuando noté su aliento en la nuca, se me pusieron de punta hasta los pelos del chocho. ¡Madre mía, casi me da un síncope! Y luego su aliento acariciando mi oído, ¡uf! Sentí un escalofrío que me arrasó de los pies a la cabeza. Ese hombre es el dios del sexo.

—Pues claro que sí, qué te dije yo. Fuera niños y hola hombres —exclama animada. Se calla durante unos segundos y luego añade en tono triste— ya ves lo que me ha pasado a mí con el imbécil de Toni.

—Vaya, ¿sigues sin noticias?

—Ni rastro, chica —refunfuña.

—Idiota.

—Imbécil.

—Mamón.

—Eso ya le gustaría a él —replica

Jessica y suelta una fuerte carcajada, como si le fuera la vida en ello.

—Tengo más cosas que contarte —anuncio.

—¿Aún hay más? —pregunta sorprendida—. Joder, sí que da de sí una tarde en el centro comercial.

—No, esto ha pasado esta mañana.

Entonces le cuento la conversación mantenida con mi hermano sobre su encuentro con Álex.

—¡Qué fuerte! —exclama—. ¡Ese jodido idiota se ha colado completamente por ti!

Advierto cierta nota de envidia en

SU VOZ.

—¡Oye! No hables así de mi futuro marido —replico simulando estar enormemente ofendida—. Álex no es ningún jodido idiota.

—No, ¿y qué es?

—Es... sólo es un idiota enamorado —contesto riendo y agrego— y yo... yo soy una idiota muy enamorada.

—Estáis locos, los dos, ¿lo sabías?

—Sí, pero loca de amor. Jessica, lo que siento por Álex es muy fuerte. Nunca había sentido nada así, cada vez que lo veo me pongo a cien...

—Eso es porque eres una jodida ninfómana —me interrumpe.

Me parece que la única que está aquí *jodida* de verdad es ella. Le han

salido mal las cosas con Toni y ahora quiere joderme a mí. ¡Pues no se va a salir con la suya!

—Y si lo soy, ¿qué pasa? —digo—. ¿Qué hay de malo en que una chica joven y sana disfrute de su cuerpo? Es tu lema, ¿no?

—Pues claro que sí —responde—. Me alegro por ti un montonazo, Eva, de verdad que sí, lo que pasa es que estoy un poco mal por lo de ayer —admite.

—Lo sé y lo siento. Ah, tengo algo que contarte que te gustará.

—Dímelo, por favor, necesito algo que me anime.

—No sé si te lo mereces, has sido un poco bruja conmigo.

—Por favor —suplica.

—Vale, te lo digo: ¿a qué no sabes quién me ha dicho que tienes un buen polvo?

—¿Quién?

—Mi hermano Pablo.

—¿En serio? ¿Pablo ha dicho eso de mí? ¡Madre mía! ¿Ha dicho algo más?

—No, sólo eso, de momento. Lo siento.

—Da igual. Aún así me has alegrado el día. Gracias Eva. Te quiero.

—Y yo a ti. Bueno, mañana no iré a clase, así que tienes que ser mis ojos y oídos. Mantenme informada de todo lo que pase.

—Desde luego. Lo haré. Te llamaré por la tarde.

—Un beso.

—Chao. Que te mejores.

—¡Jessica!

—¿Qué?

—Y a Toni que le den.

—Eso que le den por culo un ejército enterito de mutantes de esos de la peli de ayer —dice animada y luego cuelga.

Empiezo a reírme porque los mutantes caníbales son las criaturas más asquerosas que he visto en toda mi vida y no puedo imaginarme nada peor que estar con uno de ellos, y mucho menos tener algo suyo dentro de mi propio cuerpo. Muerte por asco, ¡puaj!

Hopelessly devoted to you

Me paso el año suspirando por que lleguen las vacaciones y ahora que la vida me ha concedido una semana extra, no las quiero. Y no es que yo sea una desagradecida y nada de eso, pero ¡joder!, es que ha pasado justo en el momento más inoportuno. ¿Por qué la vida es tan injusta? Llevo cinco días metida en casa sin salir. Me falta poco para subirme por las paredes como la niña de *El exorcista*. Por cierto, cada vez nuestro parecido es más notable gracias a los nada estéticos enredos de mi larga melena. ¡Por Dios!, si sólo me falta vomitar mocos verdes para ser clavada a Megan.

El tiempo parece que se ha puesto de acuerdo conmigo y me ha acompañado durante estos días de convalecencia. Ha sido horrible, como mi estado de ánimo, sin dejar de llover como una gran nariz moqueante sobre el pavimento.

Desde mi ventana veo la calle gris y mojada. La gente anda deprisa sin detenerse ni siquiera a mirar los escaparates de las tiendas. El frío es asesino y nadie quiere morir de hipotermia, por eso corren de un lado a otro sin pararse ni un segundo a estornudar. Tal es mi aburrimiento que imagino que son personajes de cómic, y las nubecillas de vapor blanco que escapan de sus bocas los bocadillos de

las conversaciones absurdas que invento para ellos.

Miro con nostalgia a una pareja que pasea tranquilamente, ausentes al frío y al resto del mundo. De repente se detienen y se besan. Es un beso íntimo, de esos que no se dan en la calle por respeto, pero ellos lo hacen público con toda naturalidad. El mundo se detiene y comienza a girar en sentido inverso a su alrededor. Dejan de besarse y reanudan la marcha.

¡Me abuuuuurro!

Cojo con desgana de nuevo el libro que he dejado abierto sobre mi pecho e intento leer un poco, me encanta, pero no puedo concentrarme en la lectura. Miro de nuevo por la ventana. Me da igual el

frío que haga ahí fuera, daría un riñón por poder pisar la calle en este mismo momento.

Odio estar enferma. Me estoy perdiendo los preparativos iniciales de la obra y yo deseo con toda mi alma participar en esa obra, y más ahora que sé que me han dado el papel de Sandy. Jessica llamó el martes para decírmelo. Según me dijo varias chicas se quejaron a Álex, alegando que mi interpretación había sido espantosa. Y se rumoreaba que había habido enchufe. Aunque, por supuesto, se trata de un rumor totalmente infundado, fruto de la envidia y nada más.

A Jessica le ha dado el papel de Marty Parrussino. Está contenta con la

decisión, pues este personaje le permitirá exhibirse de lo lindo sin tener que aprender muchas líneas de guión.

Me sorprende sobre todo el candidato seleccionado por Álex para hacer de Danny Succo. Nunca me lo hubiera imaginado. En mi opinión carece de cualidades interpretativas. Y no hablemos de su pericia como bailarín. Álex no lo ha visto bailar, pero yo sí y debe ser una de las personas más arrítmicas sobre la faz de la tierra. Además se supone que Danny es un tipo atractivo y este chico la verdad es que no tiene ni tipo, o sí lo tiene, pero un poco raro. En fin, que no entiendo y mucho menos comparto la decisión de Álex de seleccionar a Diego para hacer

de Danny.

Bien pensado es todo un reto. Nadie dijo que la profesión de actriz fuera algo sencillo. Cuando sea actriz continuamente tendré que trabajar con gente que no me guste, e incluso hacer escenas realmente íntimas con algunos de ellos. Es buen momento para empezar. Diego no es santo de mi devoción y si realmente soy una buena actriz debo transmitir al público que estoy enamorada de él. Mis verdaderos sentimientos no deben verse reflejados en mi actuación. En fin, son los gajes del oficio y si *Pe*[\[10\]](#) puede yo también. Tengo que empezar a acostumbrarme a este tipo de contrariedades si quiero ser actriz.

A Toni le ha dado el papel de Kenickie y por lo visto se lo ha tomado un poco mal. *Bueno*, bastante mal. Se ha enfadado y ha dejado el grupo de teatro. ¡Idiota!

Jessica sigue sin saber que ha ocurrido entre ellos para que de repente Toni le dé la espalda. «Me ignora por completo» me dijo Jessica desconsolada el otro día. Y tengo que reconocer que estoy muy sorprendida por el comportamiento de Toni. Me desconcierta. Sinceramente, no me lo esperaba de él. Y en el fondo, me alegro de no ser yo el objeto de su indiferencia.

—Hola hija, ¿cómo te encuentras esta mañana? —pregunta mamá que acaba de entrar en mi habitación.

—Mucho mejor, mami, ya casi no me duele la garganta. ¿Me has traído el antibiótico?

—Sí, aquí está —me ofrece un vaso lleno hasta la mitad de agua y algo más.

Se queda de pie mirándome mientras me lo tomo.

—¿No has tenido fiebre esta noche, verdad?

—No, ni ayer tampoco. A lo mejor esta tarde ya estoy bien y puedo ir al ensayo —digo esperanzada.

Se ríe.

—Pero ¿qué dices, hija? ¿Qué prisas son esas?

—Ningunas —me encojo de hombros—, pero es que me aburro mucho en casa.

—Pues no creo que sea buena idea salir todavía. Fuera hace muchísimo frío. No sabes la suerte que tienes de no tener que pisar la calle.

—Es que me estoy perdiendo los preparativos iniciales de la obra de teatro... —me quejo con voz lastimosa, para infundir mucha compasión—. Y esta tarde hay ensayo.

—Ah, entiendo cariño. Ya sé que te hace mucha ilusión esa obra, pero total la semana que viene te incorporarás de nuevo. Además tampoco podrán hacer mucho sin la protagonista principal —comenta orgullosa.

Mamá está muy contenta por mí. Se llevó una alegría tremenda cuando le conté que me habían elegido para hacer

de Sandy.

—Por cierto, ha venido Jessica esta mañana muy temprano. No he querido despertarte.

—¿Qué quería? —pregunto sorprendida.

—El DVD de *Grease* para el guión.

—¡Ah, claro! Esta semana están preparando el guión de la obra. Álex le ha pedido a Jessica que lo lleve esta tarde para visionar la película.

Cómo me gustaría poder ir y sentarme en la oscuridad de la sala de audiovisuales al lado de Álex. ¿Se habrá acordado de mí esta semana? Jessica no me ha contado mucho, dice que no hay nada que contar: las clases y ensayos discurren con toda normalidad. Hasta

ahora he tenido la esperanza de que él mismo viniese a recoger la peli, pero la verdad es que casi ni ha preguntado por mí. Sólo lo justo y necesario. Una vez el lunes en clase al ver que no estaba y otra el martes durante el ensayo cuando se repartieron los personajes.

—Eva...

Oigo a mi madre llamarme. Noto que me sacude el brazo suavemente.

—¡Hija, qué te duermes!

Si de normal tengo tendencia a soñar despierta, con los medicamentos me duermo hasta con los ojos abiertos.

—Ha dicho que te llamará luego —
agrega.

Por lo visto, ha estado hablando todo el tiempo y yo no me he enterado

de nada. Trato de disimular, haciendo ver que la he estado escuchando.

—Vale bien.

—Es muy simpático.

—Sí, ya la conoces, siempre de broma —digo, pues supongo que sigue hablando de Jessica.

—¿Qué dices, hija?, el antibiótico te deja atontada —comenta divertida.

—Y qué lo digas. Me paso el día medio grogui, ahora ya sé cómo se sienten los yonquis.

Se ríe.

—Falta poco para las doce y media. ¿Quieres que te encienda la tele?

—Las doce y media. ¡Madre mía, qué tarde es! Me paso el día durmiendo —comento contrariada.

Esta semana está resultando ser la más inútil de toda mi vida. La he pasado prácticamente durmiendo. Es increíble que por mucho que duerma siempre tenga sueño. Más o menos este es el plan: me despierto a las once o doce, leo un rato o veo la tele, como, y vuelvo a dormir hasta las seis. Me despierto de la siesta, leo un rato más, viene Jessica de visita o me llama por teléfono, ceno y otra vez a dormir. Un total de quince horas durmiendo.

¡Que lastima de tiempo desperdiciado!

—Voy a leer un rato hasta la hora de comer.

—Bien. Te aviso.

Se marcha y de nuevo me quedo

sola. Cojo el libro de la mesita y empiezo a leer. Estoy muy enganchada. No puedo esperar ni un segundo más para saber si al fin se conocen Marc y Amelia.

Oigo sonar mi móvil en la salita. Luego la voz de mamá por el pasillo, viene hablando amigablemente con quien sea que está al otro lado de la línea.

—Es Jessica —dice tendiéndome el móvil.

—Hola Jessica —saludo felizmente al auricular y digo adiós a mamá con la mano, indicándole sutilmente que salga rapidito de la habitación.

—Hola Eva —saluda Jessica desde el otro lado. Parece que está muy lejos.

—¿Qué tal la mañana?

—I...en...te...o...e...co...ar...u...sa —

responde en mitad de una nube de interferencias.

—¿Jessica? No te oigo. ¿Dónde estás?

—Ca...m...n...e...a...s...

—Te oigo fatal. Te llamo luego.

— ¡ E . . . p e r a ! —grita—.

¿Te...a...a...ma...do?

—¿Qué?

No entiendo nada de lo que me dice.

—¿Qu...i.....a.....do?

—¡No te oigo! —grito—. Luego hablamos o mándame un *WhatsApp*.

—A...e...

—¿Qué?

Se corta la comunicación. Pruebo a llamarla.

Escucho decir a la teleoperadora que el móvil se encuentra fuera de cobertura. ¡Mierda!

—¡Me cago en tu madre! —me cabreo con el móvil y lo lanzo contra la pared.

Al rato vuelve a sonar.

Empiezo a buscarlo entre las mantas y las sábanas. ¡Mierda no está aquí! Debe haberse caído debajo de la cama. Me asomo por la rendija que queda entre la cama y la pared. Está en la otra punta, junto a Marqués. ¿Cómo cojones ha ido a parar ahí? Seguro que el gato cabrito lo ha empujado con sus patitas peluditas. Introduzco a duras penas el

brazo por el hueco. ¡Joder, no llego! Pruebo por el otro lado de la cama. Asomándome boca abajo. Estiro el brazo. ¡Casi! Estiro los dedos al máximo. ¡Mierda! Sigo sin llegar. El gato sigue inmóvil observando sin pestañear todos mis movimientos. El maldito móvil mientras tanto no deja de reírse de mí. ¡Tengo que quitar el tono del jodido chimpancé!

Deja de sonar. Jessica se ha cansado de esperar.

Salgo de la cama y me meto a rastras debajo de ella. Qué frío está el suelo por cierto. Por fin lo agarro. ¡Ya eres mío! Veo la llamada perdida en la pantalla, pulso para visualizar el remitente. Aparece un número de móvil

desconocido. No es el de Jessica. Tampoco lo tengo en mi agenda. Pienso que quizás mi amiga ha cogido el teléfono de otra persona para llamarme. Le doy a «llamar».

Se escucha un par de tonos y entonces una voz masculina me responde — ¿sí?

—Perdona, pero acabo de recibir una llamada desde este número —digo extrañada.

Al otro lado silencio.

—Perdona, ¿me has llamado tú? —insisto.

—Sí, he sido yo.

Otra pausa.

—¿Quién eres?

—Álex.

¡Mierda! ¿Cómo tiene mi móvil?
¿Qué hago? ¿Me hago la interesante y
digo que no sé qué Álex es? ¿O...?

—Ah, hola, Álex—. Sonrío.
Alguien me dijo que la sonrisa
telefónica existe y es perfectamente
perceptible a través de las ondas—.
¿Cómo has conseguido mi número?

—Me lo ha dado Jessica, espero
que no te importe que se lo haya pedido.

—No, qué va—. Sigo sonriendo.

—Le he dicho que lo necesitaba
para consultarte algo sobre la obra.

—¿Y es por eso que me llamas? —
pregunto curiosa.

—En realidad no. Llamaba para
saber cómo estabas. Como no te he visto
en toda la semana estaba preocupado

por ti.

¡Bien! Estaba preocupado por mí, eso significa que le intereso.

—Estoy mucho mejor, gracias.

—Me alegro —dice y se calla durante una fracción de segundo—. ¿Cuándo estarás recuperada?

—Supongo que esta semana la pasaré completamente en casa. Mi madre no me deja... bueno no quiere que salga hasta que esté bien del todo. Para que no recaiga y eso, ya sabes.

—Entiendo. Cuídate mucho, sé buena y tómate todos los medicamentos. Nos vemos el lunes.

—Álex —lo llamo para que no corte aún.

—¿Sí? —dice dulcemente.

—Gracias, por darme el papel de Sandy.

—De nada. Te lo merecías.

—He oído que algunas se han quejado.

—Pues sí, había personas que no estaban del todo de acuerdo, son cosas que siempre pasan. Nunca llueve a gusto de todos. No te preocupes está todo solucionado —me tranquiliza.

—Gracias, de todas formas.

—De nada. Adiós Eva.

—Chao Álex.

Aún no he dejado el móvil sobre la mesita, cuando vuelve a sonar. Esta vez sí es Jessica, desde el fijo de su casa.

—Hola Jessica.

—¿Qué tal?

—Mucho mejor, gracias —
respondo—. ¿Vendrás luego a verme?

—Tal vez pueda pasarme antes del
ensayo. Por cierto te llamaba para
decirte que Álex te va a llamar.

—Lo sé.

—¿Ya lo ha hecho, verdad? Me lo
temía. He intentado avisarte antes pero
se ha cortado.

—Ahora mismo acabo de colgar.
Me ha dicho que te había pedido el
teléfono.

—Se lo he dado. He supuesto que
no te importaría.

—No te preocupes, no me importa.
En realidad me ha encantado que me
llamara. Empezaba a pensar que pasaba
de mí, y que lo del fin de semana había

sido un sueño.

—¿Qué quería?

—Nada, sólo saber cómo estaba.

—¿Desde cuándo los profesores llaman a sus alumnos para interesarse por su salud? —pregunta con tono irónico—. Le sigues gustando.

—¿Tú crees?

—¿Qué más pruebas necesitas?

—Qué me lo diga.

—Ya lo ha hecho.

—Pues que me lo diga otra vez —replico.

—Está esperando que tú des el paso ahora.

—¿Tú crees?

—Pues claro, lo has rechazado dos veces.

—No es verdad, sólo me he hecho la tonta un poco. ¿Qué clase de chica sería si no me hiciera un poco de rogar?

—Una del siglo pasado, eso ya no se lleva, Eva. Oye luego voy y hablamos más. Hay algo que quiero contarte.

—Dime que es.

—No puedo seguir hablando. Mi madre me matará si no cuelgo ya. Chao

—Chao —digo al aire pues Jessica ya ha colgado.

Me encuentro mucho mejor, así que decido saltarme la siesta. Estoy impaciente por hablar con Jessica y aunque me lo propusiera tampoco podría dormir.

El ensayo empieza a las seis. Espero leyendo a que Jessica venga antes de ir pero me canso de esperar, porque no viene. El ensayo dura hasta las ocho, quizás venga cuando termine.

Son las ocho y media y todavía no ha venido. ¡Cabrita! Sabe que me tiene en ascuas. Decido llamarla para ver qué sucede. Diez tonos y salta el contestador automático. ¡Mierda, Jessica! Coge el teléfono, por favor. Vuelvo a probar. Uno, dos, tres... ocho. Cuelgo antes de que vuelva a salirme el aburrido contestador.

Entre las nueve menos cuarto y las nueve y media pruebo cinco veces más antes de darme por vencida.

Finalmente, me llama a las diez.

—¿Qué tal? —saluda contenta.

—Hola, ¿dónde has estado?

—En el ensayo. Ha durado una eternidad... hasta las nueve. He visto *Grease* por millonésima vez... —se lamenta soltando un suspiro de resignación.

—Pues aún te queda *Grease* para rato —le recuerdo riendo.

—No me lo recuerdes, por favor —suplica.

—¿Qué tal ha ido todo?

—Muy bien. Nada, pues la hemos visto y luego hemos estado hablando de qué partes nos parecían más importantes y representativas de la peli, para montar el guión y eso...

—¿Quién se va a encargar de hacer

el guión?

—Entre todos —responde y comienza a explicar cómo se ha decidido abordar el tema—. Hemos dividido la obra en nueve actos. Como somos dieciocho, cada dos se encargará de hacer el guión de cada acto este fin de semana y el lunes se lo entregaremos a Álex para que los revise. El martes haremos una lectura general de la obra —. Hace una pausa para respirar y añade en tono alegre— ¿y a qué no sabes... con... quien... —imita con la voz un redoble de tambor—...te ha tocado?

—¿Álex? —pregunto esperanzada. Sería una pasada que me hubiese tocado con él.

Chasquea la lengua varias veces y

exclama— ¡mejor!

—¿Estás loca o qué? ¿Quién mejor que Álex? ¿Contigo?

Chasquea de nuevo la lengua.

—¿Con quién? Dímelo ya, por favor —ruego impaciente.

—¿Cuál es el chico que mejor te cae de la clase y en el mundo mundial? —dice soltando una fuerte carcajada de burla.

—Toni —contesto. Es mi última esperanza. Empiezo a temerme lo peor.

—¿Qué dices? Ese imbécil ya no ha vuelto por el grupo —responde contrariada—, mejor aún...

Me temo lo peor.

—Diego —farfullo con voz de resignación.

—Sí, ¿verdad que es genial?

—Sí, genial —suelto sin ningún atisbo de entusiasmo.

¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué tengo tan mala suerte? No es suficiente castigo tenerlo de pareja en la ficción, sino que encima ahora tengo que hacer nuestra parte del guión juntos. Tendré que pasar el fin de semana enterito con ese paliza. No puedo imaginar nada peor, ¿o sí?

—¿Álex con quien está de pareja?

—pregunto cautelosa.

Jessica permanece callada. Mal rollo. Algo pasa.

—Con nadie. Sólo se va a encargarse de revisar nuestro trabajo.

—¡Uf, menos mal!

—Me ha pedido tu teléfono —

añade.

—Ya lo sé, me lo has dicho esta mañana, ¿recuerdas?

—No, no hablo de Álex, sino de Diego.

—No se lo habrás dado, ¿verdad?

—¿Qué podía hacer?, es tu compañero, tenéis que quedar para hacer el trabajo

—Entonces ¿se lo has dado?

—Sí —murmura—. Lo siento, no tenía más remedio.

—Da igual, no podías hacer otra cosa —me resigno—. Bueno, ¿y tú con quién vas de pareja?

—Yo, pues... —Empieza a reír—. Yo... pues con... Raúl.

¿Raúl? ¿Quién es Raúl? No está en

el ranking de tíos cañonazo del instituto.

—¿Quién es ese?

—Sí, Raúl de segundo A — responde con vehemencia, como si yo tuviera que saberlo todo.

¿Segundo A? Por mi mente desfilan todos los chicos de esa clase como en un concurso de misters.

—¿Alto y moreno?

—Sí, ese mismo —me confirma y añade— ojos negros, espalda de nadador y culo de infarto, ¿a qué es una monada?

—Monísimo.

Hay cosas en la vida que nunca cambian. Los calzoncillos pulgueros de Abanderado son para los abuelos y mi amiga Jessica es una coqueta

incorregible. Aún está el lecho caliente con Toni y ya está saltando a otra cama. Increíble.

Diego

Las perspectivas del fin de semana apuntan a desastre. Ayer no salí de casa y hoy me espera un largo día de tres cuartos de lo mismo. Mamá piensa que es mejor que me quede en casa y me cure del todo antes de volver a pisar la calle para no recaer, y he decidido hacerle caso. Pero me encuentro bien y me niego rotundamente a quedarme tirada en la cama todo el santo día sin hacer nada. Ya me he terminado de leer el libro y no sé qué hacer.

Paseo aburrida la mirada por las paredes de mi dormitorio, y la verdad es que el color rosa empieza a apestar un poco. Quizá le diga a mamá que cambie

el color este verano, después de todo, el año que viene voy a ir a la Escuela Superior de Arte Dramático y no será propio de una universitaria un color tan infantil. ¿Y los pósters? Tendré que quitar los pósters. ¿Y mi amado Pablo, también? ¡No! ¡Me niego! ¡No, sin mi Pablo!

Conecto el MP3 y Robbie Williams comienza a cantarme con su voz melodiosa y terriblemente sexy que soy un ángel. Tú también lo eres. *I love you*. Me pongo en pie y me pongo a bailar abrazada a mi misma mientras imagino que no soy yo quien me abraza sino Álex con sus fuertes brazos. Además me da unos besos deliciosos en el cuello.

¡Viva la imaginación!

Me miro en el espejo y veo que tengo una pinta de lo más ridícula bailando sola. Y la verdad es que mi pinta no sólo es ridícula sino que además es horrible. Claro que con este pijama lleno de patatas, al que quiero más que a mi vida, o al menos eso dice mamá, no se puede estar mejor. Necesito un cambio urgente de *look*. A partir de ya, necesito proyectar una imagen sofisticada acorde con mi futura carrera profesional. Nada de ir por ahí con cualquier cosa elegida al azar. No. A partir de hoy voy a ser como Paula Echevarría[\[11\]](#), estilosa y elegante. Lo que está claro es que necesito renovar mi vestuario.

Abro el armario y paso la mano

tocando con desgana mis camisas, chaquetas, faldas y pantalones colgados de la barra. Buena falta le hace. Tengo un montón de ropa de otros años y alguna es más antigua que el radiocasete. La mayoría de las cosas están pasadas de moda y como mucho sirven para ir a clase, otras no valen ni para ir al campo a vendimiar. Lo que se dice ropa chula para el fin de semana tengo poca o nada. Tendré que hacer algo al respecto y más ahora que voy a por todas con Álex. ¡Por Dios! No puede verme con estas pintas: saldrá espantado. Repito: necesito renovar mi armario urgentemente. Menos mal que no queda nada para Navidad. A todo aquel que me pregunte que qué me hace

falta le diré: ropa, ropa y ropa. Además está el aguinaldo, espero sacar buena tajada este año.

Empiezo a sacar mis trapos del armario y los voy dejando encima de la cama. Hay muchas cosas que ni siquiera me vienen. Algunas minifaldas de otros años con suerte me sirven de faja.

Decido deshacerme de todo aquello que no me venga. Cojo unos pantalones vaqueros. Esos que hace dos años no me quitaba ni para dormir. Me los pongo por encima y observo con sorpresa como el dobladillo queda colgando a la altura de la mitad de mi pantorrilla. ¡Madre mía, tanto he crecido! Pero si sólo hace dos años les pisaba los talones, tal y como revelan los bajos

ennegrecidos y deshilachados por varios sitios.

Lo del crecimiento es un fenómeno que no puedo explicarme. Actualmente mido un metro setenta y cinco y cuando tenía catorce años medía uno sesenta. ¿Cómo se puede crecer quince centímetros en tres años? Eso son cinco centímetros por año. Sin embargo, me consta que en el último año no he crecido casi nada. Lo cual deja la cifra en quince centímetros desde los catorce a los dieciséis. Eso es mucho, ¿verdad? Cojo una regla del escritorio y compruebo exactamente de cuánto se trata. Algo más de un pene flácido por año y algo menos de un pene erecto en total. No está mal del todo. Algunos

chicos venderían su alma al diablo por conseguir el mismo ritmo de crecimiento en el susodicho miembro.

Suena mi móvil. Es un número desconocido.

—¿Sí?

—Hola Eva, soy Diego.

¡Oh, no! Empieza la pesadilla. Tras pasar el viernes sin tener noticias de él había abrigado la esperanza de que ya no me llamaría, pero no ha habido suerte. Nunca tengo suerte.

—Te llamaba, no sé si te habrá dicho algo Jessica —empieza a decir monótonamente. Se nota que él tampoco está loco de alegría por quedar conmigo —, pero estamos juntos para hacer el guión de *Grease* y tenemos que

entregarlo el lunes así que no queda más remedio que hacerlo este fin de semana...

—Ah, sí. Algo me ha contado Jessica —digo secamente.

—¿Te parece que quedemos esta tarde?

Si no hay más remedio.

—Bien.

—Puedo ir a tu casa, si quieres.

Ni loca.

—Bien.

—¿A qué hora?

A la hora nunca jamás.

—¿Qué tal las cuatro?

—Vale —me confirma con desgana —, allí estaré.

Suena el timbre del patio una vez. Miro el reloj. Son las cuatro en punto. Debe ser Diego. ¿Y si no le abro? ¿Se cansará de esperar y se largará con viento fresco?

Vuelve a sonar el timbre, ahora con más insistencia.

— ¿S í ? —pregunto irritada al auricular.

Confirmado, es el paliza de Diego. Lo espero en el rellano. Escucho la maquinaria ruidosa del viejo ascensor mientras se acerca lentamente. Se detiene en mi piso y al segundo se abre la puerta. Aparece Diego por el hueco.

—Hola —saluda serio.

—Ho... la —respondo un tanto

sorprendida.

Gratamente sorprendida, lo reconozco. Aunque me duela en el alma decirlo abiertamente. No sé qué se ha hecho, pero algo se ha hecho, seguro. Lo observo con interés. Está diferente y mucho mejor de lo que yo recordaba de apenas hace una semana.

Me quedo parada en la puerta cerrándole el paso.

—¿Me dejas entrar o vamos a hacer el trabajo aquí en la puerta? —pregunta áspero como la piel de un kiwi.

—Sí, claro, pasa —lo invito a entrar, sin salir todavía del momento asombro, apartándome a un lado.

Entra casi rozándome. Al pasar por mi lado me invade un aroma fresco,

especiado y con un ligero matiz a madera que me encanta. De repente me siento un poco... ¿excitada?

¿Pero qué me pasa? Esto de estar enclaustrada no me sienta nada bien. Cierro la puerta y lo observo de espaldas. ¿Desde cuándo Diego tiene ese culo? Pero ¿qué se ha hecho? Pero ¿qué me pasa a mí?

—Pasa a la salita. Recto, al final del pasillo.

Se dirige sin dudar hacia la salita y yo lo sigo con los ojos pegados al trasero.

—¿Has traído la peli?

—Sí, aquí está —dice sacando el DVD de una mochila que lleva colgada del hombro—. Me la dio Álex para ti.

—¿Qué parte del guión tenemos que hacer nosotros?

—La del autocine.

Está muy serio. Supongo que todavía sigue disgustado conmigo por lo del sábado pasado.

—¿La ponemos?

—Bien.

Cojo el DVD que Diego ha dejado sobre la mesa. Abro la caja y saco el disco con cuidado. Una hoja plegada de papel azul intenso cae al suelo, haciendo «pof». Me quedo mirándola fijamente durante un instante, sin saber qué hacer.

Diego se agacha y recoge el papel.

—Toma, se ha caído esto.

Cojo el papel con la mano temblorosa. ¿Qué será? ¿Será un

mensaje secreto de Álex? La guardo en el bolsillo del batín de mamá que está doblado sobre la mesa con idea de ver más tarde de qué se trata.

Introduzco el DVD en el reproductor y todavía de pie con el mando a distancia en la mano busco en el menú la escena del autocine. Me encanta esta parte pues es cuando John Travolta canta *Sandy* sentado en el columpio.

Diego se acomoda en el sofá, en lugar de hacerlo en el sillón, como yo esperaba.

Le doy al «play».

Aunque el sillón sigue libre, decido sentarme al lado de Diego que está en silencio mirando atentamente al frente,

hacia la televisión.

No me mira ni una sola vez, ni siquiera cuando estiro el brazo por encima de su cabeza para accionar el mecanismo de intensidad de la lámpara, rozándole con toda intención el cabello.

Comenzamos a ver la escena. Es una parte importante de la peli por varios motivos: Rizzo cuenta que está embarazada; y Danny le declara su amor a Sandy regalándole su anillo, pero al final se pelean y entonces Danny canta la canción. Debemos centrar el guión en estos tres puntos.

Me concentro en seguir la película.

Al poco tiempo escucho respirar profundamente a Diego a mi lado. A los pocos minutos nuestras respiraciones se

han sincronizado. Lo miro de reojo, veo su pecho hincharse y deshincharse al ritmo de mi respiración. Empiezo a pensar que resulta algo muy sensual, casi sexual escuchar tan atentamente su respiración hasta casi hacerla mía.

Observo su perfil. Es bonito aunque su nariz sea un poco aguileña. El mentón bien definido pero sin resultar prominente da paso a unos labios carnosos y rojos supersensuales. Mechones lisos de pelo castaño le caen sobre la frente y los ojos. Me pregunto si no le molestarán, yo odio tener el pelo en la cara. Sus pestañas son larguísimas y sus ojos son de un azul oscuro muy profundo casi negro. Es un color extraño y magnético, ¿por qué no me habré

fijado antes en ellos? No son unos ojos comunes que puedan pasar desapercibidos. Entonces caigo en la cuenta de que Diego normalmente lleva gafas. ¡Y no unas gafas cualquiera, no! Unas gafas de culo de vaso. Es miope a más no poder y sus ojos a través de los cristales parecen pulguitas en una plaza de toros. Hoy debe llevar lentillas. Es la primera vez que lo veo sin gafas desde que lo conozco, y he de reconocer que el cambio no le sienta nada mal. Además está ese olor que lo envuelve, es sensacional, debe ser una especie de feromona porque vuelvo a sentirme excitada.

¡Para ya, salida!

Dejo caer la mano sobre el asiento

en el espacio que queda entre los dos y allí está su mano apoyada. Cualquier día antes de hoy seguramente la habría apartado bruscamente al notar su presencia, como si Diego tuviese un virus altamente contagioso, pero hoy es diferente. Me apetece el contacto. Me arriesgo al contagio. Así que la dejo allí a menos de un milímetro de la suya. Él tampoco la aparta.

Suspiro. ¡Madre mía, qué calor hace! Su mano también está ardiendo. La noto vibrar al lado de la mía. Estiro un poco el dedo meñique para rozarla levemente, una sola vez. Sólo por ver qué sucede. Noto que se sobresalta al notar el leve contacto pero no la aparta.

Los dos seguimos con la vista

clavada en la pantalla. Ahora Sandy y Danny están en el descapotable.

Entonces siento una sutil caricia a lo largo del lateral de mi mano. Un escalofrío me recorre la columna vertebral desde la base hasta la coronilla. Sigo sin apartar la mano. Siento curiosidad por saber qué pasará a continuación. Vuelvo a sentir una suave caricia y se me erizan todos los pelos de la piel. Diego sigue acariciando el dorso de mi mano suavemente. Cada caricia genera pequeños escalofríos que provocan tenues sacudidas en mi estómago.

Ya está bien. Esto está llegando demasiado lejos. Le sujeto la mano intentando detener la corriente de

hormiguitas que empiezan a marchar en formación en dirección a mi ingle. Pero Diego aprovecha para entrelazar sus dedos con los míos y empieza a acariciarme la palma. Lo miro de reojo. Sigue atento a la televisión como si no ocurriese nada. Su aparente indiferencia aún me excita más y siento deseo de aplastarme contra él. Las hormiguitas ya han hecho camino y empiezo a sentir una leve presión en el pubis. Poco a poco, Diego aumenta el ritmo de sus caricias y la presión se convierte en una palpitación. Deseo besar a Diego con toda mi alma, pero no puedo hacerlo.

—Diego... ¿quieres tomar algo? — susurro volviendo la cabeza en su dirección.

Me mira dulcemente, tiene una sonrisa preciosa que abarca todo su rostro, y es tan sincera que siento deseos de abrazarlo.

Deseo besarlo más que a nadie en este mundo.

Deseo besarlo en este mismo momento.

No me doy cuenta cómo pero en cuestión de segundos estamos besándonos. Sus labios cálidos acarician los míos con suavidad. Todavía seguimos cogidos de la mano. Estiro la lengua un poco para rozar la suya y me la muerde suavemente. La palpitación aumenta. Gimo. ¡Dios, qué vergüenza! Noto como sus labios articulan una sonrisa sobre los míos. Su

otra mano resbala suavemente por mi cuello y me empuja hacia él. Seguimos besándonos dulcemente durante unos minutos, pero necesito más. La presión empieza a ser insoportable. Le muerdo la boca. Aúlla levemente de dolor y me aprieta más fuerte contra él.

Me siento a horcajadas encima de su regazo. Y sus manos aprisionan mis tetas. Separo un poco la cara de la suya. Lo justo para estudiar de cerca los rasgos de su rostro. Lo observo detenidamente repasando su fisonomía. Él me mira divertido mientras me acaricia. Definitivamente esos labios carnosos están hechos para besarme.

—No me lo puedo creer —
murmura.

—¿El qué?

—Que me estés besando.

—¿Por qué?

—Siempre he pensado que me odiabas —confiesa bajando el rostro.

Me avergüenza oírle decir eso porque hasta hoy ha sido así. Bueno, no exactamente, pero casi.

Lo chisto y le levanto la cara sujetándole la barbilla. Sonrío y digo juguetona— y te odio.

Abre los ojos como platos.

—¿Cómo? ¿Qué...? ¿Qué me odias?

—A muerte —concreto esbozando una sonrisa maliciosa y acto seguido devoro sus labios.

—Pues tienes una forma un poco rara de demostrarlo —dice separándose

de mí—, pero por mí puedes odiarme todo lo que quieras. Me encanta. Sólo espero una cosa... —vuelve a besarme.

—¿El qué? —susurro.

—Que no se entere nadie más de tu forma de odiar o todos querrán ser tus enemigos.

Me echo a reír.

—Sólo lo sabrán si tú lo cuentas.

—No lo haré. Lo prometo. Pero con una condición—. Ahora es Diego el que me sonríe de una forma dulcemente maliciosa que me hechiza.

—¿Qué? —pregunto impaciente.

—Dime otra vez que me odias.

—Te odio —susurro a la vez que le muerdo suavemente el lóbulo de la oreja.

—¡Ah! Me has hecho daño.

—Te aguantas.

—Ah, sí. Con que esas tenemos, ¿eh? —me amenaza mientras me muerde la barbilla.

—¡Ah! Eso sí que duele.

Lo agarro por las solapas de la camisa y lo atraigo con fuerza contra mí. Vuelve a besarme pero esta vez con más violencia. Te odio, te odio, no paro de decirle, porque cada vez que pronuncio estás palabras me excito más y más.

—¡Eva! —alguien me llama al tiempo que me sacude suavemente del brazo.

Abro los ojos. La luz está encendida. Mis pupilas tardan medio segundo en adaptarse a la claridad.

Diego junto a mí me mira desconcertado. Todavía tiene asido mi brazo.

—Te habías dormido... —dice soltándome al ver que he abierto los ojos.

Está guapísimo.

—Te odio —murmuro.

Se queda pasmado ante la confesión que le acabo de hacer.

—Vale. Lo sé —dice dolorosamente, agachando la cabeza—. No hace falta que me lo digas así. Ya sé que no soy santo de tu devoción pero esta vez te has pasado de la raya. Me largo.

Se levanta de un salto, agarra su mochila y sale rápidamente de la salita,

dejándome a solas.

Me quedo mirando atónita el hueco que ha dejado en el sofá y todavía conserva su calor. No puedo creer que todo haya sido un sueño, aún siento la huella de sus besos en los labios.

—No, perdona. Soy una idiota. No he querido decir eso. No te odio —grito intentando captar su atención, pero él ya marcha a toda velocidad por el pasillo.

Me levanto del sofá corriendo y lo sigo. En el recibidor le doy alcance. Lo cojo por el hombro obligándole a que se dé la vuelta y me mire.

—Perdona, Diego —me disculpo mirando fijamente sus ojos. Esos increíbles ojos azul noche—. No te lo decía a ti—. Aunque en realidad sí—.

Estaba soñando—. Y era maravilloso.

—Vale, está bien —dice con suficiencia—. De todas formas me tengo que ir. Hasta el lunes —se despide zafándose de mi mano con un movimiento brusco del brazo.

—¿Y el guión?

—Yo me ocuparé. Está claro que tú y yo no podemos trabajar juntos. Adiós, Eva.

¿Qué me pasa, doctor?

Menos mal que mañana ya es lunes y por fin podré ir al instituto. Estoy deseando ir y ver a Álex. Si alguien pudiera saber lo que pienso en este momento pensaría que estoy más loca que una cabra con Alzheimer: ¿¡yo, querer ir a clase!? Pero es cierto: deseo con toda mi alma ir mañana a clase. Necesito salir de aquí y respirar aire libre de virus. Odio los virus aunque sean los míos.

Por la tarde viene Jessica a visitarme. Ya era hora de que se acordase de que tiene una *pobre* amiga

enferma.

—Raúl es genial —comenta Jessica—. Además es un tío muy inteligente. No vayas a creer que no me fijó en el interior.

Madre mía, estoy de Raúl hasta el gorro. Jessica lleva toda la tarde hablando de ese tío. Por lo visto la tiene muy impresionada.

—¿Ya habéis terminado vuestra parte del guión? —pregunto.

—Sí, estuvimos toda la tarde dale que te pego —responde y sonríe con picardía.

—¿Cómo habéis pensado hacerlo?

—Lo normal... ya sabes... misionero, caballito, perrito... —bromea entre risas—, como él quiera, estoy

abierta a nuevas experiencias.

—No seas cochina, ¿no puedes dejar de pensar siempre en lo mismo? —la critico—. Eres una enferma del sexo.

—¿Enferma yo? Enferma tú —me increpa apuntándome acusadoramente con el dedo—. Eres una autentica golfa camuflada en esa cara de mosquita muerta.

Me da la risa tonta.

—La verdad es que sí. Un poco sí. Aunque sólo sea en sueños, porque en la realidad lo cato menos que mi abuela —comento soltando una risa y añado—, pero la verdad, chica, con sueños así, ¿quién necesita hombres? Me lo paso mejor que con ellos.

—Pero con... Diego —me reprocha—. Tía, de verdad, estás enferma. Siempre estás diciendo que si es un plasta, un paliza, Terminator, qué se yo... —suelta una carcajada—, puaj, lo peor. Y ahora resulta que te lo quieres montar con él.

Niego con la cabeza y exclamo— ¡rotundamente no! Sólo ha sido un sueño. Un sueño muy real, lo reconozco. Y me gustó mucho —suelto un sonoro suspiro—, muchísimo, pero el Diego del sueño no existe en el mundo real. Aunque, reconozco que cuando entró en mi casa pensé que estaba de muerte...

—Sí, de muerte por susto. Supongo que estabas delirando por la fiebre... —se burla arqueando una ceja

interrogante.

—No, siento decir que estaba perfectamente consciente—. Me río—. Tenías que haberlo visto, esos morros, esa espalda, ese culito, entonces entenderías de lo qué hablo.

—Lo he visto un millón de veces —me deja claro—. Oye, esas fiebres tan altas, ¿no te habrán dañado el cerebro? —. Tuerce el morro cómicamente.

—Eso mismo pensé yo: debe ser probablemente un efecto secundario del antibiótico. Deberían advertirlo en el prospecto. Este medicamento puede producir ninfomanía aguda —explico—. Cuando pasó por mi lado y lo olí... me excité un poquitito —le confieso, arrugando la nariz—. Mira, se me pone

la carne de gallina sólo de pensarlo—. Levanto el brazo para que lo compruebe.

—Esto es grave —comenta Jessica preocupada examinándome la piel—. Más de lo que me temía—. Luego alarga la mano para tocarme la frente—. ¡Dios, qué caliente estás! ¡Esto es grave de quirófano! ¿Señor Doctor, qué le pasa a mi amiga? ¡Sálvela, está contagiada por el virus del amor! —se burla divertida.

Pero yo no me río, ¿qué me pasa, doctor?

A la mañana siguiente Jessica y yo nos encontramos en la esquina de mi calle. Normalmente un poco más adelante coincidimos con Diego y Toni.

Los veo aproximarse por una calle perpendicular al parque, si no pasa nada nos cruzaremos justo en la entrada. Nosotras seguimos al mismo paso y ellos tampoco cambian la marcha, así que el encuentro es inevitable.

Les saludo con más entusiasmo del normal a estas horas de la mañana. Toni saluda, pero Diego ni siquiera me dedica una triste mirada. Lo observo fijamente buscando sus ojos, pero se hace el esquivo mirando hacia otro lado. Debe estar muy enfadado conmigo. Insisto en captar su atención.

Lo llamo. Me mira con desagrado —¿Terminaste el guión? —pregunto sonriendo.

—Sí —responde a regañadientes,

bajando la vista al suelo, y acelera el paso.

Toni nos mira extrañado. Se acerca a mí, y asiéndome el brazo me hace a un lado.

—¿Qué pasa? —pregunta bajando la voz, mientras mira a Diego para comprobar que no lo oye.

Diego va delante y Jessica automáticamente se pone a su altura, pues no tiene el más mínimo interés tampoco en entablar conversación con Toni.

Toni y yo nos quedamos rezagados.

—¿Qué pasa? —insiste Toni.

—Supongo que está enfadado conmigo —contesto bajando la mirada —, por lo de este sábado.

—¿Por...?

—No sé, supongo que no he sido demasiado simpática con él... últimamente.

—¿Últimamente? —pregunta poniendo cara de sorpresa—. Perdona, Eva, pero tú nunca has sido simpática con él. La verdad es que no lo entiendo...

—Oye que tampoco es para tanto —lo freno ofendida—. No soy ninguna bruja.

—Eso lo dirás porque no te has visto en el espejo esta mañana.

Empieza reírse. Lo miro con furia. Deseo que la tierra se lo trague y lo zambulla como una gran ballena.

Al ver que yo no me río deja de reír

y dice— vale, vale, Eva, tranquila. Aunque... cuando pones esa cara sí pareces un poco bruja...

Lo empujo con fuerza haciéndole perder el equilibrio, pero lo recupera en el último momento y no cae al suelo.

¡Mierda! Tenía que haber empujado más fuerte.

—Vale, perdona —se disculpa—, pero la verdad, Eva, es que te pasas un montón con el chaval. Nadie tiene que contármelo. Lo he visto con mis propios ojos. El sábado pasado en el cine te clavaste un montón con él, pero lo de este fin de semana tiene que haber sido algo criminal.

—¿Este sábado? —pregunto extrañada—. Pues no. No pasó... nada...

vino a casa, vimos *Grease*, luego me quedé durmiendo y tuve un sueño...

—¿E r ó t i c o ? —me interrumpe sonriendo pícaramente.

Niego enérgicamente con la cabeza. Quizás con demasiada efusividad para resultar convincente.

—Entonces, ¿por qué te has puesto roja? —dice riendo mientras me señala la cara con el índice.

—No es verdad.

—Sí, lo es.

—Bueno da igual, no era erótico y punto. Me dormí un rato y por lo visto soñé algo malo porque cuando desperté le dije que lo odiaba. Pero no me refería a él en realidad, estaba medio dormida aún. Además ya me disculpé con él por

eso, pero no quiere perdonarme.

Asiente con la cabeza dándome a entender que me comprende.

—¿Por qué está tan enfadado conmigo?

Toni permanece en silencio.

¡Cabrito, di algo! ¡No te quedes callado!

—No puedo hablar —dice al fin.

—¿Por qué no?

Niega con la cabeza y acelera el paso. Está claro que no va a decir ni *mu*. Mejor no insistir más.

—Por cierto, contigo quería yo hablar... —comento, cambiando de tema.

—¿Conmigo? ¿De qué? —me interrumpe airado.

—De lo del sábado pasado, ¿de qué

vas tú? —lo reprendo levantando un poco el tono de voz—. Jessica, aunque es un poco... un poco... —no encuentro la palabra—, da igual, tiene sentimientos, ¿sabes? Le hiciste daño y a mí me engañaste.

—¿Qué dices? —adopta una aptitud pasota.

—Lo sabes perfectamente. Me dijiste que te gustaba...

—No.

¡Pero será mentiroso!

—¿Cómo que no?

—No, mis palabras exactas fueron... que la veía diferente.

¡Será posible! ¡Será cabrito!
¡Será...!

—¿Y eso que significa?

—Sólo eso. Se había cortado el pelo... ¿no?

—Sí.

—Pues ya está. Diferente.

¡Pero qué cerdo!

—Pero tú querías salir con ella, ¿no?

—Sí.

—¿Entonces?

—Entonces ¿qué? No te dije que me gustara. Quería salir con ella por otro motivo.

—¿Cuál?

—No te lo puedo decir...

¡Cabrito!

—Dímelo.

—No.

—Sí —lo increpo forzando la voz.

—No puedo Eva... lo he prometido.

—¿A quién?

—No lo puedo decir —responde apartando la mirada.

—Pero tú eres mi amigo desde hace mucho tiempo.

—No voy a hablar. No insistas más.

Diego y Jessica siguen delante de nosotros. Nos sacan por lo menos veinte metros de distancia.

—Le has hecho daño —le revelo señalando a Jessica.

—Lo siento mucho. Le pediré disculpas.

—Te sacaré los ojos.

—Entonces no lo haré, ¿tan enfadada está...?

—Sí, pero se le pasará.

—No es mala tía. Pero la verdad es que es un poco... creída...

¡Vamos ya! ¡Para mear y no echar gota!

—No me va, ¿sabes? No es mi tipo. Con unas horas del sábado tuve más que suficiente para saber que no quería volver a quedar con ella nunca más —explica—. Yo, yo y más yo. Egocéntrica total. Todo el rato hablando de sí misma. No soporto a la gente así.

Pues mira quien habla: Don... ¡no me beso el culo porque no llego!

—Ella no es así —la defiende—. Un poco presumida sí es —reconozco y sonrío tímidamente—, pero es buena tía y además es mi mejor amiga.

—Lo siento, Eva, pero lo que no

puede ser, no es.

Ya estamos llegando al recinto del instituto. Diego y Jessica ya han entrado en el edificio.

Veo a Álex. Está aparcando el coche en la puerta. Buen gusto: un Golf Tdi rojo metalizado.

Dudo entre entrar o esperarlo. Finalmente, decido entrar. Puede resultar bastante sospechoso que entremos los dos juntos. Tendré que esperar a su clase para hablar con él. La última de la mañana. La hora de los leones hambrientos.

Nada más entrar en el aula, veo algo sobre mi mesa. Me acerco

rápidamente quitándome al paso el abrigo. Es una carpetilla de cartulina rosa chicle, por cierto, mi color favorito. La miro intrigada. Dejo apresuradamente la mochila sobre la silla y cojo la carpeta. La abro: es el guión de *Grease*. Diego lo ha dejado allí. Está escrito con ordenador y prendida con un clic de la primera hoja hay una breve nota escrita a mano.

He pensado que te gustaría leerlo antes de entregárselo a Álex.

Espero que te guste.

Diego

Cojo el fajo de hojas. Hay unas diez. Empiezo a leer. De entrada me gusta su forma de plasmar en el papel el escenario.

Autocine

En la pantalla de proyección se está viendo una película de terror.

A un lado del escenario un quiosco y al otro lado dos coches.

Sólo se ve y se oye la película proyectada.

A los pocos minutos un foco ilumina el quiosco y un grupo de gente haciendo cola. Hacen como que hablan pero no se les oye.

Gesticulan con las manos y la cara. En ese grupo pero un poco adelantadas están Rizzo, Frenchy, Marty y Jan. Mantienen una animada conversación.

Me lleva veinte minutos leer el guión.

Me parece genial que toda la acción se desarrolle en el mismo escenario. Aprovechando focos que iluminarán las partes activas en cada momento. Primero a las chicas, que luego se acercarán al quiosco. Después el coche de los chicos y finalmente el coche de Danny y Sandy. Al final, tras salir Sandy de escena, se apagarán todos los focos y

sólo quedará la pantalla del cine iluminada. En la pantalla se empezará a proyectar un anuncio de dibujos animados sin voz y se oirán las primeras notas de la canción. Un foco alumbrará la parte central del escenario donde habrá un columpio de cuerda colgado del techo. Danny (Diego), que ya no me resulta tan absurdo de imaginar, aparecerá en escena y empezará a cantar.

Me encanta como lo ha enfocado. Seguramente yo lo hubiese hecho exactamente igual. No tengo queja de su trabajo. ¿Se lo digo o le molestará? No es posible saberlo tal y como están las cosas entre nosotros. Decido escribirle una nota y dejársela en la mesa durante

el descanso. Empiezo a escribirla.

Diego me ha encantado el guión. Ni yo misma lo hubiera hecho mejor. Debe haberte costado muchísimo trabajo hacerlo tú solo. Me encantaría haberte podido ayudar. Te agradezco que te hayas tomado tanto interés. Por mí está perfecto.

¿Le pido perdón otra vez? Más que una nota va a parecer una carta.

Siento lo que pasó el sábado en mi casa. No era mi intención molestarte. Me dormí y lo que te

*dije lo hice sin querer. Estaba
soñando. Para nada siento odio
hacia ti.*

Perdóname por favor.

De paso no estaría mal disculparme
por ser tan antipática el sábado anterior.
Si sigo así voy a escribir un libro.

*También te pido disculpas por lo
del sábado anterior en el cine. Me
comporté como una autentica
bruja contigo.*

Perdóname por favor.

Estaría bien para terminar
despedirse cordialmente y así sellar la
paz. ¿Qué pongo?

*Con cariño,
Eva
Un beso*

¡No! Con cariño resulta demasiado amoroso.

¿Quieres o no quieres hacer las paces con él?

Pues entonces con cariño está bien. Es cordial pero sin llegar a ser romántico.

Durante el descanso Diego no se mueve de su sitio, tendré que esperar al recreo para dejarle el mensaje en su mesa. ¿Me perdonará cuando la lea?

Seguro que sí. No puede ser tan duro conmigo. ¿Y si no quiere hacerlo? ¡A la mierda con él! Me da igual. Ya se apañará, ¿o no? Yo habré hecho todo lo que está en mi mano para que hagamos las paces y nos fumemos la pipa. No puedo estar el resto de mi vida disculpándome.

Lo miro detenidamente. Se sienta en la fila anterior a la mía pero en el lado de Jessica. Yo me siento justo detrás de Toni. Desde este ángulo Diego se ve atractivo. ¡Madre mía! No me lo puedo creer. He utilizado las palabras Diego y atractivo en la misma frase. Cada vez es peor, debo estar sufriendo una extraña secuela post-infección vírica. El mechón impertinente se empeña en meterse en su

ojo derecho. Hoy tampoco lleva las gafas de culo de vaso. Sopla para intentar apartarlo de allí. Ves como sí. Ya sabía yo que le debía molestar. Vuelve a soplar. Me gustaría alargar la mano y retirárselo delicadamente de la cara. Y de paso acariciarle el cabello. ¡Madre mía, esto es muy grave!, pero se ve tan suave y brillante. ¡Dios, estoy muy mal! En lugar de eso, me peino nerviosa mi propio flequillo con los dedos. Mi pelo también es suave, aunque ondulado. El suyo, en cambio, es liso como una tacha y un poco largo, aunque lo justo para no resultar un Jonas Brother. Sigue atento a la explicación, ni siquiera la greña le impide tomar apuntes. Es muy listo, siempre saca

notables y sobresalientes. Quiere estudiar periodismo. ¿Qué haré yo si no me cogen en la Escuela Superior de Arte Dramático? Pues evidentemente tendré que pensar en otra cosa. No hay más.

¡Uy! Se acaba de morder el labio inferior. ¿Siempre han sido sus labios así? ¿tan rojos y tan carnosos? De repente, vuelve el rostro hacia mí. Me pilla de lleno con la vista clavada en él, pero decido no apartar los ojos. Le sostengo la mirada. Me mira muy serio, imperturbable. Le sonrío intentado suavizar la tensión, pero no me devuelve la sonrisa. Debe estar muy enfadado, pero justo antes de apartar la cara veo un asomo de sonrisa en sus labios y me... guiña un ojo. ¡Juro por Dios que

me guiña el ojo! Le doy un codazo a Jessica.

—¿Lo has visto? —pregunto en voz baja.

—Cómo no... —dice mirándome extrañada—. Pesa ciento veinte kilos.

—La Bufo no, idiota —replico y aclaro—, Diego.

—¡Madre mía! —suspira—, ¿seguro que no estás enferma?

—Te juro que me ha guiñado el ojo. Jessica resopla, acompañando el gesto con una expresión de hastío.

—¿Y qué?

—Pues que... eso significa algo, ¿no?

—Sí, que se le ha metido una pesada llamada Eva en el ojo.

—Sí, sí, lo que tú digas, pero me ha guiñado el ojo.

Sonrío complacida. Me ha guiñado el ojo. Después de todo no debe estar tan enfadado conmigo.

Pasa la segunda y la tercera clase de la mañana y por fin llega el recreo. Aprovecho la ocasión para dejarle la nota encima de su silla.

Cuando regreso al aula, Diego ya está sentado en su sitio. ¿Habrá leído mi nota? Espero que sí. Eso o... está sentado encima y entonces... yo literalmente le estoy besando cariñosamente el culo en este momento. Me dirijo sin perder tiempo a mi mesa y

cuando paso por su lado lo miro de reojo. De la nota ni rastro. Entonces lo veo. Hay un folio doblado encima de mi mesa. Me siento y lo despliego lentamente, con manos temerosas. Es de Diego.

No estoy enfadado contigo. No hay nada qué perdonar. Por mi parte todo está olvidado.

Diego

Sonrío ampliamente. Me siento muy satisfecha. Miro en dirección de Diego. Me está observando. Articulo la palabra

«gracias» con los labios y me dedica en exclusiva una sonrisa maravillosa.

—Ya está —anuncio al mismo tiempo que le arreo un codazo a Jessica.

—¡Tía, qué me vas a hundir las cosquillas!

—Perdona. Es que estoy muy emocionada.

—¿Qué es eso? —pregunta con interés, señalando la hoja que sujeto con la mano.

—Mira, lee.

La lee rápidamente, suspira sonoramente y se lleva las manos a la cabeza.

—¡Madre mía! ¡Qué cruz tengo!

¡Pero mira qué eres burra!

Álex entra en el aula. Está guapísimo. Lleva puesto una camiseta color caqui y unos pantalones vaqueros desgastados. Deja su maletín de piel encima de la silla y empieza a sacar sus cosas. Parece absorto en la operación y aprieta los labios mientras tanto, como si estuviera preocupado por algo. De momento ni siquiera me ha dedicado ni una triste miradita.

Al fin levanta la cabeza y mira al frente. Busco sus ojos con la mirada y nuestros ojos por fin se encuentran. Me sonrío.

—Buenos días a todos —saluda

alegremente a la clase—. Espero que durante el fin de semana hayáis cogido fuerzas, porque las vais a necesitar—. Coge un fajo de hojas que ha dejado sobre la mesa y las agita en el aire—. Aquí tengo vuestros exámenes. Os aseguro que algunos no tienen desperdicio, son verdaderas perlas para la literatura española—. Se ríe sonoramente y la clase lo sigue contagiada.

Empieza a nombrar a los compañeros para que recojan su examen. Al escuchar mi nombre me dirijo lentamente hacia su mesa. Al llegar a su lado lo miro seria, directamente a los ojos, dispuesta a demostrarle que estoy preparada para lo

que sea. Extiende el brazo tendiéndome el examen mientras reprime burlón una sonrisa. Lo cojo y me doy la vuelta en redondo.

De regreso a mi sitio me cruzo con Jessica, que al igual que yo se dirige hacia Álex con cara de circunstancias, lista para el sacrificio.

Cuando llego a mi mesa miro la nota. ¡Un cuatro con setenta y cinco! ¡Será cabrito! Me ha suspendido, además con un cuatro con setenta y cinco. Esto es lo peor de lo peor, ya que estás suspendida pero por un pelo. Un poco más y estaría aprobada.

Le muestro la nota a Jessica. Ella a su vez me enseña la suya: un cinco y medio. ¡Madre mía!, si hasta Jessica ha

aprobado. ¡Esto no va a quedar así!
¡Juro por Dios que esto no va a quedar así!

Le doy un golpecito en el hombro a Toni.

—¿Qué nota tienes?

—Un ocho y medio —responde—.

¿Y tú?

Pero ¿cómo puede ser? Si me copié su examen de pe a pa.

—Un cuatro con setenta y cinco.

Gira completamente el tronco y mira mi examen con ojos de sorpresa.

—¡Pero qué burra eres! —chilla—.

Si sólo tenías que copiar.

—Gilipollas.

—Silencio por ahí atrás —nos interrumpe Álex.

Diego me mira y me sonríe amablemente en señal de apoyo. Le devuelvo la sonrisa agradecida.

Pero ¿cómo puede ser que haya suspendido? Me copié el examen enterito de Toni y éste ha sacado un notable. Y yo... yo sólo tengo un mísero cuatro setenta y cinco. La cruz de todo mal estudiante. El casi pero no puedo. ¡Me cago en su...! No puede ser. Aquí pasa algo.

—No está tan mal —me anima Jessica interrumpiendo mis furiosos pensamientos.

—No puede ser peor Jessica.

—Es casi un aprobado...

—Tú lo has dicho, es un casi pero no. Me ha suspendido el muy cabrito.

—¿Por qué no vas a hablar con él? A lo mejor consigues sacarle unas decimillas. Y más ahora que tienes enchufe—. Sonríe maliciosa.

—Eso voy a hacer. No lo dudes ni por un momento. Éste todavía no sabe quién es Eva Lino. No sabe con quién se la está jugando.

Miro a Álex con el ceño fruncido. Me concentro al máximo con el fin de transmitirle mis pensamientos negativos por medio telepático. Álex percibe mi gesto por encima de las cabezas de mis compañeros y me dedica una cándida sonrisa.

No te va servir de nada. ¡Tú ríe, ríe!, que el que ríe el último ríe mejor.

—Tía pareces una loca poniendo

esa cara —dice Jessica que me observa divertida.

—La venganza será terrible —digo en tono teatral—. La venganza de Eva Lino.

—¡Silencio, ahí atrás! —grita Álex dirigiéndose a nosotras.

¡Encima me chista! El curso no me puede estar yendo peor. De todas las asignaturas que llevo sólo he aprobado seis. Todas las demás las he suspendido. A este ritmo la llevo clara: voy a suspender. No me sacaré el título de bachiller y no podré entrar en la Escuela de Arte Dramático de Valencia.

Tengo qué hacer algo. Tengo qué estudiar más.

Para empezar no estaría mal prestar

más atención en clase. Tomar apuntes sería conveniente y tampoco estaría de más aprender a hacer esquemas de los temas. Diego es muy buen estudiante. A lo mejor podría ayudarme. Siempre que yo he intentado hacer por mis propios medios un *útil* esquema he acabado escribiendo La Biblia. ¡Qué quieres!, si todo me parece igual de importante, así que al final me encuentro con un resumen que es igual o más extenso que el tema.

A ver, voy a prestar atención. Concentración.

Álex está diciendo que el [ensayo](#) es el género dominante en la prosa durante la Ilustración. Bien, ya sé una cosa más.

A ver, pero tú dime a mí, ¿cómo

me voy a concentrar con este pedazo hombre ante mis ojos? Es imposible.

—Eva —dice Álex, llamando mi atención—. ¿Qué otra modalidad de prosa fue de gran influencia en esa época?

Hoy sí que no me pilla. Esa la sé.

—La poesía —respondo confiada.

Toda la clase estalla en risas. Hasta Álex se ríe de mí. Jessica me da una patada por debajo de la mesa. ¡Mierda, mierda y más mierda! ¿Qué he dicho?

—Perdón, me he confundido —me excuso.

—De eso ya nos hemos dado cuenta —comenta Álex, que al parecer se divierte de lo lindo viéndome hacer el ridículo.

—El ... —empiezo a decir. Mierda, ¿cuál es?

—¿Necesitas una pista...? — pregunta Álex, reprimiendo una sonrisa.

P e r o ¡qué borde es! Está disfrutando como un loco con mi sufrimiento. A lo mejor es sadomasoquista.

—¡No! —grito y me tomo un poco más de tiempo para pensar—. El teatro —respondo triunfal.

Esta vez la clase explota en una carcajada unánime.

Tierra, por favor, trágame. Eva hazte chiquitita como una pulga y sal del aula dando enormes saltos.

Miro a mi alrededor desesperada. Me he quedado en blanco. Diego me

mira serio. Al menos él no se está riendo de mí. En las manos tiene un folio ligeramente levantado y en mayúscula y bien remarcado ha escrito: el periódico. ¡Mierda! ¿Cómo puedo ser tan burra? ¡Madre mía, es para fusilarme!

—Perdón, ha sido un lapsus... es el género periodístico —digo levantando la voz por encima de las risas.

Suspiro profundamente.

—Bien —dice Álex y me sonrío en señal de aprobación.

Suena el timbre anunciando el fin de la clase. Todo el mundo empieza a recoger.

—Esperad un momento —nos pide Álex—. Recordad los del grupo de teatro que hemos quedado a las dos en el

salón de actos.

Toni se gira y me suelta —¡pero mira qué eres burra! ¿Cómo va a ser la poesía una modalidad de prosa? Ja, pero mira qué hay que ser burra.

Será cabrito, deja ya de meter el dedo en la yaga.

—Pero mira qué hay que ser idiota —contraataco con des-dén—. Para ir por la calle tan tranquilo con esa cara de gilipollas que Dios te ha dado.

Diego y Jessica se ríen al escuchar mi comentario. Toni se queda sorprendido ante mi osadía. No está acostumbrado a ese tipo de desplantes y menos aún que salgan de mi boca.

Jessica me estira del brazo.

—Vamos, que tenemos prisa —me

apremia.

Empezamos a andar, dejando a Diego y Toni atrás. Me vuelvo y digo— Diego, ¿te vienes con nosotras a... lo del teatro?

—Claro —responde sorprendido. Mira a Toni y dice— tío, me voy con ellas. Vamos a entregar el guión.

—Tengo unas ganas de veros hacer el ridículo —masculla Toni despreciativo.

Nos marchamos los tres, dejándolo atrás, sumido en su mal humor. Jessica todavía se está riendo.

En el escenario del salón de actos están apiñados todos los del grupo de

teatro. Álex está en el centro recogiendo los guiones.

—Mira, ya está de vuelta la estrella de la función —comenta jocoso Fran, el chico pelirrojo de los dientes de conejo.

Al oírle la mayor parte del grupo nos mira. Noto que algunas de las chicas me miran con cierta frialdad. Deduzco que, en realidad, se trata de la envidia que les corroe los intestinos y no las deja cagar a gusto, y por eso tienen esa cara de estreñidas. Yo he conseguido el papel de Sandy y ellas no. Aún así varios compañeros me preguntan si ya estoy bien y si tenía algo contagioso y virulento. Les cuento que ya me encuentro mucho mejor y que sólo era una faringitis estreptocócica. La verdad,

es que me siento un poquito abrumada por su interés, pues no estoy acostumbrada a que me hagan tanto caso.

¡Vaya, esto de ser la protagonista no está nada mal!

Saco la carpetilla rosa con el guión y el CD y se los entrego a Álex. Lo miro fijamente invitándole a que me devuelva la mirada, pero no me presta atención. Saca el taco de hojas de la carpeta y lo guarda con el resto que tiene en la mano.

Cuando termina de recopilar los guiones sostiene el montón de hojas en el aire delante de sus ojos y lo sopesa con la vista. Es un taco de al menos un centímetro de grosor. Ahí hay trabajo para un buen rato.

—Intentaré entre hoy y mañana

tener bastante claro la estructura básica del guión para poder empezar cuanto antes los ensayos. Aunque no sé si lo tendré terminado para esta semana. Hay mucho trabajo por hacer —comenta agitando el fajo en el aire.

—¿Quizás podríamos ayudarte? —se ofrece amablemente una chica, y añade dulcemente— para que vayas más rápido, Álex.

—Gracias por la ayuda —contesta—. Pero hay que unificar todos los guiones. Ahora mismo cada uno es hijo de un padre y una madre y voy a tener que darles el mismo formato a todos. Mañana procuraré tener al menos las tres primeras escenas para que tengáis entretenimiento estas vacaciones.

—No te molestes, si no nos hace falta, ya estamos muy entretenidos — comenta alguien en tono socarrón.

Todos empezamos a reír, incluso Álex. ¿A quién le apetece estudiar en Navidad? La Navidad es tiempo de disfrutar y pasarlo bien, no de estudiar ni trabajar.

—Vaya, ya veo lo mucho que os apetece trabajar estas vacaciones.

—Ningunas —suelta el mismo gracioso que ha hecho el comentario antes.

—Bien —sonríe Álex—. De todas formas lo traeré para aquellos que tengan un poco de tiempo de sobra entre fiesta y fiesta. No será mucho lo prometo—. Al decir esto último dibuja

una sonrisa pícaro en los labios.

¡Madre mía, qué bueno está!

Yo sí pienso dedicar mi tiempo a estudiar la función. Será un placer. Ensayaré todos los días con Jessica hasta que me salga perfecto. Cuando volvamos después de Navidad, todos se quedarán deslumbrados al ver mis progresos. Nada de hacer el ridículo nunca más. Van a alucinar conmigo.

—Bien, no os entretengo más — dice Álex mirando su reloj de pulsera —. Hasta mañana.

Me quedo mirándolo esperando que me llame y me diga que me quede un momento para hablar con él, pero no lo hace. Empieza a guardar sus cosas en el maletín.

Ralentizo mis movimientos intentado detener el tiempo infinitamente y postergar así mi marcha.

Jessica me mira con exasperación desde la puerta.

—¡Vamos ya, que pareces una tortuga!

La chisto. La discreción no es lo suyo.

—¿Vienes ya o qué? —insiste.

Miro a Álex por última vez. Una chica se le ha acercado, la misma que antes se ha ofrecido tan amablemente a ayudarle, y hablan animados. ¿De qué están hablando? ¿Quién se habrá creído esa pectorra que es para hablar con mi Álex?

—¡Jessica, espera! Ya voy.

Empiezo a correr hacia ella.

Diego está esperándonos en la puerta de la calle. Tiene las mejillas sonrosadas por el frío y mira atentamente un punto lejano. Parece completamente absorto en sus pensamientos.

—Oye, pues... no está nada mal — comenta Jessica entre risitas.

—¿Quién?

—La rana.

—¿Qué rana?

Más risas.

—Gustavo.

—¿Qué Gustavo? ¿Qué dices? — pregunto molesta con tanta adivinanza.

—Joder, pues Diego. Ahora que lo miro no está nada mal.

Ya empezamos con lo de siempre. Jessica tiene la fastidiosa cualidad de fijarse en los chicos que a mí me gustan. Basta con que yo diga que alguien me parece que es monísimo para que a ella también se lo parezca. Un chico puede ser el gusano más insignificante de la tierra para ella, pero si yo digo que me atrae, por arte de magia, se convierte en una mariposa. Con Diego, claro está, no va a ser diferente.

—Y pensar que hace una semana lo odiabas —susurra Jessica.

—No digas eso, no es verdad —contesto bajando la voz y le hago un gesto para que se calle.

Superexcitante y algo más

Hace tres días que comenzaron las vacaciones de Navidad. La libertad es absoluta, los aires de fiesta se respiran en cada bocanada, pero lejos de lo que pueda sentir el resto del mundo, yo no puedo sentirme más desgraciada de lo que me siento. Álex no me ha hecho ni puñetero caso desde que me incorporé a la rutina habitual de ir a clase y a los ensayos del teatro. Me da la sensación de que del flechazo inicial no queda ni la estela disgregada en el cielo. Se ha esfumado por completo. Me había hecho ilusiones con él, no lo voy a negar, pero tras siete días de señales *pasodetí*, es decir: ausencia de miradas

significativas, nada de citas al término de la clase, ni un maldito mensaje o llamada telefónica, empiezo a encontrarme mal, realmente mal. Ya sé que soy ridícula y que mi sufrimiento no tiene sentido, porque entre nosotros no había pasado nada... —suspiro de pena— todavía. Pero yo pensaba que iba a pasar. De forma inminente. De verdad lo creía, tenía motivos para hacerlo. Pero supongo que se lo ha pensado mejor y quiere que él y yo seamos lo que estrictamente somos: un profesor y su alumna. Es decir, una relación imposible de amor. Tal vez, sea mejor así.

—Estoy preocupada por ti —dice Jessica teatralmente—. No me comes,

no me duermes... —sonríe—...no me follas, tía, un desastre

—Estoy enferma de amores —gimo—. Tú en cambio estás estupenda —cambio de tema, no me apetece hablar de Álex.

—La verdad es que sí. Raúl es un cielo. Me ha pedido quedar.

—Pero que no sea esta noche —le advierto.

—Pues claro, mis amigas son algo sagrado para mí. No me pierdo la fiesta ni loca.

Este año invocando a casi mi mayoría de edad he convencido a mis padres para que me dejen salir en Nochebuena. El plan es cenar en casa de mis abuelos en compañía de toda la

familia y luego ir a una discoteca con mis amigas. El trato es llegar antes de las cinco a casa. Mi intención evidentemente es retrasar ese momento todo lo que esté en mi mano y mucho más.

El plan no puede ser mejor. Además hemos pillado entre todas un gramo de speed. Somos cinco amigas para compartir, así que en realidad no saldremos a mucho, quizás dos o tres rayas. Es la primera vez que me drogo y no me gustaría pasarme. Me han dicho que es muy fuerte y te pone en órbita toda la noche. Me da un poco de miedo, pero tengo curiosidad por saber qué efectos me producirá. Aunque, bien pensado, bastante tengo ya con los

ciegos que me pillo con el alcohol.

No sé cómo lo hago pero siempre que tengo cena de clase me pongo hasta arriba de sangría. Luego no tengo ningún problema en echarme al cuerpo dos o cuatro u ocho chupitos de tequila. Por supuesto, haciendo el ritual completo de la sal y el limón, ¡si no, no sube! Es divertido en el momento, pero no me sientan nada bien. Sin embargo, cada vez que me pongo ciega me parece una idea fantástica beber chupitos de tequila hasta devolver la bilis. El caso es que siempre acabo tirada en un desafortunado escalón vomitando, pero lo peor llega al día siguiente, cuando me levanto con una resaca de muerte. Lo de levantarse es un decir, prácticamente no

puedo salir de la cama y me arrastro como un gusano a todos los sitios. Aparte de la angustia general, el dolor de cabeza es criminal, me fusila el cerebro dejándome cao. Es evidente que el alcohol y mis neuronas están absolutamente reñidos, pero no lo puedo evitar, cada vez que me voy de cena se me olvida y me pongo hasta que rezumo por las orejas.

—Jessica, ¿has quedado ya con éstas?

En total somos cinco amigas, como El Club de los Cinco pero sin perro: Jessica, Sonia, Andrea, Carla y yo. *Las Masqueperras*, nos gusta autodenominarnos. No es que seamos un grupo muy numeroso que digamos, pero

al menos somos un grupo bien avenido.

Sonia tiene dieciocho años y trabaja en una peluquería. Mejor dicho, la explotan en una peluquería. Tiene una jefa extremadamente cruel que la hace trabajar hasta reventar los higadillos. ¡La odiamos a muerte!

Carla y Andrea son gemelas. Nuestras Olsen particular. No pueden ser más iguales por fuera que distintas por dentro. Una de ciencias y la otra de letras. Una escandalosamente descarada y la otra más tímida que una mariposa, una lesbiana y la otra hetero, pero las dos son muy listas a su manera; Carla estudia primero de Ingeniería Química y Andrea está en primero de Filología, Traducción y Comunicación.

Resumiendo, un par de cerebritos pelirrojos.

A ellas tres las conocí a través de Jessica, pues todas eran amigas desde pequeñas. Lo de Jessica, fue amor a primera vista, no me entiendas mal, no en el sentido romántico sino en el de la amistad. La conocí en mi primer año de instituto. Ella repetía curso y se sentía un poco fuera de lugar con todos los *pollos*. A mí, por desgracia en aquel momento, y hoy por hoy por suerte, no me había tocado con ninguna de mis amigas *de antes*, así que no conocía a nadie. Nos sentamos juntas el primer día del curso tras comprobar que éramos las únicas de la clase que no teníamos con quien emparejarse. Nada más conocerla

supe que nos llevaríamos bien. En seguida me puso al corriente de todas las cosas de vital importancia para sobrevivir en el instituto: los apodos de los profesores, dónde se fumaba, dónde se iba cuando te pelabas la clase y por supuesto el ranking de tíos cañonazo. Por aquel entonces, Andrea y Carla también iban al instituto, pero habían pasado a segundo. Sonia, sin embargo, iba a un colegio privado. Tanto Andrea, como Carla y Sonia me cayeron igual de bien que Jessica desde un principio. A menudo insistían en que saliera con ellas, pero yo no quería dejar a *mis amigas*. Me sentía mal, como si las fuera a engañar. Pero un día decidí que si quería ser feliz en esta vida tendría

que tomar muchas decisiones importantes, y que no siempre sería fácil decidir. De la noche a la mañana cambié de amigas, sin dar explicaciones a nadie. Fue una de las mejores cosas que he hecho en mi vida y me alegro porque nunca me he arrepentido de aquella decisión.

—No, todavía no, luego les envío un *WhatsApp*. Están como locas por lo de esta noche —responde Jessica.

—¿A quién se lo ha pillado Sonia?

—A un amigo de su hermana mayor.

—¿No será malo? —pregunto preocupada.

—Noooo, me ha dicho que es de confianza —dice en tono tranquilizador.

—¿Seguro? —pregunto de nuevo,

sin creérmelo demasiado.

—Sí —me asegura poniendo cara de resignación—. ¡Oye que nadie te obliga a hacerlo!

—Ya lo sé, pero es que me da un poco de yuyu.

—Qué no pasa nada. Todo el mundo lo hace.

—¿Quién es todo el mundo?

—Pues todos. Si no es speed, es cristal, y si no, pues coca u hongos, o yo que sé. Eva, todo el mundo consume drogas cuando va a las discotecas. Es lo normal.

¿Es posible que todo el mundo se drogue? ¿Es lo normal? ¿Si no lo haces eres un bicho raro? ¡Ay, Dios! No puedo evitar estar preocupada. Tengo

curiosidad por probarlo y que nadie tenga que contarme qué es, pero ¿y si me engancho? Me convertiré en drogadicta. ¡Eva, ¿es qué no tienes bastante con ser chupitoadicta?!

Unas horas más tarde toda mi familia canta al son de un CD navideño. A estas alturas de la noche, además de haber nacido el niño Jesús, nosotros hemos bebido ya más de la cuenta. Primero vino durante la cena, luego cava en los postres y ahora unos chupitos de licor para acompañar el café. Mi perdición.

Se acerca el mejor momento de la noche: el reparto de los aguinaldos. Este

año espero al menos recaudar ciento cincuenta euros. Cuando era pequeña mis padres ingresaban directamente el dinero en una cuenta corriente pero ahora dejan que me lo quede. Normalmente lo utilizo para comprar algunos regalos y darme un gustazo.

La elección de este año ya está hecha. Le tengo echado el ojo a una cazadora de piel negra. La vi hace una semana en Stradivarius. Desde el primer momento en que nuestras vidas se cruzaron supe que tenía que ser mía. La vi al instante de entrar en la tienda. Estaba colgada entre otros trapos. La cogí con las dos manos y la abracé como si se tratara de un cachorrito, era muy blandita y comfortable. Me la puse y

encajó a la perfección sobre mi cuerpo. Parecía hecha a mi medida, como si estuviese confeccionada expresamente para mí. La deseé con toda mi alma. Me dije que tenía que ser mía como fuera. No es que fuera demasiado cara para ser de piel pero aun así no me la podía permitir, así que no me la compré. Ya sabes que sólo soy una pobre estudiante de diecisiete años. Vivo de las limosnas de mis padres.

Por fin llega el momento más esperado. En mi familia existe un ritual bien arraigado entre nosotros, mejor conocido como el besa y pilla. Mis tíos, padres y abuelos se ponen en fila india con los billetes en la mano. Uno a uno todos los primos vamos pasando por

delante de ellos. El protocolo es sencillo: yo te doy a ti dos besos y tú me das la pasta gansa.

Esta noche en primer lugar están mis tíos Paco y Elena, dos besos a cada uno y treinta euros. En segundo lugar están mis tíos Rafa y Susana, y otros treinta a la *butxaca*[\[12\]](#). A continuación, Juan y Encarni y otros treinta. Mis padres y... treinta más y finalmente mis abueletes cuatro besos más y... treinta para llenar el bote. No está mal por veinte besos de nada. Ojalá todo fuese así de fácil en esta vida. En total yo había previsto ciento cincuenta, y en mi bolsillo ahora hay ciento cincuenta euros, y es que en mi familia no fallan ni las matemáticas ni la lógica.

Pero el ritual no termina aquí. Hace unos pocos años les resultaba muy fácil pasarlo bien a nuestra costa. Por veinte duros no faltaba primo que les hiciese *el abuelo*, pero conforme nos hemos hecho mayores cada vez somos menos *primos* y nuestro caché ha aumentado.

Lo de hacer *el abuelo* es una tradición que no consiste ni más ni menos que en bajarse los pantalones y calzoncillos o bragas según el sexo del *primo* y bailar el archiconocido *Abuelito dime tú* de Heidi agitando nuestras partes pudendas. Claro, esto con menos edad y menos pelos en las susodichas partes resultaba gracioso y divertido pero a nuestras edades resulta más bien patético y obsceno. Sin

embargo, nuestros padres se empeñan en que año tras año les hagamos algún que otro numerito. Como ya ninguno de nosotros se vende por un cochino euros hace dos años decidieron hacer un bote de cien y dárselo a aquel que hiciese el mejor espectáculo. Y este año el bote va a ser mío.

Empieza el espectáculo. Mi primo Fran, el de mi tía Susana, no quiere entrar en competición. Está trabajando ya en una consultoría y no le hace falta el dinero. Yo no sabía que lo de ser consultor fuera una profesión y mucho menos lucrativa, pero la verdad es que me parece muy interesante que a uno le paguen por dar sus consejos. El caso es que Fran es consultor, y muy bueno,

según mi tía Susana.

Mis tres primas pequeñas, todavía en edad de hacer *el abuelo* pero bastante más espabiladas que nosotros a sus años, interpretan una canción de *Violeta*, y resultan graciosas, sí, pero no lo suficiente.

Mi hermano Pablo y Fran, el de mi tío Paco, hacen un squetch de José Mota. No está mal el intento pero no son competencia.

Mi prima Elena y yo este año hemos decidido actuar a dúo. Después de todo cincuenta euros para cada una tampoco está nada mal.

Los disfraces están listos y esperando en la habitación. Nos vestimos en un segundo. Primero sale mi

prima. Nada más verla todos empiezan a partirse de risa. El éxito está asegurado. Lleva puesto lo más gárrulo que hemos encontrado en la tienda de los chinos del barrio. La falda de lunares le llega justo por debajo de las rodillas, la medida exacta para que asomen sin problema unas medias calcetín negras llenas de patatas. La camisa la hemos encontrado en el baúl de los recuerdos de la abuela y es naranja estampada de flores. La lleva medio abierta dejando asomar sin ningún tipo de pudor unas tetas inmensas de pega. Una peluca negra a rulos sujetos con una redecilla y un muñeco colgando del hombro *amorrao* a un pezón son el punto y final de su disfraz. Empiezan los compases de la canción de

Pimpinela.

—*¿Quién es?* —entona Elena.

—*Soy yo* —respondo desde la habitación.

—*¿Qué vienes a buscar?*

—*A ti.*

Y salgo a escena. Todos estallan en una sonora carcajada al verme. Mi cabello de normal largo y castaño se ha convertido en una elevada cresta negra y patilluda. La camisa negra semitransparente deja entrever un pecho cubierto de una maraña de pelos, que por supuesto son postizos. Remato la vestimenta con unos pantalones blancos, también sacados del baúl de los recuerdos. Son ajustados, hasta la insensibilidad, en las ingles, culo y

muslos y acampanados en los bajos. ¡De verdad, ni en mi peor pesadilla puedo imaginar a mi tío Paco con estos pantalones! Parezco una versión supercutre de Toni Manero. Empezamos a hacer el numerito al tiempo que cantamos la canción lo suficientemente alto como para anular el play-back.

Mi abuela casi se mea de la risa cuando hago un gesto obsceno con las caderas, en plan «*give me, give me, give me your love this night*» de Abba, a la vez que canto: *en busca de emociones un día marché*.

Al terminar la canción la ovación es absoluta. Estoy muy satisfecha con nuestra actuación. Creo que nos hemos ganado merecidamente los cien euros.

—¿Qué es eso negro que llevas en la cara? —pregunta Jessica.

—¿El qué? —digo mirándome con detenimiento en el espejo.

—Esto —dice, apoyando su dedo en mi sien derecha y arrastrándolo por el pómulos dejando tras de sí un borrón negro.

—Resto de una patilla.

Saco un kleenex del bolso y me limpio el manchurrón.

—¡Ah, sí! ...del disfraz, ¿qué tal ha ido?

—De maravilla, soy doscientos euros más rica que esta tarde.

—Tía, tu familia es superguay, la

mía no me da ni para pipas.

La miro suspicaz, miente como una bellaca, su padre le envía un montón de pasta todos los meses, pero no le replico. Total, a mí me da igual.

—¿Me dejáis el choni alguna? — nos interrumpe Sonia que acaba de salir de un váter.

—Sí, toma. Es rosa —informo a la vez que le paso el pintalabios—. ¿Has terminado?

—Pasa, rápido —dice Sonia haciéndose a un lado.

—Espera —me pide Jessica—, voy contigo.

Entramos las dos en el estrecho cubículo que hace de váter en la discoteca. Sobre la tapa del inodoro,

sólo la imagen ya da grima, hay pintadas dos rayas... minúsculas de speed.

—¿Tienes un billete?

—¿Para qué?

—Para el rulo.

—Ah, el rulo—. Saco un billete de diez y se lo doy. Me quedo mirándola intrigada.

Lo enrolla transformándolo en una especie de pajita. Se inclina sobre la raya y la aspira profundamente por la nariz. Me quedo alucinada. Es la primera vez que veo hacerse una raya en vivo y en directo.

—Toma, háztela tú.

Cojo el rulo que me tiende y miro la raya. Está frente a mí. Si lo hago ya no habrá vuelta atrás.

—Venga —me apremia—, no tenemos toda la noche.

Me inclino sobre ella, parece cosa fácil: sólo hay que aspirar fuerte. Pruebo. ¡Mierda!, no me entra. ¿Mi agujero es demasiado pequeño o yo soy un poco torpe?

—No me entra —me quejo.

—Prueba otra vez.

Aspiro otra vez y ahora sí que entra de lleno. El polvo me atraviesa el tabique nasal y va directo a mi garganta. Está amarga. ¡Uuaah! ¡Qué sabor más asqueroso! Me da una arcada. Me tapo la boca para reprimirla.

—No vomites —me advierte Jessica en tono amenazador—, no estamos para tirar el dinero.

—¿Acaso no es lo que estamos haciendo? ¡Qué asco!

—Sólo es al principio, bebe un poco y se te pasará.

—¿Y tú cómo sabes tanto? —pregunto extrañada. Pensaba que era su primera vez también.

Salimos del baño. La discoteca está atiborrada de gente. No cabe ni un alma en la pista de baile.

—Vamos a pedir —dice Jessica.

Asiento con la cabeza y la sigo mientras se dirige hacia una barra del piso inferior. Todavía de vez en cuando me vienen arcadas. De momento, esto no me está gustando nada de nada.

—¿Qué bebes? —pregunta Jessica.

—No sé, ¿ginebra con naranja?

—¡Puaaj, qué asco!

—Entonces, ¿qué pido?

—¿Ron con cola...?

—Vale, pide dos.

Jessica se inclina en exceso sobre la barra, ofreciendo un escaparate fabuloso de sus tetas al personal. Levanta el brazo para llamar la atención de un camarero bastante guapo que está en la otra punta, e ignora a la chica que está sirviendo a sólo un metro.

—¡Hola! —me saluda un tío que está a mí lado.

—Hola —contesto volviendo el rostro para ver quién me habla. Casi me mete la cresta en el ojo.

El tío en cuestión es el típico mascachapas. Mucha masa muscular y

poco cerebro. Lleva una camiseta ajustada sin mangas que le oprime todos los músculos del cuerpo. Los brazos parecen dos mazas a punto de reventar. El corte de pelo no tiene desperdicio: muy corto por los lados y al centro surcando su cabeza desde la nuca hasta la frente una cresta teñida de rubio. Es la clase de tío que me produce una repulsión vomitiva nada más verlo. Lo peor de todo, si con lo dicho no es suficiente, es que me llega por debajo de la barbilla, así que no me queda más remedio que agachar la cabeza muchísimo, con riesgo de pillar una dolorosísima tortícolis, si quiero escucharle bien.

—Me llamo Jaime, ¿y tú? —se

acelera.

Sin darme tiempo ni a pestañear me estampa dos besos en las mejillas.

—Eva —me presento, entre beso y beso.

—Pues Eva, a mi amigo le molas — comenta señalando a un chico desgarrado que está a unos dos metros de nosotros bailando convulsivamente.

—Ah, qué bien —suelto con desinterés, acentuándolo con un sonoro bostezo.

—¿Qué? ¿Te gusta a ti?

—¿Qué si me gusta? —repito como una estúpida. Miro a su amigo durante medio segundo y respondo con convicción— pues no.

—Pero si no lo conoces... —

replica a la vez que apoya suavemente una mano encima de mi hombro.

Lo miro con desprecio, primero su mano y luego su cara. No estoy dispuesta a aguantar a semejante individuo ni un segundo más.

—Ni quiero —respondo con sequedad y agrego— ¡hala, a volar, que corra el aire!

Me mira atónito, como si no pudiera creerse lo que le estoy diciendo, pero me suelta el hombro de inmediato.

—Hola —nos interrumpe Jessica. Pasa por delante de mí como una segadora y le planta al mascachapas un sonoro beso en cada mejilla—, me llamo Jessica.

El mascachapas sonríe ampliamente

y me mira con complacencia. Luego mira a Jessica y dice— hola, soy Jaime, ¿os venís ahí con nosotros?

—¿Dónde es ahí? —pregunta Jessica.

—Ahí —señala a su amigo, que ahora parece que está sufriendo un ataque epiléptico.

—Claro, vamos Eva —dice Jessica al tiempo que me engancha del brazo y me pasa el cubata—. ¿Qué mono, no? —me susurra al oído.

—Más que mono, gallina, diría yo —me burlo—. ¿Estás loca o qué?

Su amigo al ver que nos acercamos deja de bailar, para descanso y alivio de todos los que están a su alrededor. Me mira sonriente y me cuesta horrores

reprimir el vómito. Su boca por increíble que parezca no se cierra del todo y su lengua cuelga obscena como un péndulo quedando ligeramente visible entre los labios. Es repugnante. Parece una oruga poniendo huevos.

—Eh, tía, ¿qué pasa? —saluda con entusiasmo y me lanza una mirada lasciva. ¡Madre mía, qué asco!—. Yo Gato —se presenta dándose una fuerte palmada en el centro del pecho. ¡Hay que joderse! Me quedo esperando a que diga —tú Jane—. ¿Me das? —me señala mi cubata.

Le acerco el vaso, no muy segura de en realidad querer hacerlo. Lo coge y da un trago profundo. Veo como el nivel baja y baja. Cuando termina de beber me

devuelve el cubata casi vacío. ¡Qué morro! Pero al observar el cerco de babas que ha dejado untado en el borde del vaso me alegro de que no haya nada que beber. ¡Madre mía, qué tío más vomitivo!

—¿Quieres? —le ofrezco el cubata al mascachapas.

Me mira sorprendido, pero acepta mi invitación. Le paso el cubata y se lo lleva a la boca. Sus labios caen justo encima del nido de babas que acaba de dejar su amigo tarzán hace un momento. Lo apura hasta el fondo incluido mocos y saliva. ¡Buaahhhh!

—Ah, qué rico estaba —dice devolviéndome el tubo vacío.

Miro a Jessica con desesperación.

Está tan campante bailando con tarzán. Lo peor de todo es que lo imita y los dos parecen dos anguilas electrocutadas.

—¿Tú no bailas? —me pregunta el mascachapas.

—No.

—¿Por qué?

Suspiro. ¡Qué paliza es el tío!

—Porque no.

—Deberías.

—¿Por qué?

Lo miro curiosa.

—Seguro que lo haces de miedo.

Tienes un tipo increíble.

Sonrío complacida. Un piropo de vez en cuando no le viene mal a nadie. Aunque provenga de un mascachapas ciclado más de la cuenta.

—Gracias.

—Perdona por lo de antes... por haberte entrado así —se disculpa—, pero es que cuando te he visto en la barra, he pensado que eras la niña más guapa que había visto en toda mi vida.

Vaya, estoy impresionada. El mascachapas es un romántico.

—Gracias.

Jessica sigue bailando con tarzán. Parece que lo está pasando bien. Me acerco a ella y me pongo a bailar a su lado. El mascachapas viene detrás de mí y se une a nosotros.

—¿Nos vamos? —pregunto a Jessica.

—¿Dónde?

—Pues con estas, están arriba.

Vamos con ellas.

—¿No te molan estos tíos?

—¿Estás loca o qué? A decir verdad, no mucho.

—Pero si es monísimo...

—¿Cuál de ellos? —pregunto mirándola estupefacta—. ¿La gallina esteroide o el tarzán epiléptico?

—Está bien, ¡qué pesada! —exclama poniendo los ojos en blanco.

Jessica se acerca al mascachapas y le susurra algo al oído. Éste empieza a reírse convulsivamente como si le hubiesen contado el chiste más gracioso del mundo. Entonces Jessica viene hacia mí y me dice poniendo voz de resignada total— venga, vámonos, pesada.

Arriba están Andrea, Carla y Sonia.

Con ellas hay un grupo de tíos. Éstos al menos llevan peinados normales, pero deben proceder, con toda seguridad, de una tribu de pigmeos descoloridos, pues ninguno me llega al sobaco.

Y es que lo peor de medir un metro setenta y cinco, como es mi caso, es que cuando una se pone tacones la mayoría de los chicos se quedan enanos.

—¿Dónde estabais? —pregunta Andrea riendo y sin dejar de bailar.

—Abajo, pidiendo unos cubatas —contesta Jessica—. ¿Y éstos quiénes son?

—Unos amigos de Carla de la facultad. Venid que os los presente —se ofrece Sonia.

En total son siete, como los siete

enanitos. Sonia nos los presenta a todos, uno por uno. Cada beso que doy es más bajo que el anterior. El último de los chicos no debe medir más de metro cincuenta. ¡Dios los cría y ellos se juntan!

—Eva, ¿quieres tomar algo? —me pregunta Ximo, el más bajito de todos, desde el submundo.

—Vale—. Le sonrío—. Un ron con cola.

—¿Me acompañas a pedir?

—Está bien.

Ximo me coge de la mano y tira de mí a través de la gente en dirección a la barra más próxima. Dejo que me arrastre sin ofrecer ninguna resistencia.

—Un ron con cola has dicho, ¿no?

—Sí, eso he dicho. Y tú, ¿qué tomas?

—JB con naranja.

—¿Está bueno?

—Sí, aunque... no tanto como tú, claro —me suelta de sopetón, y se gira rápidamente hacia la barra.

Ajiplática me quedo al oír aquello. ¡Madre mía, esta noche estoy que me salgo!

Ximo se pone a charlar con la camarera.

Yo mientras comienzo a bailar, la música está muy bien. El ambiente está muy animado.

Ximo me pasa el cubata. Le doy un generoso trago. Estoy muerta de sed.

—Huy, qué sed tenía —confieso

sonriendo.

—¿Quieres un chupito?

—¿Qué si quiero un chupito?

Chaval, tú no sabes con quien estás hablando: yo soy la reina de los chupitos —declaro orgu-llosa—. Vale, que sea de tequila.

—¿Tequila? —repite sorprendido—. Venga sí—. Y aúlla como un mariachi y se echa a reír.

Pide dos chupitos de tequila y nos los bebemos de un trago.

Nos pasamos un buen rato hablando. Es un tío muy simpático. Mientras, caen otro cubata y otros dos chupitos. Empiezo a encontrarme un poco mareada, pero me lo estoy pasando en grande. Ximo se sabe unos chistes

divertidísimos.

—¿Sabes lo que utilizan las valencianas en lugar de tampones? —pregunta sin parar de reír.

—No, ¿el qué? —pregunto entre risas.

—Fartons Polo[\[13\]](#).

Empezamos los dos a partirnos de risa de nuevo. No puedo dejar de reír. Este tío es graciosísimo.

—¿Otro chupito? —sugiere Ximo.

—Vale, pero a éste invito yo.

Nos sirven dos chupitos más. Brindamos *por Méjico lindo* y nos los tomamos de otro trago. La cabeza me da vueltas como una noria, pero me lo estoy pasando fenomenal.

—¿Qué haces? —le pregunto.

—Beber chupitos —responde riendo.

—No, tonto, en tu vida.

—Hummm, estudio segundo de medicina.

—¿De verdad? ¿Te gusta?

—Mucho. Y tú, ¿qué estudias?

—Ahora mismo voy al instituto, pero voy a ser actriz.

—Podrías ser modelo si quisieras.

—No quiero ser modelo, quiero ser actriz —replico un poco molesta por el comentario.

—Eres muy guapa —me piropea cogiéndome por la cintura.

No sé si me agrada mucho que se tome esas confianzas conmigo. Me cae bien. Es divertido tomar chupitos y

contar chistes con él, pero lo de cogerse no es nada guay. Me deshago sutilmente de su mano, pues no quiero molestarle, y le propongo— vamos a bailar con los demás.

—¿Otro chupito para el camino?

—Claro.

Ximo pide otros dos chupitos, que no tardan ni medio segundo en caer.

Vuelve a cogerme de la mano para dirigirme entre la gente hacia nuestro grupo. Cuando nos reunimos con el resto. ¡Madre mía! Esto parece Sodoma y Gomorra. Sonia está besándose a saco con uno de los pigmeos en medio de la pista. Jessica baila en plan *dirty dancing* con el mascachapas, Andrea se ha esfumado, desaparecida en combate,

y Carla está simplemente charlando con otro de los enanitos.

Ximo se queda mirándome complacido y se acerca con cierto aire seductor. Me ciñe la cintura con las dos manos. ¿Se supone que ahora tengo que besarle? ¡Ni loca! Llámame superficial si quieres, pero no me gusta mucho que me vean amorrada a un tío que no me llega ni al sobaco. Lo empujo sin apenas hacer fuerza pero basta para lanzarlo despedido hacia atrás, con tan mala suerte que resbala con algo del suelo y cae de culo. Me siento fatal al verlo tirado. Mueve los brazos y las piernas frenéticamente como si fuera un escarabajo panza arriba tratando de darse la vuelta.

—Perdona Ximo —me disculpo
tendiéndole la mano para ayudarle a
ponerse en pie—. No quería empujarte...
tan fuerte.

—No te preocupes, no ha sido nada
—farfulla mientras se levanta, pero
rehúsa mi mano desdeñosamente.

—¿Estás bien? —me preocupo. Me
cae bien el chico.

—¿Por qué me has empujado? —
pregunta en tono enfadado.

—Lo siento, de veras.

—¿Estás loca? —grazna—. Llevo
toda la noche invitándote a cubatas y
chupitos, por no decir el rollo que te he
aguantado—. Me mira con desprecio y
añade— y ahora no quieres nada
conmigo.

Lo miro asqueada, pero ¿qué se cree esta especie de enano narizón? ¿Qué me tengo que liar con él sólo porque me ha invitado a tomar algo? ¡Será cerdo! Estoy tan alucinada con el cambio que ha experimentado Ximo en cuestión de segundos que no sé qué decir.

—Perdona, ¿qué has dicho?

—Eres una calientapollas.

—Y tú un cerdo.

Me doy la vuelta en redondo y escapo de él. No sé adónde ir. Mis amigas están todas con la boca y manos ocupadas y yo no conozco a nadie más en la discoteca. ¡Mierda!

Consulto el reloj con desesperación. Las tres y media. ¡Madre

mía! ¿Qué hago ahora?

Miro a Jessica. Tiene la lengua del mascachapas completamente metida dentro de una oreja.

Me acerco a ella.

—¡Jessica!—. Le estiro bruscamente del codo para llamar su atención.

Me mira confundida, como si no supiera quién soy, el mascachapas no se aparta de ella. Tiene una mano sobre su cadera y la masajea peligrosamente en dirección a las tetas.

—¿Qué quieres?

—Me aburro.

—¿Y Papa Pitufo? —pregunta con sorna.

—Me ha dejado tirada al descubrir

que no quiero liarme con él.

—¿Por qué?

—Yo qué sé. Se habrá molestado.

Supongo.

—No, que ¿por qué no te has querido enrollar con él?

—¿Estás loca? —replico.

—Joder, Eva, eres muy exigente —susurra—. A todos les pones pegas.

¿Está loca o qué? Yo no soy tan exigente, pero desde luego no pienso liarme con ninguno de los babosos que he conocido esta noche: ni con el tarzán epiléptico, ni con el mascachapas ciclado ni con el pigmeo narigudo. Tengo criterio y desde luego no estoy tan hambrienta.

De repente, el mascachapas aparta

la boca del pabellón auricular de Jessica. Me mira y dice con sorna— es verdad, a todos les pones pegas, Eva.

—Tú cállate, ¿quién te ha dado vela en este entierro?

Se encoge de hombros y vuelve a lo suyo, es decir, hacer una limpieza exhaustiva de los oídos de Jessica.

—¿Por qué no te haces otra rayita? —me sugiere Jessica encogiendo el cuello por las cosquillas que le produce la lengua babosa del mascachapas.

—¿Yo sola? —pregunto sorprendida.

—Sí, tú sola. Toma —me tiende el bolso irritada—, está todo ahí dentro.

Cojo su bolso con desgana, no es que me mate drogarme, pero qué más

puedo hacer.

Me voy al váter y me enchufo una *rayita* bien gorda. Ahora sí que voy a entrar en órbita.

Cuando regreso el panorama no ha cambiado mucho. Es incluso peor. Mi *ligue* ha encontrado otra chica a quien torturar, y yo estoy más sola que la una. A lo mejor sí que soy un poco exigente. ¿Qué tiene de malo Ximo? Es un tío muy simpático e inteligente, estudia medicina y todo. Pero la verdad es que enrollarme con él me apetece menos que beberme un vaso de mierda líquida.

Me pido otro cubata. El ron con cola es un buen descubrimiento. Lo mejor de la noche.

Comienzo a bailar. ¡Oye, esta

música está genial! ¡Toma! ¡Venga! ¡Y una vuelta! Uuuuh. Me siento superbién. Mis pies parecen flotar, a pesar de los taconazos. Me tiro cerca de una hora bailando sin parar. El sudor me cae a raudales por la frente y me nubla la vista, pero me da igual. Me encuentro estupendamente.

Voy a la barra y me pido otro cubata de ron con cola.

Uf, qué mareo. La cabeza me gira sin parar cuando dejo de bailar. Miro la hora: las cinco menos veinte. Doy un trago al cubata y una arcada me sube por la garganta. Me tapo la boca con la mano. No, Eva, no. No puedes vomitar aquí delante de todo el mundo. Engancho el vaso y me dirijo a trompicones al

servicio.

—Eh, ¿dónde vas tan deprisa? —
grita un chico.

Noto una mano que me agarra el hombro. No miro a su propietario. La aparto de un manotazo sin más dilación. No tengo tiempo para charlas. Tengo que llegar al váter cuanto antes.

—¡Eva!

Al oír mi nombre me giro en redondo. ¡Por fin! Alguien conocido en la disco con la boca libre.

Es Diego. Al verlo el corazón me da un vuelco y me invade una inmensa alegría.

—Ho...

No llego ni a terminar de pronunciar el saludo. Un fluido de

inmundicia sale disparado de mi boca cayendo directamente sobre la camisa de Diego, que se queda paralizado por la ducha fétida. ¡Madre mía, qué vergüenza!

—Perdón... lo siento —me disculpo ruborizándome.

—Yo más —dice y empieza a reír.

Increíble. Tiene la ropa cubierta de mis vómitos y todavía le quedan ganas de reír.

—Perdona —vuelvo a disculparme y empiezo a buscar un kleenex en mi bolso para limpiarle. Saco un par del paquete y le entrego uno.

Comienza a limpiarse. Yo también me limpio la boca y luego empiezo a retirarle alguno de los pegotes de

porquería que tiene esparcidos por parte del cuello y la pechera de la camisa, pero se trata de un vómito pegajoso que no quiere marcharse de su piel de ninguna de las maneras. Yo tampoco lo haría de ser vómito en este momento.

—Creo que iré al váter a lavarme con agua.

—Sí, mejor—. Le sonrío afligida—. Espera voy contigo.

Nos metemos cada uno en un servicio y cuando salgo veo que Diego me está esperando apoyado en la pared de enfrente, su mirada está fija en la pista de baile. Tiene varios mechones de pelo mojados pegados a la cara. Pero no me parece un sudoroso asqueroso, sino todo lo contrario: un tío muy sexy. Se ha

quitado la camisa y lleva una camiseta roja de manga corta que deja ver unos brazos bien formados, aunque lo justo, nada de en plan mazas. Se le ajusta al pecho vislumbrándose un cuerpo delgado pero fibroso.

De momento no ha percibido que lo estoy observando. Apura la cerveza que lleva en la mano y busca con los ojos un sitio donde dejar el casco vacío. Entonces me ve en la puerta del servicio, observándolo embobada. Me sonrío ampliamente.

Me acerco a él tambaleándome. El túnel se va estrechando.

—¿Te encuentras mejor? — pregunta en tono preocupado al observar mi cara de zombi.

—No mucho. Estoy muy mareada y veo algo borroso—. Suelto una risilla tonta—. ¿Y tú? ¿Te has podido limpiar bien?

—Sí. Eso espero—. Y sonrío torpemente.

—Espera, tienes algo ahí.

—¿Dónde? —pregunta llevándose la mano a la cara.

—Espera, te lo quitaré.

Saco un kleenex y empapo un extremo con la punta de la lengua, en plan madre. Me acerco a él, lo justo para que mi pecho roce levemente su brazo. Acerco el pañuelo a su mejilla y le limpio despacio un pegote de vómito inexistente.

—¡Ya está! —exclamo una vez

termino de hacer el paripé. Le sonrío pero no me aparto de su lado.

Diego está serio.

—¿Quieres tomar un agua? — pregunta apartando la cara. No me sorprende, mi aliento debe ser horriblemente apestoso.

—No, todavía me queda — respondo, levantando el cubata de ron con cola—. ¿Quieres?

—No estoy seguro —dice riendo, mientras se observa detenidamente los pies, me mira de reojo—, no parece que te haya sentado muy bien beber eso.

—En realidad han sido los chupitos de tequila.

Y las dos rayas de speed, pero eso no voy a contárselo.

Levanta los ojos y me mira con curiosidad. Está muy sereno y tranquilo. Me da rabia verlo tan sobrio. Yo por el contrario debo tener una pinta horrible. *Bueno*, al menos eso es lo que recuerdo tras la breve ojeada que he echado al espejo del servicio.

—¿Por qué siempre bebes chupitos si no te sientan bien?

—No sé, supongo que me descontrolo y me mola.

—¿Te gusta descontrolarte?

—Sí, como a todo el mundo supongo. Me desinhibo. Hago cosas que no sería capaz de hacer en otra situación.

—¿Como qué?

—No sé—. Me quedo pensando

durante unos segundos—. Bailar superguay, por ejemplo—. Y me pongo a contonearme a su lado, intentando que mis caderas rocen su cuerpo al moverme.

—Ya —suelta serio, y se aparta un poco.

¿Qué te pasa? ¿Eres de piedra?

—¿Tú no bebes nunca? —pregunto.

—Lo justo. Sólo cerveza.

—¿Quieres una? Te invito a lo que quieras —digo mirándolo tan fijamente como mi estado de ebriedad me permite—. Es lo mínimo que puedo hacer por ti, después de vomitarte encima.

Enarca una ceja y dibuja una mueca traviesa en sus dos caras.

¡Vaya! Pues no eres de piedra,

aunque apuesto diez euros a que tu abdomen lo parece.

—Vale, está bien.

Vamos a la barra y pido una cerveza para Diego.

—¿Con quién has venido? —pregunto.

—Con unos amigos.

—¿Y Toni?

Sonríe.

—Se ha quedado en la fiesta.

—¿Fiesta?

—Sí, hemos organizado una fiesta en el garito.

¡Ah, sí! Es cierto, el grupo de Diego y Toni tienen un garito alquilado. Siempre están ahí metidos haciendo cosas de machotes, supongo, como ver

fútbol, jugar al póquer, competiciones de escupitajos y concursos de cuescos, o peor, de eructos. Habían organizado una fiesta para esta noche y nos habían invitado, pero Jessica se negaba rotundamente a ir después de lo ocurrido con Toni.

—Y tú, ¿por qué no te has quedado... en la fiesta?

—No me apetecía.

—Ah.

Doy un trago profundo al cubata sin dejar de mirarlo por el rabillo del ojo.

—Y tú, ¿con quién has venido?

—Con mis amigas.

—¿Y dónde están? No las he visto.

—Enrolladas por ahí —digo, encogiéndome de hombros al tiempo que

compongo en mi cara una mueca de resignación.

—Y tú, ¿no te enrollas con ninguno?

Lo miro divertida. Esta conversación se está poniendo interesante. Doy otro trago al cubata.

—Puede...

—¿Puede? —repite—. ¿Qué significa eso?

—Pues... puede que sí o puede que no—. Le sonrío burlona—. Depende...

Me mira sorprendido. Abre la boca para decir algo, pero finalmente no dice nada. Le da un trago a su cerveza.

Apuro el ron con cola y de nuevo una arcada arrasa mi esófago en dirección a la boca. Reprimo el vómito de nuevo con la mano.

—¿Te encuentras bien? —pregunta con amabilidad.

—No mucho. Necesito aire —le confieso mientras me abanico la cara con la mano.

—Te acompaño a la puerta.

Me sujeta por los hombros. Diego es lo suficientemente alto como para hacerlo sin esfuerzo, y me guía hacia la entrada.

Nos sentamos en el escalón de un portal. Uno junto al otro. Diego todavía me tiene cogida por los hombros. Es de agradecer, hace un frío de muerte y yo sólo llevo puesto un diminuto top de tirantes. Empiezo a tiritar.

—¿Tienes frío? —pregunta tiernamente, mientras me protege el

cuerpo también con el otro brazo.

—Sí, mucho —digo acurrucándome contra su pecho. Enlazo su estrecha cintura con mis brazos y hundo completamente mi rostro en su cuello—. Me encuentro fatal —me quejo.

—Voy a por tu abrigo. Dame el ticket.

—No —murmuro. Aspiro profundamente su aroma a canela. ¡Madre mía, qué bien hueles!—. Quédate conmigo—. Lo aprieto un poco más fuerte.

—Vale.

Nos quedamos callados. Diego mira silencioso al suelo, mientras yo respiro su dulce y pungente fragancia.

—¿Cómo llevas la obra? —

pregunta de pronto.

Alzo la cabeza un poco y mi nariz choca contra su mandíbula, produciendo un sonoro chasquido, que nos hace reír.

—Todavía no he estudiado nada, pero tengo pensado meterme a tope esta semana. Pienso aprovechar bien las vacaciones.

—Sabía que te iban a dar el papel de Sandy —comenta pensativo, y agrega — me alegro. Lo hiciste mejor que ninguna otra.

—¿No crees qué hice el ridículo? —pregunto recelosa.

—¿Qué dices? ¡Estuviste sensacional! —exclama con entusiasmo —. En serio. Si quisieras podrías dedicarte a ser actriz. Te vi muy

desenvuelta en el escenario. De repente no eras Eva, eras Sandy. En serio me quedé impresionado. Me creí tu personaje al cien por cien.

—¿De verdad lo piensas?

—¡Claro que sí!

Levanto de nuevo el rostro, y mis pupilas tropiezan con las suyas. Diego aparta rápidamente la mirada.

—Pues lo cierto es que es precisamente lo que voy a hacer, quiero ser actriz... El otro día... encima del escenario tuve la experiencia más impresionante de toda mi vida. Al principio tenía miedo, pero luego me deje llevar y supe con claridad pasmosa que eso era lo mío, que había nacido para ser actriz. Fue superexcitante.

Diego me escucha atentamente en silencio. De repente, me siento muy unida a él. Siento que puedo confiar plenamente en su persona y contarle todos mis secretos. Me aprieto más contra su cuerpo. Oigo su corazón palpar con fuerza y sus latidos me adormecen mientras sus brazos me acunan.

—Eva —susurra.

Alzo la cara lentamente y de repente una bola de inmundicia sube con velocidad vertiginosa por mi garganta amenazando salir despedida desde mi boca a su cara. Me aparto bruscamente de Diego, para no vomitarle encima por segunda vez esta noche, y una cascada de porquería cae sobre el mármol

blanco del patio.

Miro asqueada el estropicio que acabo de hacer, avergonzada de que Diego haya vuelto a presenciar mi penosa actuación. Me limpio la boca con la palma de la mano mientras él me sujeta la melena, impidiendo que ésta se desparrame por mi cara y se pegue a mis vómitos. Me quedo con la cabeza gacha, muerta de vergüenza.

—¿Estás mejor? —pregunta preocupado, mientras me acaricia el cabello.

Niego con la cabeza.

—¡Vamos! —dice poniéndose en pie de un salto.

Me ofrece la mano y yo la acepto. Me levanto y lo sigo, lo seguiría hasta el

fin del mundo. Sin embargo, Diego sólo se dirige a la discoteca.

—¿Tienes frío? —pregunta deteniéndose en la puerta.

Asiento.

—¿Puedes esperar aquí un momento mientras voy a por los abrigo?

Vuelvo a asentar.

—Dame tu ticket de guardarropía. Enseguida vuelvo. No te muevas de aquí, ¿vale?

Asiento de nuevo con la cabeza. Diego me sonrío y me acaricia el pómulos dulcemente. Luego me da un breve beso en la mejilla y se marcha.

Cuando me despierto a la hora de

comer tengo un mareo horrible, me levanto como puedo de la cama, y me dirijo a trompicones a vaciar lo poco que me queda en el estómago. Anoche aún vomité tres veces más antes de llegar a casa. Casi no podía andar, así que tuve que ir a gatas. A Marqués le parecía divertido y se puso a correr arriba y abajo por el pasillo mientras yo me arrastraba rezando para que mis padres no se levantasen y me vieran en aquel estado tan lamentable.

Me metí en la cama y la verdad es que estaba muerta de cansancio, pero por más que cerrase los ojos, estos se empeñaban en permanecer abiertos. ¡Malditos! No había manera de dormir. Oía un siseo constante como si una

familia de abejas se hubiese mudado a vivir a mi cabeza.

Se hicieron las siete y luego las ocho. No sé muy bien en qué momento de la vigilia me quedé durmiendo, pero ya había salido el sol.

Me abrazo a la taza del váter mientras de mi boca sale en cascada un líquido espumoso y blanco con sabor amargo. ¿Así que esto es la bilis? Navidad de resaca. ¡Vaya regalito de Papá Noel! Me encuentro peor que mal. Los chupitos como siempre haciendo estragos en mi cabeza. Tengo la sensación de que alguien ha metido mi cabeza en una coctelera y empezado a bailar un puñetero reggaetón sin parar de agitarla.

¿Tímido o gay?

No he sabido nada de Jessica desde Nochebuena. La llamé un par de veces el martes y otras tantas el miércoles pero no tuve ningún éxito. Estoy preocupada. Ni un mísero *WhatsApp* en dos días. Nunca estamos más de tres días seguidos sin hablar. ¿Le habrá pasado algo?

Pruebo a llamarla otra vez. Empieza a sonar el teléfono. Uno, dos, tres, cuatro tonos y descuelga. ¡Aleluya!

—Hola Eva —saluda alegremente.

—¿Qué tal?

—De maravilla. Soy la mujer más feliz sobre la faz de la tierra y parte del universo.

La última vez que la vi estaba amorrada al mascachapas. Tal vez chupar esteroides produzca ese efecto de inmensa felicidad.

—¿Y eso?

—Ayer estuve con Raúl.

¿Raúl? ¿Raúl? ¿Raúl? ¡Ah, sí!, Raúl. Ya lo tengo.

—¿Qué tal te fue?

—Estupendo. Quedamos por la tarde para ir a tomar algo. Tiene coche—. Empieza a reír.

—¿Coche? —pregunto sorprendida.

—Sí, bueno, se le puede llamar así, aunque tiene más años que la Duquesa de Alba[\[14\]](#).

—No, idiota—. Me río—. Te lo digo porque pensaba que tenía diecisiete

años.

—Dieciocho —silabea con parsimonia—. Repitió curso hace tiempo.

—Qué bien, ¿no? Lo digo por lo del coche —puntualizo—, no por repetir.

—Sí, mucho mejor así. Me lo pasé muy bien con él. Me parto de risa. Conectamos mucho, creo que me entiende.

Comienza a reír de nuevo.

—¿Vais a volver a quedar?

Suspira profundamente.

—Creo que sí.

—¿Y el otro chico?

—¿Qué otro? —pregunta con voz de extrañada.

—Pues el mascachapas...

—¿Quién?

—El de la disco —aclaró.

—Ah, sí, nada —hace una pausa—.

Le di un teléfono falso.

—¿Por qué hiciste eso?, creía que te gustaba —pregunto curiosa. Jessica nunca deja de sorprenderme.

—Pues porque no me interesa.

—Cualquiera lo hubiera dicho viéndote como le explorabas las caries con la lengua.

Suelta una carcajada.

—Eva, ese chico sólo es un entretenimiento para pasar el rato. Ese tío no me mola. El que me interesa ahora es Raúl. Por cierto, ¿dónde te metiste luego?

—¿No viste mi mensaje?

—Sí, claro, si no todavía estaría buscándote por la disco. Le pregunté a tu amiguito Ximo y me dijo que te habías largado no sabía dónde y que ya no habías vuelto.

—Me encontraba mal y me fui a vomitar.

—Vaya, lo siento. ¿Qué tal amaneciste?

—Fatal, no fui capaz de estructurar frases con sentido hasta la noche, ¿y tú?

—Bien, me costó un poco dormirme pero me levanté como una rosa. Fuimos a casa de mis tíos a comer y estuve allí toda la tarde. Por la noche no me apetecía salir y por eso no te llamé.

—Ayer te llamé un par de veces pero no me lo cogiste —le reprocho.

—Se me olvidó el móvil en casa. Estuve toda la tarde con Raúl—. Hace una pausa—. Por cierto, besa genial. Nada salivoso y lengua en su justa medida, ni mucha, ni poca...

Me echo a reír mientras ella sigue con su explicación detallada de los besos de Raúl. Gracias a Jessica sé cómo besan unos cuantos tíos de mi pueblo. Gracias a Jessica sé que nunca besaría a Jacobo Martí. Uno de los chicos más populares del instituto pero que por lo visto se piensa que besar a una chica es como chupar un Calippo. Muerte por asquito profundo.

—Me alegro y tomo nota—. Me quedo callada unos segundos, he pensado mucho sobre lo que me dijo en

la discoteca y no puedo soportarlo más, la incertidumbre me tiene consumida. Tomo carrerilla y le suelto al fin— ¡Jessica!, ¿de verdad crees que a todos les saco pegas?

Se produce un silencio demasiado largo, seguramente esté pensándose una buena respuesta.

—No, no lo creo, pero tu idea de los chicos es mucho más romántica que la mía —me dice con su voz más amable—. Tienes un defecto muy grande y es que tiendes a idealizar el amor y eso hace que esperes demasiado de los chicos. Cuando la mayoría de ellos son unos lisiados emocionales y lo único en lo que piensan es en echarnos un polvo y poco más. Su cerebro es sencillo, ya que

tienen su única neurona trabajando en eso todo el tiempo. ¿Te acuerdas cuando nuestros amigos no hacían otra cosa más que jugar al fútbol? —se detiene, y yo asiento con la cabeza, aunque ella no puede verme—, pues piénsalo bien y date cuenta que nada ha cambiado para ellos, simplemente han cambiado el objetivo al que perseguir, ahora en lugar de un balón son dos bolas, y cuanto más grandes mejor. Ya me entiendes, nena. Los chicos de nuestra edad no están emocionalmente disponibles, sólo sexualmente. Yo me lo tomo con mucha filosofía, dado que no espero nada de ellos, más que divertirme, estoy inmunizada a su idiotez. Es fácil encontrar tíos con los que pasar un buen

rato cuando las expectativas no son altas, pero tú en ese aspecto eres diferente a mí. Parece que estás esperando una especie de príncipe azul, y no hace falta que te diga que ese tipo de tíos no existen en nuestro mundo, como mucho algún que otro sapo verrugoso con aires de grandeza — concluye con una gran énfasis en la voz.

—¡No es verdad! —protesto, yo no busco un príncipe azul.

—Sí lo es y lo sabes.

—Sólo pido que me guste... un poco —gimo—, ¿es mucho pedir a la vida?

—No, supongo que no, pero el problema es que para ti no hay término medio: o los pones en un altar o los hundes en la mierda.

—En Nochebuena estuve con Diego... —le revelo.

—¿Esa es mi Eva! ¿Te enrollaste con él? —pregunta curiosa.

—No. Me lo encontré camino del váter y le vomité encima.

Suelta una fuerte carcajada.

—¿Ves?, los hundes en la mierda. ¿Cómo fue? ¿Le vomitaste? No parece un plan nada romántico, desde luego.

—Sí, enterito, toda la camisa y parte de la cara —me río—, pero se portó muy bien conmigo, Jessica. Se quedó a mi lado mientras yo vomitaba una y otra vez.

—Qué mono —suspira Jessica—. ¿Y no intentó nada?

—No.

—¡Ese tío es gay!

—¿Por qué? —pregunto

desconcertada—. Diego no es gay.

—¿Cómo que por qué? Eva, te pusiste a huevo. Cualquiera otro hubiera aprovechado la ocasión.

—¿Tú crees?

—Pues claro que sí. Una tía como tú; borracha y disponible...

—A lo mejor es que no le gusto...

—Imposible. Eva eres un bombonazo. Una tía buena macizota. Si no hizo nada está claro que es gay.

¿Diego gay? La verdad es que se lo puse en bandeja. Le envié mensajes de quiero rollo contigo inequívocos: me insinué varias veces, me restregué contra él más de lo necesario, olisqueé

su cuello y abracé su cintura con fuerza. Y aun así no intentó nada conmigo. Pasó de mí. A lo mejor Jessica tiene razón y Diego es gay. La verdad es que nunca lo he visto salir con ninguna chica. Y tampoco tengo noticia de que haya tenido ninguna novia desde que lo conozco. Y de eso hace ya más de un año.

—El caso es que fue un cielo conmigo. Me cuidó muy bien—. Suspiro de gusto al recordar cómo me acariciaba el cabello mientras yo vomitaba—. Luego me llevó a casa en su moto y me acompañó hasta la puerta. Pero no la del patio sino la de arriba —aclaro dándole una gran importancia a este gesto tan considerado.

—¿Y no te dio ni un triste besito de despedida?

—No.

—Entonces es gay seguro.

—¡Joder, deja ya de llamarle gay! Yo no creo que sea gay, para nada.

—Vamos a ver, la mayoría de tíos sueñan con tenerte en sus brazos. Eres lo que se dice una tía buena, ya te lo he dicho. Un tío machote se hubiera lanzado sobre ti de habérsele presentado una ocasión tan fácil. Si no lo hizo está claro que lo que le molan son las pollas.

Parece un razonamiento lógico dicho de esa forma, pero me niego a creer que Diego sea gay.

—¿No crees que pueda haber otra explicación?

—Puede que sea tímido — considera—, y en ese caso voy a darte un consejo. Olvídate de ese tío, los tímidos son los peores. Les dedicas tu tiempo pensando que merecen la pena y al final nada de nada. No se lanzan a la piscina aunque te vean ahogándote — suspira profundamente—. Por no decir lo aburridos que son, cuando sales con ellos siempre hay que estar estrujándose el cerebro pensando en algo qué decir para no morir por aburrimiento — reflexiona— es agotador. Son desesperantes. Lo peor de lo peor. Casi es preferible que sea gay, al menos los gays son divertidos. No conozco ningún gay que sea aburrido.

—Mi primo es gay y es más

aburrido que una ostra —comento.

—¿Qué primo?

—Fran.

—¿El de tu tía Susana o el de tu tío Paco?

—El de mi tía Susana —aclaro—, además es consultor, ¿se puede ser más soso?

—No, no lo creo. Joder, me pensaba que todos los gays tenían puestos de trabajo superfashion.

—Pues éste no, ¿tú sabes qué es eso de ser consultor?

—Ni idea, pero suena de lo más aburrido. ¿Consultor de qué?

—Financiero creo.

—¡Buah, qué rollo! —exclama asqueada—. En fin, volviendo al tema,

si no es gay entonces debe ser tímido.

Pienso por un momento en su afirmación, ¿es Diego *un tímido*? Puede que lo sea, pero hay algo en su mirada que me dice que no, que detrás de su timidez hay un tío lanzado escondido, dispuesto a tirarse a la piscina para rescatarme si fuera necesario. Además, no creo que sea un tío aburrido, no. Aunque tampoco lo considero la alegría de la fiesta. No sé, tengo mis dudas. Seguramente la explicación es mucho más sencilla que todo eso. Tan fácil como pensar que yo no le gusto y punto.

—¿Eva, sigues ahí? —interrumpe mis pensamientos.

—Sí, dime.

—¿Qué te parece si quedamos esta

tarde y le hacemos un estudio astrológico a Diego? —propone con entusiasmo.

Jéssica y los astros. Los astros y Jéssica.

—No sé su fecha de nacimiento.

—Vaya —suspira—, yo tampoco. Pero podemos quedar de todas formas y echarnos unas risas.

—Claro, ¿nos vemos en el Blue a las siete?

—Aviso por *WhatsApp* a *Las Masqueperras*.

—Vale —cuelgo.

¡Ay, jessica!

Cojo los tres primeros actos del guión y comienzo a leer. Me resulta muy sencillo memorizar mis frases. Las voy diciendo en voz alta y las repito una y otra vez empleando diferentes entonaciones, hasta que decido cuál me gusta más. Una vez he elegido una, practico la frase ante el espejo buscando la expresión de mi rostro que mejor se ajusta al contenido. Es increíble lo fácil que me resulta recordar mi texto en comparación con mis asignaturas. Está claro que tengo un don innato para la interpretación y que ésta es mi vocación. Cada día que pasa me resulta más difícil imaginarme haciendo cualquier otra

cosa. Cada vez estoy más convencida de que ser actriz es lo que voy a ser en el futuro.

Se me pasa la tarde volando estudiando el primer y segundo acto.

De pronto suena mi móvil en la salita. Es casi un milagro que pueda escucharlo desde mi habitación, pero Pablo Alborán cantando *El Beso* no es algo que escape a mi oído. Salgo corriendo a por él. Conforme lo tengo en la mano, examino la pantalla. Un número desconocido. Lo miro intrigada, a veces no sé qué hacer en estos casos. Hay tantos avisos de números extraños que luego te pasan cargos desorbitados a la

cuenta corriente, pero no es mi caso, yo voy de tarjeta prepago, así que descuelgo.

—¿Sí? —pregunto decidida.

— H o l a —saluda una voz masculina.

—Hola, ¿quién eres?

—¿No me conoces?

—¡Diego! —exclamo ilusionada.

—No.

¡No! Entonces, ¿quién es?

—Dime quién eres o cuelgo —amenazo.

—Si lo haces nunca lo sabrás —me tiente susurrante.

No estoy para jueguecitos, pero no cuelgo. Me quedo en silencio esperando que diga algo. Al fin y al cabo la

llamada corre de su cuenta.

Permanecemos un minuto callados, mientras recorro el pasillo en dirección a mi dormitorio.

—¿Eres un psicópata? —pregunto al fin.

Suelta una fuerte carcajada y dice— si lo fuera, ¿crees que te lo diría?

—No sé, ¿a qué juegas?

—¿A qué juegas tú?

—Yo a nada.

—¿Te gustaría que nos viésemos?

¿Está loco o qué? No lo conozco.

—No te conozco.

Empieza a reír de nuevo.

—¿Lo dices de verdad? —pregunta riendo—. ¿No sabes quién soy?

—No.

—Eva, pensaba que estabas de coña, que me estabas haciendo una broma.

—Entonces, ¿te conozco?

—Claro, soy Álex, tu... —sisea insinuante— profesor

¡Madre mía! ¡Es Álex! ¿Cómo puedo no haberlo reconocido? Pensará que soy idiota.

—Habrás pensado que era un loco salido de esos que llaman por teléfono para hacerse pajas.

Me da la risa tonta, estoy nerviosa perdida. A punto estoy de comenzar a brincar por toda la habitación, pero en su lugar me dejo caer de espaldas sobre la cama.

—Pues sí, esperaba que en

cualquier momento empezaras a gemir —susurro.

—¿Y eso te excitaba? —pregunta con voz sensual.

—Me ponía como una moto.

—Eres un poco viciosilla... —dice en tono burlón.

Tiene razón. No sé qué me pasa últimamente pero estoy más salida que la rama de un árbol.

—Pero me gusta —añade—, ¿te gustaría quedar conmigo?

Por supuestísimo.

—¿Cuándo?

—Mañana. Es mi cumpleaños.

—Ah, pues felicidades —suelto en un arrebato de felicidad.

—Gracias, pero ya me felicitarás

mejor mañana, ¿no? ¿Te viene bien?

—Espera que piense un poco...

No hay nada qué pensar, estoy completamente libre. Pero me quedo callada haciéndole ver que lo estoy meditando.

—Es para hoy... —finge impaciencia.

—Vale sí, ¿dónde nos vemos?

—¿Dónde te viene bien?

—No sé. ¿En la Estación del Norte?

—De acuerdo, ¿a qué hora?

Me quedo pensando un momento en los horarios de trenes.

—Creo que hay un tren a las seis menos veinte o así y desde San Isidro a la estación son otros diez minutos. ¿Quedamos a las seis y diez allí?

—Vale, te espero en la cafetería que hay en la acera de enfrente, al lado de la librería.

—¿Al lado de Stradivarius?

—¿Stradivarius?

—Es una tienda de ropa —aclaró.
Se echa a reír.

—Ya lo sé, tengo dos hermanas— me informa, en plan «no soy tan tonto»—. Creo que sí que hay un Stradivarius ahí. Debí suponer que te sería más fácil recordar una tienda de ropa. Hasta mañana.

Estoy a punto de colgar cuando vuelve a llamarme.

—¿Qué?

—Por cierto, ¿quién es Diego?

—¿Diego? —repito nerviosa.

—Sí, antes me has preguntado si era Diego.

—Ah, eso —suelto con indiferencia—. Nadie. No es nadie.

Y es verdad, pese a que llevo cuatro días pensando extrañamente en él, de súbito ha pasado a ser nadie. Digo extrañamente, porque no sé por qué mi cerebro se empeña en recordarlo cada cinco minutos. Es muy mono, sí, y muy amable sí, pero a mí no me gusta. El que me gusta es Álex. Álex mi profe. Álex el hombre por definición. ¡Ay, Alex! Todavía lo tengo en línea.

—Vale, está bien. Hasta mañana —me despido.

—Adiós, Eva, nos vemos —y cuelga.

¡Madre mía! Acabo de quedar con Álex, mi profe y el hombre por definición, mañana por la tarde. Además es su cumpleaños. Tendremos que celebrarlo por todo lo alto.

Llamo a Jessica enseguida para contárselo.

—Hola Jessica —saludo radiante de alegría.

—Hola —contesta en tono apagado.

—¿Te pasa algo? —pregunto un poco preocupada al notar el desanimo de su voz.

—No, nada

—¿De verdad?

—Sí, es que acabo de hacerme puré un dedo.

Ella y su condenada manía de

morderse las uñas, algún día tendremos que ir al hospital a que le recompongan los muñones.

—¿Sólo eso?

—Sí, tranquila —dice con voz algo más animada—. Ayer estuve con Raúl.

—Ah, qué bien.

—Ayer estuve con Raúl —repite.

—Ya te he oído.

—Ajá, pero no me has escuchado.

—Sigo sin entender.

—He dicho que ayer estuve con Raúl —vuelve a repetir con más ímpetu.

¡Qué pesada!

—Que sí, ¿y qué?

—Pues que lo vi muy de cerca, ¿entiendes?

Vale, bien. Se han enrollado otra

vez, ¿y qué? Qué te ha aproveche, bonita.

Suelta un fuerte suspiro como si estuviera desesperada.

—No me entiendes, lo que quiero decir es que lo vi muy de cerca y en posición tanto vertical como horizontal.

¡Madre mía! ¡Estos dos se han acostado!

—¿Lo habéis hecho ya? —pregunto bajando el tono de voz hasta un nivel casi imperceptible.

—Sí —susurra imitando mi tono.

—Bueno, ¿y qué tal fue?

—Aburrido —suelta con rabia.

¿Aburrido? ¡Joder, me esperaba que me dijera cualquier cosa, cualquiera, todo menos aburrido! No sé, a ver, que

dijera algo así como: estupendo, maravilloso, doloroso, asqueroso, sudoroso, sangriento u horrible. Al fin y al cabo ha sido su primera vez, y tenía que ser especial, ¿no?

—¿A b u r r i d o ? —repito para asegurarme. A lo mejor la he entendido mal y ha dicho: muy corrido, lo cual sería más lógico y explícito.

—Casi ni me enteré —confirma para mi gran decepción—. No sé, Eva, fue un chasco enorme. Toda la vida esperando ese momento y luego —chasquea la lengua— nada. Me siento muy defraudada —concluye en tono quejumbroso.

—¿Quieres decir que ni siquiera te gustó un poco?

—Nada, ni un poco.

Pues es verdad. ¡Qué chasco!

—¿Te dolió?

—Ni eso.

¡Pues vaya mierda!

—¿Sangraste?

—No.

—¡Pues vaya mierda de primera vez! —exclamo contrariada.

—Pues eso digo yo —me copia el tono.

—¿Vas a volverlo a hacer?

—Claro —dice riendo—, fue una mierda pero no tan espantoso como para no querer repetir.

—¿Y él?

—¿Él? No sé, a él sí pareció gustarle. No paraba de jadear y gemir

mientras empujaba con los ojos en blanco y todo eso.

¡Qué bruta!

—¿Tanto te gusta Raúl? —pregunto.

—Ssssa.

—No pareces muy convencida.

Entonces, ¿por qué lo has hecho? Podías haber esperado a alguien más especial. Tal vez con alguien especial hubiera sido mejor, ¿no crees?

Se ríe ante mi comentario.

—Pues no, creo que hubiera sido una mierda igualmente. Además, ya me tocaba desvirgarme y Raúl me gusta, está muy bueno.

—¡Madre mía, Jessica! Eres el romanticismo personificado, de verdad.

—Además, no me quedó otra —

añade.

—¿Qué quieres decir? ¿Te obligó?

—¡Claro que no! —exclama airada—. Lo hice porque quise. Quedamos por la tarde a tomar algo y cuando se estaba haciendo de noche nos fuimos al descampado de las parejas—. Sé de qué sitio me habla porque he escuchado hablar de él muchas veces, pero sigo sin saber bien donde está—. Y empezamos a enrollarnos. Estuvo bien al principio. Besos y caricias, ya sabes, lo normal. Luego me empezó a tocar el... — chasquea la lengua. Hace un silencio, supongo que busca la expresión adecuada —clítoris, y joder, Eva me gustaba de verdad, estaba excitada y me apetecía seguir, así que yo también lo

empecé a tocar el... —vuelve a hacer una pausa— el paquete. Me desabrochó los pantalones y yo hice lo mismo con los suyos. De ahí a lo otro fue un paso. Cuando me di cuenta estábamos desnudos de cintura para abajo y él estaba encima de mí. Lo dejé hacer. Me la metió y, ¡mierda! Eva, ¡No sentí nada! No notaba nada, ni bueno ni malo. Él estaba tan emocionado con el asunto que ni siquiera se dio cuenta de que yo me había quedado igual. Yo no sabía qué pensar. ¿Será tan pequeña que ni siquiera la noto?... Pero no, luego se la vi y me pareció normal, un poco flacucha quizás, de todas formas ya estaba morcillona.

La escucho en silencio. Es la

primera vez que alguien me cuenta en vivo y en directo un relato sexual de esta magnitud y estoy algo impresionada, pero sobre todo estoy muy decepcionada, hasta el punto que no sé qué decir.

—El caso es que estoy un poco deprimida. Yo siempre había pensado que el sexo era algo genial. Y hasta ayer no tenía por qué pensar lo contrario. Ya sabes que disfruto mucho de los besos y caricias, y ¡joder! —exclama con rabia—, pensaba que follar todavía sería mucho mejor. Pero no lo fue. Fue un completo aburrimiento.

Sigo en silencio. Realmente son las cosas tal y como ella me las está pintando. Porque sí es así: ¡vaya mierda!

Yo también tengo muchas expectativas puestas en el asunto.

—Oye, tal vez lo que pasa es que estabas un poco nerviosa —sugiero intentado encontrar un motivo que justifique el gran chasco.

—Puede...

—No sé. Tampoco conoces demasiado a Raúl. A lo mejor te sentías un poco cohibida...

—Puede ser. No sé, Eva. Pero desde luego, espero que mejore y mucho, si no vaya rollo —protesta.

Nos quedamos las dos calladas, pensativas.

Por cierto, en ningún momento de la conversación he escuchado la palabra condón.

—¿Al menos usaría un preservativo?

—Vas a matarme —responde con la voz en un hilo.

Pero ¡será idiota! ¿Cómo se le ocurre hacerlo sin condón?

—Pero se corrió fuera, ¿verdad?

—Sí, creo que sí —dice sin demasiado convencimiento.

—¿Cómo qué crees?, ¿sí o no? —la interrogo bruscamente.

—Sí —responde con firmeza.

No sé si creérmelo, pero allá ella. La vida no está cómo para ir jugando con este tema. En menos que canta un gallo un tío te deja su tarjeta de visita: una barriga o lo que es mucho peor una mierda de enfermedad de transmisión

sexual, y luego encima, si te he visto no me acuerdo.

—¿Por qué no vas a un centro de planificación familiar? —le aconsejo—. Por si las moscas... Si quieres te acompaño.

—No hace falta. Fuimos a una farmacia a por la píldora del día de después.

—Joder, menos mal —suspiro hondo de alivio—, ya me lo podías haber dicho antes y haberme ahorrado el susto.

—Estoy loca, pero no tanto.

—Ya, pero aún así puede que te haya pegado algo.

—¿Qué dices? Anda calla ya, qué me estás asustando tú a mí.

—¿En serio que no quieres ir? De verdad, no me importa acompañarte.

—¡Qué no, pesada! ¡Y déjalo ya! —grita exasperada zanjando el temita—. Raúl es un tío sano y punto.

—Vale, como quieras —la dejo estar por imposible. Es muy tozuda y no va a cambiar de opinión.

—¿Cómo vas tú? ¿Sabes algo de Diego? —pregunta cambiando de tema rotundamente.

Sonrío al recordar a Diego. Qué amable fue conmigo.

—No, no lo he visto.

—¿Por qué no le llamas? Podrías hacerlo con la excusa del teatro.

—¿Pero no dices que es gay?

—Pero he cambiado de opinión. Lo

que pienso, en realidad, es que está loco por ti.

Suelto una carcajada.

—Si tú crees eso entonces seguro que debe sentir todo lo contrario.

—No, en serio. Creo que no hizo nada porque no quería aprovecharse de ti, ¿sabes? Es más, seguro que está esperando el momento adecuado para hacerlo... Sí, eso es lo que le pasa. No quiere ni que estés medio dormida, ni borracha... no. Lo que quiere es que cuando ocurra algo entre vosotros tú estés plenamente consciente y seas completamente responsable de tus actos.

—¿Tú crees?

—Sí, seguro, no puede ser otra cosa. ¿Vas a llamarle? Deberías. Es un

buen tío. Además se está poniendo buenorro. Y sinceramente creo que te gusta más de lo que te piensas.

—¿En serio? ¿Por qué crees eso?

Sonríó hacia mis adentros.

—Pues porque te metes con él con demasiada insistencia...

—Pero es que es un paliza—. Me río—. Bueno, era. Ahora lo que es... es un hombre-oso —suspiro— y tan mono. Oye, ¿y cuándo has pensado tanto en mí? No sabía que te quedase tiempo para nada más que *tu* Raúl.

Se ríe.

—Curiosamente ayer cuando
estábamos...

—¿Qué? —pregunto en medio de una exclamación.

—Sí, verás es que me aburría tanto que me acordé de ti y empecé a darle vueltas al asunto.

—No me extraña...

—Pues no es muy normal que me acuerde de ti... No te creas...

—No, si lo que digo es que no me extraña nada que no te gustase. ¿Pero cómo te va a gustar si te pones a pensar en ese tipo de cosas?

Empieza a reírse.

—No, si... yo estaba concentrada en el asunto, pero cuando vi que ni fu ni fa pues no sé... busqué otra forma de pasar el rato.

—Eres muy fuerte de verdad. No puedo creerme lo que dices. ¿Me estás diciendo que pensabas en mí y en Diego

mientras lo hacías con Raúl?

—Sí, más o menos. Pero... no te creas que siempre lo hago —se explica carcajeándose—. A ver... si vas a pensar que me excitas.

Suelto una carcajada.

—No sé. Tengo mis sospechas. Últimamente me miras mucho.

—¡Venga ya!

—No, en serio. A lo mejor eres lesbi como Carla.

—No, en todo caso bi. Los hombres también me molan —se explica riendo—. Oye, a lo mejor un día de estos podríamos montárnoslo tú y yo, ¿qué te parece?

Por un momento considero su oferta.

—¡No! Prefiero los chicos.

—Vale, lo que tú digas. Pero te aseguro que soy una buena amante. Y si no me crees, ¿pregúntale a Carla?

Me quedo intrigada, ¿será verdad?

—Venga ya, no bromees.

—No es broma —dice seria.

Comienzo a creerla.

—Me lo habrías dicho.

—¿Por qué? No siempre te lo cuento todo.

—¡Venga ya, Jessica! Tú siempre me lo cuentas todo.

—No, no siempre.

—Entonces, ¿es verdad?

—A ver, bonita, ¿con quién crees tú que ella experimentó por primera vez?

—¿Contigo?—. ¡Madre mía! ¿Es

que me he caído de una parra?—. Bueno, ¿y qué tal fue?

—Divertido, pero me gusta más estar con chicos.

—¿Si no te quedas durmiendo por el aburrimiento... —puntualizo en tono burlón.

—Eso, si no me quedo durmiendo —me sigue la broma.

—Deberías habérmelo dicho, yo siempre te lo cuento todo.

—Debería, pero no lo hice.

—¿Y por qué lo haces ahora?

—No sé, supongo que no me importa que lo sepas.

—¿Me contarás algún día los detalles?

—No lo creo, es algo entre Carla y

yo. Es mi amiga y le debo ese respeto.

—Me parece bien.

Nos quedamos calladas por unos segundos, de momento sigo bastante alucinada con lo que me acaba de confesar.

—Oye, ¿nos vemos luego? — pregunta Jessica, rompiendo el silencio.

—De acuerdo. Luego te mando un *WhatsApp* y quedamos, ¿vale?

—Vale, bien. Y piénsatelo.

—¿El qué?

—Lo que te he dicho.

—¡Venga ya! Déjalo estar de una vez.

Se ríe y corta la llamada. Me quedo absorta escuchando el pitido intermitente de la línea. Desde luego mi

amiga está como una cabra. ¿A quién se le ocurre acostarse con un tío sin condón hoy en día? Hay que ser ignorante. Hay que ser cazurra. Desde luego, hay que ser tonta del culo. ¿Y lo otro con Carla? En fin, nunca deja de sorprenderme.

¡Madre mía! Jessica ya lo ha hecho. Y yo no.

—¿Con quién hablabas? —pregunta Pablo, interrumpiendo mis pensamientos.

Dejo el móvil encima de la cama y giro la cabeza hacia la puerta. Pablo está allí mirándome, apoyado en el marco de la puerta. ¿Cuánto tiempo llevará ahí plantado escuchando?

—Jessica.

Sonríe. Sospecho que le encanta mi

amiga.

—Ah, ¿cómo va? Hace días que no la veo.

—Bien, está saliendo con un chico.
Deja de sonreír.

—Dale recuerdos cuando la veas.

—Vale, de tu parte.

—¿Y tú?

—¿Yo?

—Tú, ¿sales con alguien? —
pregunta.

—No —digo con vehemencia.

El móvil deja escapar una leve carcajada.

—Perdona, voy a mirar quien es.

Hace un gesto con las manos en plan «tranquila, yo ya me voy».

Visualizo el mensaje. Es de Jessica

por el grupo de *Las Masqueperras*.

Jessica			
Has caído. Era broma lo d Carla Jajaja		8:47	

¡Qué cabrita es!

	Serás mentirosa		8:4
Jessica			
Y tu inocente		8:48	
Carla			
Eh!!!!!! Q pasa conmigo		8:48	
Jessica			

Nada, prra		8:48	
	Nada Car. La pava de Jess q no tiene otra cosa q decir q s ha liado contigo		8:5
Carla			
No tngo tan mal gusto		8:50	
	Jajaja Ya m parecía		8:5
Jessica			
	Ya quisieras tu ligart a una tia como		

Creída	yo	8:52	8:5
Andrea			
	Pava!!!!!!		8:5
Jessica			
	Prras sucias!		8:5
Andrea			
	Y la So?		8:5
Currando		8:55	
Jessica			
	Curring		8:5
Carla			
	Qdamos a tomar algo esta noche		8:5
Jessica			
	Ok		8:5

Andrea			
	M apunto		8:5
Vale		8:58	
Carla			
	Blue a las once		8:5
Andrea			
	Por mi guay		8:5
Jessica			
	Y xq no vamos a Box? Chicos mayores y guapos		9:0
Tu siempre pnsando en			

lo mismo Carla		9:00	
	A mi m da igual		9:0
Y a mi		9:01	
Carla			
En el Box a las once		9:02	
Sonia			
	Hola prras	9:02	
Ya te han soltado?			9:0
Sonia			
	Si Hoy casi me cargo a la loca de mi jefa, un poco más y le	9:06	

	clavo las tijeras en un ojo.		
Q cabrita es			9:0
Sonia			
	Pues no m d i c e q a partir de ahora tengo q entrar mdia hora antes. Por la jetoide!!!!!!	9:08	
Carla			
	Japuta!!!!	9:09	
Jessica			
	Cuando nos	9:09	

	la cargamos?		
Andrea			
	Esta noche lo planeamos	<i>9:09</i>	

Álex

El metro está llegando a Xàtiva. Quedan menos de diez minutos para mi encuentro con Álex en la cafetería. Me remuevo en el asiento y vuelvo a consultar por enésima vez la hora en el móvil. ¡Estoy impaciente y muy, muy nerviosa! Me he preparado a conciencia para la ocasión: llevo unos vaqueros negros desgastados superceñidos, una camiseta suelta gris marengo de lentejuelas. Por supuesto, mis superbotines negros de cuña y, cómo no, mi nueva adquisición: la cazadora negra de piel. También, me he maquillado un poco para tener un poco de color y me he recogido el cabello en una coleta de

caballo. Mi aspecto es más que aceptable. Creo que le gustará.

El metro se detiene y cuando se abren las puertas me bajo de un salto.

Son las seis en punto.

Comienzo a andar deprisa en dirección a la salida.

Salgo de la estación y el aire frío me golpea la cara. El ambiente del centro de Valencia está genial. Todo decorado con adornos navideños y luces de colores. Huele a castañas asadas y se me hace la boca agua. Miro hacia la acera de enfrente, donde se supone que Álex me está esperando. No lo veo. Bueno, aún no son las seis y diez.

Cruzo la avenida y entro en la cafetería. Nada. No ha llegado todavía.

Miro el reloj: las seis y cuarto.

Pasan diez minutos más y de Álex ni rastro. No sé qué hacer. Empiezo a impacientarme. Me pido un agua.

Veinte minutos de retraso. ¡Increíble! ¿A lo mejor ha pillado un atasco? ¿O no encuentra sitio donde aparcar...? ¿O ha tenido un accidente y ahora va camino del hospital a toda velocidad en una ambulancia entubado hasta las orejas y...

De súbito alguien me tapa los ojos. Alguien que tiene las manos muy frías y además huele de maravilla. Dibujo una sonrisa amplia en mi boca, mientras le aparto las manos.

—Hola —saludo a la vez que vuelvo la cara para verle.

Está guapísimo, mucho más de lo que recordaba. El cosquilleo que me ha acompañado durante todo el trayecto comienza a burbujear en mi barriga.

—Hola —me saluda dándome dos besos.

Coge un taburete y se sienta a mi lado.

—¿Has pedido?

—Sí, un agua...

—Por favor —llama a la camarera —, cóbrese el agua—. Le entrega un billete de diez.

Me guiña un ojo. Yo sonrío. Me encantan los tíos generosos. Los roñosos me producen grima.

—Has llegado tarde —lo regaño, aunque lo hago sonriendo para que note

que voy de broma. No quiero que piense que soy una dominante.

Se ríe.

—No me lo puedo creer. Nuestra primera cita y ya me estás riñendo—. Acerca su cara a la mía y susurra— eres una chica muy mala.

Y tú estás muy bueno. ¡Mierda!, ya empiezan los calores. ¡Aire, necesito aire!

—Te he traído un regalo. Por cierto, felicidades. Es tu cumpleaños, ¿verdad? —digo aceleradamente, un poco nerviosa por su proximidad.

Me acerco a Álex para besarle, pero no hace ademán de girar la cara, como es habitual en estos casos, para recibir el beso en la mejilla, sino que se

queda mirándome de frente. Por un segundo, me quedo quieta dudando. No sé qué hacer. Parece que quiere que lo bese en los labios. ¡Madre mía, qué hago! ¿Se lo doy en la mejilla o en la boca? Pito, pito... Bien, de perdidos al río. Se lo estampo torpemente en los labios y retrocedo rápidamente.

Lo miro silenciosa... expectante... Álex me está sonriendo. ¡Madre mía, pero qué sonrisa más maravillosa!

—Yo también te he traído un regalo —dice al fin.

—¿Sí? —digo ilusionada mirando sus manos, pero no hay nada en ellas—. ¿Dónde está?

—Aquí —contesta, tomando una bolsa de papel que ha dejado en el

suelo.

Estiro la mano en su dirección para que me entregue la bolsa, pero en lugar de eso la retiene contra su cuerpo.

—¿Lo quieres? —me provoca con expresión traviesa—, pues cógelo.

—¿Con qué quieres jugar? Pues juguemos —le suelto atrevida.

Salto del taburete y me planto de pie a su lado. Una sonrisa confiada adereza su rostro. Álex sigue sentado con las rodillas ligeramente separadas y la bolsa encima del regazo. Aguanto la respiración. Me aproximo un poco y percibo como separa las piernas para recibirme. Me adentro entre sus muslos. Suelto un hondo suspiro sin dejar de mirarle a los ojos y lo tiento seductora

— ¿a ver? Enséñame que tienes para mí.

Sonríe con picardía y me entrega la bolsa. La agarro con cuidado pero no me separo ni un solo centímetro de él. Tan pronto sus manos sueltan la bolsa se ciñen a mi cintura. Mis caderas tocan la cara interna de sus muslos y me enloquece la sensación de estar entre sus piernas.

Miro el interior de la bolsa. Dentro hay un paquete pequeño envuelto con papel de seda violeta y un pequeño cordel de plata. ¡Madre mía, qué calor hace! Saco el paquete de la bolsa. Sus manos empiezan a moverse suavemente en círculos. Comienzo a sudar. ¡Por favor, qué no lo note! Deshago el envoltorio con cuidado. Es una cajita de

joyería. Sus manos ahora descansaban quietas sobre la parte baja de mi espalda. Lo miro nerviosa. Álex me observa atento.

—Ábrela —me pide dulcemente.

Abro obedientemente la caja. Dentro hay una mariposa de plata con pequeños cristales violetas y morados engarzados. Me encanta. Es preciosa.

—¡Es preciosa! —exclamo, llevándome las manos a la boca.

—Es un broche. Nada más verlo pensé en ti.

—Pónmelo —le pido.

—Está bien, ¿dónde lo quieres?

—Aquí —le señalo con el índice un punto por encima de mi pecho izquierdo, cerca del corazón.

Álex coge con cuidado la mariposa y con la otra mano separa el fino tejido de la camiseta. Por un instante su mano roza mi piel desnuda. Contengo la respiración durante toda la operación. En esta postura me llega perfectamente el aroma de Álex, mezcla de champú y loción de afeitado. Se toma su tiempo. Cuando termina no se aparta sino que lentamente alza la cabeza hasta que sus ojos se encuentran con los míos. No sé cuánto tiempo pasamos mirándonos en silencio, sin que ninguno haga o diga nada. Luego, su mano reptante por mi cuello hasta la nuca. Atrae mi cabeza hacia la suya y veo acercarse su rostro a cámara lenta. Entonces su boca se cierra sobre la mía de una forma terriblemente

dulce. Su lengua comienza a recorrer ávida mis labios y a acariciarme la lengua. Me dejo llevar por su apasionado beso y me aproximo más a su cuerpo abrazándole con fuerza. Quiero sentir su calor. Lo respiro con fuerza. Lo saboreo con deseo. De repente deja de besarme. Se separa un poco dejando su frente apoyada sobre la mía y me susurra— vámonos. Estamos montando un espectáculo—. Me sonrío y me da un pico.

Salimos de la cafetería. Me lleva cogida de la mano y tengo la sensación de flotar a su lado. Me siento la chica más ligera y feliz del mundo.

—¿Dónde vamos?

—Ahora lo verás —me guiña el ojo

—, es una sorpresa.

Me acuerdo del regalo que tengo para él. Ahora me parece un poco ridículo al lado del suyo.

—¿Quieres ver mi regalo?

—Claro—. Se detiene.

—Saco el paquete del bolso y se lo entrego.

—Es una tontería... —le resto importancia.

Desgarra bruscamente el papel que tan cuidadosamente yo he envuelto.

—Qué guay—. Lo mira con curiosidad—. ¿Qué es?

—Cuando lo vi pensé que te gustaría...

Empezamos a reírnos. Lo levanta en el aire y lo observa detenidamente.

—Y me gusta —dice y me besa fugazmente en los labios, antes de volver a mirar con curiosidad el artefacto que tiene en la mano—, pero no sé lo que es.

—Es un calidoscopio —le explico—. Mira por el agujero.

Se acerca el calidoscopio a un ojo mientras guiña el otro.

—Me gusta—. Asiente efusivamente con la cabeza, afianzando así sus palabras—. Gracias, Eva, es el mejor regalo que me han hecho...

—Exagerado —le reprocho levantando el brazo y empujándolo levemente por el hombro.

—...hoy. Déjame terminar de hablar. No seas impaciente—. Se ríe.

Vuelve a besarme y me encanta la sensación de estar entre sus brazos en medio de la calle.

—Estás muy guapa —me piropea conforme nos separamos y comenzamos a andar de nuevo hacia el sitio misterioso.

—Gracias, Álex —. Sonrío y me siento feliz.

Sexo y amigas

Estamos en casa de Sonia en medio de una sesión completa de belleza femenina. Queremos estar deslumbrantes para la noche, y no es cosa fácil. Esta noche no es una noche cualquiera, no. Esta noche es ni más ni menos que Nochevieja. Es imprescindible hacer una limpieza intensiva de cutis; con peeling, mascarilla y masaje facial, manicura y, por supuesto, peluquería, para estar a la altura de las circunstancias.

—¿Qué te vas a poner, Eva? — pregunta Sonia.

—El vestido negro —contesto, mientras me acabo de cubrir la cara con

el manto blanco de la mascarilla.

—Ese vestido es genial y además te queda de miedo. Yo voy a ponerme unos leggins de piel con el top negro de encaje, ¿te gusta?

Me esfuerzo en recordar a qué top se refiere, pero no recuerdo habérselo visto nunca puesto.

—Sí, muy bonito —digo—. ¿Y tú, Jessica? —La miro. Está sentada encima de la cama pintándose con sumo cuidado las uñas de los pies.

—El vestido rojo de tirantes de Andrea, me lo ha dejado para esta noche —responde, sin mirarme.

—¿Y vas a ponerte sandalias?

—Sí, las negras—. Se repliega con gran flexibilidad sobre las rodillas y se

sopla las uñas, mientras añade— es lo único que tengo que le vaya al vestido

—Pues vas a pasar un frío de muerte.

—Ya, pero ya sabes que para estar bella hay que sufrir, ¿no? —comenta sonriendo.

Odio ese dicho. Preferiría ser bella por propia naturaleza y no tener que someterme a intensas torturas para estar medio presentable.

—¿Me ayudas a pintarme las uñas de las manos? —me pregunta.

—Espera, antes tengo que quitarme la mascarilla—. Me miro en el espejo y toco suavemente la máscara blanca que me cubre la cara. Todavía no está seca. Me parezco un poco al fantasma de la

ópera.

—Yo lo haré —se ofrece Sonia.

Observo en silencio como Sonia le aplica minuciosamente el pintaúñas sobre las uñas postizas hasta que no puedo más. ¡Madre mía! ¡Qué mal lo hace! La mitad del esmalte termina con cada nueva pincelada más fuera que sobre sus uñas, dándole un aspecto macabro de carnicera sangrienta. Empiezo a reírme a carcajadas.

—Anda, trae. ¡Menudo desastre le estás haciendo! —la regaño mientras le arrebató el frasco de pintaúñas de las manos y la empujó a un lado de una culada.

—Menos mal —suspira Jessica—, no quería decirte nada, Sonia, pero... es

que lo haces fatal. Como todo lo hagas igual, madre mía, no me extraña que no tengas novio.

Empezamos las tres a reírnos.

—Otras cosas las hago mejor —se defiende Sonia enarcando las cejas, al tiempo que sube y baja el puño apretado en dirección hacia su boca.

—Gorrina —la insulto entre risas.

Me concentro en pintarle bien las uñas a Jessica. Esta tarea es mucho más delicada de lo que muchos puedan pensar. Requiere muchísima concentración y, sobre todo, mucho pulso.

—Sólo quedas tú... —comenta Sonia.

—¿Yo? —pregunto distraída. Me

dispongo a empezar con la otra mano.

—Sí, para el metesaca —se burla Sonia riendo.

—Oye, ya está bien —protesto—. No me distraigas que me salgo.

—No tardará mucho en hacer el amooooooooor... —comenta Jessica en tono burlón y añade— ahora que tiene a *su* Álex.

Miro al techo sulfurada. Pero qué barbaridad, ¿es qué no pueden dejar de hablar siempre de lo mismo?

—Sí, porque Eva no follará, ella hará el amooooooooor —Sonia le copia el tono.

Vuelven a reírse.

—Pues sí, yo haré el amor —protesto—. No quiero que mi primera

vez sea un desastre —miro a Jessica—
o no acordarme de su cara— le suelto
peleona a Sonia.

Las dos dejan de reír en el acto.

—Oye, que yo me acuerdo muy bien
de su cara —se defiende Sonia.

—Permíteme dudarlo —tercia
Jessica provocándola—, ibas tan ciega
que cuando volviste al pub llevabas la
falda del revés.

—Te daría de leches —replica
ofendida.

—Pero es verdad.

—No es verdad. Era francés y se
llamaba Jules. Me acuerdo
perfectamente de él.

—Venga, vale ya, era broma —trato
de apaciguar a las fieras de mis amigas.

—Y estate quieta que con tanto meneo no puedo pintarte las uñas.

—Pero no de su cara —insiste Jessica.

Me río, porque es verdad. Sonia siempre ha contado que aquella noche iba tan bebida que se fue con el tal francés a la playa y tras echar el polvo mágicamente bajo el embrujo de la luna llena regresaron al pub donde sus amigas del apartamento la aguardaban. Fue al váter a asearse y ponerse la falda del derecho y cuando regresó en busca de su chico. Divisó su grupo junto a la barra, eran al menos diez y todos hablaban en francés, pues eran de Francia, pero de todos ellos no sabía cuál era el suyo. Así que tras

examinarlos a consciencia desde una distancia prudente, tuvo que admitir que no se acordaba de su cara. Le dio tal vergüenza que se dio la vuelta e instó a sus amigas a abandonar el local a la mayor velocidad.

—Es posible que no lo recuerde bien —admite al fin—. Pero de lo que sí me acuerdo es que fue un polvo estupendo. ¡Chúpate esa, Jessica!

Jessica se echa a reír.

—La verdad, es que el mío fue un desastre —reconoce con una sonrisa triste.

—A mí no me pasará eso —vaticino—, yo lo haré por amooooor y seguro que será genial.

—¡Ay, amor, amor! —se cabrea

Jessica.

—Sí, ¿qué pasa con el amor? — quiere saber Sonia, mirándola sorprendida.

—El amor nos vuelve idiotas — asegura.

—Sí, no hay más que verte a ti con Raúl —la increpo.

Comienza a reír.

—¿Lo mío con Raúl? Lo mío con Raúl no es nada, ¿sabes? Sólo lo pasamos bien y hasta que dure. Cuando deje de ser divertido, adiós muy buenas —explica seria.

Sonia y yo la miramos sin salir del asombro, ¿cómo se puede ser tan chula?

—De verdad Jessica, eres increíble —suelta Sonia haciendo eco de mi

pensamiento.

—Soy consecuente con la realidad.

—¿Qué realidad?

—Las chicas tenemos que ser duras, porque si nos dejamos pillar los tíos nos destrozarían el corazón.

—Tienes razón, los tíos son unos cabrones, pero ¿cómo puedes evitar enamorarte? —quiere saber Sonia, y yo también.

—Me digo que no y ya está.

—¿Ya está? —repito.

—Ya está, sí.

—¿Y te funciona?

—De momento sí.

—Mientes más que hablas —la provoco—. No hace mucho te he visto llorar desconsolada porque Toni no te

hacía ni puto caso.

Cabecea en señal de asentimiento.

—Tienes razón, lo reconozco. Estaba un poco pillada con él, pensaba que tenía algo especial, pero tras dejarlo, la pena no me duró más de dos días. Enseguida encontré otro con el que curar a mi pobre corazón —se burla de sí misma.

¿Dejarlo? Dejarlo, es una forma muy sutil de decir «pasó de mí», pero no digo nada. No tengo ganas de abrir viejas heridas ya curadas, y a decir verdad, Jessica llevó bastante bien el plantón de Toni.

—A mí no me importaría enamorarme —suelta Sonia soñadora.

—Ni a mí —la secundo—. De

hecho creo que ya estoy enamorada.

—Estáis locas —gruñe Jessica, me apunta con el dedo y agrega — y tú ten cuidado, te estás pillando mucho por ese tío.

—Por favor, prometedme que no le diréis a nadie lo de Álex —les pido.

—¿Por qué tanto secretismo? —pregunta Sonia.

—Me lo ha pedido él. No nos conviene que esto se sepa en el instituto. Por lo menos hasta que acabe el curso.

Las dos asienten rotundamente, dándome a entender que entienden lo que les digo.

—¿Has dicho que vive solo en un piso? —pregunta Jessica con interés.

—Sí, pero no es suyo, es alquilado.

Además, vive con un amigo.

—¿Y qué tal está su amigo? — pregunta Sonia, viendo una oportunidad de ligue.

—Es Javi —digo mirando a Jessica —, el que conocimos el día de la fiesta en la discoteca—. Miro a Sonia y contesto— no se pasa, aunque me cayó bien. Estudia arquitectura con mi hermano

—Tu hermano —suspira Jessica—, ése sí es un hombre.

Sonia y yo nos miramos con complicidad. Ambas estamos al corriente de la atracción de Jessica por Pablo.

—Ya está —anuncio. Sus manos ahora parecen las de una princesa.

Jessica se mira las uñas con detenimiento y silabea— perfectas. Gracias Eva.

Y me besa.

—Ahora yo —me pide Sonia, poniéndome las manos delante—. Francesitas por favor.

Suspiro con resignación. ¡Qué cruz! Lo de ser manitas es un rollo, te lo digo yo, lo sé por experiencia.

Le pinto las uñas pero a cambio le pido que me pase la plancha por el pelo. Hoy lo llevaré liso y suelto, estilo Cleopatra.

—Jessica, ¿a qué hora es la cena? —pregunta Sonia.

—A las diez o así, pero han dicho que vayamos antes para ayudar a

preparar las cosas. Voy a llamar a Raúl y le pregunto.

Coge el móvil con mucho cuidado, para no estropearse las uñas, y llama.

La observo con detenimiento, aparentemente su aspecto no presenta ninguna diferencia con respecto a antes de perder la virginidad. No sé por qué pensaba que cuando algo así de importante ocurría en la vida de una chica, por narices, se debía reflejar en la cara. No sé, que... las mejillas resplandecieran como un faro o algo así. Pero no, Jessica sigue igual de blanca que siempre.

Empieza a hablar animadamente con Raúl. El matiz de su voz es muy diferente al que emplea cuando habla

con nosotras: más sexy y provocador. Los ojos le comienzan a brillar, emitiendo pequeños destellos como las bombillitas del árbol de Navidad. Pues sí que le gusta este chico. Se ríe convulsivamente por algo que él dice, pero que yo no oigo. Empieza a patalear divertida como si Raúl le hiciera cosquillas en la planta de los pies a través de las ondas. Desde luego, es toda una experta en el arte de la seducción. No para de reír y provocarle con sus «¿Ah, sí?» « ¿Y qué me vas a hacer?» «¿Pues yo a ti más?» «No puedo hablar, hay urracas a la escucha». Supongo que las urracas somos Sonia y yo que no hemos perdido detalle de la conversación.

—A las nueve allí para prepararlo todo —informa Jessica tras cortar la llamada.

—Oye, ¿pues parece que lo vuestro va en viento en popa? —comenta Sonia.

—*No corta el mar sino vuela un velero bergantín...* —recita Jessica poéticamente adoptando una mirada soñadora.

Sonia y yo nos miramos sonriendo. Pero ¿qué le pasa? ¿Estará enamorada?

—Ayer descubrí las estrellas —comenta Jessica sin abandonar su aire soñador. Va a ser que sí está enamorada —. Raúl me hizo subir hasta el mismo cielo...

Nos mira divertida y enarcando las cejas asiente varias veces con la cabeza,

mientras dibuja pequeños círculos en el aire con la punta de la lengua. Yo la miro sin entender bien qué quiere decir.

—Fue una pasada... —suspira.

—¿Qué pasó? —pregunta Sonia curiosa.

—Fue una experiencia maravillosa. Ya empiezo a intrigarme.

—¿Habéis vuelto a acostaros? —pregunto.

Asiente. Sólo hace un par de días me contó su penosa primera vez, pero al parecer las cosas han cambiado y mucho.

—Y la cosa está mejorando bastante. La verdad es que hace unas... uf —pone los ojos en blanco—...unas inmersiones de ensueño—. Suelta una

fuerte risotada.

Sonia también empieza a reír.

No sé de qué está hablando. ¿Qué tiene que ver el submarinismo con todo esto? Las miro extrañada. Paro de reír, pero al ver mi cara de consternación, explotan de nuevo en una carcajada. ¿De qué se ríen? Esto ya no tiene ninguna gracia.

—¿De qué os reís? —pregunto airada.

—De ti... ¿sabes? Eres tan inocente —comenta Jessica entre risas.

—La verdad, chica, es que estás muy verde —se burla Sonia.

—Raúl me la comió enterita —explica Jessica bajando la voz.

Ah, Mierda, ¿cómo no he caído?

—¿Qué Raúl te chupó ahí? —
pregunto.

Me chista y dice en un susurro—
créeme, es una pasada. Tienes que
probarlo.

¡Madre mía! Sé que esas cosas se
hacen, lo he visto en las pelis y leído en
algunos libros y revistas. Y dicen que es
genial, extraordinario, pero la verdad es
que a mí parece una autentica guarrada,
higiénicamente hablando, claro. ¡No
quiero entrar en detalles, pero la boca
está para comer y el chocho para mear!
¡Y no hablemos del culo!

—¿Tú también... —indago,
asintiendo con la cabeza— ...le has...?

Me mira con picardía y responde—
sí, claro. ¿Cómo le iba a hacer ese feo?,

después de lo bien que él se había portado conmigo.

¡Yo, ni loca!

Unas horas más tarde, la dosis de chupitos está al límite de rebasar el máximo para una pérdida completa del control de la situación.

Consulto la hora. Son cerca de las cinco menos veinte. Lo estoy pasando genial. La fiesta en el garito de Raúl ha resultado ser todo un éxito. El número de asistentes se ha multiplicado por cuatro a partir de las dos y ahora mismo está en pleno apogeo.

—¿Ot...o sssupito? —me grita Carla por encima del bullicio general

que se disfruta en el ambiente.

Yo floto más que bailo en medio de la pista improvisada de baile. *Love is in the air* comienza a sonar. Uno de mis temas favoritos cuando voy ciega. Levanto los brazos dejándome llevar por el ritmo de la canción.

—Vale, ¿te acompaño?

—Noooo, vo...y sssso...la. Ale, si...gue bailando —dice con voz gangosa, dedicándome una sonrisa simplona, inducido tanto lo uno como lo otro por los efectos del alcohol en su sangre.

Se acerca el momento cumbre de la canción. *Tan tan tan tan tan tan tan tan tan love is in the air tan tan tan tan tan tan tan love is in the air*. Empiezo a

girar sobre mí misma, una y otra vez, embriagada a razón de partes iguales por la música y el alcohol ingerido. Cierro los ojos y dejo fluir la música por mi cabeza. Me dejo llevar.

Alguien me agarra la cintura. ¡Álex! Al final ha venido. Un estremecimiento recorre mi cuerpo sólo de pensar en sus manos tocándome. Le retiro delicadamente las manos y me doy la vuelta rápidamente para besarle.

—Hola, Eva—. Ante mí está Diego con una amplia sonrisa dibujada en los labios.

—Ah, hola —saludo un tanto apenada al ver que no es Álex, pero en seguida rectifico el gesto al comprobar que se trata de Diego—. ¡Feliz año! —

exclamo inclinándome hacia él para darle dos besos.

Se produce un momento de vacilación. De esos de: te beso aquí en este lado o en el otro, en el que nuestras caras se miran de frente pero canteándose rápidamente de un lado al otro. Divertidos por el momento incertidumbre, nos reímos mirándonos a los ojos. Me quedo quieta esperando que sea él quien elija por qué mejilla comenzar el intercambio de besos. Diego también permanece quieto unos segundos, esperando lo mismo de mí. Volvemos a reír. Me mira fijamente con sus ojos azul ultramar, inquietamente serenos, excitantemente magnéticos. Es un momento mágico como de película

romántica. En la que de repente se calla la música, el mundo a tu alrededor se detiene y sabes que los protagonistas por fin se van a besar. En ese momento, a pesar de mi considerable cogorza, yo también lo sé. Sé que voy a besar a Diego. Aproximo mis labios lentamente a los suyos, mientras cierro los ojos, dispuesta a recibir un beso de que te cagas en las bragas.

El impacto de su boca en mi frente no es nada romántico. Abro los ojos sorprendida y echo la cabeza hacia atrás, mirándolo enfadada. Pero ¿qué ha pasado? Me ha rechazado. Me siento avergonzada. Agacho la cabeza para que él no pueda leer en mis ojos la vergüenza.

—¿Qué tal lo estás pasando? —se hace oír por encima del tumulto.

Alzo la vista y veo que está mirándome sonriente, con total naturalidad, como si no hubiese ocurrido nada hace apenas cinco segundos.

—Bien.

—Nosotros, también muy bien, en el garito toda la noche y eso —comenta sonriendo—. ¿Me invitas a tomar algo?

—Claro, sí, lo que quieras. ¿Qué te gustaría? ¿Una cerveza?

—Sí, una cerveza estará bien. ¿Y tú? ¿Un chupito, tal vez?

Sonrío amargamente y respondo— estoy hinchada de chupitos, uno más y exploto.

Dibuja una media sonrisa en su

boca.

—No quisiera estar cerca de ti cuando eso ocurra. La última vez me dio de lleno —bromea cruzando los brazos en un gesto de defensa.

Me río escandalosamente mientras hago ademán de pegarle una torta.

Como por arte de magia un chupito se materializa delante de mis narices justo en ese momento. Detrás del chupito llegan Carla y Andrea tambaleándose. Carla me lo tiende torpemente derramando la mitad del licor por encima de mi escote.

—¡Mierda! —exclamo mientras miro con horror mi vestido completamente empapado.

—Yo te lim...po —se ofrece Carla,

acercándose peligrosamente con otro chupito en la otra mano.

—¡Déjalo, es igual! —grito, frenándola con una mirada asesina, mientras me seco el escote con las manos—. Ahora vuelvo. Voy al baño.

Me encamino hacia el aseo. Para variar la cola es larguísima. Pido turno y me pongo a la espera.

Escudriño la pista. No cabe ni un solo alfiler. Un buen número de gente está bailando en este momento. Intento encontrar a Diego entre todas esas cabezas danzantes. Hay demasiadas cabezas. Cabezas de todo tipo y tamaño. Grandes y pequeñas, rubias y morenas, e incluso veo una de color... ¿rosa? En fin, cabezas que no dejan de moverse. Pero

desde aquí no veo a Diego.

—¡Madre mía! —exclamo en voz alta al recordar el momento en que me he abalanzado sobre él intentando besarle y me ha rechazado. Ahora sí que estoy segura de que pasa de mí. No necesito más pruebas. Está clarísimo, pero a mí qué más me da. Si a mí no me gusta Diego. A mí me gusta Álex.

Veo a Jessica en una esquina bailando superpegada a Raúl. Están tan juntos que parecen un solo cuerpo con dos cabezas. Siento una punzaba de envidia. Ojalá estuviera aquí Álex.

Después de media hora de espera por fin puedo entrar al baño. Me lavo con un poco de agua el escote. Las manchas del vestido ya no tienen

arreglo, es carne de tintorería. Aprovecho para echar una meadita, nunca viene mal desalojar la vejiga. Media hora esperando total para un minuto de mierda.

Salgo zumbando de allí y me dirijo rápidamente hacia donde se supone debe estar Diego, pero ya no está allí. Escaneo mi alrededor buscándole. No lo veo. Tampoco están Andrea ni Carla. ¡Madre mía! Me temo lo peor, no se habrá ido con Andrea, ¿verdad? Empiezo a deambular, como una zombi muerta de hambre, entre la gente buscándolos, pero no aparecen por ningún sitio. Me topo con Sonia.

—¿Has visto a Andrea? —pregunto angustiada.

—Sí, la he visto hace un momento con un morenazo.

—¿Dónde? —chillo.

—En la puerta —contesta, un poco asustada al ver mi expresión de pánico—. ¿Pasa algo malo? —pregunta preocupada.

—¡Sí! ¡Digo no! —chillo alterada.

Corro hacia la puerta. Parezco un alma en pena perseguida por el diablo. Me asomo a la calle. No se ve a nadie. La calle está oscura y silenciosa. ¿Dónde habrán ido esos dos?

Decido llamarla al móvil.

Me dirijo a toda prisa hacia la habitación que hace de ropero. Mi bolso está allí, en algún lugar bajo la montaña desordenada de abrigos, bufandas,

bolsos y pashminas. Me lanzo en picado sobre la cama y empiezo a bucear entre la ropa. ¡Mierda, mierda y más mierda!

Por fin, encuentro mi cazadora, la levanto en alto con gesto triunfante. Mi bolso no debe andar lejos. Sigo buscando. Lo encuentro debajo de una pila de bufandas. Saco el móvil y marco el número de Andrea. ¡Mierda! ¡Apagado! Me llevo apesadumbrada las manos a la cabeza y rendida me dejo caer de espaldas sobre la ropa. Un sentimiento muy profundo de tristeza me invade hasta lo más hondo de mi corazón. Llora y llora desconsoladamente durante por lo menos diez minutos hasta que mis ojos se secan por completo y comienzan a

escocerme los rabillos.

—Diego —susurro, secándome las últimas lágrimas con el dorso de la mano.

Siento un dolor muy fuerte en el pecho y un molesto nudo que me oprime el estómago. Diego no quiere nada conmigo pero sí con Andrea. ¿Qué tengo yo de malo? De súbito, una rápida convulsión me estrangula el diafragma. Luego otra. ¡Mierda, encima ahora me ha entrado hipo! Vuelve a darme otro acceso y abro la boca para dejar escapar un «¡hip!», pero en su lugar sale disparado un revoltijo apestoso aderezado de cachitos de papas y olivas. Veo con desesperación, y sin poder remediarlo, como cae sin contempla-

ciones sobre los abrigos, bufandas, bolsos y pashminas de la gente de la fiesta de Raúl.

¡Madre mía, qué desastre!

El regalo de Jessica

— P e r o Álex, me lo habías prometido —protesto.

—Ya lo sé y lo siento mucho. Me ha surgido una cosa importante y no podemos quedar esta noche.

—¿Algo más importante que yo? —pregunto con voz ñoña.

—Lo siento, princesa.

En algún momento de nuestra primera cita, entre pirueta, resbalón y caída pasé de ser Eva a ser princesa. No sé cómo ocurrió, estábamos patinando tomados de la mano, con el aire frío azotando nuestras mejillas encarnadas y de pronto me resbalé. Mi culo golpeó graciosamente el suelo y luego rebotó,

con más gracia todavía si cabe, varias veces más sobre la pista de hielo. Álex se acercó y me tendió la mano, y entonces dijo con aire solemne «princesa, cógete de mi mano». Pensé que era algo puntual, algo exclusivo de ese momento tan caballeroso, pero no, a partir de entonces lo de princesa se ha convertido en el pan de cada día. Para Álex ya no soy Eva, sino *princesa*, aunque claro está que se cuida mucho de no llamarme así en el instituto, podría levantar ciertas sospechas, por si no te habías dado cuenta. No sé si me gusta mucho esta nueva forma de llamarme. Nunca he sido la princesa de nadie, excepto la princesa de mi padre, pero esto es algo muy diferente. Mi padre no

me besa con lengua ni me toca las tetas. En fin, no sé si me gusta mucho que me llame princesa, aunque tal y como lo dice Álex suena superdulce y romántico. La de hoy iba a ser nuestra cuarta cita, si no fuera porque la está cancelando en este preciso momento. Puede decirse que las cosas entre nosotros van muy bien. Nos reímos mucho y el sexo lleva una buena marcha, al menos, hasta el punto al que hemos llegado: besos apasionados y muchas, *muchas* caricias. Sé que Álex se está reprimiendo conmigo, es comedido y muy atento, y yo no veo el momento de llegar más lejos con él.

—Entonces, ¿cuándo? —gimoteo.

—El sábado por la tarde.

—¡Joder! Pero es hoy mi cumpleaños, no el sábado— me cabreo—. El sábado mi cumpleaños será pasado y será una mierda celebrarlo—. Me toca muy mucho las narices que cancele la cita de hoy. Lo tenía todo planeado.

—No digas tacos. No me gusta.

—¡Me importa una mierda si te gusta o no! ¡Hoy es mi cumpleaños y tenía que ser perfecto!— protesto contrariada. Respiro hondo, para controlar el enfado que amenaza adueñarse de mi lengua, luego gimoteo — lo siento, Álex, pero es que me hacía mucha ilusión celebrarlo contigo. Te tenía reservada una sorpresa muy bonita.

—¿En serio? ¿Qué es?

—¡Ah!, si no nos vemos no lo sabrás nunca.

—Lo siento, princesa, ya te he dicho que no puedo quedar hoy. Imposible.

—Vale, está bien. Entonces nos vemos el sábado por la tarde.

—Claro que sí, igual que habíamos quedado hoy: a eso de las siete en frente de la estación, ¿de acuerdo? Te esperaré allí aparcado en doble fila. No te retrases.

—Está bien. Chao. Que te vaya bien lo de esta noche.

Cuelgo el teléfono y me quedo apoltronada en el sofá. No me he dado cuenta pero durante la conversación he estado rayando inconscientemente un

bloc. Entre un montón de espirales y corazones leo lo que he escrito: te quiero.

¿Lo quiero? Sonríó ampliamente al recordar el bonito rostro de Álex, sus maravillosos ojos azul verdoso y su perfecta sonrisa. ¡Qué suerte tengo! De entre todas las chicas del instituto y del mundo mundial me ha elegido a mí. No podría ser más afortunada.

El timbre de la puerta me sobresalta. Me pongo en pie de un salto y enfilo rápidamente el pasillo.

Es Jessica.

Cuando cruza la puerta veo que trata de ocultar una bolsa detrás de su cuerpo.

—¡Hola Eva! —saluda risueña,

estampándome dos besos en las mejillas. Me parece un poco absurdo el gesto pues nos hemos visto esta misma mañana, pero añade— ¡feliz cumpleaños!—. También me había felicitado entonces, pero qué más da.

Descubre la mano que tiene escondida tras de sí y me entrega una bolsa de papel. Dentro hay un regalo pequeño, más bien minúsculo.

— ¡G r a c i a s Jessica! —digo arrancándole la bolsa de la mano. La abrazo y le doy dos besos todavía más sonoros que los que ella me ha dado a mí.

Abro el paquetito y dos pendientes de plata con cadenitas largas de las que cuelgan varios adornos con forma de

lunas y estrellas resbalan sobre la palma de mi mano.

—¡Gracias! —exclamo al ver sus pendientes favoritos, ahora en mi poder, y añado— ¿por qué lo has hecho?, pero si son tus preferidos.

—De nada —dice sonriendo—, pero a ti te quedan mejor.

—¡Qué va!

—Sí —dice—, mucho mejor. Quiero que los tengas tú.

—Pues gracias. Me los pondré ahora mismo.

—¿Para ir por casa?

—Sí, para ir por casa.

—Me alegro de que te gusten tanto. Sé que están usados pero no tenía dinero y bueno... sé que te gustan mucho y me

los pides siempre, así que he pensado que tampoco te importaría.

—Claro, lo bonito es el detalle—. Vuelvo a abrazarla y le doy otros dos efusivos besos.

—Bueno, me voy —dice sonriendo —, supongo que tendrás que arreglarte para esta noche. Hoy es la gran noche, ¿verdad?

—No, al final no. Álex no podía quedar. Otra vez el rollo ese del escultismo.

—¿Pero qué es eso? —pregunta frunciendo el entrecejo.

—No lo sé bien. Algo sobre un grupo juvenil en el que está metido...

—¿Una secta? —compone una mueca de asco.

—No, una secta no, bruta —digo entre carcajadas—. Es un grupo de jóvenes y niños que están orientados por adultos muy comprometidos en el servicio educativo permanente y al desarrollo integral de las personas, potenciando principalmente el sentido de la libertad y de la responsabilidad —recito tal cual me lo explicó Álex hace unas semanas y agrego— ¡qué sé yo! —, porque en realidad no me enteré de nada de lo que me decía.

—¡Vaya rollo! —exclama poniendo los ojos en blanco.

—Sí, un rollo que además me fastidia un montón. Es la segunda vez que cancela una cita en el último momento por culpa de los scouts —

protesto—. En fin, qué le voy a hacer. Es lo que hay.

Se encoge de hombros.

—¿Vas a pasar? —la invito a entrar.

Asiente con la cabeza, atraviesa la puerta y la cierra a sus espaldas. Dejo que Jessica me preceda por el pasillo y la observo mientras vuelve la cabeza para mirar a través de la puerta entreabierta de la habitación de Pablo. Cuando llega a la puerta de mi dormitorio, se gira y pregunta— ¿aquí?

—Sí, pasa.

Entra en mi habitación y enseguida se deja caer repantigada con las piernas hacia arriba encima de la cama. Coge sin interés el libro que tengo sobre la

mesita y lee el título en voz alta.

—*Sin alas*. ¿Está bien?

—Mucho

—¿Mucho? —pregunta escéptica mientras vuelve a dejar el libro sobre la mesita —. No sé cómo consigues leértelos enteros. Yo leo un par de páginas y me canso.

—Bueno, supongo que no has encontrado ninguno de tú interés — respondo, mientras me siento en el sillón de mi escritorio, donde hay un montón de apuntes de clase esparcidos, esperando inútilmente que les preste un poco de atención.

—Sí, supongo —dice distraídamente mirando el póster de Pablo Alborán que adorna la cabecera

de mi cama—. Prefiero leer revistas. Saco muchísima más información.

—¿Qué decía hoy mi horóscopo?

Se pone seria, como si fuera a decir algo realmente importante y recita—
acuario: un buen día para mandar a la mierda a tu chico y ponerle los cuernos.

—¡Eh!, ¿por qué dices eso? —
pregunto sorprendida.

—Estáis destinados a fracasar. Tú acuario y él capricornio. Tú eres etérea y el completamente terrenal. No tenéis los mismos intereses.

—¡Venga ya! Eso son tonterías —
protesto riendo.

—Tú ríete y no creas, que ya verás lo qué te pasa.

No me gusta mucho esa actitud tan

negativa que muestra ante mi relación con Álex. Se ve que la ruptura con Raúl hace una semana no le ha sentado nada bien. Todavía la ha vuelto más escéptica del amor.

—¿Qué decía el tuyo? —pregunto insolente y añadido con gesto huraño— ¡busca la manera de joder a tu mejor amiga!

—No —sonríe amargamente—, de todas formas no sé qué te molesta. No habéis empezado nada bien. Nunca os veis, fuera del instituto quiero decir, porque allí si os veis, pero total para lo que te sirve. No te hace ni puto caso. ¡Menudo imbécil!, no hay quien lo soporte.

La miro extrañada, porque no sé

muy bien a qué viene todo esto. Hasta la fecha pensaba que Álex le caía bien, pero por lo visto estaba muy equivocada. Por sus palabras parece que no lo puede ver ni en pintura.

—¿Qué te pasa? —pregunto molesta.

Jessica se entretiene hojeando una revista, de las que le gustan, y dice encogiéndose de hombros sin mirarme— nada, sólo opinaba, ¿puedo o te molesta?

—Puedes, pero, no sé muy bien a qué viene todo esto de dejar a Álex. Sabes que estoy loca por él.

—Por eso mismo lo digo. No creo que te convenga estar tan colada por un tío. Y menos por un tío como Álex, sabe

mucho más que nosotras y te la puede jugar.

Sacudo la cabeza por la sorpresa que me produce escuchar sus palabras y sobre todo descifrar el mensaje en clave recibido por mi cerebro: está celosa.

—¡Cállate! ¡Estás celosa! —replico con furia.

Deja de hojear la revista y me mira consternada.

—No —baja la voz, negando también con la cabeza—, Eva, no, no me interpretes mal, sólo opinaba, pero si te molesta me callo.

—Pues sí, me molesta y mucho, así que cállate. No sabes de lo que hablas. Álex está loco por mí y me lo demuestra día tras día.

Jessica agacha la cabeza y dice—
lo siento, puede que tengas razón.

—¡Pues sí, la tengo! ¡Así que
cállate de una vez!

¡Celosa de mierda!

—Vale, no diré nada más, pero creo
que deberías pensarte mejor lo tuyo con
Álex, antes de seguir y cagarla más.

—Te callas o me enfado.

Se queda en silencio mirándome
fijamente. No sé qué narices le pasa.

—Eva, ese tío no te conviene.

—Lárgate ahora mismo.

—Eva...

—Cállate, no quiero escucharte.

—Vale, me voy.

Se levanta con desgana de la cama y
suelta en tono altivo— no hace falta que

me acompañes a la puerta. Conozco el camino.

—No pensaba hacerlo.

Sale de la habitación.

—¡Oye! ¡No me esperes mañana, ni nunca! ¡No pienso quedar contigo! — grito con todas mis fuerzas hacia el oscuro pasillo.

No recibo respuesta.

Se cierra la puerta con un fuerte golpe que hace temblar toda la casa.

—Chao, capulla.

¡Será cabrita! ¿De qué va? ¿No puede verme feliz sin que se le atraganten los hígados? ¡Vaya amiga! Para una vez que me va bien en la vida. Tengo al tío más genial de la galaxia y ella me lo quiere fastidiar diciendo que

no me conviene estar con él.

Conducción temeraria

Me ducho tranquilamente y luego me tiro casi cerca de una hora secándome el pelo. Finalmente me paso la plancha para dejarme el cabello ultraliso. Comienzo a maquillarme. Decido volver a usar la técnica del ahumado en los ojos que tan buen resultado me dio la noche de la fiesta en la discoteca. Es complicado hacerlo sobre todo si no tengo la referencia delante, la lengua viperina se la llevó a su casa, pero tras intentarlo tres veces y emborronarme el párpado como un moratón lo consigo y el efecto vuelve a gustarme.

Suena mi móvil. Lo he dejado sobre

la mesita en mi habitación. Espero que no sea Álex cancelando de nuevo la cita.

Dejo el lápiz de ojos negro encima del lavabo y voy a mi habitación. El teléfono sigue sonando sin consuelo. Lo cojo y veo que se trata de Jessica ¡La víbora! Miro la pantalla iluminada durante unos segundos dudando de si responder o no. Al fin y al cabo, ha sido muy mala amiga. No se merece todavía mi perdón. Pito, pito...

—Dime —espeto secamente.

—Hola Eva —saluda en tono quejumbroso.

—Hola.

—¿Qué tal?

—Arreglándome para mi cita con el apestoso de Álex, ¿algún problema u

opinión al respecto? —pregunto con aspereza.

Silencio.

—Ya veo que no, ¿qué querías? —pregunto fríamente.

—Estoy muy preocupada —dice en tono lastimoso.

—No tienes por qué. Sé cuidarme bien solita.

Silencio.

—No me ha venido la regla —farfulla.

Ahora soy yo la que enmudece.
¡Mierda!

—¿Cuándo te tocaba?

—Hace tres días.

Suspiro de alivio.

—Joder, Jessica, todavía es pronto.

No significa nada.

—Ya, pero podría ser, ya sabes que la primera vez con Raúl no usamos condón.

Lo sé y pienso que es una inconsciente, pero no voy a reñirla por algo que ya no tiene remedio.

—Te tomaste la píldora del día de después. Es muy efectiva y las probabilidades de que falle si se toma enseguida son mínimas, además es pronto. Sólo llevas un pequeño retraso. Intenta relajarte y verás como viene sola —trato de tranquilizarla.

—¿Sabes algo de una rama de perejil? —pregunta con un hilillo de voz.

—¡Anda calla! Eso son tonterías —

vacilo—, aunque he oído que tomar aspirinas ayuda.

—¿En serio?

—No, no lo sé seguro.

—Me tomaré una caja.

—Anda calla, no hagas tonterías, relájate. Seguro que le has estado dando vueltas todo el tiempo y te has puesto nerviosa.

—¿Tú crees?

—Claro.

—¿Seguro?

—¡Que sí! —exclamo con vehemencia—, además tú horóscopo no decía nada de un bebé, ¿verdad? —pregunto intentado restarle seriedad al asunto.

—No —murmura.

—Pues entonces, no tienes nada que temer. Mira lo que vamos a hacer, esperaremos hasta que haya pasado una semana y si entonces no te ha venido; compraremos un Predictor en la farmacia y te haremos la prueba del embarazo. Seguramente saldrá negativo entonces te tranquilizarás y te bajará y asunto arreglado, ¿ok?

—¿Y si sale positivo? —pregunta preocupada.

—Eso no va a pasar.

—¿Y si pasa?

—Entonces ya lo pensaremos —digo. Consulto el reloj y veo que son casi las seis—. Jessica, lo siento, tengo que dejarte, me sabe fatal, pero me estoy arreglando y se me hace un poco tarde.

—Ah, claro, has quedado con Álex
—comenta en tono apagado.

—Sí. Lo siento.

—Vale, no importa.

—Pero mantenme informada de cualquier novedad, ¿vale? Estaré pegada al móvil con Superglú.

—Lo haré.

—Y sobre todo: tranquilízate.

—Lo intentaré.

—¿Por qué no llamas a Sonia o Andrea o Carla?

—No, prefiero que no, prefiero que no lo sepa nadie más, por si luego..., en fin nada, vete tranquila y pásatelo bien.

—Lo intentaré.

Me sabe fatal dejarla así y no hacerle compañía en un momento tan

delicado, pero hoy es mi gran día. Tenía pensado que a lo mejor hoy podría ser *el día*, ya me entiendes, pero la verdad es que después de lo de Jessica se me han quitado las ganas en un santiamén. La libido se me ha bajado a la altura de los tobillos.

Una hora más tarde estoy en el Golf de Álex.

—¿Qué te gustaría hacer, princesa?
—me pregunta, mientras clava en mí sus increíbles pupilas, esta tarde más verdes que azules.

Acabo de subir al coche y todavía estoy quitándome el abrigo.

—No sé —respondo encogiéndome

de hombros.

—¿Vamos al cine?

—Pues me gustaría, pero no quiero desconectar el móvil en toda la tarde, estoy esperando una llamada importante.

Parece sorprendido, porque abre la boca, pero no dice nada. Sonríe.

—¿De quién, si se puede saber?

—De Jessica.

Enciende el contacto y pone la primera marcha.

—¿Y qué quiere Jessica? ¿Qué es eso tan importante que no puedes apagar el móvil? —pregunta mirando al frente mientras conduce con los labios apretados.

No sé qué responder, pero desde luego nunca la verdad. Me tomo unos

segundos antes de responder, buscando una respuesta convincente.

—No sé, me ha llamado y me ha dicho que tenía que contarme algo urgente.

—Ah, ya, ¿y no te ha dicho de qué se trataba?

¡Mierda! No sé a qué viene tanto interés, pero se me están acabando los argumentos.

—No. Cosas de chicas, supongo.

—Ya.

—No te importa, ¿no?

—No, claro que no, pero pensaba que esta tarde era sólo para nosotros dos —dice mimoso. Sonríe de oreja a oreja y estira el brazo para acariciarme la pierna.

—Y lo es, ¿qué te gustaría hacer a ti? —respondo, aferrándole la mano.

—Me gustaría ir al cine y luego comerme una hamburguesa en el McDonald's —contesta—, claro, que si tú prefieres hacer otra cosa...

—Me encantaría, pero...

—Pues venga —me interrumpe—, sea lo que sea lo que tiene que decirte Jessica puede esperar, ¿no?

—Supongo que sí —me dejo convencer.

Al fin y al cabo por mucho que yo quiera: mis poderes mentales nunca provocarían que le suba la marea roja a mi amiga.

—¿No quieres ver tu regalo?

—Claro, ¿dónde está?

—Ahí, detrás de tu asiento.

Estiro el brazo y enseguida palpo en el hueco una gran bolsa. La cojo y en un *plis* me la coloco encima del regazo. El regalo tiene aproximadamente la forma y el tamaño de una caja de zapatos. Además, cuando lo agito, también suena a zapatos. Lo desenvuelvo lentamente y compruebo que efectivamente es una caja de zapatos Digi Skull y dentro hay... tachán: unos fabulosos zapatos de plataforma y puntera redondeada totalmente forrados por lentejuelas que dibujan calaveras blancas sobre el fondo negro. Son una preciosidad, y buenos, se nota a un kilómetro que son caros. Desde luego, son muy acordes con mi nuevo estilo, pero al ver el alto

tacón de por lo menos doce centímetros, tuerzo el morro, tengo el presentimiento de que me van a dar más dolor de pies que glamour.

—Son una maravilla —digo, mientras me acerco a él y le doy un besazo en la mejilla.

—¿Te gustan?

—Muchísimo. Gracias.

Me mira de reojo y sonrío complacido.

—Voy a ponérmelos —anuncio contenta.

Me quito mis preciosos, confortables y cómodos botines y me enfundo el zapato asesino. Se ajusta bien a mi gran pie de jirafa: el cuarenta y uno. Estiro la pierna por delante de mí y

la apoyo sobre el salpicadero.

—¿Qué tal?

Supongo que le encanta: mis delgadas y largas piernas quedan bien casi con cualquier cosa. Además, la combinación del zapato con el negro tupido de mis medias queda de muerte y es muy sexy.

Mira hacia mí y de pronto su cara parece horrorizada.

—¡Baja el pie ahora mismo de ahí!
—exclama en lo que a mí me parece un chillido infrahumano.

Encojo la pierna impresionada por su mala reacción, pero a qué mala hora se me engancha el tacón con la bandeja y lo arrastro por el salpicadero arañando visiblemente la piel del tapizado.

¡Mierda! Espero que no lo haya visto.

—¿Qué pasa?

—He lavado el coche hoy —
explica en tono neutral.

—¡Joder, mierda! ¿Y por eso tanto
alboroto?

—Es que no me gusta que se trate
mal a mi coche.

—Ah, entiendo, ¿así que eres uno
de esos? —pregunto entre risas.

—¿Uno de qué?— parece enfadado.

—Sí, ya sabes: un maniaco
obsesivo de su coche.

Me mira desconcertado y luego
responde tras soltar una carcajada— no,
lo que pasa es que me gusta tenerlo
siempre limpio. Sólo eso.

—Vale, no te preocupes. Lo cuidaré

como si fuera mío —digo en tono tranquilizador.

Me mira y dice con una sonrisa que le llega de oreja a oreja —estás preciosa esta tarde. Me encanta como te queda el pelo liso, deberías llevarlo siempre así, te hace muy sexy.

Lo que él no sabe es que para llevar este pelo supersexy necesito nada más y nada menos que hora y media de mi valioso y escaso tiempo.

Cuando llegamos al cine, la película que vamos a ver ya ha comenzado y no hay pase hasta las ocho y media. Así que decidimos merendar antes de entrar. Luego vemos la película, que es de risa y casi me desfallo de tanto reír. A Álex también le gusta, o al

menos eso dice cuando termina. Aunque se pasa más tiempo mirándome a mí que hacia la pantalla de proyección, con lo cual deduzco que no puede haberse enterado de gran cosa. Me gusta que me mire, me hace sentir especial y deseada, así que no digo nada y le dejo que me observe. De vez en cuando me mete un montoncito de palomitas en la boca y la sensación de chupar fugazmente sus dedos salados me excita, pero reprimo las ganas de besarle y sigo mirando la película, que por otra parte está casi finalizando. Un poco más y seré suya.

Durante hora y media me olvido de Jessica, pero nada más salir de la sala conecto rápidamente el móvil para comprobar el estado de mis *sms*. Hay

uno, recibido a las 9:22, que es de Jessica, lo visualizo y dice así «sin cambios». ¡Mierda!

De camino a casa en su Golf, apoya la mano sobre mi pierna. Le gusta conducir de esa forma, con una mano sujetando el volante con firmeza y con la otra sujetándome a mí. Creo que esa sensación le hace sentir poderoso, como si él tuviera absoluto dominio sobre mi persona. Supongo que eso le pone mucho. Comienza a deslizar la mano acariciando el tejido de los pantalones. Traza círculos mientras se aproxima a la cara interna de mis muslos. Separo un poco las piernas para facilitarle el camino. Me excita. Me encanta el contacto de sus manos sobre mi piel. Sus

dedos dibujan trazos irregulares mientras avanzan poco a poco en dirección a la ingle. La presión comienza a crecer sobre mi sexo. Separo un poco más las piernas. Me acerco a él y le riego el cuello con mis besos. Aparta la mano para reducir la marcha. Detiene el coche en un semáforo. Me mira y empezamos a besarnos apasionadamente, mordiéndonos los labios y la lengua. Apresuradamente, y sin dejar de besarle, me bajo los pantalones hasta las rodillas. Deja de besarme y me mira extrañado. Sus ojos me dicen «estás loca». Echa la cabeza hacia atrás y suelta una sonora carcajada, pero de inmediato vuelve a besarme con más fuerza.

Un coche nos pita. ¡Mierda! El semáforo está en verde. El golf se pone de nuevo en movimiento. Su mano vuelve a buscar mi sexo. Con dedos fugaces aparta rápidamente el leve tejido de las braguitas y las yemas me exploran los labios vaginales. Están muy húmedos. Sigue acariciándome mientras sus dedos se deslizan una y otra vez sobre mi clítoris, que se ha dilatado y caliente busca insistente su exquisito roce. Echo la cabeza hacia atrás y me dejo llevar por la sensación de placer que empieza a arrasarme como un tornado. Me vuelven loca sus caricias. Siento el placer que le provoca complacerme. Aparta la mano durante un segundo. Lleva sus dedos, todavía con

sabor a palomitas, a mi boca para que se los chupe. Cuando vuelve a mí el contacto es mucho más fluido, mi sexo está completamente empapado. Miro hacia fuera y la oscuridad de la noche me devuelve reflejos y luces difusas que pasan ante mis ojos como una exhalación. Otra vez detiene el coche. Estamos en un stop. Volvemos a besarnos con pasión. Mi mano busca su sexo entre los botones de sus vaqueros. Lo noto muy duro y potente. Gime cuando mis dedos entran en sus bóxers y le acarician la cabeza del pene. Sus hábiles dedos todavía siguen trazando suaves círculos sobre mi botón inflamado que se ha puesto más duro que una roca y se ha encendido como una

mecha amenazando quemarme viva. Sigue trabajándome, sin prisa busca los sitios exactos en los que mi cuerpo responde y así darme todo el placer que anhelo desesperadamente. Un escalofrío me recorre la columna vertebral y emite pequeñas descargas eléctricas hacia mi cerebro. Crece y crece, tocando con sus infinitas puntas cada terminación nerviosa de mi piel y la sensación de placer es casi insoportable. Quiero que me la meta allí mismo y me da igual si montamos un atasco. Se oye un bocinazo. Aparta la mano para poner primera y sus caricias me abandonan dejándome perdida. Resoplo resignada, pero mi mano blande su miembro arriba y abajo y lo noto tan excitado que sé que

la conducción en ese estado debe ser muy temeraria. Cuando vuelve a detener el coche en un semáforo, sus dedos vuelven a acariciarme el sexo de forma persistente. La excitación me arrastra y me dejo llevar a la deriva. Suelto su pene, para disfrutar al máximo del momento. De repente, siento un intenso placer que empieza a crecer y crecer dentro de mí. Se va extendiendo a lo largo de todo mi cuerpo, naciendo en mi punto del placer y terminando en el último cabello de mi cabeza. Empiezo a gemir con fuerza mientras muevo las caderas hacia abajo sincronizándolas con el ritmo de sus dedos juguetones. El orgasmo me consume, dejo de respirar, mientras se prolonga exquisitamente

durante unos segundos en los que mi cuerpo es fuego. Grito con fuerza y luego todo se disipa rápidamente, dejándome una contradictoria sensación de nervios y serenidad.

Abro los ojos justo en el momento en el que el Golf vuelve a ponerse en marcha. Me subo rápidamente los pantis y me coloco bien la minifalda negra de volantitos de encaje. En menos de cinco minutos estamos entrando en mi pueblo. Álex me sonríe con picardía mientras dobla la bocacalle que conduce directamente hasta mi casa y enfila la calle. Detiene el coche delante de mi portal. Se vuelve hacia mí y se chupa los dedos con deseo, mirándome con una expresión entre lasciva y divertida que

me vuelve loca de excitación.

Me abalanzo de nuevo sobre él y empezamos a saquearnos la boca con la lengua. Mi mano estrangula su pene todavía al descubierto. Aúlla y suelta una carcajada. Lo miro con fiereza y lo provoco con voz de guarrilla— ¿quieres que te dé lo tuyo?

Empieza a reír y exclama— ¡me encanta cuando te pones golfa!

Entonces se lo doy, y me importa una mierda estar justo en frente del portal de mi edificio. Sin pensar en nada más que darle placer a mi chico, me lanzo sobre él y de una me trago toda la longitud de su miembro. Lo succiono con la boca y lo hago vibrar con la lengua, que imparable rueda sobre él,

arrancándole roncós gemidos. Me sujeta la cabeza para dirigir el movimiento, no me detengo, me dejo dominar y lo devoro como si fuera el mejor helado caliente que me he comido en mi vida.

—Eva... —gime—, voy a explotar.

Sonrío y sigo chupádoselo sin tregua hasta que tira de mi cabeza con fuerza hacia arriba.

Enseguida empieza a lanzar chorros de semen por todas partes. Me aparto rápidamente y Álex se lo agarra tratando de evitar que su leche le manche la tapicería del coche. Por poco.

Empiezo a reírme, hasta que él se inclina sobre mí y me besa acallándome.

—Te quiero, Eva.

Días de rojo

Lunes: sin cambios. Jessica parece una enferma terminal que se pasea lúgubrementemente y sin voluntad por los pasillos del instituto. ¡Vamos, casi una zombi!

Martes: sin cambios. La situación ha empeorado y Jessica se ha convertido en una especie de híbrido entre zombi y la niña de *El exorcista*. ¡Joder tía, qué estés embarazada no significa que no tengas que ducharte nunca más!

Miércoles: ¡Yupi ya ya, yupi yupi ya! ¡Bien! La mañana se tiñe completamente de rojo, el cielo de pronto se despeja dando paso a una luz fulgurante que pinta el mundo

completamente de rosa y la vida a través de las lentillas de Jessica también.

Durante estos dos días de calvario no he querido molestarla con malos rollos porque bastante tenía ya, *la pobre*, con lo que le venía encima, nunca mejor dicho, así que de lo que pasó el día de mi cumpleaños en mi casa no hemos vuelto a comentar ni *mu*. Nuestras conversaciones, para acabar de mortificarla y hundirla en la más absoluta de las miserias, se han limitado al tema barriga. Jessica que es terriblemente práctica, lo tiene muy claro: niños no. Eso lo podía haber pensado antes de echar el polvo y haber practicado la dieta del jamón que es bastante eficaz, a no ser que te comas el

bocadillo mientras tanto. En fin, que lo tiene muy claro, de momento no quiere *mocosos* que le amarguen la existencia. Tiene planes perfectamente estructurados de futuro que ningún *mocoso* le va a fastidiar. Lo más paradójico de todo este asunto es que Jessica precisamente quiere ser profesora de educación infantil. Es decir, le encantan los *mocosos*, palabra que tan desdeñosa ha utilizado con frecuencia estos dos últimos días, y repito de autentico calvario, para llamar al fruto de sus propia carne. Pero claro, la entiendo, yo ahora ya sé lo que es tener planes de futuro, y comprendo lo mucho que me importa que éstos sigan adelante. No sé qué haría si algo se

interpusiera en mi camino y amenazara con tirar por tierra todo lo que he conseguido con tanto anhelo y dejara de repente de controlar y dominar mi destino. Mi futuro no está en juego.

Cuando todo termina y el mundo de Jessica vuelve a la normalidad, y el mío también dicho sea de paso, nuestra discusión es agua pasada, y ni siquiera recuerdo cómo empezó ni por qué. ¿Qué clase de amigas seríamos si nunca discutiéramos? Las amigas están para eso, ¿no? Para lo bueno y para lo malo, y como entes pensantes diferentes que somos pues no podemos siempre estar de acuerdo en todo. Alguna vez tenemos que discrepar, ¿no? Digo yo.

Juegos de mesa

Álex se ha comportado durante su clase con toda amabilidad. No ha habido comentarios desafortunados hacía mi persona, ni preguntas con truco, sólo miradas furtivas que para la mayoría de la clase han pasado completamente desapercibidas, pero no para mí.

Cuando estaba a punto de abandonar el aula, Álex me ha llamado aparte y me ha preguntado si podíamos vernos más tarde. Como me ha extrañado que me pidiera algo así, puesto que no es muy normal que nos veamos entre semana, le he preguntado, que cuándo era más tarde. Álex me ha mirado maliciosamente sexy y me ha

dicho, esta misma tarde, en mi despacho.

Y aquí estoy, ante la puerta de su despacho. Dudando de si llamar o no llamar. ¡Madre mía! ¿Por qué el amor es tan complicado? Estoy loca por Álex, lo sé, lo sé. Soy perfectamente consciente del efecto que produce en mí. Me vuelvo loca cada vez que lo veo. Me hago gelatina cada vez que me toca. Y eso es algo fuera de lo normal, ¿no? Quiero decir que eso debe significar algo. Y yo sé lo que significa. Lo tengo claro: lo quiero. Estoy enamorada de él.

Llamo a la puerta con dos breves golpes, que resuenan sordamente sobre la plancha hueca.

Álex desde dentro me invita a entrar. Está sentado ante el portátil trabajando. Lleva puestas sus gafas de pasta negra, que le proporcionan esa pinta de intelectual supersexy que me vuelve loca.

—Pasa y siéntate —ordena.

Avanzo unos pasos y me siento en la silla que hay en frente de su mesa.

—¿Qué querías? —pregunto curiosa.

Álex observa atentamente la pantalla del monitor y no me hace caso.

Lo llamo un par veces, y entonces me hace un gesto con la mano para que me calle.

¡Será cabrito!

—¿Puedes cerrar la puerta con

pestillo?

¡Ay, madre!

—¿Para qué? —pregunto suspicaz.

Álex sigue sin mirarme. Está escribiendo sin pausa en el teclado. Comienzo a impacientarme.

—Princesa, ¿puedes pasar el pestillo? —insiste en tono más dulce pero aún así persuasivo.

Hago lo que me pide y vuelvo a sentarme.

—Ponte cómoda.

Me quito el abrigo y lo dejo doblado sobre el respaldo de la silla. Álex mientras tanto sigue centrado en su trabajo. Comienzo a mirar a mi alrededor aburrida por la espera. Álex sigue bombardeando las teclas. Observo

sus ojos azules semientornados y sus labios apretados por la concentración y pienso que probablemente es el tío más guapo que conozco. Y encima tengo la suerte de estar con él.

—¿Puedes ponerte en pie?

¿Qué? ¿Para qué quiere que me ponga en pie ahora? No digo nada, le obedezco sin rechistar y me levanto.

Por un momento deja de martillear el teclado y me mira con interés. Yo lo miro intrigada, esperando que me diga algo.

—¿Qué? —pregunto impaciente.

—Me gusta tu falda —comenta mirándome descaradamente las piernas, con una media sonrisa esbozada en los labios.

Miro hacia abajo. La falda escocesa de tablas deja al descubierto la mayor parte de mis muslos. Sé que me está corta y debería haberla donado a alguien que midiese menos de metro cincuenta, pero me encanta que sea tan sexy. Además, sé que le vuelven loco mis piernas y precisamente por este motivo me he puesto esta minifalda de colegiala guarrilla. Cruzo y descruzo las piernas con gesto seductor.

Sus ojos se abren y emiten una chispa de excitación.

Sonrío complacida. Objetivo número uno conseguido.

—Pero quítatela —añade en tono exigente.

¿Qué? ¿Cómo? Yo alucino. ¿No

pretenderá tener relaciones sexuales aquí en el trabajo? Pero ¡qué fuerte! ¿Y si nos pillan? Si nos pillan, no sé qué podría ocurrir. Debería ahora mismo mandarlo a la mierda y largarme corriendo del despacho, pero me puede la excitación. Me quedo muy quietecita donde estoy intentando esconder los nervios. Mi corazón ha duplicado las pulsaciones en un segundo y una ráfaga de calor ha arrasado mi cuerpo, calentándome al instante. ¡Dios!, hasta respirar se convierte en un trabajo difícil.

Sólo una palabra y ¡madre mía, ya estoy mojada! He soltado un chorro que ni las cataratas del Niágara.

Lentamente y con las manos

temblorosas me desabrocho el botón de la cinturilla y bajo la cremallera del costado. La falda cae al suelo por su propio peso. Álex me observa atento, impasible. Veo el deseo en sus ojos. Percibo su corazón latiendo tan aceleradamente como el mío.

—¿Y ahora? —pregunto con voz entre excitada y nerviosa.

—Las medias —dice sereno, hace una pausa para morderse provocadoramente el labio inferior y añade con vehemencia— ¡fuera!

Sujeto la cinturilla de los pantis negros tupidos y tiro con fuerza hacia abajo, dejando al descubierto mis pálidas piernas, deslumbrantes en contraste con el pequeño tanga negro.

Los bajo despacio y cuando llego a los tobillos desabrocho las cremalleras de los botines y me los quito. Las medias van detrás tras un breve alarde de equilibrio. Trago saliva y vuelvo a mirar a Álex expectante. Me examina con los ojos entrecerrados. Noto como se excita. Lo percibo en el ambiente; es tenso y caluroso y huele un poco salobre, como el sexo. Yo también estoy muy excitada. El corazón me salta aceleradamente dentro del pecho y parece que va a estallar. Mis mejillas arden, debo estar más roja que una amapola.

—El suéter —me indica.

Me quito el suéter de lanilla. Sólo me queda la camisa blanca y la ropa

interior.

—Acércate —me ordena, separando de un empujón el sillón con ruedas de la mesa.

Me dirijo hacia él, despacio, intentando transmitir a cada paso sensualidad y seguridad en mí, aunque en realidad me encuentro nerviosa perdida. Por fin, ha llegado el momento. Lo sé y lo deseo. Me sitúo delante él, entre el sillón y la mesa y lo miro fijamente a los ojos esperando sus *órdenes*.

Se pone en pie de inmediato y se abalanza sobre mí. Sus manos atrapan mi nuca con fuerza, arrastrándome hacia él. Me empuja. Las corvas de mis piernas golpean la mesa obligándome a

sentarme sobre ella. Lo hago y me abro para recibir a Álex plenamente. Se inclina sobre mí y aprisiona mi cuerpo sobre la mesa. A través del pantalón noto su pene completamente duro sobre mi vientre desnudo y me vuelve loca la sensación de haberlo conseguido yo solita. También una grapadora clavándose en mi espalda, pero me encanta el dolor frío que me produce. Álex me besa el cuello, la boca, otra vez el cuello y luego baja lentamente en busca de mis pechos. Desabrocha rápidamente con una mano los botones de la camisa y el sujetador queda al descubierto. Aparta la tela y se mete un pezón completamente en la boca y comienza a jugar con él. Lo muerde

y se pone duro como una roca. Empieza a chuparlo y a mordisquearlo suavemente con los dientes. Siento que cientos de culebrillas eléctricas se desplazan fugaces por todo mi cuerpo. En algún momento Álex se ha desabrochado los pantalones y los ha bajado de modo que un pequeño y ceñido bóxer azul marino ha quedado a la vista. Le abrazo la cintura con las piernas porque quiero notar su pene rozando mi sexo. Lo noto muy duro a través del tejido del calzoncillo.

Se separa de mí y me mira fijamente a los ojos.

—Quiero hacerte el amor ahora mismo —me susurra Álex, y añade— ¿tú quieres?

Asiento con la cabeza, enmudecida por la emoción.

—Eres preciosa.

¿Se supone qué tengo que decir algo yo también?

—Tú también eres precioso.

Echa la cabeza hacia atrás, suelta una fuerte carcajada y dice con el rostro encendido— me vuelves loco, Eva.

Posa ambas manos sobre mis pechos y vuelve a besarme los pezones que lo reciben con gran excitación. Lo contemplo fascinada mientras los lame endureciéndolos. Empiezo a relajarme y a disfrutar de su juego. Por un momento se despista, mientras hace algo ajeno a mí. Pero al poco vuelve, con la mano me aparta el tanga y de súbito su potente

pene empieza a restregarse con suavidad sobre mi sexo y, ¡oh, madre mía! ¡Qué gusto! Su cabeza se desliza suavemente por mis labios vaginales, y embiste tenaz la secreta hendidura. La fiebre sexual se adueña de mi clítoris que se dilata y arde bajo su dulce caricia. Una oleada de placer comienza a crecer en ese pequeño punto, y sube y baja como el hipnótico vaivén de las olas. Crece y se extiende por todo mi cuerpo como una lenta y excitante onda expansiva que me desborda. Siento que voy a desmayarme o a morirme de gusto. Comienzo a gemir.

—El condón —le exijo, entre dos jadeos consecutivos.

—Tranquila, no hay prisa, tenemos

tiempo —me calma, mientras me pellizca suavemente los pezones con los dedos y siento que voy a fundirme en él.

—No, métemela ya —suplico, agarrándole la cabeza y hundiéndola fuerte en mi pecho.

—Aún no. No seas impaciente.

Sin dejar de mirarme, me acaricia el vientre y baja la mano hasta la cinturilla del tanga, lo sorteando y se adueña de mi sexo. Sus dedos se introducen entre los labios vaginales y buscan expertos mi clítoris. Se deslizan sobre él de esa forma tan insistente que me enloquece. Cercándolo con las yemas y está tan hinchado, empapado y caliente que creo que no voy a poder soportarlo más y voy a correrme si no

deja de masturbarme de ese modo. Y yo no quiero correrme en su mano, quiero hacerlo en su pene. Le paro la mano y Álex me mira extrañado. Dice que no con la cabeza y sonrío. ¿Qué parte de métemela ya, no entiende? Se retira y desciende hasta mi sexo. Coge la cinturilla del tanga y lo arrastra bruscamente hacia abajo, arrancándomelo de las piernas. Tengo el sexo totalmente descubierto y a la vista de Álex. Es la primera vez que un chico me ve de ese modo y no sé si ... Su boca se lanza sobre mí y su lengua comienza a chuparme el clítoris con una delicadeza que me funde por completo. Se concentra totalmente en ese punto y me abandono a la excitación que domina mi

cuerpo, hasta que acabo corriéndome mientras sacudo las caderas dominada por la potencia del orgasmo que ha explotado en mí. Siento que voy a salir volando por los aires, pero él me lo impide, sus manos se agarran fuertes a mi cintura y sigue lamiéndome el clítoris hasta que sometida me desplomo sobre la mesa.

Álex se incorpora y lo escucho buscar algo. Abro los ojos y lo observo. Su torso desnudo me ofrece una vista impresionante. Tal y como yo había supuesto, tras varias inspecciones táctiles, tiene los pectorales bien marcados y una incipiente tableta de chocolate en los abdominales. En su base se inicia una estrecha hilera de

vello que baja ordenadamente hacia su, ¡oh! ¡Madre mía! ¡Qué cosa más fea! ¿Por qué está tan morada y brillante?

Álex se da cuenta de que estoy observándole el pene y se lo agarra con las dos manos, como si fuera un bombero empuñando una manguera, y me mira con una sonrisa burlona. Me restriega un poco la cabeza contra el sexo y luego se coloca rápidamente el condón. Se inclina de nuevo sobre mí y vuelve a atacarme los pezones con la boca. Con la mano se adueña otra vez de mi sexo y comienza a acariciarme el clítoris. No me lo puedo creer: ¡me palpita como un loco! Estoy tan empapada, que los fluidos me corren por los muslos. Cuando estoy a punto de

estallar de nuevo, se para de pronto. Con un movimiento repentino me levanta las caderas y acto seguido me penetra. Su pene entra en mí sin ninguna complicación ni obstáculo hasta el fondo. La noto dentro y me encanta la sensación de estar llena de Álex. Comienza a empujar dentro y fuera suavemente, y yo agito las caderas adelante y atrás siguiéndole el ritmo. Enseguida encontramos el ritmo adecuado. ¡Qué gusto! ¡Me muero! Los músculos de mi vagina vibran de una forma dolorosamente exquisita alrededor de su pene. Gimo descontroladamente. Y Álex sigue entrando y saliendo de mí hasta que también se corre, ahogando un dulce

gemido. Luego se derrumba agotado sobre mí y esconde su cara entre mi despeinado cabello.

—Te quiero, Eva —dice con la voz ronca.

San Valentín de muerte

No sé qué regalarle a Álex. No se me ocurre nada que pueda gustarle. ¿Qué se le puede comprar a una persona que lo tiene todo? Hemos decidido celebrar San Valentín esta noche. Aún faltan nueve días para la fecha, pero el fin de semana que viene Álex no puede quedar conmigo. Tiene un rollo de convivencia con la *secta*, como ahora me gusta llamarles. Así que esta noche es nuestro San Valentín particular y pienso pasarlo de muerte.

—No sé, Jessica —chasqueo varias veces con la lengua— no sé qué comprarle —protesto molesta conmigo misma, levantando con desgana un suéter

de lana.

—¿No le has preguntado que le hace falta?

—No, pensé que sería más original si lo elegía yo, pero ahora me arrepiento. No tengo ni idea —explico encogiéndome de hombros—. ¿Tú qué vas a regalarle a Sebas?

Sebas es el nuevo ligue de Jessica. No sé de dónde lo ha sacado, pero seguro que lo encontró en un rastro de rastas. Es un melenudo adicto a la marihuana que siempre lleva ojos de colocado y las uñas más negras que el petróleo. No sé qué le ve mi amiga, pero desde luego debe ser un talento oculto. Seguramente, oculto en su entrepierna.

—Una cachimba —sugiere—. Eh,

¿qué tal una cachimba?

—No, Álex no es un fumeta.

—Ya, pero queda bien de adorno para la casa.

Niego con la cabeza y digo— tiene que ser algo más original.

—¿Un tanga de serpiente?

—¡Qué horror, no! —exclamo haciendo ademán de vomitar. Nos echamos a reír—. ¿Puedes imaginarte algo más horrible que un tío saltando sobre ti con un tanga de serpiente?

—No me hace falta... Raúl tenía uno de leopardo, que para el caso es lo mismo —dice riendo.

La miro atónita.

—¡No!

—¡Sí! Te lo juro.

—¡Madre mía! ¡Qué horror! ¿No te daba asco?

—No, precisamente —responde riendo, exhibiendo una mueca traviesa.

—No, eso no —suelto desdeñosa, desechando su sugerencia.

Salimos de la tienda. El sol de febrero comienza a despuntar, pero, aun así, hace bastante frío en el exterior. Me abrocho el abrigo hasta el cuello y me ajusto la bufanda.

Empezamos a andar sin rumbo fijo. Quizás la inspiración se presente de repente saltando sobre nosotras en pleno centro comercial como un cuatrero en busca de su botín. Eso espero, al menos.

Las rebajas lo inundan todo. Los carteles escritos en varios idiomas

abarrota las tiendas allá donde mires: rebajas, rebaixas, soldes, 20%, 30%, 40%, 50% y 70%. ¿Quién da más? Cuelgan de todos los escaparates y me atolondran.

Pasamos frente a una zapatería. ¿Y unos zapatos? Nos detenemos a mirar la exposición. ¡Qué feos son todos! ¡Qué poca variedad! ¿Por qué los chicos tienen tan poco dónde elegir? *Pobrets*[\[15\]](#). Ahí hay unos marrones que no están del todo mal. De repente, algo capta mi atención. No está en el escaparate, sino dentro de la tienda. Sentado en una banqueta, probándose unas botas, está Diego.

Las cosas han cambiado entre nosotros desde Nochevieja. Nos

hablamos poco o poco al cuadrado, es decir: lo justo dada la circunstancia de que tenemos que compartir cartel en la función del instituto. Y no es yo no quiera, porque quiero, pero ahora mismo no puedo, sencillamente no puedo. Primero, cada vez que lo miro me muero de vergüenza, siento una necesidad urgente de que el suelo se abra bajo mis pies y me trague como una gran ballena, ¡ñam!, enterita, así que imagina mi incomodidad cada vez que estamos ensayando, uno tan cerca del otro, tocándonos, y, ¡madre mía!, todas esas cosas que prefiero no pensar. Y segundo y más importante todavía, tengo una relación seria y perfecta con Álex, que no puedo ni quiero estropear.

—Vámonos —apremio a Jessica, asiéndola del brazo y tirando de ella.

—Espera, me han gustado esos — me señala unos peep toe rojos.

—No, vámonos —insisto.

—¿No puedes esperar un momento? ¿Por qué tanta prisa? —protesta—. Me los pruebo en un segundo y ya está.

—¡Qué no!

Me mira extrañada, sin entender mi negativa. Mira los zapatos por última vez con cara de pena y comienza a suplicar— venga, venga, venga, venga... por favor, por favor,... por fa, por fa, por fa.

—Está bien, pero te espero aquí.

—Vale —dice sonriendo complacida de haberse salido con la

suya.

La veo entrar en la tienda a través de la luna del escaparate. De momento no se ha percatado de la presencia de Diego. Se dirige a una dependienta y empieza a explicarle los zapatos que quiere probarse. Se sienta en una banqueta. Mientras tanto Diego ya la ha visto. Deja las botas que se está probando en el suelo y se acerca a saludarla. Se besan en las mejillas. Luego empiezan a hablar. Jessica se echa a reír como una posesa. La dependienta le saca un zapato. Jessica lo coge con las dos manos y se lo enseña a Diego. Diego asiente con la cabeza sonriendo. Es una sonrisa sincera. La más sincera que he visto en toda mi vida

—suspiro—. Jessica se lo prueba. Niega con la cabeza con el morro torcido. Al parecer no le gusta el zapato una vez puesto o quizá le resulta incómodo. Llama con un gesto a la dependienta y le devuelve el zapato. Se pone en pie y habla durante unos segundos más con Diego, luego se despiden con dos besos.

Cuando se reúne de nuevo conmigo su cara revela claramente lo que está pensando «¡pringada!».

—He visto a Diego —comenta con indiferencia.

Empezamos a andar.

—Ah, sí, ¿qué hacía? —pregunto como si la cosa no fuese conmigo.

—¿Probarse unos zapatos? —

pregunta con una especie de sarcasmo airado.

—Vale, bien, soy una rajada. No puedo... Me da mucho corte mirarlo a la cara. Bastante tengo con todos los días en clase y la puñetera obra de teatro —replico.

—No he dicho nada —se defiende levantando las manos teatralmente, como si fuera la más inocente del mundo.

—Pero lo piensas. Hice un ridículo espantoso en Nochevieja. Todo el mundo piensa que estoy loca por él, y además me odian por vomitarles los abrigos.

Se echa a reír y me suelta— por más que me lo expliques, todavía no logro entender por qué saliste de la

habitación gritando como una loca su nombre—. Suelta una fuerte carcajada —. ¡Diego, Diego! —me imita alzando la voz, y poniendo las palmas de las manos sobre su abultado pecho—. De verdad, Eva, no lo entiendo. Desde luego, tienes mucha razón cuando dices que lo tuyo es el teatro. ¡Qué dramatismo, por favor!

Agacho la cabeza, todavía me da vergüenza recordar aquello. Iba bastante borracha, y la verdad es que me sentía muy desolada. Me dejé llevar por el sentimiento de tristeza que me arrasaba. Al fin y al cabo, tenía motivos para estar triste, pensaba que Diego y Andrea se habían enrollado. Mi comportamiento no fue tan raro, aunque los demás no

opinaran lo mismo. Total, sólo habían sido unos gritos desgarrados de nada. Tampoco era para tanto. Sinceramente, creo que les molestó más lo del vómito apestoso.

Sonríó con amargura y Jessica me toma de la mano.

—Menos mal que Diego ya se había ido con sus colegas y no te vio.

—Sí, menos mal. ¿Crees que lo sabrá?

—Es muy posible, mucha gente del instituto estaba allí. Los *WhatsApp* habrán volado.

—¡Desde luego, eres única animando! ¿No podías mentir de vez en cuando? Está claro que lo sabe y además se avergüenza de mí —gimoteo—.

Desde Nochevieja casi ni me habla. Me evita. Y yo, lo mío es peor, no soy capaz ni de mirarlo a la cara. Lo paso fatal cada vez que nos toca ensayar juntos.

—¿Por qué no hablas con él?

—No puedo —digo y niego efusivamente con la cabeza—. Además ahora estoy con Álex.

—¿Y qué?

—¿Cómo que y qué? Pues que estoy con Álex y lo quiero.

Me mira con la cara impasible.

—Vale, lo que tú digas

—¿Por qué no me crees?

—Pues porque no me creo lo tuyo con Álex. Estáis juntos pero vuestra relación es muy extraña. Os veis de uvas a peras. Entre semana no te hace caso y

si lo hace es mucho peor. Casi prefiero que no lo haga. ¡Me pone de los nervios, el tío! ¡Será imbécil!

Ya empezamos. No sé si me apetece seguir con esta conversación. La última vez que hablamos en serio de Álex acabamos enfadadas, así que digo en tono rotundo, e intentando zanjar el asunto:

—Ya sabes que en el instituto tenemos que disimular.

Jessica niega con la cabeza y se explica— ya lo sé, pero es su forma de tratarte. No me gusta ni un pelo. No le veo el fondo a ese tío. No sé, y luego está todo ese rollo de las convivencias... y todo eso. ¡Excusas! No sé, Eva, no me fío de él.

—Está muy ocupado... —lo defiende.

No me gusta que hable así de Álex. Ella no lo conoce como yo. Álex es perfecto para mí. Tiene muchísimas buenas cualidades y no sólo referentes a lo físico, que son más que evidentes para todas las tías del instituto, que andan locas por él. Álex sin duda se acerca como ningún otro hombre sobre la faz de la tierra a lo que yo considero mi tipo. Me encanta su cuerpo delgado con porte ligeramente encorvado. Y su rostro alargado, pero con ángulos bien definidos sobre todo en la barbilla que no es pequeña ni redonda sino más bien cuadrada y con un hoyuelo delicioso, que se acentúa cuando sonrío y enseña

su perfecta dentadura. Y sus ojos, ¡ah!, ¡qué ojos!, que te miran sin mirar. Álex tiene todo lo que se puede pedir a un hombre y mucho más. Es romántico, caballero, generoso y extremadamente cariñoso. Nunca ningún chico me ha tratado con tanta sensibilidad y eso es algo que no deja de sorprenderme. Cuando estamos solos me abraza fuerte contra su pecho, acariciándome el cabello y entonces me dice lo mucho que me quiere, haciéndome sentir la mujer más fascinante de la galaxia. Luego me mira como si no existiera nadie más en el mundo y me cuenta lo mucho que sufre en el instituto porque no puede estar conmigo, y desea con toda su alma que el curso termine y podamos estar juntos

al cien por cien. Y si en el instituto ha pasado algo, luego me llama por teléfono y me pide mil veces perdón hasta que le digo que lo perdono, aunque en realidad no hay nada qué perdonar, porque aunque a veces es un poquito rudo sé que lo hace para que nadie sospeche de lo nuestro. Y aunque de pronto me siente mal que critique mi forma de actuar sé que lo hace por mi bien, para ayudarme a mejorar. Soy incapaz de enfadarme con él, porque en el momento en que sospecha que me ha hecho el más mínimo daño se deshace en mimos y declaraciones de amor que me impiden permanecer enfadada más de cinco minutos seguidos. Y luego está su forma de hacerme el amor, ¡Madre mía!

La primera vez casi me desmayo de gusto. Claro, que Jessica eso no lo sabe. Todavía no le he contado que ya lo he hecho. No sé por qué, pero no se lo he dicho, siempre confío en ella y le cuento todas mis cosas, pero últimamente noto que la relación se ha enfriado un poco y no me inspira la misma confianza de siempre, sobre todo desde que sé que le tiene manía a mi chico.

Desenvuelvo el regalo con manos temblorosas bajo el atento examen visual de Álex, que sigue todos mis movimientos con una sonrisa en los labios. El papel plateado va dejando a la vista una caja de lencería, de firma.

No me lo puedo creer. Nunca antes un chico me había regalado lencería, y mucho menos fina. Como mucho unas bragas rojas de encaje barato en el amigo invisible, y gracias. ¿Qué más se puede pedir a los niños de mi instituto? La mayoría de ellos piensan que un ligero es un señor que organiza competiciones de fútbol. En fin, ¡niños! Está claro que Álex no es ningún niño, sino todo un hombre, ¡a la vista está! Abro la caja y con mucho cuidado estiro los tirantes de lo que parece un camisón color rosa sorbete. ¡Madre mía! Es muy pequeño... y sexy... y transparente. ¡Y cómo lo vea mi madre me corta el cuello!, pero me encanta el tacto suave de la muselina. Lo acaricio

como si fuera un pequeño gatito y el roce del fino tejido en las yemas de mis dedos me produce un leve cosquilleo que me estremece. En la caja ha quedado olvidado uno pequeño shorty a conjunto. Es una preciosidad. Miro a Álex con ojos de absoluta devoción y noto como se enorgullece. Me acerco a él y le doy un sonoro beso en los labios.

—Me encanta. Muchas gracias Álex.

—Me alegra que te guste, princesa, me ha costado mucho decidirme, pero sabía que te gustaría. Es tu color favorito.

—Pues has acertado. Me encanta. De verdad.

Ahora mismo, me arrepiento

muchísimo de haberle hecho caso a Jessica en el último momento. ¿Por qué seré tan gilipollas a veces?

—Toma, esto es para ti, tu San Valentín —le entrego un pequeño paquete.

—¿Para mí? —pregunta con la cara emocionada.

Empieza a desenvolverlo y yo cierro los ojos porque me da pánico ver la expresión de su cara cuando descubra lo que le he regalado.

—¡Ay, va! —exclama y a continuación suelta una fuerte carcajada.

Uf, menos mal, parece que le ha gustado. Abro los ojos y veo a Álex observando con interés el pequeño tanga rojo que tiene entre las manos. Los

pequeños cuernos de diablillo sobresalen sobre el sujetapaquetes, donde hay impresos unos ojos y una boca coronada por un pequeño mostacho de pelusilla negra. Se supone que su pene una vez dentro hará de nariz. No sé, me pareció gracioso cuando lo vi en la tienda puesto sobre el maniquí, pero ahora me parece horroroso. Sin embargo, a Álex parece agradarle, al menos le ha hecho gracia. Sigue riendo y ahora encima se lo pone en la cabeza como si fuera un pequeño antifaz. Me echó a reír yo también.

—¡Qué guay! —dice.

—Sí, mola, ¿no?

—Mucho —contesta, mientras se lo quita de la cabeza, y añade sonriendo—

y ahora en serio, ¿dónde está mi regalo?

¡Mierda! Bajo la mirada y siento que me ruborizo hasta las orejas y respondo— no hay más.

—¿Cómo? Lo dices en broma, ¿no? —pregunta mientras la sonrisa de sus labios se va esfumando.

—No —digo con la voz en un hilo.

—¿En serio?

Asiento gravemente con la cabeza.

—Vale, pues nada, gracias. Es muy *guay* de verdad. Me encanta —dice con acritud y añade en tono serio— ¿nos vamos?

—¿Dónde?

—A cenar, he reservado en un sitio estupendo.

Álex pone en marcha el Golf y

comienza a conducir diestramente. En un momento dejamos atrás el ajetreo y las luces de la Plaza de San Agustín y estamos circulando por Guillem de Castro. Miro a través de los cristales pasar los edificios del centro de Valencia y la gente cargada con bolsas. Todavía tengo en las manos el pequeño picardías, lo acaricio y pienso en cuándo se presentará la ocasión de estrenarlo. Mi corazón se acelera. Presiente que será pronto.

Mientras conduce me lanza pequeñas miradas de reojo y sonrío, estira el brazo y apoya su mano suavemente sobre la mía, que descansa sobre mi pierna enfundada en unos leggins de imitación de piel negro.

Cuando Álex me ha visto aparecer me ha dicho que parecía una diosa de ébano. ¡Qué exagerado!, aunque menos mal. Después de dos horas de restauración era lo mínimo que esperaba oír.

Cuando entramos en el restaurante pienso que este lugar es mi sitio. Quiero decir que siento que estoy destinada a alimentarme siempre en lugares así. El local, muy espacioso, decorado en línea moderna minimalista, enseguida me hace sentir a gusto. Las velas y velones blancos esparcidos por diferentes puntos de la sala me acogen y me invitan a entrar y sentarme cómodamente en una de sus estilizadas sillas con respaldo de rejilla. Una camarera vestida pulcramente con un mandil gris marengo

que casi le llega al suelo nos conduce a nuestra mesa, situada en un rincón alejado de la puerta de entrada, y de los váteres. Menos mal, odio sentarme cerca del cagadero. Álex me ayuda a quitarme la cazadora y se lo entrega a la camarera que lo deja en un perchero común en medio de la sala. No puedo evitar seguirla con los ojos pegados al cogote. Es mi cazadora nueva y preferida y no quiero perderla de vista ni un solo segundo. Sé que éste es un sitio con clase pero nunca se sabe, desde que el país está en crisis los ricos son los que más roban.

La carta es sensacional con un montón de exquisiteces raras que no he probado jamás en mi vida. Todos los

nombres me suenan a chino mandarín y me cuesta elegir, pero tras releerla tres veces decido empezar con una ensalada tibia de habitas con jamón y luego un magret de pato con manzana confitada y puré de castañas.

Miro con orgullo hacia Álex, sentado enfrente de mí leyendo detenidamente la carta con gesto experto, y pienso por enésima vez que es el tío más fabuloso que he tenido nunca la suerte de encontrar.

Se nos acerca la camarera de nuevo y nos ofrece tomar un aperitivo. La verdad es que me apetece muchísimo una copa de Martini. No lo tomo nunca, y ni siquiera sé si me va a gustar, pero me parece que le va de narices al sitio,

así que decido pedirme uno.

—Vale, yo tomaré un marti...

—No tomaremos nada —me interrumpe Álex, antes de que pueda acabar de decir la frase y añade— para beber tomaremos vino rosado, Lambrusco, de la casa.

Lo miro ofendida, pero me callo, al fin y al cabo, paga él.

—¿Y para cenar? —pregunta la camarera.

Álex vuelve a estudiar detenidamente la carta y dice con el ceño fruncido— tomaremos una ensalada de la casa y luego...

¡¿Tomaremos?!

—...y luego —lee de nuevo la carta — ...luego, hummmmm, un... un...

Empiezo a impacientarme, y no soy la única, la camarera lo mira fijamente mientras su pierna empieza a martillear rítmicamente el suelo.

—¿Puedo ayudarle? —se ofrece amablemente la camarera.

—¡No! —exclama, casi chilla Álex—. Puedo hacerlo perfecta-mente solo sin su ayuda —deja escapar en un tono prepotente que me sorprende y no me gusta ni un pelo.

La camarera agacha la cabeza y no dice nada, pero se nota que no tendría problema en echarle un escupitajo a su plato si pudiera.

—¿Magret de pato? —insinúa.

—Buena elección, está delicioso —comenta la camarera.

Álex levanta la cabeza de la carta y le dirige una mirada asesina. Ahora sí que estoy segura de que le escupiría el plato, y si pudiera también en un ojo. Yo lo haría, porque no soporto a la gente maleducada, y Álex lo está siendo mucho, muchísimo.

—No —dice, mirándome serio—, el pato me da asco. Tomare-mos una crepe de bogavante con salsa de piquillo.

—Yo quiero magret —insisto.

La camarera toma nota del pedido y luego recita— entonces... tomaran una ensalada de la casa para empezar y luego crepe para el caballero y magret de pato para la señorita...

—¡No! Los dos tomaremos crepe

—la interrumpe Álex molesto, fulminándola con la mirada.

—Está bien —dice pausadamente la camarera bajando los ojos, y se marcha rápidamente, seguramente cagándose en él o en alguno de sus parientes más cercanos.

De pronto me he sentido pequeña, pero no pequeña de tamaño, lo cual sería fisiológicamente imposible, sino de edad, y he vuelto a tener diez años. Estoy en un restaurante y mis padres piden por mí, y me dicen «tú no sabes, eres pequeña». Y yo asiento obediente porque sé que tienen razón, aunque me muero por pedirme unas chuletas con patatas fritas en lugar de la sopa de ajo que ellos han elegido para mí. Pero

ahora ya no soy pequeña, ni Álex manda sobre mí, y me siento avergonzada. Me ha hecho quedar como una absoluta y auténtica gilipollas delante de la camarera y eso es algo que no soporto.

—Álex, yo quería el magret —
protesto con vehemencia.

—¿Pagas tú? —me increpa.

—No —susurro bajando la mirada hacia la servilleta que todavía sigue perfectamente doblada sobre el plato de porcelana blanca.

—Pues entonces.

Cojo la servilleta en un arranque de furia y la pongo bruscamente sobre mi regazo, estirándola sin ton ni son sobre mis rodillas hasta dejarla completamente estirada. Me parece

increíble. No me lo puedo creer. Estoy enfadada, ofendida y dolida. No soporto que me controlen y mucho menos que me dominen y eso es algo que Álex no sólo intenta hacer sino que además quiere demostrar al mundo entero. Manipulo la servilleta durante unos segundos más hasta que consigo controlar el nervio que pugna por salir disparado en forma de puño hacia la nariz de Álex.

Álex alarga el brazo por encima de la mesa y deja apoyada la mano cerca de mi plato con la palma apuntando hacia arriba. Quiere que se la coja, cuando en realidad lo que yo deseo es apartarla de mi vista de un manotazo y demostrarle que estoy furiosa por su comportamiento, pero no lo hago. Me

acaricia con la mirada esperando un gesto amable, pero me esfuerzo en no mirarle.

Después de cinco minutos de silencio, alzo la mirada y veo que me está sonriendo tan ampliamente como su boca le permite.

—¿Te gusta el sitio? —pregunta con voz extremadamente dulce.

—Sí, es muy bonito —digo con voz ausente—. Aunque prefería que me hubieras dejado pedir lo que me apetecía. No sé por qué te esfuerzas tanto en dejarme mal. Siempre igual.

—¡Ah, eso! —Sonríe—. Es mejor lo que he pedido yo, créeme. Sé de lo que hablo, princesa. Lo he hecho por ti, de verdad. Lo que tú ibas a pedir no está

tan bueno como lo que he elegido yo.

La cena transcurre prácticamente en silencio. Trato de no mirar a Álex para evitar cualquier amago de conversación. Sigo molesta con él y no me apetece charlar en este momento.

Cada vez que miro al frente, y mis ojos se cruzan con los suyos, me observa con una mirada impregnada de tremendo cariño y me siento obligada a esquivar sus ojos si no quiero acabar perdonándole sin recibir una pequeña disculpa a cambio.

El caso es que efectivamente su elección es estupenda y devoro mi comida hasta casi rebanar el plato.

—¿Quieres elegir el postre? — pregunta Álex en tono amable.

Tomo la carta que me ofrece la camarera y elijo el primero de la lista sin detenerme a leer el resto.

—¿Estás enfadada?

Levanto los ojos en su dirección y veo su cara de tristeza y arrepentimiento.

—Prince... —gimotea—, perdona. Venga, por favor, la próxima vez elegirás tú. Lo prometo.

No puedo seguir resentida con él. Lo perdono, sé que está arrepentido. Lo noto en sus ojos. Tomo la mano que tiene estirada hacia mí en plan suplicante y le sonrío. Álex me devuelve la sonrisa y se inclina para besar el dorso de la mía.

—Te quiero, princesa.

A partir de ese momento la situación se relaja y volvemos a conversar y a reírnos de todas las chorradas que se nos ocurren. Álex para demostrarme lo arrepentido que está entierra su cara en el postre, manchándose la nariz de mus de chocolate. Comienzo a reírme y estiro el dedo hasta tocar su nariz y arrastrar el mus por la mejilla hasta su boca. Álex me besa y me chupa el dedo con deseo. Me siento bien, otra vez las cosas vuelven a funcionar entre nosotros.

Y todo sería perfecto, si no tuviera esta extraña sensación que me oprime el estomago. Presiento que no me ha sentado bien la cena.

Cuando terminamos de cenar es casi

la una.

—¿Dónde vamos ahora? —
pregunta.

—Tengo que estar en casa a las dos.

—¿Las dos? ¿Tan pronto?

—Ya lo sé, pero sólo me dejan salir hasta las dos. Ya te lo he explicado. Son las normas de mis padres.

Ya sabía yo que el cambio de mis padres con respecto a los horarios nocturnos no iba a ser tan radical como había predicho. Hoy a nueve de febrero, mayor de edad desde hace casi medio mes, me siguen tratando como una cría pequeña.

—Pero hoy es especial, ¿podrás

saltártelas, no? —pregunta mientras se acerca a mí y me abraza la cintura con las dos manos y nuestros cuerpos quedan pegados por el vientre. Me besa en los labios y yo le devuelvo el beso. Su lengua enseguida penetra en mi boca y busca con avidez la mía. Alargamos el beso durante unos minutos hasta que se separa unos milímetros y susurra— ¿te gustaría ir a mi casa?

¡Vaya pregunta! La verdad es que no me sorprende en absoluto, y aunque la esperaba desde hace rato no me apetece nada. Será porque cada vez me encuentro peor. Tengo el estómago fatal.

—No sé, Álex, no me encuentro demasiado bien —digo con voz ñoña.

—¿No? ¿Princesa, qué te pasa? —

pregunta dulcemente mirándome con ternura a los ojos.

—No sé, tengo el estómago revolicado.

—¿A ver? —simula una gran preocupación. Se separa un poco y apoya su mano sobre mi barriga—. A lo mejor te ha sentado mal la cena.

—Creo que sí.

—¿Quieres que te haga un masaje?

Empieza a mover en círculos su mano sobre mi vientre siguiendo el sentido de las agujas del reloj, pero la verdad es que con tanta ropa no noto nada, aunque me gusta su afán por cuidarme.

—¿Mejor?

—No noto nada.

Sonríe pícaramente.

—Eso es porque llevas mucha ropa encima. Vamos a mi casa y ya verás cómo se te pasa.

Estoy a punto de decir que sí, que me lleve a su casa y me haga el amor como un salvaje y me dé placer hasta caer muerta. Pero conforme estos pensamientos se formatean en mi mente y voy visualizando nuestros cuerpos desnudos rodando entre las sábanas blancas de su cama, una bola dura se va agrandando en mi estomago y crece como un globo a punto de estallar. De repente siento temor, y no sé de qué, o peor aún, de quién. Álex sigue abrazado a mí y me riega el cuello con sus besos, mientras sus manos me acarician

suavemente la espalda. Introduce una mano por debajo del suéter y el roce de su mano fría contra mi piel me estremece. Y otra vez me invade una extraña sensación, como de miedo, pero no es exactamente miedo lo que siento, sino una especie de agobio, que me estrangula el estómago. Y pienso «¡joder, Eva!, ¡ya te vale!, ¿no me digas que te estás cagando?». Pero no en el sentido literal de la palabra, sino en el otro, cagando de cobardía. No obstante, es absurdo que sienta nervios. Y entonces comprendo con espanto la verdad, se abre ante mí como un manual de instrucciones de Ikea: no quiero hacerlo de ninguna de las maneras con Álex. Al menos esta noche. No hay

excitación.

Álex me besa de nuevo en los labios y el contacto húmedo de su boca me asquea.

¿Me asquea?

Me separo lentamente de él, intentando no ser brusca, ni que perciba lo que está pasando en realidad por mi cabeza.

—Me encuentro fatal, Álex, de verdad —me quejo con voz lastimosa, intentando que mi tono suene veraz.

—¿En serio? —pregunta preocupado.

Asiento con la cabeza tristemente, intentando dotar de un gran dramatismo mi comportamiento para que resulte más convincente, pero procuro no mirarle a

los ojos, por si acaso descubre que soy una gran farsante.

—No importa, te llevaré a tu casa si es lo que quieres.

Cuando detiene el coche enfrente de mi edificio, beso sus labios rápidamente sin entretenerme demasiado con las caricias y mimitos habituales típicos de nuestras despedidas. Y en el sentido más literal de la frase: salgo huyendo del Golf rojo de Álex.

Antes de cerrar la puerta del patio le echó una última ojeada y Álex levanta la barbilla. Agito el brazo en el aire para despedirme de él y cierro la puerta rápidamente tras de mí.

Técnicas de estudio

Es increíble pero cierto: llevo cerca de cinco horas estudiando sin parar y todavía no me siento atacada de los nervios. Me he levantado a las siete de la mañana, ya sé que no es ninguna cosa extraordinaria. Lo sé. Millones de personas en el mundo se ponen en marcha a esa hora todos los días para acudir a sus aburridos trabajos, pero es que hoy es domingo, y por supuesto yo nunca me levanto antes de las doce un domingo. Me siento eufórica y radiante, satisfecha conmigo misma como nunca lo había estado antes. Nadie me ha dicho: ponte a estudiar. No. Me he despertado yo sola, y también me he

levantado yo sola. No ha hecho falta que mamá haya tenido que venir cinco veces hasta mi cama para terminar estirándome de los pelos y sacarme a rastras. Luego he cogido los libros por mi propia voluntad. La nueva Eva, más madura y responsable, ha decidido que ha llegado el momento de coger el toro por los cuernos. Y lo hago, con entusiasmo. Y no es necesario que mamá se ponga detrás de mí con la fusta lista para darme en el cogote si ve que despego por un solo segundo los ojos de los apuntes. No. No es necesario. Porque la nueva Eva es madura, responsable y ambiciosa. Pero no vayas a pensar que este súbito cambio de actitud es pura casualidad. No. Y por supuesto que no,

de repente, ha nacido en mí un repentino interés por la filosofía, historia, economía, y demás. Aunque evidentemente soy consciente de qué saber todas estas cosas me ayudará a no ser una cazurra ignorante cuando me tenga que desenvolver en el ambiente culto de los artistas.

Hasta me he hecho un esquema, ¿yo?, la inútil de los esquemas. Y también un calendario de estudio. Si lo sigo a rajatabla conseguiré estudiar todo lo que tengo que estudiar antes de que acabe el curso y aún me quedará tiempo para repasar. No quiero dejar ningún cabo suelto. Además, todos los días he dejado una hora libre para dedicarme a trabajar la obra. He avanzado mucho en

los ensayos, pero no puedo permitirme hacerlo sólo bien, tengo que ser la mejor con diferencia. Ahora más que nunca.

Todo empezó ayer por la mañana. Llevábamos dos meses evitando hablar. Yo, pues tengo que decir que tampoco había puesto mucho de mi parte por mejorar las cosas. Había decidido dejarlo apartado como algo que es mejor olvidar. Le hablaba porque claro no me quedaba más remedio, pero trataba de no profundizar nuestra embrionaria amistad. Y Diego, simplemente, lo había aceptado bien, tal vez demasiado bien para mi gusto.

Pero ayer por la mañana yo estaba

en casa haciendo lo que siempre hago los sábados por la mañana, es decir: NADA, y de repente sonó el timbre de la puerta.

— ¿ Q u i é n es? —pregunté insípidamente al auricular y sin ningún interés, porque un sábado por la mañana no puede llamar nadie más que el cartero, repartidores de propaganda del Carrefour o con un poco de más mala suerte: un testigo de Jehová.

Una voz masculina respondió—
Diego.

¿Diego?

—¿Qué Diego? —pregunté para cerciorarme de que había dicho Diego y n o *testigodeJehová* muy rápido y de forma inteligible.

La voz dijo— el de clase.

¡Madre mía! ¡Diego el de clase! ¿Qué querrá?, pensé dejándome llevar por los incipientes nervios. Me miré en el espejo y advertí con horror que estaba horrorosa. ¿Por qué le tengo tanto cariño a este horrible pijama masacrado por miles de agujeros pulgueros?

—Sube —dije aceleradamente.

Y con más velocidad todavía corrí hacia mi habitación, me quité rápidamente el pijama, y me metí a saltos dentro de unos ceñidos vaqueros. Abrí el primer cajón de la cómoda y pillé una sudadera gris, que no es ninguna pasada, pero que está mucho mejor que el pijama rosa con conejitos blancos. Escuché el timbre de arriba.

Me recogí el pelo en una coleta de caballo y me miré por última vez en el espejo.

Bueno, total, sólo era Diego.

Volvió a repiquetear el timbre con más insistencia.

—Hola Diego —saludé, mientras abría la puerta, sonriendo ampliamente a un Diego que por desgracia había venido a visitarme con sus gafas de culo de vaso. Sin embargo, lo encontré contradictoriamente atractivo.

—Hola Eva—. Me sonrió tímidamente—. ¿Puedo entrar?— preguntó.

—Sí, claro, pasa —respondí apartándome a un lado.

—¿Qué tal va todo?

—Bien, bien...

Diego se quedó callado plantado en el recibidor y se entretuvo mirando los flecos de la horrible lámpara que adorna el mueble de la entrada. Lámpara que además de ser horrenda es totalmente inservible, pues ni siquiera está enchufada a la corriente eléctrica.

—Es horrible, lo sé —comenté.

Levantó los ojos sorprendido y me miró extrañado.

—¿El qué?

—La lámpara, es horrible, pero es un recuerdo de mi abuela. Ya sabes: tiene valor sentimental.

Volvió a sonreír y dijo en tono bromista— la verdad es que quedaría perfecta en la mansión de la Familia

Adams.

Me reí y entonces lo invité a pasar. Enfiló el pasillo camino de la salita y yo lo seguí casi pegada a su espalda, su espalda triangular, ¿acaso hacía natación y yo no lo sabía? Al pasar junto a la puerta de mi dormitorio cambié de opinión repentinamente.

—Para —le ordené y él se detuvo—. En mi habitación —le indiqué.

Se quedó vacilante ante la puerta, sin atreverse a abrirla y entrar en mi santuario *virginal*, me adelanté y la empujé de un puntapié. Acto seguido estábamos sentados uno frente al otro: él en mi silla de estudio y yo enfrente, sobre mi cama.

—Está todo un poco desordenado

—comenté, señalándole con la mano mi escritorio repleto de carpetas, libros y papelotes—. Estaba repasando el guión de la obra —añadí con una sonrisa.

—Ah, bien. Algún día si quieres podríamos hacerlo juntos —comentó.

Conforme las palabras brotaron de su boca, sus mejillas se tiñeron de rojo intenso, como si hubiera dicho una obscenidad innombrable.

—Vale, claro, por mí bien —respondí intentando imprimir a mi voz un toque de indiferencia, que estaba muy lejos de sentir—. ¿Cómo lo llevas? —me interesé.

—Bien, aunque me temo que no tengo tanto talento como tú —contestó y volvió a ruborizarse—. Lo del teatro no

es lo mío.

Lo miré extrañada y pregunté—
entonces, ¿por qué te apuntaste?

Me miró fijamente y se quedó
callado, como si le costase reaccionar, y
yo cada vez estaba más intrigada
preguntándome a qué santo habría
venido a mi casa un sábado por la
mañana, pero al mismo tiempo
encantada de la vida con su inesperada
visita.

—Como habrás observado, soy un
poco tímido y necesitaba ganar
confianza en mí mismo... hacer algo que
me ayudará a perder la vergüenza y...
hablar en público y todo eso. No sé si lo
sabes, pero me gustaría hacer
periodismo, y me encanta el mundo de la

radio. Me gustaría centrarme en ese ámbito sobre todo, pero necesito espabilarme un poco. En fin, cuando comentasteis que os ibais a apuntar al grupo de teatro me pareció una buena idea, aunque siempre había pensado que los del grupo eran unos pringados, pero bueno. Yo nunca lo hubiera hecho solo, pero al apuntaros vosotras y Toni me animé. Encima luego me sorprendió que Álex me diese el papel de Danny, porque vaya, no me lo podía creer. Había tíos mucho mejor dotados que yo, ya sabes.

Le escuché explicarse impresionada por su forma tan adulta de expresarse.

—A mí me pareció una buena elección —mentí descaradamente.

Soltó una risa nerviosa y replicó—
venga, Eva, sabes tan bien como yo que
bailo fatal y bueno tampoco creo que dé
el tipo, pero bueno —volvió a esbozar
una tímida sonrisa y añadió— me lo
estoy pasando genial y desde luego me
está sirviendo para perder la vergüenza.

Se echó a reír y yo reí con él
contagiada.

—Lo haces muy bien —dije
solemne, y no mentía.

Entonces, me sonrió de oreja a
oreja y su sonrisa me transmitió una gran
confianza. Quise acercarme a él y darle
un abrazo *de amiga*.

—Gracias —dijo.

—De nada, es la verdad, lo haces
muy bien —dije con vehemencia, porque

en realidad pienso así.

De nuevo volvimos a quedarnos en silencio durante unos segundos, que a mí me parecieron eternos, escuchando el impertinente tic tac de mi reloj despertador. Diego cogió su mochila, que había dejado en el suelo junto a la silla, sacó unos folios y los tendió hacia mí.

—Te he traído esto.

—¿Qué es? —pregunté tomando las hojas y observándolas curiosa.

—El programa de estudios de la Escuela Superior de Arte Dramático de Valencia —respondió.

Miré las hojas asombradas, la verdad es que me alucinaba bastante que se acordase de nuestra conversación de

Nochebuena. A mí me parecía que había pasado un siglo desde entonces, aunque curiosamente también recordaba hasta el más mínimo detalle, y dije con una sonrisa:

—Gracias Diego.

—No hay de qué. El otro día navegando en internet me salió de casualidad, entonces me acordé de ti — otra vez volvió a ruborizarse, vaciló antes de agregar— bueno de lo que estuvimos hablando en Navidad y lo imprimí. Pensaba dártelo en clase pero se me olvidó. Y esta mañana... iba a estudiar un poco y ha aparecido entre mis apuntes y bueno... —hizo una pausa y concluyó— ¡aquí estoy! Sólo he venido por esto.

¿Sólo?

Comencé a hojear los folios que me había traído. Leyendo un poco por encima, vi que además del programa de estudios, también incluían las fechas para las nuevas inscripciones y las pruebas de acceso.

—Parece muy interesante. Gracias Diego, pero de todas formas no sé si al final haré arte dramático —comenté en tono apagado.

—¿Por qué? —quiso saber.

—Pues... porque no creo que realmente valga —respondí entristecida.

—¿Qué dices?! Eres la mejor con diferencia del grupo y eso que nunca habías hecho teatro antes. Con una formación adecuada llegarás a ser muy

buena actriz —me dijo lleno de optimismo.

—¿Tú crees? —pregunté esperanzada.

—Claro, mira que programa más interesante tienen... —insistió.

—No sé, Diego —lo interrumpí no muy convencida, aunque su entusiasmo empezaba a contagiarme.

—Cuando me decidí por esto tenía unos motivos un poco superficiales, ¿sabes? —me confesé casi en un susurro y añadí—reconozco que al principio me gustaba más la idea del glamour que envuelve a las actrices, que el mismo hecho de ser actriz, ¿comprendes? —le expliqué cabizbaja y Diego asintió con la cabeza en señal de que me entendía

—. Quería ser famosa, ganar dinero, comprar ropa de firma y todo eso, pero ahora las cosas han cambiado. Me he dado cuenta que todo eso son chorradas y no sólo eso sino que además me he dado cuenta de que realmente me gusta, y mucho, y tengo pánico...

—¿Pánico?

—Sí, miedo. Miedo de no dar la talla, de no ser buena. Pero no por lo que puedan pensar los demás de mí sino por lo que pienso yo de mí misma. Si después de todo el esfuerzo no llegara a ser una buena actriz, y digo ser una buena actriz, y no triunfar, me sentiría fatal. Me habría defraudado y no estaría orgullosa. Y es que actuar me encanta. Es mi vida. Cuando me subo al

escenario me transformo y dejo de ser yo. Me siento grande. Me llena por completo y cada vez que tengo que bajar y volver a mi vida me duele. Por eso tengo pánico, porque si ahora me duele y no es más que el principio, ¿qué pasará en un futuro, cuando haya dedicado mi tiempo y el dinero de mis padres, si no lo consigo?

—Pues entonces está claro que eso es lo que debes ser. Debes luchar por tus deseos y no tener miedo. El que tiene miedo no llega a ningún sitio. Y tú, Eva, vales para ser actriz, se te nota.

Lo miré seria, realmente parecía sincero. No tenía por qué no creer lo que me decía.

—Gracias Diego.

—Es la verdad. Estoy convencido de que vales para ser actriz. Y si tú piensas que es tu vida, pues entonces no dejes que el pánico te arrebate lo que te mereces. Vida no hay más que una y hay que luchar porque merezca la pena. Tienes que luchar por lo que quieres y no dejar que otros te quiten la idea de la cabeza.

Agachó la cabeza y me escondió sus diminutos ojos.

—Entonces, ¿no crees que lo hago fatal?

Negó con la cabeza.

—¿Seguro? —insistí.

—Sí, seguro. No hagas caso de lo que te diga Álex. En mi opinión la mitad de sus críticas son infundadas —

respondió.

El comentario sobre Álex me pilló completamente desprevenida y Diego pareció arrepentirse al instante de haberlo hecho, pues enmudeció súbitamente y volvió a apartar la mirada.

—¿Crees que se equivoca? —quise saber.

—Sí, mucho. La mitad de las veces no sé por qué te corrige. Está claro que somos aficionados y tenemos muchas cosas que mejorar, pero en tu caso, considero que se pasa. Supongo que lo hace porque eres la protagonista, pero no entiendo por qué no corrige a otros que se lo merecen más. Además, no sé... —se quedó callado, pensativo—. No sé

si decírtelo porque no sé si tiene mucho sentido, y no quiero preocuparte pero creo que le pasa algo contigo.

Me quedé atónita ante la revelación. ¡Madre mía! Si Diego pensaba que pasaba algo raro, era fácil suponer que alguien más podía sospechar.

—¿Y por qué crees que lo hace? — pregunté en tono vacilante.

Se encogió de hombros.

—No lo sé, pero creo que te trata diferente que a los demás. Perdona, Eva, no sé si quiero seguir hablando: no quiero preocuparte. A lo mejor es figuración mía.

—Pero ¿diferente, cómo?

Se quedó callado por unos instantes

pero al poco respondió:

—Peor que a los demás, con menos respeto. Pero ya te he dicho que no me hagas mucho caso, seguramente es figuración mía.

Lo miré seria y convine— no, tienes razón. Yo también tengo esa impresión.

—¿De veras? —se sorprendió.

—Sí, pero no he querido darle importancia. Tampoco podía imaginar que fuera tan evidente. Pensaba que eran cosas mías y que yo me lo tomaba como algo personal.

—Pues no, yo también lo pienso.

—Gracias por decírmelo. Pensaba que estaba un poco obsesionada con el tema.

—De todas formas no creo que

tengas motivos para preocuparte. Seguramente te exige más porque eres la protagonista —consideró.

Asentí con la cabeza. Permanecimos callados un minuto y al fin dijo:

—Bueno, me voy.

¡No!. Hizo ademán de levantarse de la silla.

—¿Te vas? ¿Dónde? —le pregunté ansiosa.

Volvió a acomodarse y contestó divertido— a mi casa.

—¿A qué?

Me miró directamente a los ojos y respondió con una sonrisa turbada— pues a estudiar.

—¿Por qué no te quedas aquí y

estudiamos juntos?

—No he traído mis apuntes.

—Da igual, usa los míos. Supongo que no son tan buenos como los tuyos pero servirán —traté de convencerlo.

—Está bien. Me quedaré un rato.

Se quedó conmigo toda la mañana y me explicó sus técnicas de estudio, incluido su método de hacer esquemas. Lo escuché atentamente, atónita e impresionada por lo listo que era y lo bien que sabía explicarse y explicar las cosas que en boca de los profesores me parecían jeroglíficos imposibles de descifrar. Cuanto más lo pensaba más sorprendente me parecía que en todo el tiempo que lo conocía nunca le hubiese dado la más mínima oportunidad de

demostrarme lo simpático, agradable y amable que era. Sentada a su lado, el tiempo se me pasó volando, y eso que estábamos estudiando economía. Pero lo más increíble de todo era que me lo estaba pasando bien, pero no sólo bien, sino que lo estaba pasando realmente bien. Disfrutaba mucho de su compañía y de los comentarios ocurrentes que hacía sobre los profesores, compañeros y algunas anécdotas del instituto. De alguna forma inexplicable hizo que todo lo que yo hasta ese día consideraba mortal de aburrimiento se convirtiera por arte de magia en interesante. De repente, sin venir muy a cuento, le pregunté:

—Diego, ¿por qué no tienes novia?

Era una pregunta sin intención de ninguna clase, simplemente me acudió a la mente y salió sin más de mi boca, como casi todas las sandeces que salen de ella. Estaba tan a gusto y me parecía un chico tan estupendo que se me antojaba increíble que ninguna lagarta le hubiera echado la uña encima. Diego se quedó callado, por un momento temí que mi pregunta pudiera haberle molestado. Alzó los ojos y los fijó en los míos. Me quedé suspendida en su mirada. Esbozó una sonrisa y preguntó con serenidad:

—¿y tú, por qué no tienes novio?

Me quedé parada, por un instante, sin saber qué responder. Primero porque no esperaba que contraatacara con otra pregunta y segundo porque estaba

completamente equivocado: yo sí tenía novio, pero claro él no lo sabía. Diego volvió a sonreír, creando un ambiente de complicidad que me alentó a seguir con la conversación.

—Yo he preguntado primero —repliqué sonriendo.

Sonrió pícaramente y dijo— ¿qué te hace pensar que no tengo chica?

Su forma de decir «chica» me volvió loca y me hizo reflexionar «¿y si él tenía *chica* y yo no lo sabía?».

—Pues no sé, supongo que porque siempre te veo con tus amigos y si estuvieras con alguien pues alguna vez te vería con ella.

—Ya —dijo sonriendo y algo en su sonrisa me rebeló que posiblemente yo

estaba en un gran error—, pero es que no vive aquí —añadió.

Lo miré dudosa y pregunté— ¿quién no vive aquí?

—Pues mi chica, ¿quién va a ser?

—Entonces ¿sales con alguien? —me extrañé, no porque me resultase raro que tuviera novia, sino porque no tenía el más mínimo conocimiento de ello.

—Sí, es un poco raro, porque no nos vemos mucho pero intento visitarla siempre que puedo —explicó.

—¿Dónde vive? —quise saber.

—En Cardiff.

—¿Y dónde cojones está eso?

Se echó a reír y yo también, aunque por algún extraño motivo todo había dejado de ser divertido.

—En Inglaterra —contestó cuando paró de reírse.

—¿Y cuándo la ves?

—La conocí el verano pasado, tiene un apartamento en Gandía. No he vuelto a verla desde entonces.

—¿Y cómo lo hacéis?

Enseguida lamenté haber formulado esa pregunta, pero Diego me miró dulcemente y respondió— ¿hacer el qué?

—Pues salir juntos estando uno tan lejos del otro, sin veros, ni tocaros, ni besaros, ni...

Mi voz empezaba a sonar turbada y decidí callarme porque no quería que Diego se pensase nada raro.

—Por internet básicamente.

¡Me cago en internet! ¡Qué invento más horroroso!

—Ah, qué invento más maravilloso.

—Ahora tú —dijo mirándome profundamente.

—¿Yo, qué?

—¿Por qué no sales con nadie?

Tenía dos opciones: a) decir la verdad y confesar que estaba saliendo con Álex; o b) mentir como una bellaca.

—No me gusta nadie —respondí en tono grave.

Se acercó un poco más a mí, y su rodilla rozó levemente la mía. El contacto me produjo un escalofrío y mi corazón dio un pequeño brinco dentro del pecho sin avisar.

—¿Tienes frío? —preguntó con

amabilidad, acercándose todavía más.

—No, estoy bien —dije, forzando una sonrisa.

—Pues parece cansada.

—Lo estoy —mentí.

—Si quieres lo dejamos por hoy, podemos quedar otro día... para estudiar.

—Sí, claro, estaría bien. Hoy contigo he aprendido más de economía que en todo el curso.

Dibujó una encantadora sonrisa en su rostro y dijo— me alegro. Me gusta... estudiar contigo.

—Y a mí contigo.

Volvió a sonreír y dijo— gracias —. Consultó su reloj y añadió— es tarde, tengo que irme.

¿A dónde? ¿A Cardiff?

—Vale, gracias por ayudarme con la economía, nunca antes me había parecido tan apasionante.

Y ahí terminó todo, después de eso se marchó dejando un gran vacío en mi corazón.

Soy una estúpida. No quiero reconocerlo en voz alta para no parecer una creída a ojos de todo el mundo, pero yo pensaba que Diego sentía algo por mí. ¡Qué idiota soy! ¡Madre mía! Me siento tan ridícula. Y yo pensando todo el tiempo que él quería algo conmigo, y va y el tío tiene novia, y no una novia normal y corriente como todos los

demás chicos. No. Él va y tiene una novia inglesita. Y seguro que es una inglesa guapísima de largo pelo rubio, delgadas piernas y asquerosos ojos azules.

Suena mi móvil entre los libros, empiezo a revolver los apuntes en su busca, pero no está. Lo encuentro dentro de un bote de lápices. Es Álex.

—Hola Álex —saludo alegremente—. ¿Qué tal va todo por ahí? ¿Hace frío? ¿Está nevando? ¿Has esquiado mucho?

—Bien, genial —responde riendo ante mi avalancha de preguntas y añade — ¡para, para, que vas como una moto! ¿Qué te pasa?

—Que me encuentro genial. Llevo

desde las siete estudiando y he avanzado un montón. Tengo una técnica nueva de hacer esquemas que funciona de lo lindo. Estoy genial, genial, de verdad.

—Me alegro, Eva, de que estés tan bien.

—¿Y tú?

—Muy bien también, aunque bueno preferiría mil veces estar contigo.

—Pues estate. No te vayas.

—No puedo.

—Debe ser muy divertido estar ahí cuando prefieres hacerlo mil veces antes a estar conmigo.

—No digas eso. Sabes que te echo muchísimo de menos.

—Vale, bien —le doy tregua—. ¿Y cuándo vuelves?

—Por eso te llamaba, llegaremos más tarde lo que creía y no podremos vernos.

¡Mierda!

—Lo ves, todo es más importante para ti que yo —replico molesta.

—No digas eso princesa, sabes que te quiero mucho y no puedo estar sin ti.

¡Pues disimulas que da gusto!

—Está bien. Mañana te veré en clase, aunque claro no me harás ni puto caso —suelto enfadada.

Álex se queda callado y luego dice extrañado— ¿te pasa algo?

—¿A mí? —pregunto en tono indiferente—. ¡A mí, nada, qué me va a pasar, estoy encantada de la vida, ya te lo he dicho!

—Venga, princesa, sabes que para mí esto es importante. La semana que viene prometo compensarte. El sábado por la noche lo tengo libre.

—¿Lo tienes libre? —me cabreo—. ¿Por qué tengo yo que conformarme con las migajas de tu tiempo libre? Además el sábado no puedo, ya he quedado con mis amigas. Son los playback en la falla de Sonia.

—Pues tendrá que ser el sábado, otro día no puedo. Estamos preparando una acampada para mayo con los chiquillos y voy muy liado.

—Ya, pero eso no te ha impedido irte a la nieve este fin de semana —le echo en cara.

—Estamos aprovechando para

planificar lo de la acampada —replica contrariado.

¡Ya y yo me lo creo!

—Vale, bien, ya nos veremos.

—¿El sábado? —insiste.

—El sábado no puedo —me niego con rotundidad—. Ya te he dicho que son los play-back en la falla de Sonia.

—¿Por qué no vas otro día?

Me está sacando de los nervios, pero intento respirar pausadamente y tranquilizarme.

—Pues porque da la casualidad de que el sábado es el día que su falla ha decidido hacer los playback, y no creo que quieran cambiar la fecha por mí.

—¿Y tienes que ir?

—Pues claro, es mi amiga.

—¡Y yo soy tu novio! —replica.

—¿Y qué quieres decir con eso? —pregunto levantando la voz.

—Pues que deberías quedar conmigo y no con ellas —explica con una naturalidad que me deja helada. Hace una pausa y añade en tono convencido— si de verdad me quisieras lo harías.

—Ya veremos...

—¿Es un sí?

—No, es un ya veremos. Chao Álex.

—Adiós princesa. Qué te diviertas.

Divertirme. ¿Cómo voy a divertirme con todas las desgracias que me pasan? Primero, Diego me da la mala noticia de que tiene novia y ahora

Álex me deja más tirada que una colilla chamuscada en un cenicero. Aunque no sé qué me extraña. Mi vida siempre ha sido así: un chasco detrás de otro. Y lo peor es que no hay dos sin tres. Estoy harta, hartísima. ¡Juro por Dios, qué estoy harta! Necesito un cambio.

Guiri a la parrilla

Estoy tan agotada que creo que voy a morirme, como no se acaben las Fallas[\[16\]](#) ya, me suicido. De verdad que sí, lo juro por Dios y por la Virgen, me suicido por completo. Llevo sin entrar en casa desde el fin de semana y no puedo más, ya no puedo más, lo único que deseo es que quemen todas las fallas de una puñetera vez y poder volver a la normalidad de las aburridas clases, horribles madrugones y noches en vela estudiando.

Sé que me arrepentiré de haber pensado esto. Lo sé.

Me tumbo en la cama con los molidos pies en alto y cierro los ojos.

¡Madre mía! Sólo quiero descansar un poco y que los pies dejen de palpar.

La casa está en silencio y me entretengo un rato escuchando el sonido de la soledad. Por fin un poco de tranquilidad.

A los cinco minutos suena mi móvil. Lo miro con antipatía. ¡Cállate, cállate!, pero Pablo no se calla. Insiste e insiste «*loco, loco, loco...*». Lo cojo con desgana.

—Hola Jessica, estoy muerta, así que se rápida —digo aceleradamente en voz baja.

—Yo también. Seré breve —responde con la voz ronca—, ¿a qué hora quedamos?

—No sé si saldré esta noche.

—¿Cómo que no? Tenemos que ver quemar la falla de Sonia. Es tradición, ya lo sabes.

—Ya la veré el año que viene.

—Ja, ja, venga, Eva, por fa.

—Está bien, a las once en la plaza, junto al puesto de churros y encárgate tú de avisar a Carla y Andrea.

Tras colgar estoy tan rendida que tardo medio segundo en caer profundamente dormida. Cuando abro los ojos apenas ha pasado una hora, pero ya no tengo sueño, y aún quedan... ¿a ver? ...miro el despertador: cinco horas para las once. Tiempo más que suficiente para cansarme de descansar.

Me quedo tirada en la cama sin mover ni un solo músculo. Con los ojos

cerrados y escuchando absorta el sonido de mi respiración. Me gustaría tener la mente tranquila y no pensar en nada, pero han pasado tantas cosas importantes en los últimos meses que no puedo mantener mi cabeza libre de pensamientos.

No puedo dejar de pensar en Diego. No puedo dejar de pensar en Álex. No puedo dejar de pensar en la obra de teatro. No puedo dejar de pensar en los finales. Rectifico sí que puedo dejar de pensar en esto último. Y otra vez rueda la noria de mi vida: no puedo dejar de pensar en Diego, no puedo dejar de pensar en Diego. ¡Madre mía, no puedo dejar de pensar en Diego! Me gustaría comprender qué es exactamente lo que

siento por él. Estoy tan confusa que no sé qué hacer. ¿Por qué si quiero a Álex no puedo dejar de pensar en Diego? Acaso, ¿estoy enamorándome de él? ¿Por qué seré tan idiota?, para una vez que tengo un tío que me quiere de verdad, se me va la olla y empiezo a pensar en otro. ¡Dios, cómo me odio!

—No mires, no mires —dice Jessica bajando la voz y plantándose tiesa de cara a la falla de Sonia.

Estudio el colorido de la falla intentando captar el arte de los espantosos *ninots* y encontrar la gracia de los absurdos carteles, pero la verdad es que Jessica tiene razón, es cómo para

no mirarla, aunque tampoco pasa nada porque le eche una ojeada. No me voy a quedar ciega.

Alguien nos saluda.

Cuando me vuelvo a mirar para descubrir de quien se trata, el corazón se me inunda de alegría y me da cinco vueltas de campana dentro del pecho. Es Diego, no lo he visto en varios días y lo he echado mucho de menos. Sin embargo, toda mi alegría se transforma en un abrir y cerrar de ojos en una gran frustración. Una chica lo acompaña, y mucho me temo que no se trata ni de su hermana, ni de una prima, ni de una amiga cualquiera.

—Hola Diego —lo saludo, intentado simular una indiferencia que

estoy muy lejos de sentir.

Jessica y Sonia también lo saludan y entonces Diego nos presenta a su acompañante. Se llama Tracy. No la presenta como su novia pero yo sé que lo es. Es su jodida novia inglesa, por si no lo habías adivinado por el nombre. No es rubia, superalta y delgada, como yo había imaginado, pero desde luego es muy mona, asquerosamente mona. La odio con toda mi alma.

—Hello Tracy —la saludo con fingida simpatía.

—Hola Iva, Jessica y Sonia, ¿Qué tal? —responde ella con una pronunciación española mucho mejor que la mía inglesa. Me dan ganas de partírla la boca y hacerle un nudo con la

lengua.

—Eeeeva —me apresuro a corregirla.

—Iiiva —repite.

—No, Eeeeeeeeeeeeva.

—Iiiiiva.

—Da igual, déjalo —me resigno encogiéndome de hombros. Qué más me da cómo lo diga, total no la voy a ver nunca más. O eso me gustaría: perderla de vista ahora mismo, y agrego con una falsa sonrisa— ¿qué, viieeendoo faaallaaas?

—Sí, son muy bonitas y grandes. Es primera vez que yo he venido y me gustan mucho.

Jessica, Sonia y yo asentimos con la cabeza.

—Diego me explica por qué las queman ahora —se lamenta—, qué pena.

—Sí, mucha, peeeerooo el aaaaño quee viieenee haaarán oootraas nuueevaas y vooolveeraán a queeemaarlas, los valeeenciiaaanos somos así —le explico alargando excesivamente las palabras y elevando el volumen unos cuantos decibelios de más, de manera que más que parecer extranjera parece sorda y yo tonta del culo—. Y cómo te descuides te quemaremos a ti también.

Se ríe ante mi comentario, no sé si me ha entendido bien, pero me importa una mierda. Lo único que quiero es perderla de vista ahora mismo, porque la odio a muerte por ser tan mona,

simpática, hablar tan bien el inglés, pero sobre todo por ser la novia de Diego e ir tan pancha colgada como una mona de su brazo.

—¿Y de dónde eres? —pregunta Sonia con interés.

—De Cardiff.

—Ah, sí, yo conozco al amigo de un amigo de un primo mío segundo que estuvo allí un verano trabajando en un hotel —explica Sonia, orgullosa de tener algo que decir sobre el lugar.

Tracy asiente. Aunque estoy segura que no ha entendido ni jota del galimatías de Sonia. Ésta le hace un par de preguntas más sobre su ciudad y le cuenta las ganas que tiene de ir a Londres, y visitar sus famosos

mercadillos. Tracy sonríe durante toda la conversación y responde con monosílabos. Luego se interesa Jessica y con su perfecto inglés comienza a mantener una conversación superamigable sobre las Fallas. Y yo me pregunto, ¿por qué cojones es tan simpática con la guiri?

—Bueno, ¿nos vamos? —interviene Diego con una sonrisa.

—Encantada de conoceros —dice Tracy—, bye.

Los veo alejarse cogidos de la mano, y pienso en la suerte que tiene Tracy por estar con Diego. Diego es sin duda un tío genial, muy legal, pero sobre todo un buen amigo. Eso es, tú lo has dicho: DIEGO ES UN BUEN AMIGO.

Ni más ni menos. Y eso es, en realidad, lo que necesito ahora, un buen amigo que me comprenda y me asesore bien en mi relación con Álex, que buena falta me hace. Y eso es lo que es Diego: un buen amigo. He confundido mis sentimientos hacia él, pero ahora lo estoy viendo claro. Claro que sí. Eso es. Cada vez estoy más segura de que mis sentimientos hacia él nada tienen que ver con el amor. Conforme más lo pienso, más sentido tiene. Diego es sólo un amigo, no tengo que preocuparme por él. Lo único que tengo que hacer es centrarme en que mi relación con Álex funcione.

—¿Quién era esa? —pregunta Sonia suspicaz, poniendo fin a mis

pensamientos machacantes.

—A big bitch —respondo sin pensar siquiera en mis palabras.

De pronto todo el tiempo que he dedicado a sugestionarme con la idea de que Diego sólo es un buen amigo se ha ido al puto garete. ¿Si sólo es un amigo por qué mi corazón se ha partido en dos? ¿Por qué odio a Tracy? ¿Por qué tengo ganas de agarrar a Sonia por el cuello y estrangularla? ¿Por qué ardo en deseos de quemar la falla de Sonia conmigo dentro?

Baila conmigo

Después de mucho darle vueltas, y pensar y pensar y pensar, durante toda la semana, he tomado una decisión. Me recuerda la historia esa que me contaron una vez en catequesis del Rey Salomón de cortar al niño por la mitad para que las dos madres tuvieran su parte. Mi decisión es similar pero menos gore, o eso al menos es lo que espero. Ha sido una decisión difícil y entiendo que satisfará a ambas partes.

El sábado por la tarde iré a cenar con Álex, así estaremos juntos, y con suerte me echará un polvo que me quite el sentido. Luego a las once y media me traerá de vuelta para que pueda acudir a

la fiesta de cumpleaños de Jessica. No es que vaya a celebrar un festival por todo lo alto ni nada de eso, pero vamos a ir al Blue a bailar como locas. Eso es todo lo que puedo hacer.

Llamo al móvil de Álex y tarda un siglo en responder, finalmente lo coge, me saluda risueño y durante cinco minutos me cuenta un rollo tremendo de la *secta*. En fin, la historia de siempre.

No sé cómo decirle lo del cumpleaños de Jessica. Sé que no le va a sentar nada bien, quizás sea mejor esperar a esta noche.

—¿A qué hora quedamos?

—De eso mismo quería hablar...

Sabes que esta noche Jessica celebra su cumple y me gustaría ir.

Hago una pausa, esperando su reacción pero él también permanece en silencio, cuando el otro día se lo dije no se lo tomó nada bien.

—Creía que lo tenías claro — comenta en tono grave.

—Sí, lo tengo. Me gustaría mucho verte, por eso he decidido que estaré mitad y mitad. Cenaré contigo y luego acudiré al pub. Tú puedes venir si quieres.

—¿Dónde es?

—Aquí.

—Sabes que no puedo —responde serio—. ¿De verdad, qué tienes que ir?

—Claro, es mi mejor amiga, se lo he prometido. Además a ella tampoco le va a gustar que no vaya a su cena.

—¿A sándwich de sobrasada y panchitos le llamas cena?

No le respondo.

—Pero, princesa, si la ves todos los días —insiste en convencerme.

—A ti también te veo todos los días.

Se queda callado.

—Bien, lo que quieras —dice al fin en tono frío—, te veo luego.

Y cuelga sin darme tiempo a decir nada más.

Álex me deja en la esquina de la calle donde está el Blue. Tras despedirme de él con un largo beso, me bajo del coche y empiezo a caminar con

paso vacilante hacia el local, durante la cena me he tomado media botella de vino rosado y estoy un poco chispa.

La calle está llena de gente que charla animadamente. Cruzo a buen paso por en medio de un grupo de tíos que están apostados entre una pared y un coche. Comienzan a silbarme y a decirme qué y cómo me meterían varias partes de su cuerpo en mis distintos orificios. ¡Madre mía, qué salida está la peña! Uno de ellos me agarra el codo y yo aparto su mano rápidamente sin ni siquiera dedicarle una rápida ojeada, acelero el paso, unos metros más y estaré a salvo.

Empujo la puerta del pub y una gran bocanada de aire caliente con olor a

humanidad me abofetea la cara. El sitio es un antro pero la música está muy bien. Me dirijo directamente al fondo, donde estratégicamente siempre se coloca mi grupo cuando vamos allí de marcha. Está al lado de los servicios y se controla de maravilla a los tíos.

De camino, me encuentro con Toni. Está muy guapo, en su línea, pero a mí ya no me impresiona. Me saluda con dos besos excesivos, no le desprecio el gesto y dejo que me bese sonoramente las mejillas. Sorprendida, detecto que ha empleado más tiempo del necesario en realizar la operación, deteniéndose más de un segundo en cada carrillo, pero no le doy importancia porque seguramente ya va ciego y no controla bien los

reflejos.

—Estás muy guapa —me piropea mirándome de arriba abajo con admiración—. ¡Joder, Eva! —exclama, observándome de cintura para abajo—. ¡Vaya piernas!

Vuelvo a sorprenderme. Creo que es la primera vez en toda su vida que Toni me hace un piropo referente a mi físico. Y lo conozco años, once para ser exactos.

—Gracias, Toni —respondo con una sonrisa turbada—. ¿Has visto a mis amigas?

Toni sigue contemplándome las piernas, y creo que eso que asoma en la comisura de su boca es una baba asquerosa.

— Toni —lo llamo, me mira embobado y se limpia con el dorso de la mano la repugnante baba que, efectivamente sí, colgaba de su boca. ¡Madre mía, qué ciego va!, e insisto levantando la voz sobre el bullicio reinante— ¿has visto a mis amigas?

Me ciñe la cintura con ambas manos y se inclina peligrosamente sobre mí.

—¿Bailas conmigo? —pregunta entornando los ojos, en un gesto que a él le parece seductor y yo percibo como de pedo absoluto.

Acerca sus caderas a las mías y comienza a mover los pies de un lado a otro, canteando el abdomen hacia delante. Le sigo el paso con cautela. Apoya su cabeza en mi hombro y

entonces noto como me restriega la cebolleta. ¡Madre mía! Hace unos meses hubiese sido capaz de regalar mi alma al mismo diablo porque Toni me restregase la cebolleta de aquella manera, pero ahora las cosas han cambiado. Ahora tengo un novio de verdad, y no quiero que lo haga, así que me separo un poco. Toni no parece darse cuenta de mi gesto de rechazo y sigue con la cabeza pegada a mi cuello. ¡No sé dónde mirar! ¿Qué pensará la gente si nos ve bailar así de pegados *I love it*?

—Estás muy guapa —susurra en mi oído.

¡Madre mía! No puedo más. Creo que se le está poniendo más dura que el cemento. Lo empujo suavemente para

separarme completamente de él.

—¿Qué te pasa? —pregunta desconcertado.

Le sonrío en plan condescendiente y respondo— nada, sólo que quiero ir donde están mis amigas.

—Pues están ahí al fondo —me indica señalando con la mano nuestro sitio.

—Gracias. Chao Toni. Luego nos vemos.

Me toma de la mano y tira de mí hacia él. Lo hace con tal fuerza que mi cuerpo rebota contra el suyo y nos quedamos otra vez muy juntos.

—Me gustaría mucho... —dice bajando la voz hasta casi un nivel imperceptible.

Asiento con la cabeza, un poco aturdida, y luego me separo de él, sin dejar que termine su frase.

Madre mía, cuando se lo cuente a mis amigas se cagan.

Me hago camino entre la gente y busco a mis amigas en el fondo. Ya veo la cabeza de Jessica asomando por encima de las demás.

—¡Eh, hola! ¡Felicidades! — exclamo en su oído, y comienzo a cantar *Cumpleaños feliz*.

Jessica se ríe y me abraza. Al final de la cantinela se toca la nariz como Dios manda.

—¿Ya te ha quitado los grilletes? —pregunta con sorna.

Supongo que se refiere a Álex.

Desde luego no coincidimos en nuestra opinión sobre él. Yo creo que es maravilloso y ella que es un manipulador egocéntrico. Pero no quiero liarla esta noche, así que encojo los hombros y digo— sí, totalmente tuya.

— ¡ H o l a ! —saluda Andrea, compone una mueca de sorpresa abriendo los ojos de par en par y añade alzando la voz— ¡enhorabuena!

—¿Por qué? —pregunto extrañada—. Es el cumpleaños de Jessica, no el mío.

—Por el metesaca —canturrea risueña—. Ya me ha contado Jessica que te has estrenado.

Miro a Jessica con furia porque es una bocas. He tardado más de un mes en

confiárselo y ella no ha perdido ni medio segundo en largárselo a todo el mundo. Si me descuido hace un bando y lo publica a grito pelado por todo el pueblo. Enarca divertida las cejas ante mi mirada asesina y comienza a bailar en plan exótico, como si la cosa no fuera con ella.

—Bueno, no es para tanto —comento en tono indiferente, restándole importancia al asunto.

—¿Cómo que no? Pero si Jessica dice que casi te desmayas.

¡Mierda! ¿Por qué habré sido tan detallista? La verdad es que se lo conté todo de pe a pa.

—Venga, cuenta, cuenta —suplica arrugando la moteada nariz y prosigue—

plis, plis, plis, por fa, por fa.

Sé que no va a desistir y me va a castigar los oídos hasta que no pueda aguantarlo más y largue por mi boca. Pongo los ojos en blanco y suelto una carcajada.

—La verdad es que fue un polvo impresionante —comento con orgullo, porque, la verdad, es que lo fue.

—Pues tienes mucha suerte de haber pillado un tío con experiencia —asegura Andrea—. Algunos no sabrían donde está el clítoris ni aunque viniese indicado como un pulsador de emergencia—. Hace un gesto de pulsar repetidas veces con el dedo índice un botón imaginario y agrega— ¡moc, moc!

Comenzamos a reír.

—Es verdad, algunos tíos son tan burros que no lo encontrarían aunque hubiera un cartel encima que dijera: pulse aquí —interviene Jessica.

Seguimos charlando durante un rato sobre mi polvo magistral con Álex, y les pongo los dientes largos hasta que se vuelven verdes por la envidia.

Miro a mi alrededor buscando a Sonia, todavía no la he visto, y pregunto — ¿y Sonia?

—Ahí detrás —responde Andrea poniendo cara de circunstancias, señalando una columna—, con Diego.

¿Diego?

¿Mi Diego?

—Sí, el de clase —puntualiza Jessica con una sonrisa maliciosa—,

llevan hablando toda la noche.

Bueno, pues tendré que ir a saludar, aunque no me hace ninguna gracia que Sonia y Diego lleven toda la noche charlando.

Me desplazo ligeramente a mi izquierda para tener un ángulo perfecto de visión de la pareja. ¡Mierda, es verdad! Están hablando, y encima se lo están pasando bien, a juzgar por sus caras. La muy traidora no para de soltar carcajadas, y él, ¡qué idiota!, le sigue la bola. No puedo tolerar que esto ocurra en mi presencia. Diego es mío. ¡Madre mía, me estoy volviendo loca! Desde cuando soy yo así de posesiva, Diego no es mío, y ahora menos que sé que tiene novia desde el verano pasado, y además

he tenido el sumo *placer* de conocerla.

Acércate de una vez a ellos y di algo.

¡Vamos!

No puedo. No puedo.

¡Hazlo!

¿Por qué se ríen tanto?

Poco a poco voy acortando la distancia hasta que me sitúo detrás de Diego.

Sonia me ve, sonrío y levanta la mano hacia mí.

—¡Eva!

Diego vuelve el rostro y cuando me ve esboza una sonrisa maravillosa, que me dedica en exclusiva a mí, y no a ti, ¡traidora!

—Hola —les saludo, me acerco a

él y le beso las mejillas, luego a Sonia, y añado suspicaz— ¿qué hacéis aquí tan escondidos?

Diego se ruboriza y agacha la cabeza.

—No estamos escondidos, estamos charlando un poco —explica Sonia—. Le estaba diciendo a Diego que es increíble el cambio que ha dado en los últimos meses, ¿no crees? —comenta gesticulando excesivamente con las manos y añade— para mejor, se entiende—. Le guiña provocadoramente un ojo a Diego y sonríe con coquetería.

Yo alucino, pero qué desfachatez. Pero cómo se atreve a tontear así con Diego delante de mis narices.

—Porque hay que decir que lo de

las lentillas es un acierto. Pensaba que eran de colores—. Suelta una fuerte risotada—. Nunca me había dado cuenta de que tenía los ojos así de bonitos, tan azules y profundos, ¿verdad, Eva?

¿Verdad, Eva? ¿Verdad, Eva?

—¿Verdad que está muy guapo? — me pregunta. Toma la barbilla de Diego con la mano y le ladea el rostro de manera que se queda de perfil a nosotras —. ¿No crees que así de perfil se parece un poco a Josh Hartnett?

Diego parece un poco incomodo, pero no dice nada, se limita a sonreír. ¡Será idiota! ¿No lo ves? Te está tendiendo una trampa de araña. Quiere cazarte.

No puedo consentirlo.

—Tienes razón, yo también lo creo
—secundo su opinión con vehemencia.

Diego me mira fijamente y sonríe. Hasta el momento no ha dicho ni media palabra, pero claro cualquiera mete baza con la charlatana de Sonia delante.

—Me apetece tomar algo, ¿vosotras queréis alguna cosa? —comenta Diego —, ¿un chupito tal vez? —añade guiñándome un ojo.

—Pues no sé, un chupito estaría bien, pero sólo si tú te tomas otro — respondo contenta de que haya sido a mí a quien se haya dirigido y no a Sonia. ¡Chínchate cotorra!

Sonia nos observa seria. Está claro que no se va a dar por vencida tan rápido y se apresura a decir— yo

también quiero uno.

—Vale, ahora mismo vuelvo.

Diego se marcha y me giro hacia Sonia. Está completamente ensimismada observando la espalda o culo de Diego.

—¿Pero has visto qué bomboncito?
—comenta Sonia—. ¡Qué culito más mono!

¡Madre mía, no! Lo que me faltaba, otra competidora, si no tenía bastante con la guiri.

—¿Te gusta? —pregunto.

—Pues claro, ¿pero tú lo has visto bien? —confirma mis sospechas y añade
— esta noche cae.

¡No!

—Pero Sonia, que tiene novia —le reprocho.

—A mí eso me da igual, no es tan amiga mía.

Al cabo de unos minutos, Diego vuelve portando con bastante dificultad los tres chupitos. Los reparte y brindamos alegremente por «las lentillas de colores».

Comenzamos a bailar y descubro con mucha rabia como Sonia quiere deshacerse de mí a culadas. No hace más que empujarme para poder bailar enfrente de Diego. Yo no sé qué hacer. A lo mejor estoy siendo una aguafiestas y Diego quiere liarse con Sonia y lo único que hago yo aquí es joder la marrana.

—¿Por qué no te vas ahí con las demás? —me susurra Sonia al oído,

aprovechando que Diego está distraído hablando con un tío.

No sé qué hacer. Si insisto en quedarme aquí con ellos puede resultar muy sospechoso. Pero si me largo le dejaré el terreno libre a Sonia y quizás luego me arrepienta mucho de no haber hecho nada para evitar la desgracia. ¡Madre mía! ¡Y a mí qué más me da!, si yo ya tengo a Álex. No me diferencio en nada de Sonia, o sí: estoy mucho más salida que ella. Ella al menos no tiene novio. Eso es verdad: yo ya tengo a Álex. No puedo tenerlos a los dos y yo ya he hecho mi elección.

Tristemente, con la cabeza gacha, me vuelvo con Jessica, Carla y Andrea. Aunque esto es un decir. Jessica está

ocupada besándose a saco con Sebas el melenudo; Andrea, como siempre, ha desaparecido; Y Carla está completamente entregada al baile de una bachata con una chica que no conozco. Si lo llego a saber me quedo con Álex. Vaya plan.

Le pregunto a Jessica por Andrea y me indica que está pidiendo en la barra. En ese preciso momento decido que voy a tomarme un ron con cola. Necesito beber mucho alcohol y relajar la mente para pensar con claridad.

Me dirijo a la barra, pero Andrea no está aquí tampoco. ¡Vaya mierda! No sé si irme a casa, total para ver como Sonia se liga a Diego prefiero marcharme a dormir o morirme.

—¿Te aburres? —pregunta alguien detrás de mí.

Aunque oigo la pregunta pienso que no va dirigida hacia mi persona, así que no hago caso y sigo esperando a que Charlie (el camarero) me sirva mi cubata.

Alguien se planta a mi lado y noto el roce de su hombro contra mi hombro, miro sin interés hacia mi nuevo acompañante.

Un chico, algo mayor que yo, me observa con atención. No es ninguna maravilla, aunque tampoco puede decirse que esté nada mal. Sus ojos castaños me sonríen y sus labios también, parece amigable. No tengo ganas de ligar con él, pero tampoco es

que tenga muchas mejores opciones de diversión en este momento, así que esbozo una tímida sonrisa y espero que me diga algo.

—¿Te pasa algo? —pregunta en un tono ligeramente estirado.

—¿A mí? —pregunto sorprendida, apoyándome la mano sobre el pecho.

—Sí, a ti.

—Pues no —respondo, encogiéndome de hombros.

¡Qué tío más raro!

—Pues entonces deja ya de mirarme.

Pero ¡será gilipollas!

—Pero si eras tú quien me miraba.

—¿Yo? ¿A ti? Vamos, no tengo nada mejor que hacer.

¡Madre mía, qué capullo!

Decido pasar de él. Me quedo mirando al frente para no tener que pasar la vergüenza de volver a soportar sus ojos burlones y me siga echando en cara falsedades. No me lo puedo creer. ¡Qué cabrito! No creo que le haya dado ningún motivo para pensar que lo estaba mirando, es más estoy convencida de que era él quien me miraba a mí.

Empiezo a impacientarme. Charlie tarda una eternidad en servirme mi cubata y me siento muy incómoda sola en la barra.

Comienzo a tararear distraída la canción que suena a todo volumen por los altavoces. ...*is rising. Barometers getting low. Na, na, na... y the place to*

go. Me apetece bailar. Eso voy a hacer: bailar y bailar toda la noche hasta caer rendida. *It's raining men, Aleluya. It's raining men.* Amén. ¡Ojalá, lloviera hombres!

Charlie se acerca y deposita el cubata delante de mí, le abono la pasta y cojo el vaso con las dos manos. Le doy un trago generoso y lo relleno de nuevo con el refresco hasta que el líquido rebosa por los bordes. Me inclino sobre el vaso y le doy un sorbito para vaciarlo un poco más y que no se derrame mientras vuelvo a nuestro sitio.

—¿Te aburres? —pregunta alguien detrás de mí.

¡Otra vez el capullo!

Si no me hubiera costado cinco

euros el cubata se lo tiraría ahora mismo por encima. Me encantaría hacerlo. Sería como una película, pero cinco euros son cinco euros y el cubata está muy rico. El capullo éste no se merece que yo tire mi dinero, pero muy a mi pesar no me queda más remedio que darme la vuelta, tengo que regresar con las demás. Pero esta vez no me va molestar con sus tonterías de chulo paleta.

Me vuelvo mirando al suelo y exclamo— ¡déjame en paz, capullo!

Y la palabra «capullo» me sale del alma para que se note mi total y absoluto desprecio. Pero el tío no se aparta y se queda plantado delante de mí, obstaculizándome la marcha.

—¿Quieres apartarte? —pregunto en tono amenazador mientras subo los ojos y veo a Diego delante de mis narices, observándome divertido.

—Pero qué agresividad —comenta reprimiendo una sonrisa.

—Perdona, Diego, pensaba que eras un pesado que me acosaba.

—¿Eso es lo piensas de mí? —pregunta frunciendo el ceño, pero sin borrar la sonrisa.

—No, de ti no, de otro tío —le aclaro.

—Ah, ¿de otro tío con el que ligabas?

—¡No! Nada de eso. De un capullo que me acosaba antes y me decía que yo lo miraba, cuando en realidad yo no lo

estaba mirando, sino todo lo contrario...
—me explico acelerada y nerviosa, pero entonces observo que se está descojonando y le reprendo— ¡oye, no te burles de mí!

Sigue riéndose durante unos segundos y entonces para y me mira serio.

—¿Y Sonia? —le pregunto.

—Allí, con Andrea —me señala el rincón donde está nuestro sitio.

—Ah, ¿has venido a pedir?

—No.

—¿No?, hummmmm, entonces, ¿ya te ibas?

—No.

—¿No?, entonces...

—Entonces... he venido a hablar

contigo un rato, bueno, si tú quieres.

¡Bien, bien, bien!

—Vale —acepto, mientras esbozo una turbada sonrisa y llevo la mirada al suelo. Luego añado bajando la voz— entonces, ¿no te interesa Sonia?

—Sí —responde alegre, y yo quiero morirme, porque una cosa es que le interese mi amiga y otra que me lo diga en la cara así de fresco, y agrega— como amiga, claro. Es muy simpática y una gran conversadora.

Suspiro de alivio y me echo reír.

—¿Querrás decir cotorra?

—Sí, eso también —conviene riendo.

— ¿ Q u i e r e s ? —pregunto ofreciéndole mi cubata.

Desde el mismo instante en el que coge el tubo, tengo la sensación de que el tiempo se detiene y todo empieza a transcurrir a cámara superlenta. Lo veo levantar la mano y acercarse el cubata a los labios, sus carnosos y rojos labios. ¡Cómo quisiera ser borde en este momento! Se aparta el flequillo de la frente con la otra mano y unas gotitas de sudor destellan sobre su sien. Comienza a beber y su nuez se desplaza arriba y abajo rítmicamente por su larga garganta.

—Eva.

—¿Qué? —pregunto atontada.

—El cubata.

—¿Qué cubata? —repito como una idiota.

Se ríe, baja los ojos y dice— este cubata—, indicándome el tubo que tiene en la mano.

—¡Ah!

—¿Estás bien?

—Sí, muy bien.

—¿Seguro?

—Sí, seguro.

—¿No tendrás ganas de vomitar? — bromea.

Le empujó con ambas manos el pecho, su duro pecho, y me echo a reír.

—Idiota—. Le sonrío ampliamente y agrego— no, nada de eso, solamente me he quedado un poco pillada.

—Ya me he dado cuenta — responde poniéndose serio, mientras sus pupilas rastrean mi cara—. ¿Quieres

bailar?

—Vale.

Dejo el tubo sobre la barra y empezamos a bailar. En este momento suena *Feel this moment* de Pitbull. Diego y yo nos esforzamos en seguir el ritmo de la música utilizando algunos de los pasos que hemos aprendido en los ensayos de *Grease*. Nos sale

bastante bien y lo mejor,
me encanta bailar con él,
cogidos por las manos y
observando en todo
momento su sonrisa. Me
gusta su cara de
concentración. No deja
de mirarse los pies para
no perder el paso y eso
me da la oportunidad de
espiar su rostro sin

preocuparme de lo qué pueda pensar.

La canción coge velocidad, y nosotros también, comenzamos a saltar, sin soltarnos las manos. Sus ojos se ríen y los míos también. Interviene Pitbull y Diego hace ademán de parar, pero me pego a su cuerpo y le indico con un gesto que me siga el paso. Me sigue con bastante soltura; un, dos, tres, rebote y un, dos, tres y rebote, mientras yo me pego todavía más a su cuerpo y mi vientre roza el suyo una y otra vez. Me gusta la sensación de estar tan cerca de él, sintiendo nuestros sexos tan próximos.

—Lo haces muy bien—le comento

al oído.

—Será que tengo una buena profesora.

—Será que eres un buen alumno.

—Será que tú bailas de maravilla.

Me río a carcajadas dejando caer la cabeza hacia atrás mientras Cristina Aguilera canta *«One day when my light is glowing, I'll be in my castle golden. But until the gates are open. I just wanna feel this moment. Ooooh... I just wanna feel this moment. Ooooh... I just wanna feel this moment»*.

Vuelve otra vez el ritmo loco y nos ponemos a saltar de nuevo. Cuando termina regresamos a nuestro sitio junto a la barra, y compartimos mi cubata en silencio. Entre sorbo y sonrisa nos

miramos con timidez, pero ninguno dice ni media palabra. Quiero decir algo y entablar conversación, pero no se me ocurre nada qué pueda interesarle. ¡Piensa Eva!

—¿Has ido al cine últimamente? — pregunta de pronto.

Sonrío, porque es el típico tema cuando no sabes qué decir y quieres decir algo. Entonces me doy cuenta de que Diego se siente exactamente igual que yo. Quiere hablar conmigo, porque de hecho sigue aquí a mi lado, pero no sabe de qué.

—Sí, una de risa, se llama, ¡ay!, ¿cómo se llamaba? Algo de amor loco, o loco de amor, o... no sé, algo así...

—¿Qué tipo de cine te gusta? —

pregunta con interés acercándose a mí.

—De todo en general, aunque si tengo que elegir prefiero las de risa y las románticas, ¿y a ti?

—Las de terror muy, muy sangrientas —responde arrugando la nariz—, y también las de cachondeo—. Hace una pausa, y añade pensativo— sobre todo...

—¿Qué?

—No sé, si te lo digo igual piensas que soy un tío raro.

—Ya pienso que eres un tío raro —me burlo—. ¿Qué ibas a decir?

Se ríe.

—Me gusta Quentin Tarantino.

—¿En serio? —pregunto sorprendida—, a mí también me gusta

mucho.

—¿Sí? —se extraña—, pues es uno de mis directores favoritos.

—Y mío. Es genial, sus historias, sus diálogos, sus personajes, todo. Es que me encanta. He visto todas sus pelis.

—Es cierto, es un genio y encima sus bandas sonoras son una pasada.

Asiento completamente de acuerdo con él.

Después de eso seguimos hablando durante una hora sin parar de películas, directores y anécdotas de cine. Descubro que Diego y yo tenemos mucho en común. No sólo nos encanta Quentin Tarantino, sino que además a los dos nos gustan los musicales (Diego no es gay), pensamos que Robert

Pattinson es un petardo, y bajo ningún concepto vamos a ver ninguna de sus películas, y que *Kill Bill* es, por supuesto, una obra maestra.

—Quizá podríamos ir juntos al cine algún fin de semana de estos —sugiere Diego. Hace una pausa y añade en tono burlón— aunque no sé si ir contigo al cine, se te pone un humor de perros. La última vez casi me muerdes.

Suelto una carcajada ante su ocurrencia.

—Estaba muy enfadada ese día, y lo pagué contigo. Lo siento Diego. No soy así de bruja—. Sonrío maliciosamente y agrego tiñendo mi voz de tenebrosidad — soy mucho peor. Jessica me llama la mala de *Crepúsculo*, en broma, claro.

Se ríe y comenta suspicaz— pero, ¿tú no la has visto, verdad?

—No, por supuesto que no —me apresuro a responder haciéndome la ofendida—, pero ella sí.

Seguimos charlando sobre cine un rato más, hasta que de repente me entra un hambre atroz y estoy a punto de morderle el cuello, pero si lo hiciera sería clavada a la mala de *Crepúsculo*, además no soy tan atrevida. Se lo comento, lo del hambre, no lo del cuello, y entonces me pregunta qué tipo de cocina es la que más me gusta. A su lado soy una palurda gastronómica. Mi plato favorito es la paella de mi madre. Diego, sin embargo, muestra tener un gusto mucho más exótico que el mío y

reconoce morirse por la comida japonesa. Yo ni siquiera la he probado.

—Pescado crudo, ¡puaj, qué asco!
—exclamo.

—Qué va, esta riquísimo. Algún día te llevaré a un japonés que conozco y seguro que te chupas los dedos.

Me encantaría ir con Diego al japonés, y chuparme los dedos o mucho mejor chupárselos a él. Me iría con él a cualquier sitio que me dijera: al japonés, al chino, al tailandés, e incluso me iría con él a comerme un bocadillo de chorizo sentada en un banco del parque muerta de frío. Me gusta tanto su compañía que lo acompañaría a la Siberia, si me lo pidiera, a comerme un helado de chorizo.

La noche sigue y el tiempo vuela a su lado, o al menos esa es la sensación que yo tengo. En ningún momento me siento incómoda, ni harta de charlar con él. Los temas de conversación fluyen entre nosotros sin pausa uno detrás de otro.

De vez en cuando nos marcamos unos bailes, y me sorprende comprobar el escaso sentido del ridículo que tiene Diego. De repente se pone a bailar de una forma completamente arrítmica, lo mejor de todo es que lo hace de forma intencionada, ahora lo sé. Suelto una carcajada de asombro más que de burla, porque hasta no hace mucho pensaba que Diego era un tío superaburrido y sin un ápice de atractivo. Y ahora mirándolo

con el pelo revolocado y las mejillas sonrojadas por el acaloramiento del baile frenético en el que está enzarzado me doy cuenta de lo equivocada que estaba. Todavía me sorprende más cuando me hace un gesto para que lo acompañe e instintivamente y sin rechistar lo sigo y comienzo a bailar a su lado, imitando sus grotescos y extravagantes pasos ante la mirada atónita de mis amigas, que me observan con la boca y los ojos abiertos como platos.

¿Te odio o no te odio?

—Todo el mundo a sus puestos — grita Álex desde la primera fila de butacas.

Me dirijo hacia las dos sillas aparcadas, una al lado de la otra, en un extremo del escenario. Se supone, con mucho esfuerzo imaginativo, que son un coche descapotable. Me siento en la de la izquierda de cara al patio de butacas. Diego viene detrás de mí y se sienta en la otra silla.

Las luces se apagan. Todo el escenario se queda sumido en la oscuridad.

El silencio es absoluto. No se oye ni una mosca revolotear.

Un foco se enciende iluminando otra zona del escenario: el quiosco. El equipo de decorados ya ha construido una especie de tenderete. Jessica y otras compañeras están allí, además de otros figurantes, qué da la casualidad que son los mismos del equipo de decorados.

Empiezan a representar el acto.

La obra cada vez nos sale mejor. Se empieza a notar los tres meses que llevamos trabajando en ella. Hoy es la primera vez que ensayamos la escena del cine. Observo a las chicas actuar desde la oscuridad. Todo está saliendo exactamente como lo describió Diego en el guión.

«Ah, el guión» suspiró para mis adentros. Un millón de recuerdos

invaden mi mente. Por un momento, recuerdo la tarde que Diego vino a mi casa. Lo idiota que era yo. Lo mal que lo había tratado hasta entonces. Lo bien que olían sus feromonas.

Respiro con fuerza intentado captar su aroma. Nada. Desde aquí no se percibe ninguna feromona ni media. Lo miro de reajo. Sigue atento el ensayo. Parece divertido. Tiene una media sonrisa esbozada en los labios. Tal vez lo mejor sea olvidarme completamente de este tío, al fin y al cabo, él pasa de mí, pero cuando recuerdo lo bien que lo pasamos el otro día en el Blue vuelvo a ilusionarme. No obstante, luego, como siempre, la cosa se fastidió. Cuando salimos del pub Diego me preguntó que

si quería que me acompañara a casa. Por supuesto que dije que sí, estaba deseando que me lo pidiera y así poder estar a solas con él, libre de la mirada crítica de mis amigas que no dejaban de fisgar. Durante todo el trayecto en moto me agarré con fuerza a su cintura y apoyé la cabeza sobre su espalda. Fue un momento tan tierno y de tanta proximidad que mi cerebro todavía guarda el dulce recuerdo del calor de su cuerpo. Cuando detuvo la moto en la puerta de mi casa, me bajé de un salto y me planté delante de él con toda naturalidad. No tuve esa sensación incómoda de no saber si besarle o no en los labios, tenía claro que quería hacerlo. Así que me quedé de pie frente

a él y me aproximé lentamente. Cualquier chico en su situación, bueno cualquier chico que estuviera en esa situación con la chica que le gustase, no lo hubiera dudado y se habría lanzado al ataque, pero Diego me miró sonriente y se despidió de mí con dos mojigatos besos en las mejillas. No supe qué hacer, quería besarle y al mismo tiempo escupirle en su cara de idiota por hacerme sentir tan estúpida. Me largué corriendo sin mirar atrás.

Giro la cabeza completamente hacia él, pasando de la obra. Lo miro fijamente en medio de la penumbra. Sus pupilas parecen destellar en la semioscuridad. Me concentro en captar sus pensamientos. Y da resultado.

Lentamente sus ojos dibujan un arco en mi busca. Nuestras miradas se cruzan. No deja de sonreír mientras me observa en silencio. Intento dibujar una sonrisa, pero los músculos de la cara no me responden. Están paralizados por los nervios. De repente, me coge de la mano y la empieza a acariciar con ternura.

—Tranquila —me susurra con voz dulce.

Debe suponer que estoy nerviosa por la obra. Asiento con la cabeza y dejo que siga acariciándome. Cada caricia me provoca un estremecimiento que serpentea por mi columna vertebral arañando todas las terminaciones nerviosas de mi espalda. No puedo dejar de mirarlo. Ya nada existe a mi

alrededor. Estoy tan a gusto con él que nada más me importa.

La obra de teatro recupera de nuevo la atención de Diego, que deja de mirarme, y vuelve a observar con interés el otro extremo del escenario, donde se desarrolla la acción. Su mano todavía reposa sobre la mía. Yo no puedo dejar de mirarlo. Sus pupilas coronadas de azul profundo brillan como dos estrellas en la noche. Sus labios están ligeramente entreabiertos, a la espera de un beso.

—Vamos nosotros —musita.

—¿Qué? —pregunto sin entender.

—Eva, nos toca ya.

—Ah.

Estira el brazo y lo deja caer delicadamente por encima de mis

hombros. Me atrae hacia su cuerpo y apoya el costado de su cabeza sobre la mía. Según el guión tengo que acomodarme en sus brazos. Así lo hago. El aroma de su suave cuello me invade por completo y acaricia mis sentidos.

Una luz tenue nos ilumina. Ahora debemos permanecer en silencio durante unos segundos mirando atentamente al frente, como si estuviésemos viendo una película en el cine. Diego comienza a forcejear con un anillo que lleva puesto en la mano que tiene apoyada en mi hombro. Yo mientras finjo que no me entero de nada, aunque en realidad no me pierdo ni uno solo de sus movimientos. Entonces me entrega el anillo y dice profundamente— Sandy,

¿quieres llevar mi anillo?

Sonrío como una tonta y doy unos cuantos saltitos sobre mi culo en el asiento, y respondo— ¡oh, sí, Danny, sí!

Me lo pongo y de nuevo nos quedamos en silencio mirando al frente. Yo mantengo la sonrisa de boba estampada en la cara. A continuación, Diego alarga de nuevo el brazo sobre mis hombros y yo me acurruco otra vez a su lado.

Siento su pecho subir y bajar lentamente, meciendo suavemente mi cabeza al compás de su profunda respiración. Suspiro. Por mí, que se detenga el tiempo en este instante. De pronto, su mano se alarga rápidamente en busca de mi teta izquierda y trata de

besarme torpemente en los labios. Se trata de un beso fugaz y robado y tengo que rechazarlo inmediatamente, pero cuando intento deshacerme de su brazo, Diego me retiene sujetándome con firmeza. Su torso va girando hacia mí hasta que su pecho se apoya completamente contra el mío, y me abraza más fuerte. Vacilo durante una fracción de segundo. Esto no está en el guión, pero, ¡qué cojones! ¡Me encanta! Abro la boca ligeramente para cerrarla sobre sus labios y saborear su sabrosa boca. Su lengua se acerca en busca de la mía y comienza a explorarla dulcemente, mientras sus grandes manos recorren con delicadeza mi espalda. Seguimos besándonos durante unos minutos.

Aunque para mí el tiempo carece de importancia. Tengo la sensación de que se ha detenido justo en el momento en que nuestros labios se han fundido.

Esta absurda fantasía se esfuma rápidamente de mi cabeza tan pronto como el grito de Álex me trae bruscamente de vuelta al mundo real.

—¡Eva! —grita Álex con más insistencia.

Miro atontada hacia Diego, que sigue a mi lado. Está callado y me observa con curiosidad. Sus labios están curvados en una simpática sonrisa.

—¿Estás o no estás? —pregunta Álex con mal humor.

Miro en su dirección. Sus ojos parecen dos puñales a punto de ser

lanzados directos a mi corazón.

—Estoy —digo bajando la voz.

—Pues yo no lo creo —me regaña—. A estas alturas deberías hacerlo muy bien, y en cambio eres la peor de todos. No sé, pri... Eva, en qué estás pensando, pero desde luego no en la obra. A este paso vamos a hacer el ridículo —prosigue en tono brusco—. Vamos muy atrasados y lo último que necesitamos ahora es perder el tiempo.

Asiento con la cabeza.

—Espero no tener que arrepentirme con mi elección.

Bajo la mirada al suelo, dolida por su injusto comentario.

Se oyen algunas risas bajas entre mis compañeros.

—Oye, no le hables así, que tampoco es para tanto —interviene Diego.

—¿Qué?

—Ya me has oído.

—Diego, no estoy hablando contigo —responde Álex airado.

—Ya lo sé, pero no me gusta que digas las cosas de esa forma —dice Diego, en tono vacilante.

—¿De qué forma? —pregunta Álex con la voz crispada.

—De esa forma tan ofensiva, se pueden decir las cosas de mil formas diferentes sin hacer tanto daño.

Álex se queda callado, durante unos segundos parece reflexionar sobre lo que le ha dicho Diego, porque añade en

tono más sereno pero todavía frío— vale bien, dejémoslo. Vamos a comenzar de nuevo con la escena del coche. Desde que Danny entrega el anillo a Sandy.

Volvemos a colocarnos en la posición inicial. Las luces se apagan de nuevo y un foco nos alumbra. La escena transcurre sin contratiempos. Tras el intento de Diego de besarme, me zafo rápidamente de su mano, aunque es la vez en mi vida que más deseo besarle. Salgo de un salto del coche y le lanzo, con furia, el anillo a la cara. Y desaparezco corriendo del escenario por la parte trasera.

Los primeros compases de Sandy empiezan a sonar en los altavoces. Todo el escenario está oscuro, se supone que

el día de la obra estará la pantalla de proyección encendida. Diego se sitúa en el centro, donde no hay de momento ningún columpio colgado, y empieza a cantar en playback.

—Vaya carácter tiene tu novio — me susurra Jessica al oído, haciendo que me sobresaltase. Se ha desplazado sigilosamente entre bastidores hasta situarse detrás de mí.

La verdad es que sí —afirmo tristemente.

—No sé cómo soportas que te trate así. Yo no aguantaría que nadie me hablase de esa forma.

—Ha sido culpa mía. Me he quedado en la parra.

—No es verdad, es porque él es un

mamón insoportable. No sé quién se cree que es para hablarte así.

Una lágrima escapa de mis ojos y resbala lentamente por mi mejilla.

—No llores, no le des ese gusto.

—No, no voy a llorar —me rehago secándome la lágrima con el dorso de la mano.

Contemplo a Diego que todavía sigue en el escenario interpretando *Sandy*. Está espléndido: tiene las mejillas encendidas y se mueve con gran soltura por el escenario. La verdad es que lo hace muy bien.

—Lo hace bien —comenta Jessica, que también lo observa.

—Sí, la verdad es que sí. Nunca me lo hubiera imaginado.

—Yo tampoco. Hace sólo unos meses lo odiabas y ahora mírate se te cae la baba mirándolo.

—Nunca lo he odiado —protesto indignada.

—Pero se te cae la baba, ¿sí o no?

Miro a mis pies y replico— yo no veo ningún charco.

Nos quedamos calladas atentas al final de la actuación de Diego.

—Y ahora, ¿qué? —pregunta Jessica de repente.

—Nada.

—¿Nada? —pregunta con sarcasmo—. Tienes que hacer algo. No puedes consentir que siga hablándote así.

—Cuando estamos solos no es así.

—¿Y cuándo estáis solos?

La pregunta se queda flotando en el aire. No tengo intención de darle explicaciones de nada a nadie. Ni siquiera a Jessica que es mi mejor amiga.

—¿Y Diego?

—¿Qué le pasa a Diego?—. A parte de volverme loca y ser el mejor tío que conozco—. No lo sé. Me gusta, lo reconozco, pero quiero a Álex, ya lo sabes.

Me mira con escepticismo.

—No te gusta, estás loca por él — replica—. Se te nota. He visto como lo mirabas hace un momento cuando te ha defendido. Entonces sí has hecho un charco y no precisamente con la baba.

La ex

Me siento en un banco próximo a la fuente y observo durante unos segundos el chorro de agua salpicando el estanque. A su alrededor la primavera ha arrancado con fuerza y los macizos empiezan a llenarse de flores.

El buen tiempo ya es patente en Valencia y hace un poco de calor esta noche de finales de marzo. Me quito la cazadora y la dejo cuidadosamente doblada a mi lado sobre el asiento de piedra.

Consulto el reloj. Son las nueve. Álex lleva media hora de retraso. Aunque después de tres meses no me

sorprende, pues lo raro en él es la puntualidad. Ni una sola vez de las once que hemos quedado ha llegado a su hora.

Álex me ha llamado después del ensayo para citarse conmigo esta misma noche. Y aquí estoy, muerta de curiosidad por saber qué es lo que quiere. Es muy raro que nos veamos entre semana, a no ser que al señor le apetezca echar un polvo y entonces me llame de urgencia para quedar en su despacho y darnos un rápido revolcón. Sin embargo, éste no es el caso, pues hoy me ha sugerido quedar en la estación de San Isidro, pero yo le he dicho que no, que mejor aquí. A ver qué se piensa, ¿por qué siempre tengo que ir yo en su busca?

Seguramente, lo único que quiere es despedirse de mí. Mañana empiezan las vacaciones de Pascuas y se va de viaje a Londres una semana con sus amigos. Yo por supuesto no voy con él. Yo nunca entro en sus planes de amigos.

Alguien me tapa los ojos con las manos. ¡Siempre igual! ¿Es qué no tiene imaginación?

Le escruto el rostro seria cuando al fin me deja libre la visión y se sienta a mi lado en el banco.

—¿Qué te pasa? —pregunta Álex sonriendo.

—Nada. Llegas con media hora de retraso—. Miro el reloj y rectifico— bueno no, cuarenta minutos.

—Había tráfico...

—Ya.

Nos quedamos en silencio y yo trato de no mirarlo durante todo ese tiempo.

—¿Estás enfadada por lo del ensayo?

—Sí —farfullo.

Se acerca a mí y me abraza.

—Lo hago por tu bien —musita—.

Si quieres ser actriz tendrás que soportar mejor las críticas—. Me besa en la frente. Me mira ladeando la cabeza y me acaricia la barbilla con mimo.

—No sé. Eres muy duro conmigo —replico apartando la cara, rehusando su mano.

—No seas boba. Me comporto igual con todo el mundo —replica, alargando de nuevo la mano para acariciarme la

mejilla.

Asiento con la cabeza, sin demasiado convencimiento. A estas alturas no me engaña, lo que él llama erróneamente mi bien es en realidad su santa voluntad.

—Todo lo hago por ti. Quiero que seas la mejor.

—¿Todo lo haces por mí? —pregunto con sarcasmo—. ¿Lo de irte a Londres también?

Me mira con expresión perpleja.

—Así... así... así ¿qué es eso?, ¿eh? —dice entrecortada-mente—. Estás enfadada porque me voy estas Pascuas.

—No. Estoy enfadada porque te vas sin mí. ¿Por qué nunca quieres hacer nada conmigo?

—Claro que quiero hacer cosas contigo, pero de momento sabes que debemos guardar un poco las distancias —responde—. Sólo serán un par de meses más y luego seremos libres.

— ¿ S í ? —digo fingiendo entusiasmo. Ya no sé hasta qué punto me apetece ser libre con Álex.

—Claro —afirma, besándome con ternura en los labios.

Dejo que me bese, aunque no le devuelvo el beso.

—¿Cuándo os vais? —pregunto con sequedad interrumpiendo su beso.

—Mañana a las ocho sale el avión. Volvemos a quedarnos en silencio.

—¿Nos vamos a cenar? —sugiere.

—¿Dónde? —pregunto curiosa.

Siempre me lleva a sitios geniales a cenar. Supongo que es su forma de compensarme por el poco tiempo que pasa conmigo.

—¿A Altra Cuina?

— B i e n —acepto, intentando animarme.

Quizá la noche se arregle después de este mal comienzo. No quiero estar enfadada con Álex. Pasamos muy poco tiempo juntos y me gusta disfrutar de cada instante de su compañía. No quiero malos rollos con él y menos ahora que se acerca el final de curso. Está bien, punto y final, doy por zanjada la discusión, después de todo tampoco es para tanto.

Nos levantamos del banco. Álex

empieza a andar despacio mientras yo me pongo la cazadora.

La noche es cerrada aunque en el parque se disfruta de una buena visibilidad. Las farolas convenientemente repartidas por los senderos alumbran mucho más de lo que a algunas parejas de enamorados les gustaría para salvaguardar la ya de por sí escasa intimidad del parque.

A unos cincuenta metros de distancia, en otro banco, veo a una pareja comiéndose a besos. Junto al banco hay una moto aparcada. Una Scooter azul. Las cabezas se separan y veo la cabeza castaña de Toni erguirse. Sus ojos verdes se encuentran por unos segundos con los míos. Levanta el brazo

en gesto de saludo y yo hago lo mismo. Me doy la vuelta rápidamente y corro en busca de Álex, que está esperándome junto a la fuente. Me giro en el último momento para ver si Toni sigue mirándome, pero éste está de nuevo dándose el lote con su *amiga*

Álex me abraza por la cintura cuando lo alcanzo.

—¿A quién saludabas?

—A nadie, un amigo —respondo, sin darle importancia.

Empezamos a andar abrazados en dirección al aparcadero de coches. Allí está su Golf rojo metalizado. Cuando estamos a menos de cinco metros Álex levanta el brazo y lo abre con el mando a distancia.

Entramos en el coche.

Álex permanece muy silencioso, de una forma poco corriente en él. Me mira serio y entonces me suelta bruscamente — ¿desde cuándo estás liada con él?

Me quedo de piedra.

—¿Qué?

—¿Crees qué estoy ciego? Llevo tiempo observándoos. He visto cómo te mira —chilla enfadado.

—¿Qué? ¿De quién estás hablando?

—No te hagas la tonta. Tú también te lo comes a él con los ojos.

Su mirada es gélida como un iceberg cuando dice esto. Me da la impresión de que si sigue mirándome así, poco a poco me iré transformando en un polo de carne humana.

—No sé de qué me hablas —farfullo, un poco atemorizada por el tono que está empleando. Es la primera vez que me habla con tanto autoritarismo.

Enciende el contacto y hace marcha atrás para salir del aparcadero.

—¿De Diego? —grazna antes de iniciar la marcha.

—¡Diego! —exclamo en tono histérico—. Estás loco, ¿o qué? No hay nada de nada.

Se queda callado. Me mira de reojo un par de veces mientras conduce el coche a toda velocidad por la circunvalación que rodea el pueblo. En la segunda rotonda toma el desvío hacia Valencia.

—En serio. Entre Diego y yo no hay

nada —le aseguro, aunque sé que en parte estoy mintiendo.

De verdad, ¿cómo se atreve a hablarme así? Yo no he hecho nada malo. No tiene ningún derecho a lanzarme acusaciones infundadas sobre Diego. ¿Pero qué se cree? ¿Qué soy de su propiedad? ¿Qué puede cogerme cuando le convenga y soltarme cuando ya no me necesita?

Empiezo a estar un poco harta de él.

Abro la ventanilla y dejo que el aire azote mis mejillas, y de paso se lleve los malos pensamientos que me abruman el cerebro.

Tardamos más de media hora en llegar a Valencia, pero durante todo el trayecto Álex permanece callado, con el

ceño fruncido. De vez en cuando hago algún comentario para relajar el ambiente tenso, pero Álex se limita a asentir con la cabeza, sin decir ni *mu*.

Tras aparcar de milagro a un par de manzanas de la calle donde está el restaurante y bajarnos del coche todavía no ha dicho ni una sola palabra.

—Hola Álex —una voz femenina rompe el silencio que nos envuelve.

Me giro para ver de dónde proviene la voz. Una chica menuda morena nos mira fijamente desde la acera. La acompaña un chico mucho más alto que ella, por lo menos medio metro más, por lo que parecen el punto y la i. Miro a Álex. Su semblante parece ahora una plancha de mármol.

—Hola —responde Álex con la voz en un hilo. Carraspea—. Hola Sandra —vuelve a saludar alzando la voz.

La pareja está plantada en la acera a la espera de que nos acerquemos. Álex me lanza una sonrisa nerviosa por encima del coche y me indica con la mano que me quede junto al coche.

Se aproxima a la pareja. Álex y la chica se saludan efusivamente y luego le estrecha la mano al chico.

Desde donde estoy no alcanzo a escuchar su conversación. Me molesta mucho que me haya dicho que me mantenga al margen. ¿Por qué no puedo ir yo? Si son sus amigos, ¿qué problema tiene en presentármelos? No lo puedo evitar, poco a poco me voy acercando

hasta quedar detrás de ellos. La chica en seguida se percata de mi presencia y me saluda con un leve movimiento de cabeza y una fingida sonrisa de simpatía.

—Hola —saludo.

Álex se vuelve rápidamente encontrándome justo detrás de él. No puedo decir que se alegre precisamente de verme tan cerca, más bien todo lo contrario, sus ojos escupen fuego.

—¿No nos presentas a tu amiga? —pregunta la chica, con cierto retintín en la voz.

—Sí, esto... Sandra, Ricardo, ella es Eva.

—Hola, ¿qué tal?—digo sonriendo.

—¿Y dónde vais? —pregunta la tal Sandra con suspicacia.

No sé por qué, pero la odio a muerte.

Noto como Álex vacila durante una fracción de segundo antes de responder — la traigo a casa.

Lo miro estupefacta. Pero ¡qué descaro! Pero ¿cómo puede mentir de esa manera tan falsa? Me muerdo la lengua y no digo nada, pero puedes jurar que se ha quedado sin mojar durante un mes.

— A h—suelta ella no muy convencida. Creo que no se lo ha tragado, pero me importa una mierda lo que pueda pensar y agrega con aire altivo— bueno, Álex me ha encantado verte de nuevo. Nosotros nos vamos. Tenemos reserva a las diez en un

restaurante. Adiós Eva.

Nosotros también nos despedimos. También tenemos reserva a las diez. ¡Será gilipollas la tía!

La cara de Álex comienza a relajarse a medida que nos alejamos de ellos, como si poner distancia lo indujera a una profunda calma.

—Álex —grita la tal Sandra desde la acera de enfrente.

Los dos giramos nuestras cabezas en redondo.

—Dale recuerdos a Lucía de mi parte.

¿Quién es Lucía?

—Vale —refunfuña Álex.

Empezamos a andar de nuevo. Álex camina en silencio a mi lado, ni siquiera

me coge la mano. Y yo no dejo de preguntarme: «¿quién cojones es Lucía?».

—¿Quién es Lucía? —pregunto al fin con cautela.

No soporto ni un segundo más la incertidumbre.

Me mira con el ceño fruncido.

—¿Qué?

—¿Que quién cojones es Lucía? —lo increpo levantando un poco el volumen de voz.

—Mi novia—farfulla.

Podría haber mentido y decir que es su hermana, su madre, su prima, qué se yo, su perra incluso, pero no. Dice precisamente la palabra prohibida, que explota en mi cara como una bomba

nuclear. ¿Su novia? ¿Desde cuándo tiene novia?

—¿Desde cuándo tienes novia?

—Tenía...

—¿Ya no sales con ella?

—No, lo dejamos hace algo más de un mes.

—¿Un mes? —balbuceo—. Tú y yo estamos juntos desde finales de diciembre. ¿Cuándo pensabas contármelo?

—No he encontrado la ocasión adecuada.

Me siento dolida y vulnerable. Me ha estado mintiendo durante todo el tiempo. Con razón no le veía el pelo nunca. Claro, porque se estaba enluciendo el rabo con su novia Lucía.

—¿En tres meses no has tenido ocasión? Eres un cerdo... —grito.

Se detiene en seco y entonces tira de mí para besarme. Me resisto. No me apetece besarle. Me da asco.

—Venga —musita dulcemente en mi oído—. Lo dejamos definitivamente hace un mes pero lo nuestro estaba roto mucho tiempo antes de conocerte a ti—. Me mece como un bebé mientras sigue musitando— desde que te vi, no he podido pensar en otra cosa. Estoy loco por ti. Lo sabes. Te quiero—. Empieza a darme besitos por el cabello, la frente, las mejillas y el cuello, haciendo caso omiso de mis quejas para que me deje en paz—. Venga, por favor, créeme.

—Está bien —digo al fin,

separándome de él.

Me sonríe ampliamente.
Complacido de haberse vuelto a salir
otra vez con la suya. Su sonrisa parece
sincera, pero sólo lo parece, porque yo
no las tengo todas conmigo.

Los chicos del bloque de al lado

—Bajas ya —me grita Andrea a través del interfono.

—Sí, ya voy.

Me acerco corriendo a la cocina y me despido rápidamente de mamá con un fuerte beso.

—Llama cuando llegues —me pide.

—Vale, lo haré —le aseguro, pero sé que no lo haré, porque cuando llegue tendré miles de cosas que hacer más importantes que llamar a mamá.

Me alejo corriendo por el pasillo y recojo el equipaje que he dejado preparado en el recibidor.

—Adiós —grito al aire, antes de cerrar la puerta.

En la calle me está esperando el coche de Sonia. Ella, Andrea, Carla y Jessica están dentro bien acomodadas. Guardo mis macutos en el maletero y acto seguido entro en el Ford Fiesta de Sonia.

—Hola, chicas —saludo con entusiasmo—. ¿Preparadas para un superfin de semana?

—Sí —gritan las cuatro al unísono.

Sonia sube el volumen de la radio y Love of Lesbian inunda el pequeño cubículo de su Forito. Empezamos a cantar.

¿A que no sabes dónde he vuelto hoy?

Donde solíamos gritar.

*Diez años antes de este ahora sin
edad,*

*aún vive el monstruo y aún no hay
paz...*

Estamos muy contentas y
emocionadas ante nuestro pequeño viaje
de sol, playa, fiesta y fiesta. El
apartamento de los padres de Sonia nos
espera en Cullera.

*...Y aún hoy, se escapa a mi
control,*

*problema y solución,
y es que el grito siempre acecha,
en la respuesta...*

—¿Habéis cogido la bebida? —
pregunto.

—Sí, mira.

Andrea saca una botella de vodka Absolut de una bolsa de plástico del Consum que ha dejado junto a sus pies.

—¿Y la comida?

—También

Vuelve a rebuscar en otra bolsa y saca un paquete tamaño familiar de Lay's de sabores ibéricos.

Me relamo de gusto al ver el paquete de patatas fritas. Sólo hay tres cosas en este mundo capaces de hacerme perder el sentido, lo tengo comprobado: el sexo, los chupitos y las patatas fritas.

—Pásamelo.

Andrea alarga el brazo hacia mí

tendiéndome la botella de vodka.

Niego con la cabeza y digo solemne — las papas, por favor.

—Si no hay traguito no hay papeíto —canturrea, agitando la botella de vodka delante de sus narices y dibujando una sonrisa traviesa en su cara redonda llena de deliciosas pequitas. Ella y Carla son las personas más pelirrojas que conozco. Tienen un cabello rojizo deslumbrante que deja impresionado a todo el mundo.

Enarco una ceja interrogante al oír aquello.

—Pues sí que empezamos pronto —protesto en broma.

Pero ¿por qué no?

—Vale, está bien, un traguito.

Cojo la botella y desenroscó el tapón, que para mi sorpresa ya está desprecintado. Alguien antes que yo ha estado empujando el codo. ¡Y de lo lindo! El nivel está a tres cuartos. Intento vaciar un poco en el taponcito para echarme un chupito, pero al primer intento el líquido cae derramado sobre mis vaqueros.

—¡Mierda!

Las chicas empiezan a reírse.

—Te has meao —se burla Carla señalando mi pantalón mojado.

—¿A ver qué pasa por ahí atrás? —pregunta Sonia mirando por el retrovisor. La pobre no se entera de nada—. No ensuciéis nada, ¿vale? —añade en tono amenazador levantando el

dedo puntiagudo hacia mí.

—¿Tenemos vasos?

—Sí, en el maletero —contesta Carla y suelta una carcajada.

—Bébetelo a morro —me aconseja Andrea.

Miro la botella de frente, parece inofensiva a simple vista, pero yo sé que no. Detrás de su transparente e inocente fachada se esconde un grave peligro. Le echo valor al asunto y le doy un trago profundo. El alcohol a su paso por mi garganta deja una estela de calor que finalmente explota como una ráfaga de fuego al alcanzar mi estómago.

—Está fuerte —me quejo, tosiendo, pero acto seguido me tomo otro trago.

—¡Esa es mi Eva! —me anima

Jessica, y estira el brazo para que le pase la botella.

Seguimos bebiendo y picoteando mientras el coche se dirige a toda velocidad hacia Cullera.

—¿Os hace un porrito? —pregunta Sonia—. Los llevo hechos de casa.

—Veeeenga sí —chilla animada Carla—, ¿dónde lo tienes?

—En el bolso.

Jessica levanta el bolso de Sonia que está a sus pies y empieza a rebuscar en su interior con torpeza. Saca el monedero, un tampón, un pintalabios, un condón,... Lo va dejando todo encima del salpicadero. Sonia la observa nerviosa.

—¡En el paquete de tabaco! —grita

impaciente.

Jessica extrae, al fin, un paquete de Nobel. Lo abre. Además de siete u ocho cigarros hay cinco porros. Coge uno con gran delicadeza estirando levemente del rulillo de papel. Se lo coloca expertamente en los labios y le prende fuego a la punta, que arde con fuerza durante unos segundos, pero en seguida se extingue la llama. Le da un par de caladas y luego se lo pasa a Andrea. Esta a su vez le da tres caladas más y llega mi turno.

No soy fumadora, aunque de vez en cuando un porrito al año... pues eso... no hace daño. Lo cojo y me lo llevo a la boca. Aspiro con fuerza. El humo me abrasa la garganta, pero está buena está

maría. Mejor que mi amiga que se está poniendo mala por momentos.

—¡Qué rule! —grita Carla animada. Tiene la cara blanca como la nieve y los ojos enrojecidos. Parece una poderosa y atractiva vampiresa irlandesa.

Le doy otra calada y suelto una fuerte tos. Agito la mano delante de mí para hacer desaparecer el humo y le advierto, negando con la cabeza— no tienes muy buena cara...

—¿Quién, yo? —pregunta sorprendida. Coge su bolso y saca un pequeño espejo y se mira.

Empieza a reírse.

—Pero si me encuentro genial —replica—. Anda, pásame el porro.

Llegamos al peaje de la autopista.

Sonia detiene el coche al lado de una cabina. Baja la ventanilla y entrega el ticket al empleado.

Carla que está sentada justo detrás de Sonia también baja su ventanilla. Asoma la cabeza y medio cuerpo, y dirigiéndose al señor dice con voz seductora— ¿usted cree que esto es normal?—, mientras se masajea provocadoramente las tetas, estrujándolas una contra la otra hasta formar una ranura parecida a la de sacar billetes en los cajeros de los bancos.

El empleado, un tipo bastante entradito en años con más canas en la cabeza que Einstein y un mostacho negro como el de Charlie Chaplin, se queda de piedra, atónito ante la desvergüenza de

mi amiga, pero contesta— ¡desde luego que no, niiiiña. Vaya borrachera llevas!

Empezamos las cinco a partirnos de risa. Carla mete la cabeza de nuevo dentro del coche y antes de bajar la ventanilla envía un beso al tipo con la palma de la mano al tiempo que le guiña un ojo.

Cuando el coche emprende de nuevo la marcha, Sonia dice secándose las lágrimas de los ojos— desde luego tía, ya te vale. Pobre hombre. Qué cara se le ha quedao de pasmao.

Treinta minutos más tarde llegamos al apartamento. Sonia aparca el coche justo en frente de un gran complejo de

bloques.

Son poco más de las doce y el cielo está completamente nublado. Miro hacia arriba y lo contemplo con desesperación.

—¡Vaya mierda! —exclamo.

—Ya verás como luego sale el sol —asegura Sonia.

—No creo, tiene pinta de que va a llover a cántaros —pronostica Andrea arrugando el entrecejo.

Bajamos del coche y empezamos a vaciar el maletero. La verdad es que vamos cargadas hasta los topes. Sonia va delante, con las manos totalmente desocupadas, dirigiendo la operación descarga al tiempo que nos indica el camino. Abre la puerta y entramos en el

complejo.

En el centro hay una piscina llena de agua limpísima y superfría, seguro. A su alrededor hay un gran solárium con hamacas y alegres sombrillas de colores. Por detrás de los edificios asoman unas canchas de tenis y frontón, pero no hemos traído raquetas, y, además, yo no sé jugar, así que tampoco es que me importe mucho.

Sonia se dirige con paso acelerado al bloque C, en total son cuatro dispuestos en L. Las demás la seguimos a duras penas, cargadas hasta arriba de maletas, macutos y bolsas de la compra.

De repente empezamos a oír unos gritos.

«Tías buenas», alcanzamos a oír

entre un montón de exabruptos.

Nos miramos sonriendo. Esto sí está bien. *Vini, vidi, vici*. Nada más llegar y ya estamos causando furor entre la vecindad. Jessica voltea la cabeza hacia arriba buscando el lugar de dónde proceden la voces.

—Están ahí —dice señalando con la barbilla el bloque de enfrente—. En el último piso. ¡Vaya pulmones! Seguro que hacen unas inmersiones magníficas.

—¡Maciza agárrate a mi salchicha! Empezamos a reír.

—¡Vaya caja para tirarse pedos!

Bueno, los chicos desde luego son graciosillos y no se puede discutir que tienen alma de poetas.

Seguimos oyendo todo tipo de

bestialidades mientras Sonia abre la puerta del patio y entramos dentro del edificio.

Subimos hasta el quinto piso en ascensor y entramos por fin en *nuestro* apartamento.

—¡Qué guay! —exclamo mientras recorro la salita con la vista. No es demasiado grande pero tiene un ventanal enorme que ofrece una vista maravillosa del mar.

Sonia empieza a informar sobre cómo vamos a dormir. Andrea, Carla y ella en la habitación de matrimonio y Jessica y yo en una habitación de dos camas.

Dejad las maletas aquí y vamos primero a guardar la comida —ordena

Sonia.

A las dos lo hemos dejado todo organizado. Comida y bebida en la cocina y la ropa en los armarios y cajones de los dormitorios.

—Tengo hambre —anuncia Andrea.

—¿Unas pizzas? —sugiere Jessica.

—No, haremos los carbonara —dictamina Sonia.

La comida que hemos traído pues tampoco es que sea nada extraordinario y fuera de lo normal. Varias pizzas y quiches, fiambre, embutido, carne para asar, pasta y guarrerías (es decir bollería industrial a gogó). Nada que pueda considerarse sano ni equilibrado.

Pero de eso se trata: comer mal, beber mogollón y nada de dormir. Las tres reglas fundamentales de la buena vida.

Me asomo a la terraza. No sólo no hay sol sino que además corre un viento de mil demonios. El aire empieza a agitar mi melena, enredándome el cabello. Comienzo a luchar enérgicamente contra los mechones que se me introducen en los ojos y en la boca. Después de unos minutos de forcejeo al fin consigo recogerme el pelo en una coleta.

Miro con nostalgia hacia la playa.

—¡Adiós playa! —murmuro con tristeza.

El agua está gris oscuro y las fuertes olas forman elevadas crestas de

espuma blanca que arremeten fuertemente sobre la arena. Un escalofrío recorre mi cuerpo al pensar en lo fría que debe estar. No incita ni de lejos a echarse un bañito.

De pronto comienzo a escuchar gritos, o mejor dicho alaridos inhumanos. Busco con los ojos de dónde provienen.

¡Ya está, los tíos del bloque de al lado!

—Eh, salid —llamo a las demás.

—¿Qué pasa? —pregunta Jessica, saliendo de *nuestra* habitación. Se ha puesto más cómoda y ahora sólo lleva encima un minúsculo bikini de triángulo, que apenas alcanza a taparle la rajilla del chocho y los pezones de las tetas.

—Tápate, nuestros vecinos están ahí —la aviso señalando afuera.

—Oh, vaya —dice sonriendo a la vez que sale a la terraza y comienza a gritar— hola—, agitando la mano en su dirección.

En seguida se escuchan varios voces respondiendo a su saludo, el menos fuerte es «hola, ¿quieres chupar mi caracola?».

—¿Qué hacéis? —pregunta Jessica a gritos, ignorando la retahíla de saludos indecentes.

—Vamos a comer —contesta uno de ellos.

—Perdón, a comerte —puntualiza otro.

Todos estallan en risas.

Desde aquí no se distinguen bien sus rostros, aunque se ve claramente que son cinco chicos los que hay en la terraza. Seguro que luego son los cinco más feos que una verruga de bruja.

—Nosotras también —grita Jessica—. Luego nos vemos.

—¿En qué número estáis?

—Jessica, no se lo digas —advierito—. A lo mejor son unos psicópatas.

Vacila durante un segundo antes de responder— no lo sé.

Uf, menos mal que por una vez me hace caso.

—Venga, dínoslo —insisten.

—Adiós —se despide Jessica, acompañando sus palabras de un gesto de despedida con la mano.

Entramos, la salita huele de maravilla. Andrea y Sonia están preparando la comida en la pequeña cocina contigua y comunicada con la salita por una pequeña ventana en la pared.

—¿Qué tal con esos? —pregunta Sonia.

—Son unos salidos. Querían saber en qué piso estábamos pero no se lo hemos dicho —responde Jessica con orgullo.

—Mejor, luego se ponen muy pesados —comenta Sonia—. Una vez un grupo nos persiguieron a todos los sitios a mi prima y a mí durante una semana enterita—. Resopla—. No había manera de quitárselos de encima. Íbamos a la

playa y allí estaban, íbamos al paseo y allí estaban, íbamos a la heladería y allí estaban, íbamos al pub...

—Y allí estaban —la interrumpimos las demás al unísono, burlándonos de su explicación.

—No de verdad, eran muy pesados. Y todo porque a mi prima se le ocurrió enseñarles las tetas un día —explica con exasperación, a la vez que levanta las cejas en señal de fastidio—. Increíble ¿verdad?

—Increíble —repetimos las demás mirándonos con complicidad y nos echamos a reír.

—¿Comemos o qué? Tengo tanta hambre que me comería un caballo —dice Carla.

Jessica es la primera en probar los carbonara. Se mete una buena cantidad de espagueti en la boca. Comienza a engullir, pero su cara refleja una gran agonía, como si se hubiera metido un puñado de abono en la boca.

—¡Qué asco! ¿Qué les habéis puesto? —exclama.

Andrea y Sonia se miran extrañadas, sujetando sendos tenedores cargados de espagueti apuntando a sus bocas.

—Pues nata, cebolla, bacón y nuez moscada... Ah, y un poquito de pimienta —contesta Sonia.

—Pues están horribles —protesta Jessica, escupiendo restos de espaguetis en el plato—, ¿es qué no los habéis

probado antes?

—No, ¿para qué? —pregunta Andrea sorprendida—. Espera voy a probarlos.

Conforme el tenedor deposita los espaguetis en su boca y la salsa toca su lengua, salen despedidos como proyectiles de nuevo al plato.

—Puaj, qué asco.

Yo también los pruebo. La verdad, todo sea dicho, que aunque el esfuerzo de las cocineras es muy de agradecer, los espagueti tienen mucho peor sabor de lo que parece por su agradable aroma. Vuelvo a llevarme el tenedor cargado de humeantes espaguetis a la boca.

—Pero ¿te los vas a comer? —

pregunta Jessica mirándome con curiosidad a la vez que compone una mueca de repugnancia.

—Sí, no están todo lo buenos que deberían estar pero se pueden comer. Es una pena tirar la comida.

—Esa conciencia social tuya te va a matar. De verdad, tía, tienes el estómago de cemento. Yo paso —dice, apartando el plato a un lado—. Comeré fiambre.

Después de *mal* comer decidimos echar una partida de mentiroso con los dados.

—Pero la que pierda paga prenda —sugiere Jessica.

—¿Qué prenda? —pregunta Andrea.

—Una prueba —responde,

arqueando una ceja en plan burlón. Me asusta un poco su mirada. Está claro que no trama nada bueno y seguro que tiene algo que ver con los salidos.

Sacamos los dados, el vodka y los porros. Nos sentamos las cinco alrededor de la mesa y empezamos a jugar.

Cada vez que termina una ronda nos echamos un chupito al cuerpo. Cuando vamos por la quinta ronda, a mí ya me sobran tres.

—¿Oto supiiiito? —pregunta Andrea, poniéndose en pie y rellenando de nuevo los cinco vasitos.

—Vale —contestamos alegremente las demás al unísono.

Y nos echamos otro y luego otro.

Después de ocho chupitos me entran ganas de mear. Me pongo en pie con pesadez de la silla y me dirijo al baño. Al pasar junto al ventanal de la terraza miro hacia fuera: ya está oscureciendo. En la terraza de los salidos hay una luz encendida y ellos están allí de nuevo. Gritan tanto que les oigo a pesar de que la puerta está cerrada.

¿Qué están haciendo? ¿Qué es eso?

—Chicas, venid —grito—, los salidos están enseñando el culo.

Las cuatro saltan de las sillas como unas gacelas en medio de la sabana africana y corren hacia la ventana sin perder un solo segundo ante la mención de la mágica y convincente combinación de palabras «tío» y «culo».

El panorama es todo un espectáculo, cinco culos más blancos que el bote de Colón están asomados a la baranda. Empezamos a reír.

Jessica abre la puerta y grita—vuestro culo brilla más que la luna llena.

De repente una cabeza asoma entre los culos.

—Hola —grita—. ¿Queréis compañía?

Nos miramos perplejas. No nos vendría mal tener la compañía de cinco chicos, sobre todo si son guapos, pero no hay manera de saberlo desde aquí. Lo único que sabemos de momento es que están muy salidos y tienen muchas ganas de marcha.

—¿Qué hacemos? —pregunta

Andrea.

—¿Y si les decimos que nos envíen a uno de ellos? —sugiere Jessica.

—No es mala idea —conviene Carla.

—¿Qué decís? —insisten.

Miramos en su dirección. Ahora en lugar de cinco culos hay cinco cabezas asomadas. Eso, o tienen los culos muy peludos, lo cual no sería un punto a su favor.

—Vale, les diremos que envíen al más feo de todos con los carnés de los demás —propone Jessica.

Nos parece buena idea. Sonia es la encargada de transmitir el mensaje.

—Pero ¿estáis locas? —contestan asombrados.

—Si no es así, nada. No os conocemos y necesitamos algo para poder confiar en vosotros —les explica Sonia a grito pelado.

Al final, después de deliberar durante cinco minutos, acceden a nuestra petición, pero con una condición: en lugar de quedar en nuestro apartamento, el encuentro será en terreno neutral.

Desde el balcón vemos a Sonia dirigirse con paso decidido hasta el pequeño parque que hay entre los cuatro bloques. Hemos decidido todas de común acuerdo que vaya ella, es la mejor negociadora. Poco tiempo después, uno de ellos sale a su vez del bloque de al lado. Se entretienen hablando durante unos diez minutos y

luego se separan.

A los dos minutos Sonia está entrando en el apartamento.

—¿Qué tal? —pregunta Jessica ansiosa.

—Bastante, bien. Son cinco, como ya sabíamos... —comenta sonriendo cínicamente—. Tienen entre veinte y veintidós años y en general están todos bien, excepto uno que es un cardo borriquero. Una de nosotras tendrá que cargar con el muerto...

Explotamos a reír.

Son las doce y diez.

Nos ha costado una eternidad arreglarnos, pero la ocasión lo merece.

Hemos quedado con nuestros nuevos amigos a las doce en el Pub Dos Mares.

Durante la cena Sonia nos ha dado algunos detalles más sobre nuestros nuevos amigos: hay uno que está realmente bueno según ha explicado; tres normalitos y uno horrible de la muerte. Este último ninguna lo quiere ni regalado, claro está. El chico que ha bajado, un tal Manuel, es de los normalitos, aunque a Sonia le ha molado bastante su culete respingón, y ha decidido quedárselo.

—Si había uno horrible, ¿por qué no ha bajado él? —pregunta Andrea, mientras nos dirigimos a toda prisa al pub. Hemos aparcado el coche cerca y estamos a punto de cruzar la calle que

nos conducirá derechas a nuestra cita a ciegas. Esto es de lo más excitante.

—No sé, les habrá dado vergüenza, supongo. Si bajo y me encuentro con ese engendro del demonio me muero, ¿sabes? Salgo corriendo sin mirar atrás hasta llegar a Gandía por lo menos — responde Sonia riendo.

Entramos en el pub. Hay bastante gente aunque no está lleno.

—¿Dónde están? —pregunta Andrea impaciente.

Sonia estira la cabeza por encima del mogollón. Después de inspeccionar rápidamente el local exclama— ¡allí!—. Señala con el dedo al otro extremo del local—, al lado de la barra del fondo. ¡Vamos!

Cuando llegamos hasta su posición, dos de ellos están en la barra pidiendo y otros dos están marcándose un baile en medio de la pista. Uno de estos nos ve acercarnos y saluda levantando la mano. Deduzco que se trata de Manuel (el de Sonia). No está nada mal: rubiete de ojos marrones, un poco saltones, delgado y estatura media. Su compañero de baile es castaño oscuro y ojos marrones, cuerpo musculoso y más bien bajito, pero en conjunto bastante mono también.

Dejan de bailar y se acercan a la barra. Manuel se adelanta para presentar a Sonia a sus amigos. A ver, resumiendo está: Antonio que es el tío musculoso, bajito y mono que hemos visto bailar

junto a Manuel. Luego de los dos de la barra: Miguel que también es castaño oscuro pero ensortijado y de ojos negros penetrantes y, ¡uf!, un poco de entrecejo que no le favorece nada; y finalmente está Jorge, rubio con ojos azules, alto pero demasiado delgado para mi gusto, le falta culo, espalda y piernas muy, muy flacas. No, no me va. Ninguno de ellos es un tío bueno, aunque desde luego no están mal. Ninguno es tampoco ningún callo malayo. Aunque claro: falta uno. ¿Quién será: el guapo o el feo? ¿O tal vez el malo? Tras saludarlos a todos, Sonia procede a presentarnos a nosotras con un lío tremendo de intercambio de besos.

—Falta uno —advierete Jessica—,

¿dónde está?

—En casa, se encontraba mal y no ha salido —responde, creo que Miguel. Hábilmente se ha situado entre Jessica y yo sin que apenas nos diésemos cuenta de su repentina presencia.

Vaya, pues hoy no descubriremos el misterio del hombre elefante. Pero da igual, total no pienso liarme con ninguno de ellos.

Play Hard empieza a sonar, llenando mi cabeza, y me empuja a bailar. Comienzo a mover los pies y mis piernas les siguen al instante. También mi cintura y mis caderas se unen a la fiesta.

—¿Quieres tomar algo? —pregunta Miguel.

Lo miro divertida dispuesta a darle una única oportunidad de no caerme mal. ¿Cómo es posible que tenga tanto pelo en el entrecejo? Le sonrío.

Niego varias veces con la cabeza y me explico— hoy ya he bebido suficiente.

Asiente con la cabeza y dice— te entiendo, nosotros llevamos toda la tarde a saco.

A mi lado Jessica empieza a bailar poseída por el diablo. ¡Por Dios!, ¿qué le pasa? ¿No tiene sentido del ridículo? La miro con exasperación. Cualquier cosa le vale con tal de llamar la atención.

—¡Estoy ciega! —grita.

La miro de nuevo. Está plantada con

los pies separados y los brazos extendidos al máximo. Parece un sumo listo para una pelea cuerpo a cuerpo.

—¡Todos quietos! —grita.

Sonia, Carla, Andrea y los chicos la miran con cara de extrañeza. Yo sigo sin entender su raro comportamiento.

—¡Quietos! —repite—. Se me ha caído una lentilla. Ayudadme a buscarla.

Como por arte de magia se hace un hueco alrededor de Jessica. Los nueve nos apartamos a un lado. Sonia enciende el mechero y lo lleva hacia el suelo.

Todos nos agachamos y empezamos a examinar el piso en busca de la lentilla perdida. Alguien más enciende otro mechero. Jessica se pone de rodillas y comienza a palpar cuidadosamente el

suelo con ambas manos.

—Aquí está —exclama Jorge, señalando con el dedo un punto brillante al lado de su pie.

Jessica se aproxima a gatas hasta donde éste le indica y coge la lentilla con mucho cuidado. Sonríe ampliamente.

—Gracias, eres mi salvador —dice con gratitud—. Mi madre me mata si pierdo otra más, ya van dos en lo que va de año—. Suspira—. Muchas gracias, Jorge.

Se levanta y lo abraza dándole dos sonoros besos en las mejillas. No sé por qué pero me huelo que luego le dará las gracias con más ahínco.

Luego se acerca a mí y me susurra

al oído— vamos al váter.

La acompaño al servicio. Jessica saca del bolso una cajita de plástico y una botellita. Vierte un poco de líquido en la palma de su mano sobre la lentilla ennegrecida y comienza a restregarla suavemente con las yemas de los dedos.

—¿Vas a ponértela otra vez? — pregunto curiosa. Seguro que si lo hace cogerá una infección de caballo.

—Claro, si no estoy ciega — responde, poniendo los ojos en blanco —. ¿Qué te parecen?

—¿Quién? ¿Los chicos?

Asiente con la cabeza sin dejar de mirarse en el espejo y manipulando su ojo con destreza para volver a colocar la lentilla en su sitio.

—Bien, aunque ninguno está tan bueno, ni ninguno es tan horrible como había dicho Sonia.

—Ya, para gustos los colores. A mí me mola Jorge —confiesa.

¿Cómo no? Su salvador.

Abre y cierra los ojos varias veces para ajustar la posición final de la lentilla, y añade— ¿y a ti?

—Ninguno.

—Pues a Miguel parece que le gustas, no ha dejado de mirarte desde que hemos llegado.

Suspiro hondo.

—Es mono, pero no me mola, además yo ya tengo a Álex.

—Sí, pero Álex está en Londres y tú aquí. Disfruta el momento. *Carpe*

diem. A saber qué estará haciendo el idiota ese por ahí. Seguro que está con su novia.

—No es su novia, es su ex —
replico molesta.

—¿Y tú te lo crees? —pregunta con sarcasmo—. Pero que inocente eres, Eva. Te la está pegando. Pasa de él. Qué le den por culo. Es un gilipollas y no te merece. Enróllate con otro.

En ese momento entra Sonia en el servicio.

—Hola, ¿qué hacéis aquí? —
pregunta tras cerrar la puerta.

—Poniéndome la lentilla y discutir sobre lo gilipollas que es Álex.

Sonia frunce el ceño exageradamente y opina— ese tío es un

capullo. Ni siquiera nos lo has presentado y ya lleváis más de tres meses saliendo.

Suspiro. ¿Por qué no me entienden? Álex es genial. Guapo, listo, simpático, generoso, sexy y además tiene un polvo sensacional.

—Allá tú —dice Jessica.

—¿Queréis una raya? —ofrece Sonia bajando la voz.

—¿Llevas? —pregunta Jessica, y a juzgar por su expresión de entusiasmo ella sí quiere una, o dos.

—Yo paso —rechazo molesta, y salgo del servicio dejándolas a las dos allí. Si no me quieren entender es su problema.

Me reúno de nuevo con el grupo.

Nada más llegar, Miguel se me acerca.

—¿Cómo lo llevas? —pregunta sonriendo y levanta el cubata hacia mí en señal de ofrecimiento.

Cojo el tubo y lo huelo: whisky con cola, qué asco. Le doy un trago de todos modos. Estoy enfadada con mis amigas, pero sobre todo... estoy enfadada conmigo misma, por ser una idiota integral. Miro a Miguel y luego le doy otro trago a su cubata.

—Estoy mal —confieso enfurruñada.

Seguro que ahora sale corriendo. La mayoría de los tíos sólo quieren meter, lo que sea: su lengua o su pene, pero meter alguno de sus músculos en algún orificio del cuerpo femenino. En el

momento en que les sueltas un rollo depresivo se alejan como un alma perseguida por el diablo. Lo miro en silencio esperando su huida en estampida, pero permanece quieto y en lugar de salir corriendo pregunta en tono comprensivo— ¿qué te pasa?

—Mi novio tiene novia y mi amante también.

Echa la cabeza hacia atrás y suelta una fuerte carcajada. Luego dice— vaya, pues sí que es grave.

—Lo es, créeme. Soy una desgraciada. Soy chasco de nombre y perpetuo de apellido. Doña Chasco Perpetuo, puedes llamarme si quieres.

Vuelve a reírse.

—Pero qué graciosa eres —dice

entre risas—. Me alegra comprobar que hay gente que está peor que yo. ¿Cómo se te ocurre liarte con un tío con novia?

—No lo sabía. Me enteré ayer.

—¿Y lo del amante?

Lo miro suspicaz, intrigada por su interés. Sin embargo, suspiro con fuerza y respondo— en realidad no es mi amante, aunque a veces... tengo sueños eróticos con él, ¿sabes?, pero eso no cuenta, porque él no lo sabe—. Sonrío avergonzada de hacer aquella revelación a un chico que apenas conozco—. Lo cierto es que me gusta mucho.

—¿Por qué no se lo dices?

—¿A Diego? —suspiro—, no sé, me he insinuado varias veces, pero no parece pillar las indirectas, además

tiene una novia guiri desde hace tiempo, de todas formas yo también tengo novio y va en serio, ¿sabes?

—¿El qué tiene novia? —pregunta arqueando una ceja interrogante.

—Sí—. Sonríó—. El que tiene novia—. Como puedes ver mi vida es un auténtico desastre. Además como estoy tan pillada por estos dos tíos soy incapaz de relacionarme con ningún otro. A todos les saco pegas, incluso a ti —y no puedo evitar fijarme de nuevo en su poblado entrecejo—, que eres tan simpático.

Me sonrío tímidamente y baja la mirada.

—Pues no te hagas ilusiones conmigo —comenta.

—¿Por qué? —pregunto curiosa.

—Porque a mí también me gustan los tíos —confiesa y luego suelta una risa forzada.

Me quedo pasmada. No me lo esperaba, no tiene nada de pluma y su estilo no es estiloso como el que suelen lucir todos los gays que conozco. Salvo mi primo, mi primo Fran es un gay supersoso.

—Vaya, y yo que pensaba que querías ligar conmigo —replico riendo—. ¿Has visto? Es que soy negada cuando de tíos se trata. No me entero de nada —me quejo, bajando la cabeza y moviéndola a los lados con frustración.

—*Not problem*, a mí me pasa igual.

Empezamos los dos a reír, pero de

forma más relajada. Ahora ya nos hemos sincerado los dos y de alguna forma hemos establecido un pacto silencioso de amistad.

—Puedo decirte una cosa... —Hago una pausa y añado— pero espero que no te moleste...

—Claro, ¿qué es?—. Sonríe y agrega— ¿desde cuándo lo sé?

Niego con la cabeza sonriendo y le explico— quería decirte que el entrecejo no te favorece nada de nada. Estarías muchísimo mejor sin él.

Empieza a reírse convulsivamente.

—Si quieres yo puedo quitártelo — me ofrezco—, mira tengo unas pinzas aquí mismo en el bolso. Las llevo siempre conmigo para casos de

emergencia, y éste lo es, créeme.

—¿Duele? —pregunta frunciendo el ceño.

—¿Qué clase de gay eres tú? —replico divertida.

—Uno de esos que no se depilan —responde con vehemencia—, pero me has convencido. ¿Cuándo lo hacemos?

—¿Hacer qué? —pregunta Andrea, interrumpiendo nuestra conversación. Lleva un chupito en cada mano. Peligro a la vista.

—Sexo desenfrenado encima de la barra, ¿qué te parece? —respondo con descaro.

Hace una graciosa mueca arrugando su naricilla respingona llena de pequitas y comenta— no me lo creo, pero da

igual. ¿Queréis?, son gratis.

¿Por qué no? Después de todo al lado de Miguel no corro ningún peligro. Puedo beber tanto como quiera y emborracharme hasta perder el sentido sin preocuparme de que intente meterse en mis bragas en caso de inconsciencia. Aunque si me pongo muy ciega sus cejas sí que pueden peligrar. Brindamos por *los entrecejos sin pelo* y nos bebemos de un trago los chupitos.

—¿Vamos? —lo pincho.

—Vale, bien, ¿dónde lo hacemos?

—En la calle, en algún patio.

Salimos del local y nos acercamos a un portal cercano que está bastante iluminado. Me siento en el frío mármol, apoyando el costado sobre la pared y le

indico que se tumbe descansando su cabeza sobre mi regazo.

En esta postura, cualquiera que nos vea pensará que somos una pareja de enamorados durmiendo la mona.

Saco las pinzas y empiezo a arrancar pelos sin contemplaciones de su peludo entrecejo.

—¿Duele?

—No mucho. Duele más el amor no correspondido —responde y luego comienza a cantar: *duele el amor, sin ti, duele hasta mojar, duele el amor, sin ti...*

—...*todo está tan gris* —termino la estrofa y luego pregunto con curiosidad — y tú ¿sales con alguien?

—No, pero estoy enamorado.

Observo su rostro seria. Esta perspectiva de la cara de la gente siempre me parece graciosa. Si te quedas mirando con la vista fija durante unos minutos llega un momento en que la nariz y la barbilla se confunden y el rostro se deforma de una manera incomprensible, pero muy simpática.

—¿Lo sabe? —pregunto.

—¿Si soy gay? Sí, lo sabe.

—No, que te gusta.

—No me atrevo. Somos colegas desde pequeños... Además es superhetero.

—¿Cómo se llama?

—Jon.

—Pues tiene nombre de gay —afirmo.

Se ríe.

—En realidad es un apodo. Es el tío que no ha venido esta noche. Se encontraba fatal. Algo de la comida le ha sentado mal y no paraba de vomitar. Espero que se encuentre mejor. Me sabía mal dejarlo solo en el apartamento. Me hubiera quedado con él para cuidarlo.

—V a y a , *pobret* —digo lastimosamente.

—¡Ay! —exclama cuando en lugar de arrancarle un pelo tiro con fuerza de un pellejo.

—Lo siento. Para estar guapo hay que sufrir —suelto en tono burlón.

—No me gusta ese dicho.

—A mí tampoco —corroboro—.

Entonces ¿Jon quién es, el tío bueno o el horrible?

Me mira extrañado y exclama—
¿qué?

—Sí, mi amiga Sonia esta tarde nos ha dicho que uno de vosotros estaba bueno y que otro era muy feo, ¿cuál de ellos es Jon?

—El tío bueno, supongo.

—Entonces, ¿quién es el horrible?
Ninguno de vosotros me parece tan feo.

—No lo sé, pero Jon no, desde luego. Está un rato bueno.

—Pues deberías decírselo.

—Y tú también

—Lo mío es distinto, además ya te he dicho que tengo novio.

—Pero ¿lo quieres?

Acabo de terminar con la operación entrecejo, Miguel se incorpora y se queda sentado a mi lado mirándome.

—Sí —respondo después de una pausa demasiado larga para ser casual.

—¿Si sí, o si no lo sé seguro?

—Sabes, es un poco largo de explicar. Al principio con Álex todo era perfecto. Nada más conocerlo me pareció un tío superinteresante y con mucho morbo. Me tiró los trastos enseguida, y eso que es mi profesor—. Hago una pausa, para comprobar que cara se le ha quedado a Miguel, pero éste no dice nada, así que sigo con la explicación—. El caso es que fue un flechazo para los dos y nos lanzamos de lleno, pero como ya te he dicho: es mi

profesor, pero es joven, ¿eh?, y no podíamos hacerlo público, así que empezamos a salir a escondidas. Me llamaba todos los días y a todas horas, siempre me decía que me quería y esas cosas y yo pues estaba muy contenta, porque claro, Álex lo tiene todo, es maravilloso.

—Excepto, que tiene novia —
interviene Miguel.

Asiento con la cabeza y prosigo— cuando empezamos a salir yo pensaba que sería muy divertido esconder la relación en público, para luego desfogarnos como salvajes en la intimidad de su despacho, y así ha sido, pero la situación últimamente está un poco tensa, porque él no se comporta

del todo bien conmigo.

—¿Qué quieres decir?

—No sé, pues que me trata un poco mal en público y a veces me deja en ridículo. Al principio no le daba importancia, porque Álex como ya te he dicho...

—Es perfecto —me interrumpe.

Asiento con una sonrisa nerviosa y continuo— sí, perfecto, siempre me hace regalos guays, me lleva al cine y a cenar y paga él, besa muy bien y echa unos polvos geniales, pero —chasqueo la lengua y suspiro— ya no me compensa igual que antes, sabes. Por mucho que intente justificar a Álex ante los demás nunca conseguiré engañarme a mí misma. Y hay algo que no puedo

negar porque es negar lo evidente, y es que Álex no se porta del todo bien conmigo. Mis amigas me avisaron, incluida Jessica, la de la lentilla de antes—. Hago una pausa para pegarle un trago al cubata de whisky—. Pobrecita, y yo pensando que era una celosa de mierda, y luego me he dado cuenta de que no, de que tenía razón, pero ellos veían lo que yo no era capaz de ver porque estaba cegada. Y ahora me doy cuenta de que en realidad no lo soporto más: es rencoroso, irónico, gritón, mandón y encima mentiroso patológico.

—¡Vaya joya! —exclama y añade con sarcasmo— menos mal que es perfecto.

Asiento con la cabeza y sonrío

amargamente.

—Es normal que no te hayas dado cuenta hasta ahora. A veces necesitamos un duro golpe para reaccionar y abrir los ojos —prosigue Miguel, pasándome el brazo por encima de los hombros.

—Y lo peor es que creo que la he cagado con Diego, el otro, ¡ay no me gusta llamarle así! Bueno tampoco tengo nada qué hacer. Diego, en realidad, tiene novia y pasa de mí. Al principio yo pensaba que estaba por mí, y yo no quería ni gustarle porque era tan estúpida y superficial que no quería que la gente supiera ni siquiera eso. Ya ves si soy idiota. Lo despreciaba y trataba mal y él... — Una lágrima escapa de mis ojos y la dejo resbalar por mi mejilla.

Miguel me la enjuaga tiernamente con el pulgar y yo me siento terriblemente agradecida de que pierda su tiempo escuchando mis desgracias—. Diego, aun así, siempre se ha portado muy bien conmigo. Y todos estos meses he tratado de engañarme a mí misma diciéndome que no me gustaba, pero cada día que pasa me gusta más y no soporto verlo con otra tía y...

Comienzo a sollozar, ocultando mi cabeza entre las manos.

—Hay algo que debes hacer —dice Miguel en tono grave.

Levanto la cara y lo miro expectante.

—Tienes que romper urgentemente con Álex. No puedes seguir con un tío al

que no quieres—. Asiento y sorbo un moco que me resbala por la nariz. —Y luego, una vez hayas solucionado este primer punto, asegúrate de que efectivamente estás enamorada de Diego. Eso significa que te des un tiempo para recapacitar sin que terceras personas intervengan. Y cuando lo tengas claro se lo dices a él—. Sonríe ampliamente y agrega— no tengas miedo, porque todo va a salir bien.

Y yo no sé por qué pero confío plenamente en sus palabras y pienso que todo va a salir bien. Y me siento un poco como Escarlata O'Hara en *Lo que el viento se llevó*, hasta me dan ganas de ponerme en pie con el puño apretado mirando al cielo y gritar «juro al cielo

que nunca más tendré miedo. Todo va a salir bien», pero sería muy fuerte, ¿no crees? Miguel quizá no entendiese bien mi vena dramática.

Vete a la mierda

Un móvil comienza a sonar cerca de mi cabeza. Alargo el brazo, con los ojos cerrados, y empiezo a tantear por encima de la mesita. Mi mano tropieza con algo duro, metálico y frío que además vibra... ¿el vibrador de Jessica? No, mi móvil. Lo agarro y me lo acerco a la oreja.

—¿Diga? —pregunto aún medio dormida.

—Hola, princesa, ¿cómo estás?

Miro la hora. La una menos veinte.

—Durmiendo.

—¿Todavía? —se extraña. —Yo me he levantado a las ocho.

—Allá tú, ¿y a mí qué cojones me

importa? —farfulló.

—¿Qué dices? —pregunta con voz de asombro.

—Que a mí qué me importa — respondo con rudeza y añado antes de cortar la llamada— ¡qué te den, capullo!

—¿Quién era? —pregunta Jessica con voz somnolienta, desde la cama de al lado.

—El cabrito de Álex.

—Bien hecho. Así se habla.

Cuando corro las cortinas descubro con gran tristeza que el tiempo es mucho peor que ayer. No ha dejado de llover en toda la mañana, y grandes charcos cubren el paseo marítimo.

—Con este tiempo no vamos a

poder hacer nada —me quejo en voz alta mirando el cielo gris.

Menos mal que hemos quedado con los chicos para echar una partida de cartas después de *mal* comer, sino las minivacaciones podrían llegar a convertirse en muerte por aburrimiento.

Pasados unos minutos de las cuatro llaman al timbre. Carla se levanta del sofá de un salto y se dirige a la puerta —. ¿Quién? —pregunta alegremente, colocándose el auricular en la oreja. Tras un corto silencio, añade con voz cantarina— enséñame la patita.

Después de un rato de risas y comentarios tontos, le da al botón de

abrir y al poco aparecen en la salita, y en este orden: Manuel, Jorge, Antonio, Miguel y ¿Jon? ¿Dónde está Jon? Está claro que no voy a conocer al príncipe encantado de Miguel.

Miguel viene rápidamente hacia mí y se sienta a mi lado en el sofá. Le doy un sonoro beso en la mejilla con mucho cariño y es que desde ayer siento que se ha convertido en mi mejor amigo, después de Jessica, claro.

—¿Dónde está Jon? —susurro en su oído.

—Se encontraba mal y lo hemos llevado esta mañana a su casa —explica en voz baja, en plan confidente.

—¿Qué rumiáis vosotros dos? —pregunta Jessica, mirándonos con

curiosidad.

—Nada —respondo.

Miguel y yo nos miramos y encogemos los hombros poniendo cara de inocentes.

—Algo tramáis.

Suena mi móvil en la habitación. Estoy tan a gusto que no me apetece levantarme. Además estamos en mitad de una partida de strip-póquer y Jorge está a punto de quitarse los pantalones, y esto no me lo pierdo por nada del mundo. Luego miraré. Seguro que no es nada importante.

La tarde pasa rápido entre partidas de póquer, chupitos de tequila y vodka,

y porros de hachís y marihuana, de la cosecha de los chicos. Lo estamos pasando de maravilla, cómo me alegro de haber conocido a los chicos ayer. Sin ellos las vacaciones hubieran sido un poco rollo.

Cuando ya es totalmente de noche, Jessica anuncia a grito pelado que tiene hambre. Nada más mencionarlo mis tripas empiezan a rugir insaciables.

—¿Hacemos las pizzas? —propone Andrea.

—Sí, las pizzas y los quiches. ¿Vosotros os quedáis a cenar con nosotras, no? —pregunta Sonia en un tono más mandatario que sugerente. Es muy mandona cuando se lo propone, cosa que le ocurre con bastante

frecuencia. Tiene unas dotes excepcionales para el mando. Como se descuide su jefa le quita el puesto y la pone de patitas en la calle.

Aprovecho la ocasión para ir a mi dormitorio y comprobar de quién era la llamada.

El dibujito del auricular en la pantalla me indica que efectivamente tengo una llamada perdida. Desbloqueo el teclado del Samsung, y no es una, no, sino diez llamadas perdidas. Pues no me he enterado de las otras nueve. En la lista compruebo con horror que dos son de mamá, sé de una que se murió esperando, pero las otras ocho son de Álex. Se ha pasado todo el santo día llamándome sin obtener respuesta.

Seguro que a estas alturas está superenfadado conmigo. Sobre todo después de lo que le he dicho esta la mañana.

Salgo andando como una zombi de la habitación. Miguel me ve y se me acerca con expresión preocupada—. ¿Qué pasa? —pregunta abrazándome por la cintura.

—Álex, me ha llamado ocho veces hoy y no le he cogido el teléfono. Además esta mañana lo he mandado a la mierda — explico.

Sonríe.

—¿Quieres hablar con él?

Hago un gesto de negación rotunda con la cabeza.

—No quiero verlo nunca más. Ayer

lo vi todo claro mientras hablaba contigo. Ese tío es un cabrito y además me ha estado engañando descaradamente durante los tres últimos meses.

—Venga, tranquila, no pasa nada — trata de consolarme. Comienza a acariciarme el cabello y añade— estabas cegada.

—Sí —suspiro con pesar—, es que tendrías que verlo, es guapísimo. Seguro que a ti también te gustaría si lo vieses.

—Lo dudo mucho. No me van los tíos bordes como Álex, sino tiernos y de buen corazón como Jon.

—Jon tiene mucha suerte.

Hace un gesto afirmativo con la cabeza y luego pregunta— ¿qué vas a hacer cuándo lo veas?

—Pasar de él —afirmo con convicción.

—Bien hecho —me anima con vehemencia—. ¿Y con Diego?

—Atacar, atacar y atacar —digo como un soldado en medio de un combate.

Es duro volver

Han transcurrido cinco días desde que regresamos de nuestras minivacaciones de Pascuas en Cullera. El retorno a la realidad de mi vida es más duro de lo que imaginaba. Estaré de vacaciones hasta el martes que viene, pero solamente de pensar que dentro de nada tendré que enfrentarme con los ojos-puñales de Álex me cago encima.

Golpean suavemente la puerta de mi habitación. Es mamá.

—Pasa —digo, invitándola a entrar.

—¿Te pasa algo? —pregunta preocupada.

—No, estoy bien. Estoy estudiando.

—Ya, por eso mismo te lo digo.

Estás de vacaciones y me extraña que te quedes en casa sin salir.

—Es que tengo muchas cosas qué hacer. Mira mi planning —saco el calendario de estudios de una carpeta y se lo muestro orgullosa—, no puedo perder el tiempo si quiero sacarlo adelante.

—Ya veo que estás muy decidida y me alegra que te hayas vuelto tan responsable. Es señal de que realmente has madurado mucho. Estoy muy orgullosa de ti, Eva —comenta mientras la cara se le ilumina con una espléndida sonrisa—. ¿Es eso el guión de la obra? —pregunta señalando la carpeta que tengo delante.

—Sí, ya me lo sé bien casi todo.

¿Quieres que te haga una demostración?

—Claro —responde con entusiasmo.

—Vale, ¿me haces la réplica?

Le pongo el guión en la mano y le indico por dónde vamos a comenzar.

Estamos cerca de una hora ensayando.

—Oye, pues lo haces de maravilla —comenta—. ¿Cuándo será la función?

Sonríó complacida por el elogio, aunque sé que es más producto de su amor de madre que por mi buen hacer como actriz, pero para algo es mi madre, ¿no?

—A finales de junio, el último viernes del mes. No sé qué día cae...

—Lo harás muy bien —dice con

convicción.

—¿Tú crees?

—Pues claro que sí. Vas a ser una actriz sensacional.

—Gracias mami.

Se levanta de la cama y me da un beso en la frente.

—Nunca desconfíes de tus posibilidades. Si tú piensas que no hay barreras conseguirás todo lo que te propongas. Lo harás.

Durante todo el trayecto en tren, estoy muy nerviosa, no paro de darle vueltas al bolso con manos temblorosas mientras observo inquieta el paisaje aburrido y triste que pasa ante mis ojos.

La conversación mantenida por teléfono se ha desarrollado en tono serio y estirado, muy distinto al que estamos acostumbrados a usar. Era la primera vez que hablábamos desde el viernes pasado, cuando me llamó y lo mandé a tomar viento fresco. Después de diez minutos de tira y afloja he accedido a quedar con él.

Cuando el tren llega a la estación y se detiene, respiro hondo varias veces antes de bajar de un salto y dirigirme con paso lento hacia la salida de la estación.

S i Álex no se retrasa estará esperándome con el coche aparcado en doble fila.

Nada más salir del recinto veo su

Golf rojo metalizado estacionado en frente del sex-shop. Me detengo unos minutos para tomar aire y tratar de serenar mi respiración por última vez antes de nuestro encuentro inminente. No quiero proyectar nerviosismo en este momento. Quiero aparentar confianza y seguridad en mí misma. Una vez me siento más tranquila, me encamino hacia su coche con decisión.

Me mira a través de la luna delantera del coche.

¿Es posible? Pero ¿si me está sonriendo?

Abro la portezuela del copiloto y me meto en el coche, y pienso «ya estoy en la boca del lobo».

Álex me saluda en tono risueño y se

inclina hacia mí para darme un beso en los labios. Vuelvo la cara a un lado justo antes de la colisión y sus labios alcanzan a besar de refilón la comisura de los míos. Se echa para atrás con un gesto rápido de sorpresa ante mi reacción de rechazo y pregunta extrañado— ¿te pasa algo?

¿Qué si pasa algo? Este tío está loco de atar. Pues claro que me pasa, ¿cómo no va a pasar?

—¿Y a ti? —replico hoscamente.

Sonríe, ignorando mi mal humor, y no puedo evitar pensar que es un cínico de cojones. ¿Es imposible que no haya detectado el desprecio en mi voz? Tendré que ser más explícita si cabe.

—Te he traído una cosita...

¡Vaya por Dios, un regalo! Piensa comprarme con un puñetero regalo.

Alarga el brazo por detrás de su asiento y saca una bolsa. Me la entrega. Es una bolsa de Harrods. Muy *British*, claro, ¿cómo no? La miro con curiosidad. Álex siempre ha sido muy bueno con los regalos. A ver qué me ha traído. Abro la bolsa y saco un paquete del tamaño de un tetrabrick de zumo. Pesa lo suyo. Rasgo el papel sin cuidado de no destrozar el envoltorio y aparece una cabina roja de cerámica. ¡Una jodida hucha! ¿Esto me ha traído? Sonrío con desprecio y le suelto con ironía— antes te currabas más los regalos.

—¿No te gusta?

—No, no me gusta nada.

—Sólo es un detalle —se lamenta con tristeza, tratando de excusar su mierda de regalo.

Sonríó al pensar en lo divertido que será guardar dinero en ella para comprarle un viaje sin retorno a un agujero negro en el culo del universo. Interpreta equivocadamente mi sonrisa pues vuelve a inclinarse hacia mí para besarme. Esta vez me pilla desprevenida y sus labios rozan los míos por espacio de varios segundos.

—Vámonos —dice separándose rápidamente y arranca el coche.

—¿Dónde?

—Donde tú quieras.

—¿A La Dominicana? —sugiero,

pues me apetece mucho un cóctel de esos que hacen tan ricos y dulzones.

El coche comienza a circular y Álex se concentra en la conducción. Durante unos minutos se mantiene callado.

—¿Cómo lo has pasado estas Pascuas? —pregunta.

Me tomo mi tiempo antes de responder.

—Bien, aunque ha hecho un tiempo horrible y no hemos podido bajar a la playa ningún día, pero me he reído mucho. Hemos estado las cinco amigas de siempre. Jessica que ya la conoces, Sonia, Carla y Andrea... que están deseando conocerte —miento sobre esto último.

—¿Sí? —sonríe y me dirige una

breve mirada con guiño simpático incluido—, qué bien, yo también a ellas.

Sí, seguro que sí. Me río para mis adentros. Pero ¿cómo se puede ser tan cínico?

—Hemos bebido más de la cuenta y fumado unos cuantos canutos.

Se ríe al oír mi comentario, pero replica— no me gusta que fumes.

¿Y a ti qué te importa lo que yo haga?

—No, ¿por qué?

—Pues porque no. Es malo para la salud. No lo hagas, ¿quieres?

—¿Quién te crees que eres para decirme lo que puedo o no puedo hacer?

Me mira serio y pregunta— ¿qué te pasa?

—¿Qué te pasa a ti? —replico molesta.

—Nada, estoy bien. Lo digo por tu bien. No es bueno fumar —contesta en tono apaciguador.

Las cosas no están yendo nada bien. Quiero terminar con él, pero no me atrevo a dar el paso definitivo. Prefiero que sea Álex quien lo haga, para no tener que sufrir luego las consecuencias, es decir, la ira de un corazón dolido por la ruptura. En mi casa, cuando ensayaba enfrente del espejo, todo salía perfecto. Yo motivaba una discusión tras la cual Álex sumamente cabreado acababa rompiendo conmigo. Pero las cosas no están yendo bien. Nada está saliendo como yo esperaba. Álex es muy listo y

se las sabe todas. No está dispuesto a ponérmelo tan fácil.

—¿Cuándo?

—Cuándo ¿qué? —pregunta, mirándome de reojo.

—¿Las conocerás? ... ¿A mis amigas?

—Pronto.

¡Mierda! Y ahora, ¿qué?

—No, tú no quieres conocerlas —protesto indignada.

—Claro qué sí. Acabo de decírtelo.

—Pero no es verdad.

—Sí lo es —responde contrariado y añade suspicaz— ¿estás intentando cabrearme?

—No —respondo poniendo cara de absoluta consternación—, ¿cómo puedes

decirme eso?

—Eva, eres buena actriz pero sé lo que pretendes.

—Ah, sí, con qué ahora soy buena actriz —exclamo airada—, pues según tú normalmente soy pésima, a ver ¿cómo era? Ah, sí... la peor de todas con creces. Y además, ¿qué es lo que pretendo según tú?

—Quieres que me disculpe por haberme ido de viaje sin ti—. Me mira esperando un gesto afirmativo y luego añade— este viaje lo teníamos planeado desde hacía tiempo, mucho antes de conocerte a ti, compramos los billetes en octubre y no podía echarme atrás—. ¡Dios, pero qué tío más gilipollas!—. Pues lo siento. Siento haberme ido sin ti.

No volverá a pasar —asegura sonriendo—. ¿Hacemos las paces ahora?

Lo miro alucinada. Está claro que no va a dar el brazo a torcer tan fácil.

Nos quedamos en silencio.

—Bien, te perdono que te hayas ido de viaje sin mí —digo al fin aburrida por una discusión que no me lleva a ningún sitio.

—¿Un beso? —me pide y dibuja su mejor sonrisa en su bonito y mentiroso rostro.

Vacilo durante unos segundos. No sé qué hacer. He venido decidida a romper con él, pero no me atrevo a hacerlo. Por algún motivo desconocido para mí todavía sigo colgada como una idiota de este tío. Sé que es un cabrito

egoísta. Sé que me ha mentido descaradamente. Lo sé. Lo sé todo sobre él. Sé todo lo que necesito para saber que no quiero seguir con él, pero joder es que me sigue poniendo muchísimo. ¡Joder, es que está de muerte!

Extiende la mano y roza mi pierna tiernamente con los dedos. El contacto es muy breve pero me excita de sobremanera. Por Dios, ya me he mojado las bragas. ¡Mierda! Debo ser masoca y me va el rollo duro..

Debato un poco más conmigo misma buscando la decisión adecuada. Este tío está de muerte y me pone a cien, no voy a negarlo, pero el caso es que ya no me hace feliz como antes.

Suena su móvil. Lo saca del

bolsillo de la chaqueta. Mira la pantalla con indiferencia y rechaza la llamada.

—¿Por qué has hecho eso? —pregunto intrigada.

—Por nada. Se habían equivocado.

—¿Cómo lo sabes? —desconfío—.

Ni siquiera has descolgado.

—Era un número privado.

—Ya —suelto recelosa.

Llegamos a Blasco Ibáñez y aparcamos en la calle que está justo detrás de donde está La Dominicana. Han sacado mesas y sillones de teca a la terraza pero nosotros nos dirigimos a dentro. Es mucho más íntimo, y además tienen puesto el aire. La decoración del local me encanta, al entrar tengo la sensación de haber sido trasladada a una

cabaña de madera en medio de una selva tropical. Las paredes están recubiertas de una especie de hiedra artificial abundante y frondosa que en algunos puntos reptan por el techo. De allí cuelgan varios ventiladores de aspas de madera. El mobiliario es también de madera oscura y para comodidad de los clientes se ha dispuesto sobre los asientos colchonetas y cojines de color crudo. No hay mucha gente a pesar de ser sábado por la tarde. Normalmente está a tope y tienes que esperar media hora en la barra, por lo menos, antes de poder sentarte. Una canción en inglés que no conozco suena por los altavoces ahogando las voces de los pocos clientes, que por otra parte se ven

obligados a hablar a gritos y haciéndose señas. El ritmo melancólico de la canción conjunta a la perfección con la negrura de mis pensamientos, aunque lo que dice no es triste, sino muy romántico. La escucho mientras andamos hacia una mesa al fondo. Habla de un chico enamorado y con cada frase me siento más y más identificada con él.

¿Quién te mira como yo lo hago?

Cuando sonríes intuyo que nos conocemos bien.

¿Cómo puedo demostrarte que estoy contento y qué debo conocerte?

Porque he oído algunos rumores que dicen que piensas que soy agradable.

Sí. Estoy enamorado nena.

*¿Qué no haría por hacerte mía?
Dímelo.*

*¿Es verdad? No dejes que sea el
último en enterarme.*

*Mis manos tiemblan,
no dejes que mi corazón se rompa,
porque necesita tu amor.*

Quiero tu amor.

*Di que estás enamorada de este
chico.*

Si no solamente moriré.

Estas palabras dichas por una voz desconocida me revelan con una claridad pasmosa lo que de verdad quiero y por qué estoy aquí.

Nos sentamos y enseguida una chica muy simpática, con acento cubano, nos

toma nota. Álex se pide un mojito y yo un daiquiri de fresa.

Durante algo más de una hora ninguno dice más de dos palabras seguidas. Mi mente piensa y piensa y busca el momento oportuno para romper. De vez en cuando se oye un «¿está bueno?» o «¿quieres otro?». Y poca cosa más.

—Me meo —anuncia Álex de pronto poniéndose en pie.

Lo sigo con la vista hasta que su espalda se pierde tras la esquina que esconde los servicios. Hay que ver cómo le quedan esos vaqueros, se le ciñen al culo de una forma terriblemente sexy. Joder, es que está bueno de verdad. ¡Lástima que sea un mentiroso

de mierda!

Suena su móvil. ¿Dónde está? Ah, sí, en el bolsillo de su chaqueta. Lo saco con sigilo escaneando mi alrededor con el fin de comprobar que nadie me esté observando mientras lo hago. Como si alguien pudiera estar interesado en ello. ¡Qué idiota soy!

Miro la pantalla, «Lucía».

¡Me cago en él!

—¿Sí? —pregunto en tono arrogante.

Silencio.

—Hola, ¿con quién hablo? —insisto.

Silencio.

—Voy a colgar... —advierto con voz cantarina.

—¡Espera! —me grita una tía desde el otro lado.

—¿Quién eres? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

—¿Cómo que quien soy? ¿Quién coño eres tú? —responde con la voz crispada.

—Soy Eva, y ahora dime quién eres tú —respondo con excesiva serenidad.

—Soy la novia de Álex. Dime, ¿qué coño estás haciendo con el móvil de mi novio?

Tomo aire antes de responder— me encantaría metérmelo por el coño, pero *tu novio* prefiere meterme otras cosas en el mismo.

Se oye un «clic» y luego un silencio sepulcral. Ha colgado. No me extraña.

Dejo el teléfono de nuevo en el bolsillo de la chaqueta de Álex.

Al cabo de unos minutos éste vuelve del váter y se sienta de nuevo a mi lado. Alarga el brazo y posa delicadamente su mano sobre la mía y comienza a acariciarla. La miro asqueada, conteniendo las ganas de retirarla y eliminar su sucio contacto de mi piel.

—¿Todavía estás enfadada conmigo? —pregunta al ver mi cara ceñuda.

Lo miro con furia pero enseguida reprimo la mirada de ira y dejo caer como si nada— acaba de llamarte *tu novia* Lucía.

Abre los ojos como platos y

pregunta nervioso— ¿has hablado con ella?

—Pues sí —respondo con sequedad.

Se queda callado.

—No le hagas caso. Sigue diciendo que es mi novia... pero no es verdad.

—Sí es verdad —replico levantándome repentinamente de la silla y haciendo temblar la endeble e inestable mesa. Las copas que hay sobre ella bailan al ritmo de un merengue durante una fracción de segundo —. ¡Tú eres el que miente todo el tiempo!

Está claro que me largo de allí a toda velocidad, pero antes daré buena cuenta de mi bebida que está deliciosa. Agarro la copa casi llena de daiquiri de

fresa y le doy un generoso trago. Cuando termino de beber, la copa está casi vacía.

—Muchas gracias por el daiquiri —suelto con desprecio al mismo tiempo que le vuelco por encima el resto de la bebida. No es mucho pero basta para salpicarle de picas rojas su cara de cerdo mentiroso.

Álex se queda inmóvil mirándome con una mezcla de incredulidad y enfado. No se levanta para tratar de detenerme y tampoco dice nada.

Sonrío orgullosa mientras me dirijo a toda velocidad hacia la puerta, ante la mirada curiosa de la gente, que no se ha perdido detalle del numerito y sigue con la cara vuelta, y casi con el cuello roto

de tanto mirar. Lo de la copa es algo que he visto hacer en muchas películas, pero nunca había pensado que tendría la oportunidad de llevarlo a cabo. Y me encanta. Gracias Álex por darme este último gustazo.

Álex no viene detrás de mí suplicando perdón. Sé que no lo hará, es demasiado orgulloso para hacer algo así.

Ahora sí que estoy segura de que lo nuestro ha terminado.

Mi profe, mi ex

Esta mañana es seguramente la peor y más dura del año con diferencia. Me dirijo pesadamente hacia el instituto como una vaquita que va a ser sacrificada camino del matadero. Desde el sábado no he tenido noticias de Álex. No es que esperase que me llamara ni nada de eso, pero tengo que reconocer que tampoco me ha gustado demasiado que encaje tan bien nuestra ruptura. Un poco de lloriqueos y súplicas hubiese sido más halagador para mi ego.

Jessica me está esperando en la esquina como todas las mañanas. La saludo alegremente cuando llego a su altura— hola, Jessica, ¿qué tal?

—Bien, ¿y tú? —pregunta mirándome con gesto preocupado.

El sábado por la noche, cuando llegué a casa, la llamé de inmediato para contarle cómo me había ido con Álex y ponerla al tanto de nuestra ruptura.

Sonríe al ver que le respondo con entusiasmo— estoy muy bien, gracias.

—¿No estás nerviosa? —se preocupa.

—Un poco—. La verdad es que mi inminente encuentro con Álex me tiene atacada de los nervios pero tengo que ser fuerte y resistir—. Bastante —rectifico con una sonrisa forzada.

Me sonríe.

—Tranquila, ya verás cómo se lo ha tomado bien. Álex es un tío maduro —

dice convencida.

Asiento con la cabeza. Eso espero, que se lo haya tomado bien y no me ponga las cosas difíciles lo que queda de curso. Este es el principal inconveniente de salir con un profesor y que todo el mundo pensó menos yo cuando toda esta historia comenzó: cuando la relación sentimental termina tu exnovio puede suspenderte y eso no es nada guay.

Cuando entramos en el aula, inconscientemente mis ojos buscan a Diego. Todavía no ha llegado, verlo me daría fuerzas. Cruzo el pasillo a toda velocidad y me siento, observando expectante la puerta. Al poco tiempo entran Diego y Toni. Diego lleva puestas

sus gafas de culo de vaso, y tiene muy mala cara. Su tez, normalmente tostada, está pálida y las oscuras ojeras le llegan al suelo. Al parecer la escapada a Inglaterra no le ha sentado nada bien. No me extraña, con un clima tan nublado a uno se le destiñe hasta el color de la cara. Sin embargo, a pesar de estar *horrible*, no por eso deja de gustarme, sino todo lo contrario, me gusta todavía más. Al verlo tan vulnerable me siento muy conmovida y deseo estrecharlo con fuerza entre mis brazos y prodigarle mis cuidados.

Lo miro fijamente mientras se aproxima dando largas zancadas hacia su sitio. No me dirige la mirada ni una sola vez durante todo el recorrido. Es

raro pero creo que trata de esquivarme.

—Hola —los saludo, cuando toman asiento.

Toni se da la vuelta y me mira con cara de pocos amigos—. Buenos días —responde secamente.

Aquí pasa algo. Esto no es normal.

—¿Qué tal las pascuas? —pregunto en tono alegre, tratando de destensar el ambiente.

—Bien —contesta Toni, pero Diego continúa sin decir nada.

—Y tú Diego, ¿qué tal te ha ido?

Nada. Permanece quieto mirando al frente, como si la pregunta no fuese con él.

—Diego —insisto—, ¿qué tal tu viaje a Cardiff?

Respira fuerte, como si le molestase enormemente que le haya dirigido la palabra. Gira lentamente el rostro hacia mí. Sus pequeños ojos azules están apagados detrás de los cristales y las depresiones moradas debajo de ellos gritan a voces que no ha pasado una buena noche. Me mira gravemente durante unos segundos, y pienso que me va a escupir o algo peor, pero al fin abre la boca y responde— muy bien, gracias, Eva.

—Vaya qué bien, me alegro —digo fingiendo entusiasmo, pero en realidad estoy rabiosa perdida de que haya estado tan feliz con su amada Lady Tracy.

Voy a decirle algo más, pero él ya

se ha girado de nuevo, dándome la espalda.

¡Ya está! ¿Sólo eso? ¿No vas a decirme nada más?

Me quedo cabizbaja. Jessica se sienta a mi lado y me observa detenidamente.

—¿Qué te pasa? —pregunta en un susurro.

Muevo la cabeza efusivamente a los lados, indicándole un «nada» de esos que en realidad significa «muchísimo».

—Venga, dime —insiste.

Las lágrimas me golpean los ojos pugnando escapar. Me esfuerzo al máximo para reprimir el llanto pues no quiero que Diego me vea llorar. Bueno ni Diego ni nadie de la clase.

—Alguien se ha ido de la lengua —
murmuro, señalándole a Toni con un
rápido gesto de barbilla.

—Gilipollas —dice elevando la
voz lo suficiente para que éste pueda
oírla.

Toni no se da por aludido, claro. Él
se piensa que es divino de la muerte.

Cuando llega la hora de los leones
hambrientos, mi estomago es poco más
grande que un puño. Está comprimido
como un gas a alta presión, agazapado y
listo para saltar a la más mínima
perturbación. Siento que ni siquiera
puedo respirar.

Álex entra en el aula y se dirige sin
perder ni un solo segundo a su mesa

junto al encerado. Evidentemente le sientan bien las rupturas. Se ha puesto el suéter caqui con los pantalones cámel y se ha despeinado el pelo para la ocasión. La imagen que ofrece es muy sexy. «Demasiado sexy para ser profesor», pienso con tristeza. Estoy segura que cualquiera de sus alumnas no tendría ningún problema en bajarse las bragas si se lo pidiera, y no sería requisito ni siquiera sacar un aprobado en su asignatura. Tiene el semblante sonriente como es habitual en él y nos saluda alegremente siguiendo con sus buenas costumbres de profesor joven y enrollado, *coleguita* de sus alumnos.

No me doy cuenta de que no le he quitado los ojos de encima desde que ha

entrado en el aula, hasta que escucho su voz. Sacudo la cabeza y pestañeo un par de veces mientras noto cómo se desvanece el encantamiento al que Álex me ha sometido con su andar hipnotizante. Entonces mis ojos se dirigen hacia Diego, atraídos por un invisible imán. Para mi sorpresa me está observando con tristeza. Le dedico una sonrisa nerviosa, pero vuelve rápidamente el rostro al frente apartando sus ojos de los míos tan pronto como lo descubro. Está claro que lo sabe.

Álex comienza a dar la clase. A estas alturas del curso estamos ya dando la literatura del siglo XIX. Me gusta bastante la lírica romántica. No sé, de un tiempo a esta parte he encontrado una

conexión verdaderamente interesante entre la literatura y mi vocación de actriz, sobre todo después de comprobar que para las pruebas de acceso tengo que aprender y comprender todo tipo de textos.

Álex no puede estarse quieto y decide dar la clase paseando su flamenco cuerpo por los estrechos pasillos que quedan entre las tres filas de mesas. Noto como mis compañeras lo miran con admiración y deseo, cuando pasa cerca de ellas. Es irresistible para todas, excepto para mí, que ya sé como las gasta. Se sitúa al principio del pasillo donde está mi fila y empieza a andar peligrosamente en mi dirección. Va despacio, pues no tiene prisa, al

ritmo de su pausado discurso, gesticulando con las manos y sin mirar a nadie en concreto, pero de vez en cuando me lanza un cuchillo. Es imperceptible para el resto pero no para mí. Cada impacto recibido es más doloroso y penetrante que el anterior. Comienzo a temerme lo peor. Álex se sitúa amenazadoramente a la altura de nuestras mesas. Se queda un rato allí parado explicando no sé qué rollo de un tal *Padrerolas*.

—Jessica, ¿podrías decir a la clase qué tipo de género cultivaba el Padre Arolas? —pregunta de repente.

Jessica se sobresalta al oír su nombre, quedándose paralizada por el terror. No esperaba que hubiese ataque

sobre su persona, sino más bien sobre la mía.

—No lo sé —responde turbada, bajando levemente la mirada.

Álex avanza un paso hacia delante y mira a Diego y repite la misma pregunta. Diego lo mira seriamente y responde rápidamente sin titubear ni una sola vez.

Me siento orgullosa de él.

Álex parece contrariado. No está acostumbrado a que sus alumnos le respondan correctamente a la primera de cambio y decide atacar de nuevo.

—¿Cuál es el tema principal de los poemas de Gertrudis Gómez de Avellaneda?

Diego parece sorprendido ante la nueva arremetida pues vacila durante

unos segundos. Yo no tengo ni idea de quién puede ser esa tal Gertru, pero Diego sí al parecer, pues tras meditar un poco vuelve a responder con calma y decisión.

Sonríó y de buen gusto me pondría en pie y aplaudiría como una loca, pero mejor quedarme sentada calladita y sin llamar demasiado la atención.

Ahí queda la cosa por el momento. Hace un par de preguntas más a otro compañero despistado y vuelve a su mesa.

—A ver, si por tu culpa ahora la va a tomar manía a todos tus amigos —refunfuña Jessica en voz baja.

Cuando termina la clase y estoy casi a punto de salir del aula. Justo antes de que empiece a cantar para mis adentros «aleluya, aleluya», por haber sobrevivido al primer encuentro con Álex, mi gozo se cae en el más profundo de los pozos cuando escucho a Álex pronunciar mi nombre.

—¿Puedo hablar contigo un momento? —me pide, tras darme la vuelta y mirarlo con ojos asesinos.

Suspiro con fuerza y le indico con un gesto rápido a Jessica, que se ha plantado a mi lado en plan centinela, que me espere fuera. Jessica asiente con la cabeza y sale del aula.

Me acerco lentamente a Álex que sigue de pie al lado de la pizarra. No me

apetece hablar con él. No tengo nada más qué decirle y no quiero escuchar sus sucias mentiras, pero al mismo tiempo siento gran curiosidad por saber lo que quiere de mí.

Miro hacia atrás y veo a Diego justo en el momento en que se dispone a abandonar el aula. Nos está observando serio y advierto cierta crítica en su mirada. Ahora sí que estoy segura de que está al tanto de lo mío con Álex. ¡Mierda! Lo último que quiero en este momento es que Diego piense que Álex y yo seguimos liados.

—¿Qué quieres? —pregunto despreciativa.

—Nada, sólo hablar contigo un momento.

Se queda en silencio observando la puerta. Seguramente está haciendo tiempo mientras el aula se queda vacía. Cuando al fin salen los últimos rezagados, se acerca a mí extendiendo los brazos hacia delante. Pienso que quiere tocarme y doy un paso atrás para poner más metros cúbicos de aire entre nosotros. Ante mi reacción de rechazo baja las manos sorprendido y detiene el avance.

—Quería disculparme —dice bajando la mirada al suelo.

¡Vamos, para mear y no echar gota! No me lo puedo creer. Tiene que tratarse de una artimaña suya. No puedo ser tan sencillo. Se supone que Álex tiene que ser cruel y vengativo y

ponerme las cosas difíciles para que yo sufra lo mío y me lleve mi merecido.

—¿Por qué? —musito.

—Porque tenías razón. He estado con Lucía todo este tiempo. Es mi novia desde los dieciséis años, hace unos meses decidimos dejarlo pero nunca hemos roto del todo. Sólo nos dimos un respiro, estábamos agobiados de una relación tan larga que no nos conducía a ningún sitio y entonces apareciste...

—Yo —lo interrumpo con la voz en un hilo.

Asiente con la cabeza y baja la mirada.

—Me gustaste nada más verte. Estabas sentada al final de la clase mirando por la ventana distraída. Había

examen y tú no tenías ni idea. Toni te pasó las respuestas. Me pase la hora sin poder dejar de observarte. Luego te conocí y me pareciste divertida, espontánea y atrevida, todo lo que me gusta en una chica. Nunca antes había sentido una atracción tan fuerte por nadie así de primeras—. Hace una pausa y dibuja una leve sonrisa de complicidad, pero ante mi expresión impasible sigue hablando—. Pero tenías razón, y lo siento, no he sido sincero contigo. Te mentí primero ocultándote lo de Lucía y luego diciéndote que no estaba con ella. Y no puedo seguir mintiendo por más tiempo.

Lo miro silenciosa, escéptica ante sus disculpas. No puede ser tan fácil.

Tiene que haber truco.

—Estoy enamorado de ti... pero también lo estoy de ella. Sé que no puedo teneros a las dos y también sé que no puedo elegir, sería muy presuntuoso por mi parte pensar que puedo hacerlo. Me duele terriblemente haberte podido hacer daño, porque me importas mucho, Eva, pero entiéndeme —tiende la mano hacia mí, como si estuviese pidiéndome ayuda y luego prosigue— necesitaba estar contigo, de verdad, tenía que tenerte porque si no pensaba que me moría. Perdóname, pero lo que he hecho ha sido por amor a ti. Habría sido capaz de cualquier cosa por tenerte, pero me he equivocado y lo sé—. Hace una pausa. Suspira con fuerza y concluye—

ayer fui a ver a Lucía para disculparme con ella, también se lo debía, y tuvimos una conversación muy larga. Me ha perdonado y hemos decidido volver a intentarlo.

Miro al suelo. En este momento me es imposible soportar sus ojos henchidos de tristeza. No quiero que me dé pena. Yo soy la víctima. Él me ha hecho daño a mí. Yo soy la que debe infundir lástima, no él.

Álex vuelve a dar un paso hacia mí y extiende el brazo. Su mano se posa sobre mi hombro levemente. Me sobresalta el contacto y levanto la mirada buscando sus ojos. Están tristes y arrepentidos.

—Entonces ¿has vuelto con ella? —

susurro.

Asiente con la cabeza y me dedica una sonrisa de las suyas. Una de esas que haría estremecerse a la más valiente de las mujeres.

—¿Me perdonas? —pregunta bajando la voz.

—Entonces ¿no estás enfadado conmigo por haberte tirado la copa por encima?

Esboza una sonrisa en la comisura de los labios y responde— no, entiendo que lo hiciste porque estabas enfadada conmigo. Tenías tus motivos. Yo hubiese hecho lo mismo en tu lugar.

—Entonces ¿no vas a suspenderme en plan vengativo? —pregunto cautelosa.

Echa la cabeza hacia atrás y suelta una sonora carcajada.

—Nunca dejas de sorprenderme. Yo preocupado por si te había roto el corazón y tú pensando en tus notas—. Vuelve a reír y agrega con gesto travieso — no, no voy a suspenderte... injustamente, si es lo que quieres saber, pero lo haré sin dudarlo si lo mereces. Soy un cabrón, pero eso no me convierte en un mal profesor.

Trato de disimular un hondo suspiro de alivio que llevo conteniendo desde que Álex entró por la puerta del aula, pero sale de mi cuerpo como una fuerte exhalación disfrazada de carcajada.

Álex me imita y también se echa a reír. De repente, para en seco y me mira

con ojos contritos—. Entonces,
¿amigos? —me tiende
conciliadoramente la mano.

—De acuerdo, amigos.

Entrelazo mi mano con la suya y la agito suavemente un par de veces. Álex me la retiene durante unos segundos antes de dejarla escapar, y yo observo alejarse sus dedos largos y ágiles que tantas veces me han explorado haciéndome volar. Sé que nunca volverán a hacerlo, y me da un poco de pena darme cuenta de que así es. Al fin y al cabo, el sexo con él era genial.

—¿Un besito para sellar las paces?
—pregunta levantando una ceja con gesto travieso.

Dudo por espacio de un segundo.

No sé si la pregunta va en broma o en serio. Perpleja, muevo la cabeza a los lados en señal de negación rotunda, aunque no me importaría darle un último beso de despedida.

—De acuerdo —acepta mi negativa con una sonrisa en los labios—. ¿Nos vemos esta tarde en el ensayo?

—Claro, sí —respondo distraída, todavía confundida por mi nivel de desvergüenza, y agrego— ¡madre mía!, pero si estaba con que hoy era lunes.

Hostiazo

El grupo de teatro al completo está congregado encima del escenario. Estamos ensayando la escena del baile. Álex se sitúa en el centro de todos y comienza a dar instrucciones de cómo debemos colocarnos.

—Raúl, tú ponte aquí. Jessica, hummmmm.. tú a su lado —comienza a decir—. Las luces al principio estarán apagadas y un foco te alumbrará a ti —explica, dirigiéndose a Raúl, que en esta escena va a interpretar a Vince Fontaine—. Te presentarás e inaugurarás el baile. En ese momento se encenderán todas las luces sobre la pista, que es este rectángulo, y todas las parejas

empezareis a bailar. Quiero que exista orden en el escenario y que cada uno sepa muy bien cuál es su posición inicial. Así todos seréis visibles desde el patio de butacas, ¿de acuerdo? El baile ya lo hemos ensayado varias veces con Margarita y sale bastante bien, así que espero que no haya ningún contratiempo —concluye mirando hacia mí con una sonrisa divertida.

La verdad, es que estoy encantada de que las cosas con Álex hayan ido tan bien esta mañana. No sólo no se ha enfadado sino que encima su actitud hacia mí ha mejorado muchísimo.

Álex se me acerca con paso decidido y me agarra el brazo con fuerza.

—A ver, Eva, ¿dónde está Diego?

—. Mira a su alrededor en su busca.

—Estoy aquí —dice Diego acercándose desde detrás de un biombo.

Álex también lo agarra del brazo. Diego frunce el entrecejo y parece reacio a dejarse guiar por Álex.

—Vosotros tenéis que estar aquí juntos en el centro, ¿vale? —explica mientras nos conduce hacia la parte delantera del escenario.

Ambos asentimos con la cabeza. Nos quedamos los dos plantados, en el centro de la pista de baile de pie, uno frente al otro en silencio. Diego empieza a mirarse los pies al tiempo que balancea su cuerpo de un lado al otro. A mí los nervios me impiden respirar

correctamente. Inspiración, inspiración, inspiración, ¡me ahogo!, expiración, inspiración.

—Hola, Diego —lo saludo en voz baja.

Levanta la mirada y me mira directamente a los ojos. A lo lejos, en el fondo de los cristales de sus gafas, se divisan sus ojazos azules. Están tristes y apagados, bailando inquietos encima de unas moradas ojeras.

—¿Estás enfermo?

Asiente con la cabeza y de nuevo aparta la mirada.

—Pero ¿te encuentras mal? —pregunto preocupada, insistiendo en continuar con una conversación que él se resiste a mantener.

Me mira huraño y replica con voz áspera— Eva, déjalo, no me encuentro bien y no me apetece hablar.

Me quedo petrificada de rabia. De verdad, no esperaba que me soltase algo así. Sólo trataba de ser amable. Sé que está molesto conmigo, es imposible no darse cuenta de que tiene algo en mi contra, pero desde luego eso no le da derecho a tratarme con ese desprecio. Pero ¿qué se ha creído? La única que puede estar aquí enfadada soy yo. He dejado a Álex por él y me lo paga de esta manera. Claro que eso él todavía lo desconoce y como siga comportándose como un idiota nunca lo sabrá.

Las primeras notas de una canción comienzan a sonar en los altavoces y

Raúl (Vince) empieza a soltar su discurso de apertura del baile.

—Ahora —grita Álex, en el momento en que el discurso finaliza.

Es la primera vez que hacemos este baile de grupo todos juntos encima del escenario. La verdad es que lo tenemos bastante controlado y nos movemos con bastante soltura al compás de la música.

Seguimos las indicaciones que Álex nos va dando.

Primero el paso de los puñitos y saltitos. Es divertido este baile aunque un poco coñazo, sobre todo si tienes que repetirlo varias veces en poco tiempo.

Luego tres series de pasitos a los lados.

¡Ay, qué lástima! Sin querer te he

dado un pisotón.

Miro a Diego divertida y rabiosa a la vez. A juzgar por su expresión hosca a él no le ha hecho ni pizca de gracia que le clave el tacón de aguja en el empeine.

Paso hacia atrás con rebote a un lado.

¡Ay, otra vez! ¡Qué se le va a hacer! Hoy estoy un poco patosilla.

Diego me mira enfadado.

¡Ja, se lo tiene merecido por idiota!

—Voltereta —anuncia Álex.

Diego con paso ágil da media vuelta y se queda plantado de pie de frente a mí. ¡Allá voy! Cojo impulso y con un gran salto me abalanzo sobre su regazo.

La hostia es colosal. Diego me voltea con demasiada fuerza por encima de su cadera y me empotro de lleno contra un biombo de madera, ¡qué no sé qué narices hace ahí escondido!

—¿Te has hecho daño? —pregunta Álex ofreciéndome la mano, tras unos minutos de confusión.

No sé donde estoy. Me siento muy mareada. Veo borroso y además me duele la frente una barbaridad. Alargo la mano para tocarme allí donde me noto un fuerte dolor palpitante. Está muy caliente. Me he dado un buen coscorrón. Seguro que después me sale un chichón gigante que no podré disimular ni con un kilo de maquillaje.

Busco al culpable entre mis

compañeros que se han agolpado a mi alrededor para ver en primera línea el alcance de la hostia. Está justo detrás de mí con la cabeza gacha. Para ser el culpable no parece muy satisfecho con lo ocurrido.

Álex me pregunta si me encuentro bien y se asegura de que puedo incorporarme. Noto algo muy frío y duro sobre mi frente magullada. Es una lata de refresco. Álex la sujeta firmemente para calmar la hinchazón. Oigo que me dice si puedo sujetarla yo, pero no tengo fuerzas.

Acepto la mano que Álex me ofrece para ayudarme a ponerme en pie. Pierdo el equilibrio y me tambaleo peligrosamente a los lados. Alguien me

sujeta por detrás en el último momento impidiendo que mi culo golpee el suelo con fuerza. Mantiene las manos firmes sobre mis brazos incluso después de haber afianzado bien los pies en el suelo de nuevo.

Cuando soy consciente de que es Diego, y no otro quien me sujeta, me aparto bruscamente de él, como si sus manos me quemasen la piel. Lo miro irritada.

—¿Por qué lo has hecho? —pregunto enfadada.

—Lo siento.

—Lo siento, lo siento, lo siento —repito socarrona. Me doy la vuelta y lo miro de frente con ojos acusadores—. Lo has hecho adrede.

—Venías muy fuerte...

—¿Y has preferido que me matase?

—lo interrumpo.

—Ya está bien —interviene Álex

—. Seguro que ha sido sin querer, ¿verdad Diego?

—Sí, desde luego —asegura Diego con vehemencia.

Le dedico la mirada más homicida de mi repertorio y Diego me sostiene la mirada estoicamente, pero sus ojos están dolidos. Veo dolor en sus ojos. ¿Cómo es posible que haya intentado matarme y luego sus ojos muestren ese grado de arrepentimiento?

La vista se me nubla de nuevo y vuelvo a tambalearme.

Diego se adelanta un paso y vuelve

a sujetarme con fuerza por la cintura.

Cuando abro los ojos seguimos abrazados, pero esta vez de frente. Nuestros cuerpos están pegados por el vientre y separados a la altura del pecho. Mi vista recorre la hendidura de su cuello en busca de su barbilla y luego de su boca. Sus labios están hinchados y rojos y parecen palpar al ritmo de mi corazón que bombea sangre aceleradamente. Sigo la trayectoria ascendente en busca de sus ojos. Me observa fijamente, pero su mirada ya no revela arrepentimiento, sino que transmite mucha ternura y cariño. Me siento conmovida por aquella muestra repentina de afecto y todo el enfado que invade mi mente como una tormenta gris

se disipa. Los nubarrones se esfuman dejando paso para que la luz del sol penetre en mi corazón.

El abrazo se prolonga durante un espacio indefinido de tiempo en el que me siento levitar como una hoja arrastrada por el viento. Pienso en lo maravilloso que sería que ahora él se inclinase sobre mí para darme el mejor beso de mi vida, pero en lugar de eso afloja el abrazo, dejándome de nuevo sin amparo.

La gente del grupo sigue todavía apiñada a nuestro alrededor, atenta a los acontecimientos que acaban de ocurrir. Han seguido la evolución de la hostia, desmayo, enfado, desmayo y abrazo con una sucesión de: ¡ah!, ¡ah!, ¡ah!, ¡oh!,

¡oooooh!, e incluso alguien se ha atrevido a proponer un solitario y nada secundado «¡qué se besen!». Cuando se dan cuenta de que el espectáculo ha finalizado comienzan a dispersarse por el escenario, volviendo a sus quehaceres.

Después el ensayo no continúa, al menos para mí, que estoy accidentada y parece que tengo un tercer ojo justo en medio de la frente. Me espero a que termine sentada en una butaca del patio observando atentamente como transcurre todo con mis tres ojos. Sobre todo no le pierdo detalle a Diego. Tengo dudas sobre si realmente ha sido un accidente o si ha sido más bien algo intencionado. Hemos hecho ese paso mil veces y mi

cuerpo siempre ha rodado por su cadera sin ningún problema, pero la verdad es que esta tarde Diego parece en baja forma, se mueve pesadamente y el tono de su voz es taciturno, casi enfermizo. Quizá haya sido sin querer. Tal vez yo iba demasiado fuerte, empujada por la rabia y le ha sido imposible soportar mi peso. Reconozco que no soy ninguna pluma.

Carta de amor

Al día siguiente Diego no viene a clase. Me entero por Toni de que está enfermo y que seguramente no vendrá en toda la semana. Me siento triste porque ya no sé qué pensar. Si al menos supiera lo que siente por mí. Estoy tan desmoralizada que decido invertir todos mis esfuerzos en estudiar y ensayar la obra. Tengo claro que solucionar lo mío con Diego es importante, pero mi presente académico y mi futuro profesional deben prevalecer sobre mi vida sentimental. Además, tener la mente ocupada me ayuda a no pensar en Diego todo el tiempo y a canalizar la tristeza.

El resto de la semana estudio sin descanso, no me tomo ni un solo segundo para relajarme. Y cuanto más estudio más liberada me siento, pero, sin embargo, mi cuerpo se agota poco a poco. De vez en cuando mamá asoma la cabeza por la puerta y me aconseja que pare un poco o me pondré enferma. Y cuando oigo la palabra *enferma* no puedo evitar acordarme de Diego, que sigue enfermo en su casa, atacado por un virus del estómago. Me gustaría llamarle y conversar un rato con él, pero no me atrevo, no sé cómo será recibida mi llamada.

El domingo por la mañana hace un calor insoportable, es casi tan sofocante

como un día de mediados de pleno julio. Abro las ventanas de par en par, intentando que un poco de aire fresco mitigue la calina, pero en su lugar sólo entran pequeñas ráfagas de viento de poniente que me hacen resoplar de puro agobio. Llevo de pie desde las siete de la mañana y desde entonces no he parado de estudiar. No me he movido ni para mear y tengo el culo pegado a la silla por el sudor.

Mamá no para de revolotear por mi habitación, entra y sale todo el tiempo, cargada de fardos de ropa, organizando la ropa de verano en los armarios y guardando la de invierno. Esta es una tarea imprescindible en un piso pequeño como el nuestro donde los metros y los

armarios escasean.

—Creo que esto es tuyo —dice mamá de repente, despertándome del ensimismamiento en el que estoy sumergida.

—¿Qué? —pregunto distraída, levantando la mirada del libro de historia del arte.

—Esto —responde, agitando en el aire un papel azul.

Lo miro extrañada. No sé qué es, pero me suena vagamente haberlo visto con anterioridad. Mamá ignora mi rostro de desconcierto.

—Pues es tuyo. Lo siento, pero... lo he encontrado en el bolsillo de mi batín y no he podido evitar leer un poco... hasta que me he dado cuenta de lo que

era... —dibuja en su rostro una mueca de disculpa y luego se larga dejando ese inquietante papel delante de mí sobre la mesa.

Vuelvo a mirarlo. Se trata de un folio azul intenso plegado varias veces. Está un poco arrugado por el tiempo que ha pasado olvidado en el bolsillo. Lo cojo y el contacto con el suave papel me trae un recuerdo. Sé que lo he visto antes, pero ¿cuándo?

Desdoblo la hoja con cuidado y compruebo con sorpresa que se trata de una carta, escrita a mano, dirigida a nombre.

Comienzo a leer.

Hola Eva,

Todavía no he comenzado a escribir y ya me estoy arrepintiendo. Soy tan tonto, o me siento tan tonto, que si hablar es difícil, escribir lo que siento por ti todavía lo es más. No sé ni por dónde empezar. ¿Por qué es tan difícil decirle a una chica que la quieres? Te quiero, no hay más. Me rindo, tú ganas. A pesar de que no nos entendamos, y que posiblemente no podamos ni siquiera ser

**amigos, tengo que decirte
que te quiero. Si no lo hago
reviento. Quiero llegar a ti,
pero estás muy lejos.
Quiero ser tu amigo, pero
no me dejas. Quiero sentir
tus labios en los míos, pero
sé que es un sueño
irrealizable. Sólo te pido
una cosa, no te alejes de mí
por quererte, ya me siento
bastante mal dándome
cabezazos contra el muro.
Sé mi amiga, no te rías de
mí, ya es suficientemente
doloroso quererte sin ser
correspondido, para que**

**además tenga que soportar
tus burlas. Quédate
conmigo, permítete
descubrirme, a mí me
encantaría conocerte un
poco más. Tus ojos y tus
risas me mueven cada día,
no dejes que me quede sin
tu sostén. No me prives de
ti. Tal vez, ya te estés
riendo de este pobre idiota
que escribe. Tal vez, con
estas líneas sólo consiga
que te distancies un poco
más, pero te pido que
derribes el muro que nos
separa y que seas mi amiga.**

**No te pido más, me
conformó con tu amistad.**

Diego.

Beso su nombre rubricado antes de dejar la carta cuidadosamente sobre el escritorio. Tengo los ojos llenos de lágrimas de alegría.

Diego me quiere. DIEGO ME QUIERE. ¡DIEGO ME QUIERE!

Me levanto de la silla y empiezo a dar saltos de alegría, llorando y riendo a la vez, si es que esto es posible.

—¡Diego me quiere! —grito con todas mis fuerzas.

Me asomo a la ventana y saco la cabeza. No se ve ni un alma despistada

por la calle. Claro, nadie se atreve a salir de su casa con este calor bochornoso que amenaza derretir los cerebros.

El único que ha osado salir a pasear es ese gato a rayas que anda como un funambulista experto por la peligrosa cornisa del tejado de la casa de enfrente.

—¡Diego me quiere! —grito.

El gato se detiene y me mira con descaro con sus grandes y amarillos ojos felinos.

—¡Diego me quiere! —vuelvo a gritar.

Se despereza con un estiramiento perfecto del espinazo y continúa su marcha haciendo caso omiso de mis gritos.

—¡Ya te hemos oído, chiflada! —
grita alguien desde abajo. Otro loco que
se ha atrevido a salir a la calle.

Empiezo a reírme a carcajadas.

Es cierto «estoy loca». Más loca
que una cabra con Alzheimer. Más loca
que Juana La Loca que se volvió loca de
tanto amor.

Mamá entra en mi habitación
repentinamente con cara de susto y me
pregunta que si me pasa algo.

—Diego me quiere —respondo con
una gran sonrisa dibujada en la cara.

—Me alegro —dice sonriendo de
oreja a oreja, contagiada por mi
entusiasmo— ¿y tú?

—Yo también.

—Pues anda ¿a qué esperas? —me

apremia, agitando las manos en el aire —, corre y díselo.

—Mami, pero ¿estás loca?

Sonríe y dice— no eras tú la que hace un momento gritaba a pleno pulmón.

Turbada, asiento con la cabeza. Ahora en frío me da un poco de vergüenza haber tenido ese arrebató histérico, que será comentado con fervor y alevosía entre mis chismosas vecinas durante los años venideros. Espero que todo el mundo estuviera con las ventanas cerradas, abusando de sus aparatos de aire acondicionado.

—Pues entonces, corre —me anima.

Veinte minutos más tarde estoy en la calle. Tengo que hablar rápidamente con él. Tengo muchas cosas que aclarar. La carta que Diego dejó en el DVD de *Grease* el día que vino a mi casa lo dice claramente «Diego estaba enamorado de mí». Y esa es precisamente la pregunta que tengo que hacerle: ¿lo estaba? ¿O lo está? Madre mía, que me siga queriendo, que me siga queriendo, por favor. Sé que he sido una idiota y que me he portado muy mal con él, pero que me siga queriendo, por favor, por favor.

De camino al parque marco su número con manos temblorosas. Tengo el corazón acelerado. Empieza a dar el tono de llamada. Un timbre, dos, tres, cuatro, ¡Cógelo por favor!, cinco, seis,

¡Mierda, mierda, no está!, siete...

—Hola —dice secamente.

—Hola —me apresuro a saludar.

—¿Qué quieres?

—Necesito hablar contigo —le pido con el corazón en un puño.

—¿De qué?

—De Diego —susurro. Trago saliva porque tengo la boca seca como el estropajo por los nervios, y prosigo con la voz ronca— tengo algo que decirte.

Silencio.

—Por fa... —ruego.

Silencio.

Es el momento de usar mi arma infalible— por fa, por fa, por fa, por fa, por fa, por fa, por fa...

Repito «por fa» hasta que Toni me interrumpe— está bien, pesada, ¿cuándo?

—Ahora mismo, en el parque, estoy de camino. Te espero en el banco dónde me viste la noche antes de Pascuas.

—¿Ahora? ¿Estás loca o qué? Hace un calor insoportable.

—Ahora —digo en tono autoritario. Permanece en silencio durante unos segundos y al fin dice— de acuerdo, vale. Nos vemos allí dentro de diez minutos.

Cuando llego al parque, Toni, como es lógico, todavía no ha llegado. Me dirijo al banco donde he quedado con él y me siento inmediatamente.

Me entretengo mirando a unos niños

que están jugando en la fuente, se tiran agua y así se refrescan en este caluroso día de abril.

Oigo el rugido de una moto y veo a Toni acercándose a mí a toda prisa. Detiene la Scooter, apoya un pie en el suelo y se queda mirándome serio con gesto indolente.

—Gracias por venir —digo.

Asiente con la cabeza.

—No voy a andarme con rodeos: lo mejor es ir al grano. ¿Todavía me quiere?

Abre los ojos al máximo, sus ojos verdes parecen dos ranas a punto de saltar. Una sonrisa sarcástica, casi inapreciable, se dibuja en la comisura de sus labios.

—¿Diego todavía me quiere? —
repito levantando un poco el tono de
voz.

—¿Por qué quieres saberlo?

Me tomo unos segundos antes de
responder. No sé hasta qué punto es
conveniente revelarle a Toni la verdad.
No siempre se ha portado como un buen
amigo.

—Porque estoy enamorada de él —
confieso.

Echa la cabeza hacia atrás y suelta
una brusca carcajada. La moto se
balancea peligrosamente, pero Toni
vuelve a asentar el pie y la moto recupera
el equilibrio.

—No me hagas reír —se burla,
entre risas.

Me duele su reacción al conocer mis sentimientos más profundos, pero me trago el orgullo. Me quedo callada esperando que deje de reírse de mí.

—No sé, me extraña que me digas que lo quieres. Te has esforzado mucho en demostrar siempre lo contrario —me reprocha con rudeza.

—Sé que no me crees y no quiero convencerte de nada, sólo quiero que me digas si él todavía me quiere a mí —y mientras hablo noto como mi voz se va apagando a medida que las palabras salen de mi boca.

Me mira serio y con desconfianza. Se muerde el labio superior y me revela — le prometí que nunca te diría nada.

Siento que en cualquier momento mi

corazón va a estallar en mitad de una tormenta de lágrimas.

—¿Por qué ha cambiado su actitud hacia mí?

—¿Qué esperabas? Sabe que estás liada con Álex —confirma mis sospechas. Se queda callado durante varios segundos, pensativo, luego prosigue con una sonrisa cínica—, como ya habrás supuesto te vi con Álex aquella noche antes de Pascuas, aquí mismo, dándote el lote. Me sorprendió mucho saber lo vuestro. Nunca me hubiera imaginado que tú, tan modosita, te liases con un *profesor*. No pensaba decírselo a Diego, ¿para qué? Él había decidido pasar de ti, así que no tenía mucho sentido que se enterara. Pero

cuando lo vi el lunes siguiente y me dijo que había roto con Tracy, tuve que decírselo. ¿Me entiendes, no? Acababa de dejar a su guiri por ti, con lo buena que está, y tú estabas enrollándote con otro tío. No quería hacerle daño, pero no me quedaba más remedio que contárselo, así que le dije que te había visto montándotelo con Álex en el parque.

Intento cortarle para explicarle que lo mío con Álex se ha terminado, pero levanta la mano en mi dirección en señal de que me calle y prosigue— no, déjame continuar. Diego no se lo podía creer y me dijo no sé qué que tú le habías dicho de que no tenías novio. ¿Eva, cómo pudiste hacerlo? ¡Tú sabías lo que

Diego sentía por ti!

Suspiro hondo.

—Porque...

—No, espera —me interrumpe—, todavía no he terminado. Diego ha estado colado por ti desde que te conoció. Nunca he entendido muy bien por qué. No sé —se encoge de hombros—, siempre lo has tratado más bien mal, pero será que le mola eso.

Intento decirle que es injusto conmigo, que yo no lo he tratado tan mal, pero no me deja hablar. Ha cogido el hilo y no lo quiere soltar.

—El caso es que este año antes de Navidad decidí hacer algo al respecto: arreglaros una cita o algo así. Así que te convencí de que yo quería quedar con

Jessica, cuando en realidad lo que quería es que tú quedases con Diego—. Hace una mueca de asco con la boca—. Me salió mal, primero porque conseguí que Jessica se enfadase conmigo y a día de hoy sigue enfadada, y lo peor, tú todavía lo hundiste más, lo dejaste hecho polvo comportándote como una niña caprichosa.

Lo escucho en silencio, bajo la mirada avergonzada por mi comportamiento en el pasado. Sé que fui una estúpida rematada, pero eso ya está solucionado. Las cosas han cambiado. Yo he cambiado.

—Me sentí fatal por él, Eva, pero luego, no sé... parecía que algo había pasado. Tus sentimientos parecían haber

cambiado. De la noche a la mañana empezaste a ser amable con él. No sé — traga saliva—, pensamos que era por la carta. De alguna manera habías decidido cambiar y ser simpática, aunque él no te gustase. En navidades no te vi mucho pero Diego sí que coincidió un par de veces contigo. Me contó que siempre ibas borracha...

Abro la boca para protestar, pero Toni está embalado y no puede callar.

—...incluso drogada —prosigue soltando una risilla. Carraspea para aclararse la voz—. Y que le habías tirado los trastos. A principios de año estabas de nuevo distante. No eras antipática pero no le dirigías apenas la palabra. Diego no sabía qué pensar

después de lo que bien que todo había ido en Navidad. Él no quiso hacer nada contigo por respeto a ti y también a su chica, no quería dejarla por internet o *Whatsapp*, quería hacerlo en persona, ¿sabes?

—Las cosas no son así... —me excuso interrumpiéndolo al fin. No me he dado cuenta, pero en algún momento he empezado a llorar. Grandes lagrimones surcan mis mejillas en dirección al suelo—. No era yo quien no le hacía caso sino él a mí —sollozo.

—El caso es que luego las cosas de nuevo cambiaron entre vosotros y él decía que te notaba diferente, que lo mirabas de otra forma y comenzó a pensar que tenía posibilidades, pero

Diego decía que no quería liarse contigo estando tú borracha. Será gilipollas. Vamos. Hay que ser tonto. Estaba decidido a probar, pero antes tenía que cortar con la guiri. Y lo hizo. ¿Y tú que has hecho mientras tanto? ¡Mentir todo el tiempo! ¿Es cierto o no es cierto? — me suelta en plan acusador. Le falta apuntarme con el dedo.

—Es cierto, estuve saliendo con Álex —confieso apartando la mirada de sus ojos censuradores—, pero ya no estamos juntos. Lo dejé nada más volver de Pascuas. Había decidido pasar de él e ir a por Diego. Toni tienes que creerme. He sido una tonta por no darme cuenta antes de lo que sentía por él, pero ese es mi único error. Nunca quise jugar

con los sentimientos de Diego. No he sabido lo que él sentía por mí hasta hoy. Hoy he leído por primera vez su carta.

Cuando termino de hablar tengo los ojos arrasados por las lágrimas.

Toni me observa serio, pero sus ojos ya no dicen «eres culpable».

—Creo que aún se puede hacer algo... —dice conmovido.

—¿Sí? —pregunto esperanzada, levantando los ojos hacia él.

Hace un gesto afirmativo con la cabeza.

—Sí, cómo ya te he dicho, sigue colado por ti a pesar de todo. Deberías hablar con él.

Pero antes de hablar con Diego, necesito hablar con Jessica. Mientras ella charla por el móvil me entretengo hojeando una revista. Tiene decenas de ellas escrupulosamente ordenadas en una estantería. Todos los números de *Cuore stilo* organizados por orden cronológico. Paso distraída las páginas del ejemplar del mes de abril sin detenerme a leer ningún artículo. He venido a su casa con el fin de coger fuerza y valor. Mi mente sigue ocupada trazando el plan «recuperar a Diego».

—Perdona. Era Sebas —se excusa cuando al fin suelta el móvil.

—No pasa nada —digo, dejando la revista tirada encima de la cama.

Jessica se levanta de inmediato de

la silla y se acerca. Se deja caer a mi lado encima de la cama como un saco de patatas. Resopla y comienza a lamentarse— estoy supercansada, Eva. Tengo muchísimas ganas de que termine el curso. A qué mala hora me apunté a lo del teatro. No llego a tanto. No puedo más.

—Yo también estoy hecha polvo. Necesito dormir más de siete horas al día, si no no soy persona.

—La verdad es que tienes mala cara —advierde, girando el rostro hacia mí y mirándome seria.

—Son demasiadas cosas: los exámenes, el selectivo, la obra y ahora mi vida... —suspiro.

—¿Tu vida?

—Amorosa —añado.

—Ah, claro —sonríe—. No estarás pensando en suicidarte ni nada de eso ¿verdad? Con lo que te va el drama, no me extrañaría —se burla.

—No seas bruta. Sabes que nunca haría algo así. Pero ¿qué haré si después de todo Diego pasa de mí?

—No creo que lo haga.

—¿Y si lo hiciera?

—Pues —sonríe enigmática—
imagínatelo cagando.

—¿Qué? —pregunto curiosa.

—Imagínatelo cagando —repite,
soltando una risilla.

—Ya... —desconfío no muy convencida ante su consejo—. ¿Es un consejo de una de tus revistas? ¿O lo

decía mi horóscopo de hoy?

—No, pero... ¿a qué lo estás olvidando? —pregunta con voz cantarina.

Por un momento me paro a imaginar a Diego sentado en el váter con los pantalones bajados hasta los tobillos y un rollo de papel higiénico en la mano. Cuando su cara se arruga por el esfuerzo no puedo evitar chillar— ¡qué asco, por favor!

—Pero ¿a qué funciona?

—Un poco sí —admito con una mueca de asco—. Pero de momento no tengo intención de olvidarlo. ¿Crees que funcionará el plan?

—Creo que sí. Se va a cagar encima de gusto.

—¡Por Dios! ¡No repitas el verbo
cagar poniendo a Diego como sujeto!

Por fin juntos

Salgo de casa de Jessica y comienzo a vagar por la calle. Sigue haciendo un calor de infarto y parece increíble que alguien tenga ganas de pasear con la que está cayendo. El sol en todo lo alto me saca la lengua burlón y yo no paro de sudar mientras ando con paso vacilante hacia la dirección que tengo grabada en el cerebro. Estoy sudando a raudales y mi imagen en este momento no es precisamente la que deseo. Llevo pinta de sucia y descuidada y ni siquiera la ligera y escotada camiseta consigue librarme del desagrado que me causa verme reflejada en los cristales de los patios o

escaparates, pero no puedo detenerme ahora. Tengo un propósito claro en la mente que no puedo dejar para más tarde.

Cuando llego al portal de Diego me detengo a reflexionar unos minutos antes de llamar al timbre. Me miro por última vez en el cristal. Pienso en lo que voy a hacer a continuación, en cómo lo voy a hacer, en cómo me recibirá él. Respiro hondo y llamo con pulso firme a su timbre. Al poco rato me responde una voz de mujer, que debe ser su madre, o su hermana, o su abuela, o qué se yo, no sé nada absolutamente de su familia.

—¿Quién es? —pregunta la voz.

—¿Está Diego?

—No está, se ha ido a la piscina.

Ya sabía yo que esa espalda no podía ser algo innato. Estaba claro que estaba esculpida a base de brazadas.

—¿Cuándo volverá?

—No suele llegar antes de las ocho.

¿Quién eres?

¿Qué digo?

—Soy una compañera de clase.

—¿Quieres que le diga que has venido?

—¡No! —casi chillo—. Lo llamaré al móvil. Gracias señora.

La voz se ríe, pero yo no sé de qué.

¿Qué hago ahora? ¿Voy a la piscina? ¿Vuelvo luego? ¿Qué hago? ¿Qué hago? Piensa Eva, piensa.

Al final decido volver a casa de Jessica, a perder el tiempo, total sólo

tengo que estudiar un millón de apuntes, pero qué más da, en este momento me es imposible concentrarme en nada que no sea el cuerpo de Diego haciendo largos en la piscina. Jessica me recibe con alegría, pero no da brincos, porque ella si está por la labor de estudiar. Tras una hora en la que no me dirige ni una sola vez la palabra, decido marcharme a mi casa, allí al menos podré escuchar algo de música que no sea Ana Torroja. ¡Madre mía, qué mujer más cansina! De camino a casa, pienso en desviarme con la intención de volver a casa de Diego, son casi las ocho y debe estar a punto de llegar con el pelo todavía mojado. Sólo de pensarlo casi me da un síncope y se me cierra el estomago como un puño.

Así que decido irme directa a casa, tomarme cinco tilas y posponer el plan para mañana.

Soy una rajada, lo sé, pero en frío me daba un poco de vergüenza, pero de hoy no pasa, lo juro. Entro en el aula y él ya está en su sitio. Cuando paso a la altura de su mesa, lo saludo y él me responde tan insensible como una roca. Por Dios, tan sólo pido una sonrisa. Una sonrisa y doy un triple salto mortal sobre el muro que nos separa. Toni me sonríe y eso hace que me sienta un poco mejor. Llevo la carta en la mano y la aprieto fuerte, tratando de exprimírle el valor que me falta, pero no cae ni gota.

Me siento y saco el libro de economía, queda poco más de un mes para que finalice el curso y pronto tendré que enfrentarme con los finales y luego el selectivo. Para mí no es decisivo, no lo necesito para entrar en la Escuela de Arte Dramático de Valencia, pero quiero hacerlo por si no consigo superar las pruebas de acceso y he de recurrir a un plan B. Plan B que todavía no me he planteado. Mi vida sentimental está en la cuerda floja, pero al menos debo estar centrada en mis estudios, pero no hoy. Hoy no puedo pensar en nada que no sea Diego. Soy consciente de que tengo que esforzarme y hacerlo bien si quiero aprobar, pero hoy no puedo, sencillamente no puedo, todo eso tendrá

que esperar. Miro a Jessica y ésta me sonríe con comprensión, me coge la mano y me dice:

—Tranquila, Eva, todo irá bien.

¿Por qué no la creo? ¿Por qué pienso que Diego va a pasar de mí? Lo miro y siento que la tristeza me inunda como una ola gigante. Ayer estaba rebosante de optimismo, pero hoy la negatividad ha acampado en mi mente, cubriendo mis pensamientos con un velo negro. Para mí más absoluta desesperación hoy se ha presentando al instituto más irresistible que nunca. Lleva una camiseta tan negra como mis propios pensamientos de manga corta que deja al descubierto sus bonitos brazos torneados a base de brazadas y

siento deseo de estar entre ellos. El rebelde mechón se obceca en atacar su ojo desnudo y lo guiña una y otra vez, hasta que al final lo aparta con una mano. Esa mano que deseo que coja la mía y la lleve a pasear. ¿Por qué no se peina este chico? ¿Lo hace por molestarme? Es que de verdad, me vuelve loca ese aspecto desaliñado de chico malo. Saco su carta. A estas alturas parece un andrajo azul. La he releído mil veces, pues cada vez que lo hago es como escuchar su voz en mi cabeza diciéndome palabras maravillosas y eso me gusta. No me mira, ¿por qué no me mira? Si lo hiciera, podría sonreírle y decirle con una mirada que estoy por él. Pero no lo

hace y siento que me voy. Miro hacia Amparo, la profe de Economía y me doy cuenta de que estoy perdiendo el tiempo. Debería escucharla con atención y retener en mi cabeza toda esa información de suma importancia que sale de su boca, pero no puedo. Detrás de mí, Ricardo Cuenca y Fernando Lamadrid no paran de cuchichear sobre los partidos de futbol del fin de semana. Los chisto, para que se callen. Tal vez, sin su molesto *runrun* de fondo pueda concentrarme en la clase. Ricardo Cuenca, al que de ahora en adelante, llamaré simplemente «Cretino», pues es un nombre mucho más acorde con su escasa personalidad, me suelta «cállate tú, espantaja». ¡Será cabrito, Cretino! Lo

miro iracunda y me sonrío burlón con su cara llena de cráteres y picos nevados.

—Estúpido.

—Cállate, pava.

Y Fernando Lamadrid se ríe con él de mí.

Amparo nos manda a todos callar desde el encerado.

Las clases pasan lentas, como siempre ocurre cuando quieres que el tiempo vuele. Quizá si me concentro en que pase lento se acelere y llegue por fin el momento justo en el que tenga valor para decir «Diego, ¿podemos hablar un segundo?». Sin embargo, el momento no llega antes del almuerzo, ni durante éste y tampoco después y la hora se aproxima lentamente a la hora que más

temo de todas: la hora de los leones hambrientos.

Álex entra en el aula, como siempre, con ese aire conquistador que Dios le ha dado, sonriendo a diestro y siniestro. Nuestras pupilas se encuentran por un segundo y le sonrío. ¡Idiota! ¿Por qué has hecho eso? Miro a Diego inmediatamente, pero éste está absorto en su libro de literatura y no me dedica ni una leve mirada, aunque sea de furia. Eso al menos sería señal de que le importo. Álex comienza a hablar sobre los finales y la importancia de presentar los trabajos a su debido tiempo. Son muy importantes dice, puntúan y suben

las notas.

—¿Quién quiere leer su redacción ante los compañeros?

La clase se queda muda y de súbito el sobre de las mesas ocupa toda nuestra atención. A nadie le gustan sus ejercicios de improvisación ni sus prácticas de exposición libre. Nadie quiere leer su texto ante los demás, pues sabemos que eso siempre es motivo de burla y a nadie le agrada estar en la el ojo del huracán.

—¿Diego?

Cincuenta ojos miran a Diego, éste levanta la cabeza y dice no con ella.

—¿Marisa?

La pobre Marisa no sabe donde esconderse e intenta la misma maniobra

de Diego pero no le funciona, porque Álex insiste y al final tiene que salir a la pizarra y leer en voz alta una redacción que ha hecho sobre la biografía de Roberta Flack. La escucho atentamente, porque la verdad está muy bien escrita y pese a que no sé quién es Roberta Flack sí conozco la *canción [Killing me softly with his song](#)*, y me parece muy bonita. Cuando termina, Álex pregunta si alguien más quiere compartir su trabajo, y Cretino, para mí sorpresa, se pone en pie y anuncia que él quiere hacerlo. Álex lo mira pasmado, estoy segura de que él también está muy sorprendido, Cretino no destaca en la clase por ser un virtuoso de las palabras. Cretino se acerca a Álex y dice:

—Se trata de una redacción escrita en forma de carta —explica Cretino.

—De acuerdo —dice Álex apoyándose indolente sobre su mesa.

Comienza a leer. Yo y todos los demás lo miramos expectantes, a ver qué sandez tiene que decirnos, dispuestos a no perder la oportunidad de partirnos de risa de Cretino.

—Querida amiga, todavía no he comenzado a escribir y ya me estoy arrepintiendo. Soy tan tonto, o me siento tan tonto, que si hablar es difícil...

Me quedo petrificada, Cretino está leyendo la carta que Diego me escribió. Echo mano al bolsillo trasero de mi vaquero, pero no está en él. Debe haberseme caído y Cretino la ha cogido

y ahora la está leyendo delante de todos. ¡Será cabrito! ¡Al menos ha tenido la bondad de no decir mi nombre! Miro de reojo a Diego y ahora sí que me está mirando, pero no con la cara que yo quisiera, sino con una que está a años luz de expresar: te quiero. Tengo que hacer algo de inmediato, pero no sé el qué.

Sin pensarlo mucho, me pongo en pie y grito— ¡NO!

Cretino se detiene y Álex me mira molesto por la interrupción.

—No —repito con firmeza.

Álex me mira y pregunta— ¿qué ocurre Eva?

—Esa carta no la ha escrito Cretino —risas de mis compañeros—, perdón

Ricardo Cuenca.

—¿Ah, no? —pregunta llevando sus ojos verdeazulados hasta Cretino que está reprimiendo una risa.

—No sé de qué habla —miente el muy bellaco—. Esta redacción es mía.

—No es verdad —chillo y me acerco al encerado, dispuesta a darle un puñetazo a Cretino en toda la cara, con riesgo extremo de que salpique de pus y sangre mi camiseta nueva de Mostacho, pero me da igual.

Álex me ve venir y me para el puño en el aire antes de que éste caiga con fuerza sobre la nariz de Cretino.

—Eva, no puedes hacer eso —me reprende, y sé que la situación lo está divirtiendo, porque en el fondo de sus

ojos veo un atisbo de picardía.

—Claro que puedo —me defiendo—. Cretino, perdón Ricardo está leyendo una carta mía.

—¿Esa carta la has escrito tú? —me pregunta Álex con interés, y sé que su interés va más allá de mi actitud académica.

—No, pero es mía —declaro categórica.

—¿Eso es verdad, Ricardo?

Cretino baja la cabeza asumiendo su culpabilidad y mis compañeros lo abuchean y le dicen fulero y cosas peores.

—Devuélvesela a Eva de inmediato, y quiero que te quedes a hablar conmigo al final de la clase —

dice Álex en tono grave dirigiéndose a Cretino.

Me entrega el andrajoso papel azul y yo se lo arrancó de un manotazo. Reprimo las ganas de escupirle en un ojo. Echa a andar hacia la seguridad de su pupitre. Sonrío a Álex y le doy las gracias. Ya con la carta en la mano, me doy la vuelta y vuelvo a mi sitio. Mientras camino no puedo evitar mirar hacia Diego, y ahora sí tengo toda su atención. Me está mirando extrañado, no acaba de entender cómo su carta ha llegado a manos de Cretino y creo que le debo una explicación. Así que cuando llego a su altura, me paro y digo en voz alta, lo suficiente para que todos mis compañeros puedan escucharme.

—Te debo una disculpa, Diego —
digo con vehemencia.

Diego no dice nada, sigue
insoportablemente serio e
increíblemente sexy, mirándome con los
brazos cruzados sobre el pecho.

—Cretino me ha robado la carta —
explico intentando sonreír, pero no me
sale la sonrisa porque su mirada es tan
fría que me ha congelado las entrañas.
Entrañas, curiosa palabra que nunca
antes había utilizado porque no
encontraba el momento, pero en este
contexto va de narices.

—¿Y? —dice al fin.

Es el momento, así que decido
decirle lo que tengo que decirle aquí
mismo, expuesta a los oídos y miradas

indiscretas de todos mis compañeros y Álex, que se mantienen en silencio esperando que esta inesperada escena continúe. Tomo aire.

—Te quiero — declaro con la voz en un hilo, no soportando más la tensión que se cierne sobre mí—. Si tú ya no me quieres, dímelo ahora o calla para siempre, pero te pido que me evites hacer el ridículo. No quiero hacer el ridículo. Sabes que odio hacer el ridículo. He sido una idiota y tienes motivos más que fundados para pasar de mí. Entenderé que ya no me quieras, incluso que me odies, pero quiero que sepas que no estoy con... —hago una pausa en la que impensadamente miro hacia Álex, que me observa no sin cierto

temor—, ya sabes quién. Siento haberte mentado diciéndote que no tenía novio, pero no podía decírtelo. Supongo que ahora entiendes el por qué. Él es... —vacilo— ya sabes lo qué es y no podía contárselo a nadie. Me ha costado mucho darme cuenta de que estaba loca por ti, pero en el momento en que supe que era a ti a quien quería, y contigo con quien quería estar, lo dejé. Lo dejé en Pascuas. El otro día sólo estábamos hablando. Zanjando el tema para siempre. Es a ti a quien quiero, sólo a ti —concluyo y suelto un hondo suspiro de alivio.

Durante todo mi discurso Diego me ha observado en silencio, con lo rostro impasible. No ha intentado cortarme ni

una sola vez. Cosa que le agradezco infinitamente, pero ahora ya he dicho lo que tenía que decirle y quiero que me diga algo. Algo, cualquier cosa. Lo que sea. Pero que diga algo y deje de mirarme con esa cara imperturbable que no parece la de mi Diego, sino la de una estatua de cera... sin vida.

—Bueno, ¿y qué? —pregunto.

Me mira silencioso, pero su expresión ya no es hosca, una leve sonrisa comienza a asomar en su boca.

—No... —dice.

—¿No? —bajo la cara—, entonces no hay nada más que hablar.

Me doy la vuelta dándole la espalda a un Diego que no se ha movido de su posición inicial de brazos cruzados.

Cierro los ojos y contengo las ganas de llorar. Aspiro una amplia y profunda bocanada de aire y lo suelto lentamente por la boca. Abro los ojos y comienzo a andar en dirección a la salida de clase. Álex me mira desde el encerado y no sé si me gusta mucho lo que leo en sus ojos, pero me da igual. Mis compañeros siguen callados y ni siquiera el vuelo de una mosca corta el aire taciturno que se respira.

—Eva —me dice Diego tocándome el hombro.

Debe haberse puesto de pie, aunque no lo he oído levantarse, o tal vez tiene el brazo muy largo, extremadamente largo. No quiero girarme y que vea mis ojos hinchados, a punto de reventar en

lágrimas. Tampoco sé si quiero escucharle. El dolor que siento es demasiado fuerte y tengo pánico de que diga algo que todavía me haga sentir peor. Soy incapaz de pronunciar ni una sola palabra. No me sale ni un simple «¿qué?».

Me tira de la mano, obligándome a girarme. Sus brazos me esperan envolviéndome en un abrazo y su boca se lanza sobre la mía en plan peli romántica. Me besa apasionadamente y me dejo llevar introduciendo la lengua entre sus dientes. Nuestros labios se exploran, se besan, se acarician durante unos minutos. Siento ganas de llorar de pura felicidad, pues esta vez no se trata de ningún sueño y tampoco es una

ilusión loca producto de mi imaginación. Al fin se separa un poco de mí y me susurra:

—Eva, lo siento, me has entendido mal—. Abro los ojos y lo miro extrañada entre la cortina borrosa de lágrimas que me nubla la vista—. No, sólo era el principio de lo que iba a decirte —contiene la respiración y entonces me sonrío con timidez—. Eva, no digas nada más, pues yo te quiero sin condiciones. Te quiero por encima de todo. Te quiero desde que te conocí.

Luego me besa torpemente, nuestros dientes chocan y nuestras lenguas se hacen un lío tremendo, pero es genial besarle al fin.

—Te quiero Diego— musito a su

boca.

—Te quiero Eva.

Y nuestras palabras quedan sepultadas entre un barullo de gritos, silbidos y aplausos. Veintitrés personas menos una vitorean nuestros nombres y cuentan «uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis...», pero me da igual, por mí qué se queden sin saliva contando hasta infinito. Soy la chica más feliz de la clase, del instituto, del mundo y del universo. Diego está entre mis brazos y nada ni nadie lo podrán estropear.

Fin

Epílogo

Lo de esta noche era predecible, al menos para mí. Lo decía claramente mi horóscopo de hoy, que cómo bien sabes, se trata de un método IN—FA—LI—BLE de conocimiento universal. «El día de hoy será bendecido con éxito y felicidad. Aprovecha y disfruta». Y eso precisamente hago. Esto último no hacía falta que lo dijera el horóscopo, pensaba hacerlo de todos modos.

La obra ha salido a la perfección: nadie se ha equivocado de texto, nadie se ha caído en los bailes, nadie se ha partido una pierna, y a nadie se le ha roto la ropa en el momento más inoportuno enseñando el culo al público.

En fin, todo ha salido como suele decirse redondo.

Eva ha estado maravillosa. Comienzo a creer realmente en sus aptitudes como actriz. No es que no confíe en sus posibilidades, sino que como la conozco desde hace tiempo, pues sé como es. Y sé que ante todo es variable e insegura; tan pronto está contenta como triste, tan pronto es la mejor del mundo como la mierda más insignificante del estercolero. Cambia bastante de parecer, así que cuando me dijo a principios de curso que quería ser actriz, pensé que era un puntazo loco de esos que le dan de vez en cuando, y que luego cambiaría de opinión, y entonces me diría que quería ser abogada,

bombrera, prostituta, monja o cualquier cosa que fuera la protagonista de la última película que hubiera visto o novela que hubiese leído. Pero durante todo el curso se ha mantenido firme en su decisión y creo que esta vez va en serio. Y si lo pienso bien, en realidad, es la profesión perfecta para ella: podrá ser cualquiera y todas las mujeres que se proponga y tenga que interpretar. Ya ha solicitado la admisión en la escuela de arte dramático y todos los santos días me bombardea explicándome y recitándome todos los textos que tiene que estudiar para superar las pruebas en septiembre. Está superemocionada. Sé que lo conseguirá, este año los astros están de su parte, al menos en el terreno

profesional. El terreno amoroso es otro cantar. Desde que Marte se cruzó en su camino, el amor está en pie de guerra y no sé cuánto le durará lo de Diego. De momento, siguen juntos. Son un par de tortolitos atolondrados. El hecho de que estén viviendo en el paraíso ha ayudado a dar más credibilidad a dos personajes tan simples y tontos como Danny y Sandy. Nunca antes se habían visto tan fascinantes.

Diego también lo ha hecho bastante bien. Me alegro de que al fin haya superado su timidez. Ha sido la revelación del año, ante el asombro de todos los escépticos de las metamorfosis milagrosas, descubriendo en él a un tío divertido, interesante y sobre todo

fabuloso bailarín. ¡Además de estar más que potable!

Pero lo mejor de todo, y digno de destacar, es que este año no tenemos que lamentar ningún desafortunado accidente de impacto por huevo duro como el año pasado, cosa que me alegra profundamente, porque este año podía haber sido mi ojo el inocente objetivo.

—Jessica, ¿un abrazo?

Me giro y me encuentro al cerdo mentiroso detrás de mí con los brazos extendidos y una sonrisa maliciosa dibujada en los labios.

¡Antes muerta!

—¿Por qué? —pregunto con acritud.

—Pues porque todo ha salido

estupendamente

—Álex, no me la pegas con tu cara de niño bueno.

—Venga Jessica, bajemos las armas. Hoy es un día feliz, olvidemos los resquemores pasados. Todo ha salido bien, incluso tú has estado bien, que ya era mucho pedir.

—Voy a hacer todo lo que esté en mi mano para que Eva no caiga en tus redes.

El cerdo mentiroso dejó a su novia y desde que se enteró que Eva está saliendo con Diego, no hace otra cosa más que bailarle el agua. No sé qué pretende, pero no me gusta ni un pelo.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta dibujando una sonrisa irónica—.

¿Contarle lo que paso?

Abro la boca, pero me interrumpe antes de que pueda replicar.

—Si no se lo contaste entonces, ¿por qué ibas a hacerlo a ahora? Ahora ya no tiene sentido que hables, ni siquiera te creerá. Seguramente pensará que fue culpa tuya y se enfadará contigo. ¿Es eso lo que quieres?—. Sonríe maliciosamente.

¡Cerdo!

Debí contarle a Eva que Álex intentó besarme conforme pasó, pero no lo hice entonces porque pensé que ella no me creería. Seguramente habría pensado que estaba celosa o que había sido yo quien había intentado algo con él y no al revés. Eso es lo malo de ser una

exploradora sexual, como me gusta autodenominarme, nadie te cree cuando cuentas este tipo de cosas.

Eva se acerca y nos abraza a los dos por la cintura, situándose justo en medio y comenta alegre— así me gusta, qué os llevéis bien y seáis amigos.

Sé que es muy feliz y no quiero enturbiarle este magnífico día con mis malos rollos, ya tendré ocasión de demostrarle lo ruin y sucio que es Álex en realidad. Fuerzo una sonrisa y veo como Álex comienza a reír con su boca de sapo mentiroso completamente abierta.

¡Cabrito!

Eva me besa la mejilla y dice bajando la voz, para que Álex no la oiga

— soy feliz.

—Y yo.

Luego los dos se van, dejándome de nuevo sola. Los miro mientras se alejan cada uno por su lado y no puedo evitar sentirme mal. Si como mucho me temo Álex vuelve a atacar, no sé si Eva será capaz de resistirse, y entonces tal vez tenga que contarle la verdad.

—Felicidades —me dice alguien, tocándome el hombro.

Vuelvo el rostro y sonrío en señal de agradecimiento. Mi interpretación ha estado bien, aunque claro, Marty, no daba mucho juego para exhibirse, sin embargo, me he lucido todo lo que he podido y más. Me he subido las tetas hasta el cuello y he enseñado mi

generoso escote al público durante toda la obra. Creo que les ha gustado bastante mi interpretación, y es que cuando se trata de gustar ese es mi campo. No voy a andarme con tonterías, diciendo que no estoy mal del todo y que si me arreglo tengo un buen mirar. No, nada de eso. Cuando me miro en el espejo me gusta mucho lo que veo, y si yo lo veo, está claro que los demás también lo ven. Soy una chica sexy. Nunca he tenido problemas para ligar y siempre he conseguido al tío que se me ha puesto entre ceja y ceja con sólo chasquear los dedos.

De pronto, lo veo entrar en la sala, y sé que es cosa de mi imaginación, pero la gente ha enmudecido y sus caras se

han emborronado. Lo único que se ve con claridad es su persona avanzando con paso elástico por la sala. Su maravilloso pelo oscuro medio rizado y un poco revuelto no es más que el preludio de lo que llega a continuación en línea descendiente. Primero nos encontramos con su amplia frente, rectangular y limpia, rematada en la parte baja por dos anchas cejas de pelo negro, pero bien definidas, que lo dotan de una gran personalidad. Los ojos oscuros y seductores, como toda su persona, destacan en su rostro como dos pequeños faros, destellando juguetones. Labios sensuales, parecidos a los de Eva, pero más carnosos, y barba de tres días increíblemente sexy. Lo veo

circular entre mis compañeros del grupo de teatro y sus familiares y amigos, felicitando primero a Diego que está con sus padres. Luego avanza un poco más y abraza a Eva por la espalda, la sube en volandas y le da una vuelta de campana por encima del hombro.

— Jessica, ¿nos vamos? —pregunta mi madre.

— Sí, ves saliendo, ahora voy.

Cuando vuelvo a mirarlo, veo que viene directamente hacia mí, y el corazón me da un salto en el pecho, y temo por un momento que salga despedido por mi boca como un sangriento proyectil.

—Hola Jessica —me saluda, acercándose a mí y dándome dos besos,

mientras me ciñe la cintura con las dos manos, y allí las deja mientras comenta en tono burlón— has estado muy bien y tus tetas se veían perfectamente desde la última fila—. Mira hacia abajo, tropezando con la visión aérea de mi escote. Sonríe travieso y añade mirándome profundamente a los ojos— ¿de dónde ha salido una belleza como tú?

¡Dios! ¿De dónde he salido yo? ¿De dónde has salido tú? Pero ¿cómo se puede ser tan borde y tan delicioso al mismo tiempo? Es que me lo comería de los pies a la cabeza, por no decir otra cosa. Me va la testosterona, mogollón, pero con un toque de dulzura. Y enfrente de mí tengo el ejemplo perfecto de lo

que digo.

—Sigue soñando, Pablo —
respondo con desdén, antes de darle la
espalda y comenzar a andar con paso
decidido. Mientras me dirijo a la salida
no puedo evitar decorar mi rostro con
una amplia sonrisa de satisfacción.

¡Dios, cómo me pone este chico!

Agradecimientos

Agradecimientos, pues un montón, tantos que no sé ni por dónde empezar.

A mi familia, especialmente a mi madre que me dio la vida: *Et vull mare*, y a mi hermana, por leerme y ser siempre crítica conmigo.

A mis amigas de siempre, porque de algún modo me inspiraron esta historia. Me acompañaron en aquellos años y su vida fue la mía y la mía fue la suya. Os quiero chicas.

A mis amigos salerosos, que me han acompañado, aconsejado y apoyado durante la puesta en marcha del blog y últimos preparativos de la publicación de la novela. Especialmente a mi

asesora personal de marketing, que me leyó cuando ni siquiera sabía que era yo la que escribía y luego casi se cae de la silla cuando se enteró. Gracias amigos, sois geniales.

A los amigos del facebook que compartieron mis anuncios, siendo yo más pesada que una vaca en brazos. Infinitas gracias.

A mis amigas de las horas tontas, porque día tras día están ahí arrancándome una sonrisa. Sus desvergonzadas opiniones siempre son motivo de inspiración y ellas lo saben. Os quiero chicas.

A mis lectoras del blog, por tener más paciencia que un santo y esperar semana tras semana el siguiente

capítulo. Ha sido un placer compartir mi novela con vosotras.

A mis hijos, por todo el tiempo que les robé mientras escribía. Os quiero más que a mi vida.

A mi marido, por quererme, por apoyarme, por entenderme, por enfadarse y luego desenfadarse, por hacerme reír, por hacerme soñar, porque lo quiero, y porque mi vida no sería lo que es si no estuviera él en ella. Te amo ahora y siempre.



[\[1\]](#) Es un queso de tipo azul que se elabora en el Principado de Asturias (España).

[2] Universidad Politécnica de Valencia.

[3] Forma coloquial de referirse a la vagina.

[4] Forma coloquial de referirse a borrachera.

[5] Referencia metafórica a Castellón de la Plana, provincia de la Comunidad Valenciana.

[6] Forma coloquial de decir en valenciano hermano, primo, incluso amigo.

[7] Iker Jiménez, periodista y presentador español con programas de televisión y radio que tratan temas paranormales.

[8] Barrio céntrico de Valencia con mucho ocio, comercio y cultura. Puedes

encontrar muchos restaurantes y locales donde tomar copas (pafetos), oír buena música y bailar hasta el amanecer.

[9] Bollo grande y redondo.

[10] Penélope Cruz.

[11] Actriz española y blogger de moda.

[12] Bolsillo en Valenciano.

[13] Bollo alargado y con azúcar glaseado típico de Valencia. Polo es la marca.

[14] Conocida noble y aristócrata española nacida en 1926.

[15] En valenciano pobrecitos.

[16] Fiestas de la provincia de Valencia en honor a San José, en las que se queman monumentos de cartón piedra que reciben el nombre de Fallas.